IVÁN VÉLEZ

EL MITO DE CORTÉS

DE HÉROE UNIVERSAL A ICONO DE LA LEYENDA NEGRA

Hace casi quinientos años que Hernán Cortés conquistó Tenochtitlán junto a unos cientos de españoles y miles de tlaxcaltecas sometidos por Moctezuma. Los hechos que llevaron al de Medellín a convertirse en un personaje de talla histórica han venido acompañados de componentes míticos procedentes tanto de aquel mundo indígena que él transformó trascendentalmente como de ese Viejo Mundo al que pertenecía.

En «El mito de Cortés» se aborda la figura del conquistador español desde las visiones que de él se han tenido a lo largo de los siglos, empezando por las de sus contemporáneos y llegando hasta las de nuestro presente, al tiempo que se repasan los principales mitos que gravitan en torno a su persona. En la obra se analizan las relaciones de la figura de Hernán Cortés con las de Quetzalcóatl o Alejandro Magno, y también su condición de conquistador y de evangelizador del Nuevo Mundo que contribuyó a civilizar. El Cortés que emerge del libro no es únicamente un hombre armado con la espada y la cruz, su despliegue por la América en la que quiso morir puso las bases de lo que hoy une a cientos de millones de hombres de ambos hemisferios: la Hispanidad.

epublibre

Iván Vélez Cipriano

EL MITO DE CORTÉS

De héroe universal a icono de la Leyenda Negra

ePub r1.0
Titivillus 10.11.2024

Título original: *El mito de Cortés*
Iván Vélez Cipriano, 2016

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

PRÓLOGO

«Miren los curiosos letores si esto que escribo si había bien que ponderar en ello: ¿qué hombres habido en el universo que tal atrevimiento tuviesen?». Esta es la pregunta que se hacía Bernal Díaz del Castillo en su *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España* [1] al relatar su entrada, junto al resto de españoles capitaneados por Hernán Cortés, en Tenochtitlán, donde, tras avanzar por la calzada que se abría paso en la laguna, fueron recibidos por Moctezuma. Con su habitual estilo, el soldado de Medina del Campo logra plasmar la inquietud y el temor que atrapaban a la hueste de Cortés al entrar en una ciudad en la que podían encontrar inmensas riquezas, pero también la muerte…

Nada de heroico tiene el autor de la obra que ahora arranca, mas acaso algo de temerario, pues: ¿puede decirse algo nuevo a propósito de Hernán Cortés?

Los años venideros, al menos los comprendidos entre 2019 y 2021, orbitarán alrededor de diversos aniversarios, aquellos que tienen que ver con el cumplimiento de los cinco siglos de una serie de hechos relacionados con Cortés: la llegada a Tierra Firme, la fundación de Veracruz, el encuentro con Moctezuma, la conquista de Tenochtitlán… motivos más que suficientes para regresar sobre su figura y volver a tratar a este personaje histórico y los hechos en los que se vio involucrado.

Por todo ello, es probable que Cortés vuelva a protagonizar trabajos de lo más variado, sin que se pueda descartar que nuevos documentos afloren de los archivos proporcionando más materiales que permitan completar o matizar muchos de los aspectos que lo envuelven. En cualquier caso, el de Medellín es ya un mito a la altura de muchos otros hombres de armas y gobierno. Esta condición mítica nos obliga a tratar en relación con eso que se conoce como «mito», razón por la cual recurriremos a la distinción ofrecida por Gustavo Bueno entre mitos oscuros y mitos luminosos. [2]

Entedemos el mito en un sentido filosófico, pues este lleva aparejado «algún tipo de logos, alguna razón de ser, en función de sus servicios prácticos (políticos, didácticos, ideológicos, gnoseológicos…)». Hecha esta primera aproximación, demos la palabra al filósofo español:

> Y si el *mito* es ya un *logos*, se debe a que el mito es, ante todo, una construcción lingüística, y por tanto una construcción sometida al *logos*, o *lógica*, del lenguaje. Ésta es la razón por la cual ni los babuinos ni los chimpancés pueden fabricar mitos, es decir, la razón por la cual carecen de «fantasía mitopoyética» (aunque tengan, sin duda, alucinaciones o pseudopercepciones capaces de producirles terror). El mito es una construcción lingüística, que presupone ya un lenguaje de palabras «de primer orden», llamémosle prosaico. Un lenguaje gramaticalizado que lleva adelante funciones expresivas y apelativas en las cuales están «embebidas», sin duda, ciertas funciones representativas; invenciones protomíticas, como las que puedan atribuirse al mero hecho de expresar el movimiento con consonantes vibrantes, o señalar apelativamente a lo que es grande con palabras que contienen la vocal «a», y a lo que es pequeño con palabras que contienen la vocal «i». [3]

El mito de Quetzalcóatl, de tanta importancia en los hechos a los que habremos de enfrentarnos, parece verse aludido en esta nueva matización:

> El mito compone una representación sobreañadida al campo real, al cual ha de ir referido directa o indirectamente; por ello el mito aparece con ese coeficiente de meta-realidad (ya sea inferior, ya sea superior a la realidad) en virtud del cual quien *cuenta* el mito puede saber, aunque no siempre lo advierta, que no está moviéndose en el terreno inmediato y perentorio al que se refiere el lenguaje prosaico de primer orden. Por ello, el mito se cuenta en voz baja (con la boca pequeña, su-

surrante: *mito* está relacionado con *myo*, vinculado a *mutus*, mudo) o con voz en falsete (la voz propia de los sacerdotes en el ejercicio de su oficio, o de los políticos en el mitin). [4]

¿Cómo no evocar a Moctezuma, emperador y sumo sacerdote mexica, capaz de relacionar la llegada de Cortés con el dios aludido, al leer las siguientes palabras?

> Mito es pues, sencillamente, un relato representativo que no tiene evidencia inmediata, que supone una reelaboración de las evidencias inmediatas y que, por tanto, se distancia de ellas. [5]

En efecto, sólo una reelaboración del relato del regreso de Quetzalcóatl, un hombre blanco barbado llegado desde el este, permite su encaje y su identificación en un tiempo concreto, por más que la fisonomía descrita en la narración sea borrosa.

Esbozadas las líneas maestras de lo que entendemos como mito, habrá que establecer alguna clasificación dentro del género de los mitos, marcados por los denominadores comunes ya citados. En este sentido, Bueno distingue entre mitos luminosos, mitos oscurantistas y mitos ambiguos, diferenciados por sus efectos. Veamos:

> *1) El efecto de los mitos luminosos, esclarecedores (como pueda serlo el mito de la caverna de Platón).*
>
> *2) El efecto de los mitos oscurantistas y confusionarios. Es el efecto de aquellos mitos que en lugar de contribuir a una explicación científica o filosófica del campo, o a una forma de conducta práctica viable, distorsionan el campo y estorban esa explicación o la bloquean. Como ejemplo de mito oscurantista podríamos tomar el mito de la creación de Adán a partir del barro, así como el mito de la creación de Eva a partir de la costilla de Adán.* [6]

Al margen del citado, Bueno añade como ejemplo de mito oscurantista el de la torre de Babel, acompañado de otros muchos del Antiguo Testamento, así como las utopías políticas —y no hemos de olvidar que algunas de ellas crecieron al calor del descubrimiento del Nuevo Mundo— por su imposible realización.

Hecha la distinción fundamental entre mitos luminosos y oscurantistas, la clasificación se completará con los mitos ambiguos:

> 3) Los efectos de los mitos ambiguos o claroscuros, que son aquellos que admiten interpretaciones opuestas; lo que quiere decir que ahora los mitos dependen antes del criterio no mítico del intérprete que del relato mítico por sí mismo. El mito de los tres anillos de Nathan *el Sabio*, de Lessing, podría considerarse como un mito ambiguo. [7]

Como ya habrá adivinado el lector, la gran dificultad a la que habremos de enfrentarnos es la ubicación de Cortés en alguno de estos tres conjuntos de mitos. Tal propósito obliga a manejar parámetros siempre cuestionados en función del prisma ideológico propio de un ejercicio de filosofía de la historia como el que exige el tratamiento de una figura a menudo identificada con la propia idea de la España imperial. Por adelantar nuestra conclusión, la luminosidad del mito de Cortés vendrá dada por haber sido el fundador de una sociedad integrada en un imperio universal de aliento civilizador capaz de erradicar prácticas propias de la barbarie, una sociedad precursora de los actuales Estados Unidos Mexicanos.

Por otro lado, Cortés puede también ser visto, algo que ya se ha hecho en innumerables ocasiones, como un héroe que podremos insertar no sólo en la larga lista de conquistadores españoles, sino en la restringida nómina de héroes universales junto a figuras como Alejandro o César, dado su talento militar y político, desplegado a una escala similar a la de tan distinguidos personajes.

A pesar de que es con Julio César con quien más se ha comparado a Cortés, la semejanza con los hechos protagonizados por Alejandro serán de especial interés por cuanto el ortograma del macedonio, llegar a los confines del mundo, puede ponerse en consonancia con los del imperio español, que tenía como divisa *El mundo no es suficiente*. Para Cortés, el mundo mexica

tampoco fue suficiente, pues tras el sometimiento de Tenochtitlán no se detuvo. Después de la caída definitiva de la ciudad emprendió su fallida expedición a Las Hibueras, en las que trataba de encontrar un paso al Pacífico, idea que ya estaba incorporada en su primer viaje, cuando la península de Yucatán se creía una isla. La idea de encontrar un paso hacia China venía en gran medida inspirada por lo ocurrido en la expedición de Grijalva que precedió a la de Cortés. En ella, el piloto Alaminos creyó haber encontrado dicho paso en lo que llamó Boca de Términos, lo que, a su parecer, confirmaba la insularidad del Yucatán.

En cuanto a los parecidos entre Cortés y Julio César, podemos citar un ejemplo también ligado a la susodicha expedición. En ella encontramos un detalle interesante que relaciona el quehacer hispano con el de uno de sus modelos, el romano. Se trata de la ejecución de un gran puente realizado a base de troncos hincados en una ciénaga: el puente de Ziguatecpan. El paralelismo con el puente construido sobre el Rhin del que habla Julio César es evidente no sólo por el tono narrativo empleado por el militar romano sino también por la similar técnica usada por el de Medellín, lector del romano.

Tales paralelismos con Alejandro o Julio César tienen además una común característica: el ánimo civilizador que en el caso del español tendrá una realización física y normativa, con la fundación de ciudades y la redacción de ordenanzas urbanísticas, apoyadas en el trabajo del «jumétrico» Alonso García Bravo. Todo ello venía a culminar el modo hispánico que se completó, por ejemplo, con la introducción de la escribanía en 1524, la de la imprenta en 1539 y la de la universidad en 1553. Esta actitud civilizatoria cortesiana podemos observarla desde el mismo inicio de su presencia en el continente, como prueba la fundación de la villa Rica de Veracruz al constituirse allí el pri-

mer cabildo continental. Tal fundación supone, por un lado, un corte con Diego Velázquez e incluso con el virrey Diego Colón, y por otro, la vinculación directa con la Corte, a la que se da cuenta de lo acaecido con la mayor celeridad posible. Mientras sus emisarios viajan a España con los documentos, Cortés trabará contacto con diversos caciques y tratará de entrevistarse con Moctezuma, hecho que tuvo lugar el 8 de noviembre de 1519 en Tenochtitlán. Ello ocurrirá tres días antes de que lleguen a Sevilla Portocarrero y Montejo con el presente y las cartas para el Emperador Carlos, que se llevará a Bruselas los tesoros enviados, dando a conocer a Cortés en Europa gracias a unos fabulosos objetos que sirvieron para alimentar la imaginación de quienes los contemplaron.

En estas circunstancias, la posibilidad de que el emperador Carlos hiciera realidad el proyecto de Universitas Cristiana, acariciado por el obispo de Badajoz, Pedro Ruíz de Mota (¿? -1522), parecía al alcance con la ampliación de sus dominios en ese Nuevo Mundo del que comenzaban a llegar deslumbrantes presentes y en el que se adivinaba la existencia de una multitud de nuevos súbditos del poder terrenal y aun del celestial, por cuanto era de prever que abandonaran sus bárbaros credos para abrazar la fe católica por la que batallaba Carlos I de España.

En este objetivo evangélico, Cortés es la principal herramienta, a veces vista como mero instrumento de la providencia, para introducir tal modelo civilizatorio. Un modelo cuyo modo de implantación fue objeto de una enorme polémica suscitada precisamente en los tiempos inmediatamente posteriores a la conquista. La importancia de Cortés, el momento en que su figura comienza a agigantarse, tiene que ver con su profundo despliegue continental, dado que nada más llegar a las costas quedará confirmado el superior grado civilizatorio de las sociedades que allí se asentaban. Ello obligará al español a ir modificando su

manera de actuar en función de las sociedades con las que tomó contacto. Modificaciones que también tendrán eco en el ámbito cortesano español con la aprobación de sucesivas legislaciones que trataban de ir ordenando la presencia española en América y la compleja relación con sus naturales. Leyes, pensemos en las de Burgos de 1512, que resultaban de la conjugación de objetivos políticos y religiosos, cuya meta era tratar de imponer un orden que evitara excesos y violencias como los denunciados por fray Antonio de Montesinos en su sermón de diciembre de 1511. En cuanto a la acción de Cortés, dejando al margen por un momento su énfasis en cuanto a la implantación de la fe católica, se observa en ella una continua incorporación de rectificaciones estratégicas que tendrán como cimentación una política de pactos que nos remiten a lo ocurrido en la Península durante la Reconquista. El propio Cortés lo explicita en su *Segunda relación* (1520) al decir que a los indios se les requiere ser fieles y súbditos en la medida por protegerse de sus enemigos los mexicas.

Hernán Cortés, como muchos estudiosos han señalado, bebe de fuentes medievales [8], lo que se traduce en su ofrecimiento de una protección que incluirá la implantación de la fe católica y la erradicación de prácticas tales como la antropofagia, los sacrificios humanos o la sodomía. Mediante la política de pactos, los indios se incorporarán en diferentes grados de homologación al imperio español, en el que se conservaron muchas estructuras, lo que es tanto como decir, y somos conscientes de lo polémico de la afirmación, que estas sociedades se incorporaron a la Historia. [9]

Esta protección jurídica otorgada por Cortés tendrá importantes consecuencias. En efecto, el Derecho Internacional deberá mucho al conquistador español, quien veinte años antes de que Francisco de Vitoria expusiera sus tesis en su *Relectio de In-*

dis, ya había establecido alianzas con los indios de Cempoala y Tlaxcala. El propio Vitoria así lo dice el concluir su primer título, diciendo que: «este es el primer título, por el que los españoles pudieron ocupar las provincias y principados de los barbaros». En definitiva, los materiales extraídos de la experiencia de Cortés son los que nutrirán a los teólogos de la Escuela de Salamanca, cuyos debates cristalizarán finalmente en las Ordenanzas para nuevos descubrimientos y poblaciones dictadas por Felipe II en 1573.

Todo lo expuesto da suficientes muestras de la formación humanística, de raíces hispanas y clásicas, de muchos de los conquistadores, entre ellos singularmente Cortés. Atributos que trazan un rostro muy diferente al que les otorga la Leyenda Negra. Ello no ha impedido que Cortés sea presentado como un sujeto en el que concurren muchos de los principales componentes negrolegendarios: avaricia, lascivia, violencia, crueldad, fanatismo religioso. Una imagen e identificación propiciada por el propio Cortés, quien insistió en exhibir su condición de español así como la de sus compañeros, como bien ha observado Hugh Thomas, quien subraya su empleo de la palabra «españoles» en vez de «castellanos» o «cristianos». El de Medellín no introduce distinciones entre castellanos, extremeños o vizcaínos en sus *Cartas de relación*, dándoles a todos el denominador común de españoles.

Hernán Cortés será el símbolo de España, lo que le acarreará el odio de muchos de los cultivadores de la Leyenda Negra. Sirva como prueba de ello el poema debido al alemán Heine (1797-1856), para el cual Cortés era un «capitán de bandidos», que así es calificado el español en su poema *Vitzliputzli*, publicado en 1851:

En su cabeza llevaba el laurel
y en sus botas brillaban espuelas de oro.

Y sin embargo, no era el héroe,
ni era tampoco un caballero.
No era más que un capitán de bandoleros,
que con su insolente mano
inscribió en el libro de la fama
su nombre insolente: ¡Cortés!

Mas si esta es la visión más generalizada, la de Cortés como paradigma de la Leyenda Negra [10], diversos aspectos de su vida han servido para construir una serie de mitos de los que nos ocuparemos en esta obra.

Por citar algunos, reiteraremos su vinculación a la leyenda del regreso de Quetzalcóatl, a menudo citada para menoscabar su obra conquistadora.

Mitos que han envuelto a Cortés afectando a figuras indígenas como la de doña Marina, denostada por representar una suerte de entreguismo que todavía afectará al México soberanamente político y secularmente afectado, a decir de algunos, de *malinchismo*. Contrafigura de doña Marina será el irreductible Cuauhtémoc, siendo así que el trío Cortés-doña Marina-Cuauhtémoc ha dado gran juego en el terreno dramático que tanto contribuyó a consolidar los perfiles míticos de esta terna.

Por otra parte, muchos de los episodios de la conquista, cuya culminación marca el cénit heroico de Hernán Cortés, han sido mitificados. Prueba de ello es el episodio de la «quema de las naves», al que le dedicaremos un capítulo específico. No obstante, más allá de una cuestión tan puntual como la ocurrida en las costas de Veracruz, Cortés constituye una verdadera encrucijada, la resultante de la conflictiva situación que se vivió en la transición entre la conquista y la implantación del virreinato. Estas circunstancias contribuirán a su uso, y aún deformación, por parte de afines y detractores, pero también por parte de gentes de la política y de la iglesia, pues en él se cruzarán ambas perspectivas. A ello hemos de sumar la distinta percepción que

de él se tuvo en función de si era visto desde la perspectiva novohispana, luego mexicana, o de la de la España peninsular.

Dicho todo lo precedente, hemos de reiterar que la presente obra no pretende ser una biografía de Hernán Cortés. Tampoco hemos sometido a análisis la totalidad de la vasta bibliografía relacionada con Cortés, propósito prácticamente inabarcable, razón por la cual nos hemos servido de una serie de obras que entendemos suficientemente representativas como para reconstruir una serie de líneas punteadas que trazan diferentes retratos de la obra y el hombre —Hernán, Fernán, Hernando, Fernando— que gustaba de ser llamado Cortés. En concreto aquellas que tienen que ver con la imagen que de él se tiene así como de los mitos que gravitan sobre la figura del de Medellín.

No podemos cerrar este preámbulo sin mostrar nuestro agradecimiento a los españoles: Gustavo Bueno Sánchez, Alberto Esteban Muñoz, Carlos Madrid Casado, Emmanuel Martínez Alcocer, Daniel Muñoz de Cuerva, Íñigo Ongay de Felipe, Tomás Pérez Vejo, Juan Rodríguez Cuéllar, la Fundación Zuloaga y la Fundación Indalecio Prieto; los mexicanos: Karla de Alba, Ismael Carvallo Robledo, Juan Chiva Beltrán, Juan Antonio García Ramírez, Arturo Herrera Melo, Manuel Llanes García, Rodrigo Martínez Baracs, María del Carmen Máximo, comunicadora de la Parroquia de la Inmaculada Concepción de Ozumba y el Instituto Sudcaliforniano de Cultura; la rusa Natalia K. Denisova; y el ecuatoriano David Carpio Herrera.

Parte I
CORTÉS: EL HOMBRE Y SUS RELIQUIAS

Capítulo 1
CORTÉS EN VIDA. APUNTES DEL NATURAL

Como ya hiciera Julio César con sus escritos sobre la conquista de Las Galias, el primer narrador de sus hazañas fue el propio Cortés. Lo hizo por medio de las *Cartas de relación* enviadas a Carlos V, documentos que, dada su autoría, deben examinarse teniendo muy presente que fueron redactados en primera persona por parte de alguien que debía en gran medida justificar lo ocurrido tras su salida de Cuba. No obstante, es evidente que tales cartas ofrecen información no sólo de los hechos acaecidos desde que la flota española llegara a la costa, sino también del propio Hernán Cortés. Teniendo todo ello en cuenta, y asumiendo la posibilidad de deformación de los hechos, tras el cotejo de las mismas con otras fuentes coetáneas, tales cartas no se desvían en lo sustancial de los hechos principales acaecidos en el Continente.

Como ya se advirtió, la presente obra no pretende convertirse en otra biografía de Cortés, y ello a pesar de que a lo largo de la misma se pueda acumular tal cantidad de datos que, ordenados, pudieran ofrecer una semblanza aproximada del conquistador español. Subrayamos esto porque, tanto en las *Cartas de relación* como en el resto de materiales empleados, y puesto que Cortés es quien protagoniza este trabajo, lo que nos interesará es la imagen que del conquistador se irá construyendo en relación con las diversas facetas de su personalidad y, en otro sentido, la trascendencia de sus actos, pues de ambas se nutre lo que hemos llamado el mito de Cortés.

Por todo ello, esa narración de primera mano ofrece una valiosa información que ha de tenerse muy presente. En relación con su cronología, las misivas responden a esta secuencia: *Primera Carta*, julio de 1519, perdida o desconocida; *Segunda Carta*, escrita desde Segura de la Frontera el 30 de octubre de 1520 e impresa en 1522 por Jacobo Cromberger en Sevilla; *Tercera Carta*, redactada en Coyoacán el 15 de mayo de 1522 y también impresa por Cromberger; *Cuarta Carta*, con fecha del 15 octubre de 1524, impresa en Toledo por Gaspar de Ávila; y la *Quinta Carta*, escrita también en Tenochtitlán el 3 septiembre de 1526. En cuanto a su difusión, hemos de tener presente que su impresión estuvo interrumpida entre 1527 y 1749, si bien su primera publicación causó sensación en Europa.

Paralelamente a las cartas dirigidas al Emperador, existe otro grueso de correspondencia no oficial que permite un conocimiento distinto de Cortés. Entre el volumen de cartas salidas de su pluma, nos referiremos a las enviadas a su primo, el licenciado Francisco Núñez [11], procurador en la Chancillería de Valladolid y relator en el Consejo Real. Núñez era hijo del escribano Francisco Núñez de Valera y de Inés Gómez de Paz, hermana por parte de padre de don Martín Cortés en cuya casa vivió Cortés. Se trata de documentos que abarcan más de una década, entre 1527 y 1538, muchos escritos en la propia península, otros en Nueva España, en los cuales, sobre el trasfondo de reclamaciones a menudo relacionadas con negocios varios, se recortarán algunos perfiles de nuestro protagonista. En ellas, Cortés se muestra muy interesado por lo que ocurre en la Corte y confirma su habilidad con la pluma que con tanta profusión empleó a lo largo de su vida. Hemos de destacar en ellas las continuas muestras de lealtad que Cortés tributa al Emperador, cuestión esta que tiene especial valor si tenemos en cuenta que,

salvo inspección, estas cartas no debían trascender más allá de su destinatario.

El licenciado sirvió para conectar al padre de Cortés con la Corte y, tras el fallecimiento de éste, será quien represente al conquistador en España en una relación que irá deteriorándose con el tiempo al no obtener Núñez el salario deseado a cambio de sus servicios.

En las epístolas, Cortés se define como «algo colérico», habla de los embarazos de su esposa, de la pérdida de los hijos y de la muerte de su madre, Catalina Pizarro. Destaca también su preocupación por Martín, el hijo que tuvo con doña Marina, que habría de acompañarle a España en 1528, y a quien introdujo en la Corte consiguiéndole el nombramiento de miembro de la Orden de Santiago. También se observa su inquietud por el bienestar de las hijas de Núñez: Lucía y Beatriz, que llegaron a la Nueva España como integrantes del séquito de Juana de Zúñiga, y a quienes favoreció en su testamento a pesar de las tiranteces con su padre.

Tras la alusión a estos dos conjuntos de cartas de autoría cortesiana, podemos abordar la imagen que del conquistador español dieron quienes tuvieron contacto directo con él ya sea en las Antillas, en su incursión hacia el imperio mexica o en la España que lo vio nacer y morir. Unos retratos que tendrán tanto que ver con aspectos físicos como psicológicos, morales o políticos.

La visión sería incompleta si no tuviéramos en cuenta la que se formó desde el lado indígena o, por ser más precisos, las confeccionadas a través de medios de representación propios de estas sociedades. En ellos, una vez concluida la conquista, fue muy común que los colectivos que los confeccionaron tratarán de legitimar el poder que conservaban o que les había sido otorgado. Ha de tenerse en cuenta que la implantación imperial española mantuvo muchas estructuras preexistentes, razón por la

cual estos documentos tenían una inequívoca dimensión e intención práctica. En efecto, puesto que la conquista del imperio mexica sólo pudo ser posible una vez que Cortés estableció alianzas con algunos de los pueblos sojuzgados por Moctezuma y sus predecesores, tendrán especial interés documentos como el llamado *Lienzo de Tlaxcala*, del que nos ocuparemos más adelante tras hacer algunas consideraciones en relación a este pueblo.

Como es sabido, Cortés estableció una hábil política de alianzas con los pueblos dominados por los mexicas, estrategia históricamente empleada en España durante la Reconquista. En el nuevo territorio, tal estrategia hubo de conjugarse con otros factores como el hecho de que las sociedades con las que los españoles fueron estableciendo contacto estaban marcadas, siempre desde las coordenadas católicas, por su infidelidad y costumbres bárbaras, factores que sirvieron a Cortés para justificar la conquista. Como consecuencia aún más trascendente, las acciones de los españoles en América sirvieron como materia de un debate que tuvo como principales protagonistas a Las Casas y Sepúlveda, dando como resultado la construcción de un cuerpo legal, marcado por el factor religioso, que a menudo se ha interpretado como un precedente del derecho internacional [12]. Esta impronta ha de tenerse siempre presente en el análisis de lo ocurrido hace medio milenio, pues el cruce de las perspectivas política y religiosa fue frecuente, como se evidencia en estas palabras de Cortés que se refieren a las maniobras emprendidas por Pánfilo de Narváez al llegar a las costas mexicanas para capturarle. El conquistador se queja de los métodos seguidos por el enviado de Diego de Velázquez:

> Como si fuéramos los unos infieles y los otros cristianos o los unos vasallos de vuestra alteza y los otros sus deservidores. [13]

Si el paso de los españoles por el continente transformó este de manera decisiva, la situación que se vivía en estos vastos territorios distaba mucho de estar marcada por la armonía entre pueblos, por esa suerte de Arcadia feliz que se ha querido reconstruir de forma tan retrospectiva como acrítica. Veamos.

La principal alianza que estableció Cortés tuvo como protagonistas a los tlaxcaltecas, de los que daremos una pincelada que explique su sintonía, no exenta de hostilidad inicial, con los españoles.

Para encontrar sentido a esta alianza hemos de tener en cuenta, y ello a pesar de la quemas de libros y destrucción de documentación producida durante las luchas dinásticas previas a la llegada de los españoles, el relativo reciente dominio de los mexicas sobre otros pueblos del Anáhuac. Pueblo belicoso, el mexica sojuzgó a los preexistentes, argumento que también fue empleado para legitimar la conquista española, pues los mexicas pudieron verse como usurpadores. En efecto, la hegemonía de estos era relativamente reciente y, se había visto comprometida en 1504, cuando fueron derrotados por los tlaxcaltecas durante una guerra florida celebrada en esa fecha [14], victoria de la cual se derivaron importantes sanciones a Tlaxcala tales como la suspensión del comercio de materias tan importantes como la sal y el algodón [15]. En esta coyuntura, Cortés supo percibir y manejar el odio que los de Tlaxcala tenían hacia los de Tenochtitlán, empleándolo en su propio provecho y obteniendo los tlaxcaltecas, a cambio, la ansiada liberación del yugo mexica.

Hechas estas consideraciones, es evidente que los documentos elaborados por los indígenas son de gran interés para nuestros propósitos. Se trata, en los ejemplos que vamos a analizar, de piezas producidas tras la conquista, factor que debe ser tenido en cuenta porque tales trabajos, tutelados por personas o grupos ya insertos en la nueva organización sociopolítica novo-

hispana, estarán a menudo elaborados con intenciones concretas que van más allá de la pura narración de los hechos acaecidos.

El primero de estos documentos pictográficos que vamos a tratar es el llamado *Códice del Aperreamiento*, nombre que le diera José Fernando Ramírez. Se trata de un documento pintado alrededor de 1560 sobre una hoja de papel europeo de 31 × 43 cm y custodiado en la Biblioteca Nacional de Francia, que muestra hechos ocurridos en 1523. El dibujo, a color y acompañado de glosas en náhuatl, tiene como escena central a un español que sujeta con una cadena a un gran perro que ha hecho presa en el cuello de un indígena del que mana abundante sangre. En la parte superior, Hernán Cortés engalanado, al que la glosa antepone la condición de marqués, hace la señal de una «V» invertida con sus dedos, lo que se ha interpretado como un gesto que convoca a una reunión. Le acompaña doña Marina con un rosario en sus manos del que cuelga una cruz. Tal disposición de la pareja pudiera indicar que el propósito de Cortés es celebrar una ceremonia catequética, sin embargo, llama la atención el hecho de que el primero de los encadenados, colocados verticalmente en el margen derecho de la hoja, tiene en sus manos una espada, lo que sugiere una rebelión [16]. Finalmente, la parte inferior muestra a Andrés de Tapia, encomendero de Cholula, apoyado en una espada y hablando a dos indios. La presencia de un coyote en mitad de la escena sugiere que esta tiene lugar en Coyoacán.

El *Códice del Aperreamiento* nos remite, por su crudeza, a las ilustraciones de De Bry que tanto hicieron por la propagación y consolidación de la Leyenda Negra. Sin embargo, de tal documento no puede inferirse un generalizado maltrato al indio, pues la propia doña Marina también lo era. Por otra parte, si aceptamos la explicación de Batalla Rosado, lo que estaría plas-

mando el códice no es sino la punición, con la crueldad propia de unos tiempos en los que decapitaciones, ahorcamientos y mutilaciones estaban aceptados y regulados, de quienes se habían situado del lado de un Cuauhtémoc que siempre supuso una amenaza para la frágil paz alcanzada tras la toma de Tenochtitlán.

Una importante fuente para el conocimiento del mundo indígena lo constituye el *Códice Florentino*, que sirvió para dar forma a la *Historia general de las cosas de Nueva España* que el franciscano fray Bernardino de Sahagún (ca. 1499-1590) envió al Papa Gregorio XIII. El *Códice Florentino*, llamado así por conservarse en la Biblioteca Medicea Laurenziana de Florencia, estaba formado por doce libros repartidos en cuatro volúmenes, aunque actualmente sólo se conservan tres. El texto, iluminado con abundantes ilustraciones de clara influencia europea y escrito en español y náhuatl, es una obra enciclopédica fruto de una laboriosa tarea de recopilación iniciada en la década de 1540, con la colaboración del Colegio de Santa Cruz de Tlatelolco, que continuará su elaboración durante tres décadas en las que se emplearon cuestionarios dirigidos a personas principales. Por lo que a nuestro interés respecta, conviene fijarse en el Volumen III, Libro XII, que versa sobre la conquista de la ciudad de México, precedida de una serie de malos augurios coincidentes con la llegada de los españoles a las tierras dominadas por los mexicas. Destaca en la narración el encuentro de Moctezuma con Cortés, en el cual el emperador ofrece, o por mejor decir, devuelve, el trono al español. También se describe la matanza del Templo Mayor. En las imágenes, Cortés aparece a caballo encabezando su tropa y portando su estandarte, pero también acompañado a menudo de doña Marina, en una posición sedente que parece transmitir la imagen del político que sucede al militar.

Llama la atención, por último, la rendición de Cuauhtémoc en lugar de su prendimiento, del que dan cuenta Gómara y Díaz del Castillo en sus respectivas obras. El códice, no obstante, lo narra de este modo:

> Al señor de mexico Quauhtemotzin el mismo dia que se rindio le llevaron al lugar de acachimanco con todos los principales a donde era la aposento de Don hernando cortes. [17]

El *Códice Azcatitlan* es un documento pictográfico del segundo tercio del siglo XVI. El manuscrito original, incompleto y probablemente copiado en parte de otros más antiguos [18], lo constituía un cuaderno de papel europeo profusamente ilustrado. En él se relata la historia del pueblo mexica desde su partida en Aztlán hasta la llegada a Tenochtitlán, incluyendo descripciones de sus usos religiosos y de su poder político. La última parte está dedicada a la llegada de los españoles, el recibimiento de Moctezuma, la masacre del Templo Mayor, la conquista e incluso la posterior de los franciscanos, incluyéndose una escena de bautismo de indios. Introduce, en lo que respecta a cuestiones estilísticas, una torpe perspectiva que supone ya un gran avance.

Doña Marina acompaña en todo momento a un Cortés ricamente ataviado que, arropado por la tropa provista de armaduras y los tamemes, actúa bajo el estandarte del Espíritu Santo, símbolo que presidiría la conquista. La matanza del Templo también incluye el estandarte, sujeto ahora por un indígena. El documento, en suma, transmite la idea de un Cortés que encabeza la sustitución del paganismo y la idolatría por la religión católica. El sentido espiritual de la conquista queda así reforzado, si bien el hecho de que sea un mexica quien blande el estandarte en la ciudad, sugiere que ya está evangelizado, alimentando la polémica del sentido de la ceremonia y la causa de su celebración. También de la sinceridad de la conversión, si bien este aspecto, el de la veracidad de la creencia, debemos ponerlo en

consonancia con la importancia de un catolicismo que no sólo operaba en el ámbito de la fe, sino que constituía un rasgo esencial del Imperio español, del mismo modo que, salvando las distancias, la democracia de mercado lo es para los actuales Estados Unidos de Norteamérica.

Cortés volverá a aparecer en el documento al ser rescatado por un indígena durante la toma final de la ciudad, con los bergantines flotando en la laguna.

El códice también recoge otros hechos relevantes para nuestro trabajo, los que hacen referencia al túmulo imperial erigido con motivo de la muerte de Carlos V, y unos hechos que tienen relevancia para la imagen de Cortés tras su muerte, los que tienen que ver con la figura de un español decapitado. Nos referimos al supuesto intento de don Martín Cortés de tomar el poder en la Nueva España y coronarse como rey. Por lo que se refiere al muerto, su nombre era Alonso Dávila, principal instigador o acusado de tal delito junto con su hermano menor don Pedro Gil González, pues Martín Cortés salvó la vida, si bien esta mácula recaería sobre el apellido también de manera *ascendente*, afectando a la reputación de un Hernán Cortés ya fallecido.

La última ilustración muestra el asentamiento del modo hispano, con la presencia de eclesiásticos, un juez indígena que prueba la integración de los naturales en las nuevas instituciones, y dos ajusticiados en una picota vinculados al rebelde Dávila.

Si los códices citados son importantes, acaso el documento indígena más conocido sea el *Lienzo de Tlaxcala*, elaborado a mediados del siglo XVI. El *Lienzo* recoge la participación de los tlaxcaltecas en la conquista al lado de las fuerzas españolas. No se conoce su autoría —posiblemente fueron varias manos las que lo compusieron— ni se conserva el original, habiendo lle-

gado hasta nosotros copias elaboradas en los siglos XVI, XVIII y XIX.

En su confección y reproducciones existieron al menos dos propósitos que hemos de relacionar con la lealtad mostrada para con Cortés: por un lado el intento, por parte de unos tlaxcaltecas que hemos de considerar siempre estratificados socialmente, de quedar excluidos del pago de tributos; y en un segundo momento, ya en el siglo XIX, en el intento, por parte de Tlaxcala, de permanecer independiente del estado de Puebla, tal y como se expresa en las *Actas del Cabildo de Tlaxcala*, en las cuales se apela al documento, del que se hicieron tres copias: una para España, otra para el Virrey de la Nueva España y otra que se guardaría en el arca del Cabildo.

La Relación Geográfica de Tlaxcala, realizada por el intérprete tlaxcalteca Diego Muñoz Camargo (1529-1599), hijo de español e india, incorpora una parte pictográfica que pudo inspirarse en el original. Se trata del conocido como *Manuscrito de Glasgow*, que acompañaba a su propio texto. Es fácil deducir, teniendo en cuenta el hecho de que Muñoz Camargo fue hijo de un conquistador, el interés que este tenía en obtener la mayor difusión de un códice que favorecía los intereses de su grupo, el bando indígena, vencedor en suma. Sea como fuere, estas circunstancias muestran a las claras la inexistencia de dos bloques monolíticos y antagónicos: el español y el indígena. Es evidente que tales bloques no existieron, sino que lo que estaba en juego eran los intereses de grupos compuestos por gentes de ambos lados del Atlántico, que trataban de apoyar documentalmente sus peticiones.

Además de lo dicho, el envío al Emperador de un documento que mostraba la lealtad de los tlaxcaltecas a la causa cortesiana, española en el fondo, suponía también un intento de frenar la acción impositiva del virrey a tal provincia. El hecho de que

desde Tlaxcala se enviaran hasta seis embajadas a España, la primera de ellas en 1527, muestra el interés que había en fortalecer vínculos directos con la Corona. Es en la cuarta de ellas en la que se lleva el *Códice de Tlaxcala*, aunque se ignora si pudo llegar a las manos del Emperador. Al margen de sus resultados, en particular la obtención en 1563 del título de Leal Ciudad de Tlaxcala y de un escudo de armas para la misma, las embajadas tenían como uno de sus principales objetivos mantener la estructura social, linajes y formas de gobierno de los tlaxcaltecas. Será en la última de tales embajadas, entre 1582 y 1585, cuando el propio Muñoz Camargo haga entrega de su *Relación*, siendo consultada por Herrera quien, no obstante, tuvo en Cervantes de Salazar su principal fuente.

Por lo que se refiere al documento, este, tras omitir cuidadosamente las batallas que mantuvieron los tlaxcaltecas con las tropas de Cortés antes de ser derrotados y establecer la alianza con los españoles, recoge los aspectos más significativos de la conquista. En él aparecen los principales hitos bélicos, con la toma de Tenochtitlán como elemento principal. Si este es el hecho de armas central del Lienzo, el documento abunda en el compromiso establecido por los tlaxcaltecas con la causa española, razón por la cual aparecen incluso las guerras posteriores —Pánuco, Sinaloa, Guatemala— a la caída de la capital mexica. La omnipresencia de personajes tlaxcaltecas busca afianzar su protagonismo en el despliegue hispano, resaltando su fidelidad a Cortés por encima de otros pueblos que también jugaron un importante papel en la conquista. [19]

Si el factor guerrero es importante, no lo es menos la atención que se da a otro aspecto fundamental: el de la implantación de la religión católica. La preminencia tlaxcalteca también se reivindica en este terreno, haciendo aparecer a los de Tlaxcala como los primeros que se convierten al catolicismo, una con-

versión que se reelaboró para consolidar la idea de unos indígenas que prácticamente habrían abrazado voluntariamente la fe católica. Una pronta conversión que vendría dada por la observación, por parte del conquistador, de unas fervorosas muestras de fe idolátrica de los nativos que facilitarían una suerte de *conmutación* de la devoción religiosa. Lo cierto es que, como muestran las crónicas, tal voluntariedad no tuvo lugar a pesar de las exhortaciones hechas por el propio Cortés en este sentido. Sin embargo, la idea de unos tlaxcaltecas prontamente incorporados a la grey católica propiciaba su disolución e incorporación en la facción hispana, siendo así que los logros alcanzados por Cortés y los españoles se harán extensivos a los tlaxcaltecas no sólo en virtud de su decisiva participación en las batallas, sino por su condición de cristianos que combatían a infieles. Los tlaxcaltecas quedaban de este modo convertidos en conquistadores, es decir, en españoles, por cuanto un español de la época estaba determinado por su sujeción al rey español y su condición de cristiano católico. En este aspecto, la distinción racial no suponía un obstáculo.

En cuanto a las figuras que protagonizan el Lienzo, destaca la presencia de doña Marina, siempre al lado de Cortés, en su condición de intérprete. En relación con el conquistador, al margen de sus apariciones a caballo que han sido interpretadas como una suerte de alegoría de un Santiago Matamoros transterrado a América, Cortés aparece a menudo sentado en una silla de escribano, ya sea para adoptar un papel político o diplomático, ya para contemplar acciones evangelizadoras. Es este último aspecto el que se subraya en la escena en la que fray Juan Díaz, bajo la mirada de Cortés, bautiza a los cuatro caciques tlaxcaltecas, que trocan sus nombres por los de don Lorenzo, don Vicente, don Bartolomé y don Gonzalo. Juan Díaz, recordemos, fue el primero en oficiar una misa en el continente, du-

rante la expedición de Juan de Grijalva. La ceremonia se celebró el 20 de junio de 1518. En la expedición de Cortés, la primera misa la ofició fray Bartolomé de Olmedo en Chalchihuecan, a la que asisten los enviados de Moctezuma: Tentli y Cuitlalpítoc.

Hecho este sucinto repaso por unos códices en los que Cortés aparece como severo gobernante, evangelizador o libertador de Tlaxcala, nos referiremos a una serie de obras de autoría hispana que nos permitirán reconstruir la imagen que de él tuvieron sus coetáneos.

El primer autor del que nos vamos a ocupar es Francisco de Aguilar (1479-1571), compañero de Cortés que, tras la toma de Tenochtitlán y la explotación de una venta, se convierte en fraile dominico. Bernal se refiere a él como Alonso, nombre que tuvo antes de mudarlo por el de Francisco. Su obra, escrita cuando ya es octogenario, se titula *Relación breve de la conquista de la Nueva España* (1559) y es fruto de la petición hecha por sus compañeros de orden para que narrara los hechos vividos. Estructuralmente, la *Relación* está dividida en ocho jornadas teñidas de un acusado providencialismo que debemos conectar con el nuevo estado del antaño conquistador. La obra fue remitida a Felipe II por el Inquisidor, Arzobispo y Virrey de Nueva España, Pedro Moya de Contreras (h. 1527-1591) tras el fallecimiento de su autor, conservándose en la biblioteca de El Escorial y siguiendo un azaroso proceso de publicación.

Cortés entra en escena en la «Segunda jornada», luciendo sus cargos y condición —«alcalde ordinario, hidalgo y persona noble»—, junto a rasgos psicológicos: «hombre sagaz y astuto». Habla también Aguilar de la complicidad de Cortés con sus paisanos: «se hizo con ciertos extremeños amigos suyos» (Tercera Jornada), comentario que da cuenta de hasta qué punto los lazos de amistad, pero también de familiaridad y origen deben

tenerse en cuenta al analizar el despliegue de los españoles en el Nuevo Mundo.

Ante las tropas de Tlaxcala, Aguilar sitúa a un Cortés «muy magnánimo y de bravo y fuerte corazón», que trata de espantar el miedo de sus soldados al tiempo que los dispone «en buena ordenanza». No es este el único lugar en el que Aguilar encarece la valentía y animosidad de su capitán unidas a su severidad. Hacia el final de la *Relación* —«Octava jornada»— aparecerá un rasgo característico del temperamento de Cortés, provocado por el comportamiento de Olid cuando este «se levantó con la tierra y se alzó con ella» en el Yucatán. En estas circunstancias, la cólera de Cortés asomará de este modo: «El capitán Hernando Cortés, movido con pasión o enojo que le cegó, se determinó de ir por tierra con los mejores soldados…», acarreando el que fuera su mayor descalabro y fracaso.

Nada dice, sin embargo, Aguilar del físico de Cortés, al contrario de lo que hace con Moctezuma, al cual describe en detalle, valiosa información que aporta quien lo custodió en Tenochtitlán.

La obra de Andrés de Tapia (¿1498?-1561), emparentado con Diego Velázquez pero fiel a Cortés, lleva por título: *Relación de algunas cosas de las que acaecieron al muy Ilustre Señor don Fernando Cortés, marqués del Valle, desde que se determinó ir a descubrir tierra en la Tierra Firme del Mar océano*. Tapia fue un leal compañero de Cortés en América, participando incluso en la expedición a California. También estuvo a su lado en Argel, donde conoció a Gómara, a quien pudo informar de los hechos acaecidos en el Nuevo Mundo. Su obra se publicó en 1858, gracias al historiador mexicano Joaquín García Icazbalceta (1825-1894), que la incluyó en su *Colección de documentos para la historia de México*. La *Relación* de Tapia es una obra breve que narra los sucesos acaecidos desde la salida de Cortés de

Cuba hasta la victoria sobre Pánfilo de Narváez, y constituye un panegírico del conquistador que aporta, no obstante, datos de gran interés. Sirva de ejemplo la descripción que hace de la bandera que acompañaba al de Medellín, hecha de «fuegos blancos y azules, e una cruz colorada en medio; e la letra della era: «*Amici, sequamur crucem, et si nos fidem habemus, vere in hoc signo vincemus*». La letra es un lema de resonancias constantinianas que conecta la acción de Cortés con el mundo clásico.

En la *Relación*, Cortés que no deja pasar ninguna oportunidad de destruir los ídolos de los indígenas dentro de una crónica que incluye los célebres episodios de la lebrela o el del tiburón que llevaba un pecio, incluyendo treinta tocinos de puerco, en su interior, alimentos con los cuales saciaron su hambre los españoles.

Debemos también prestar atención a otro momento de su relato, aquel en el cual surge súbitamente, en medio de la primera batalla, la figura de un hombre sobre un caballo «rucio picado» que después desaparecerá. Sobre este armazón se irá construyendo el mito de la aparición providencial de Santiago, tan jocosamente puesta en duda por Bernal. El mito de Santiago tuvo indudables efectos posteriores en relación con las controversias que aparecerían entre las esferas política y la religiosa, e incluso en el seno de una Iglesia que sintió las rivalidades entre criollos y clérigos españoles peninsulares. En este aspecto, el de la propagación de la fe católica, Tapia subraya el celo con que Cortés se ocupó de la colocación de cruces y figuras de bulto en los adoratorios indígenas, acciones a las que hemos de sumar la violenta destrucción de los ídolos de Tenochtitlán, sustituidos en principio, ya que no había otras imágenes a mano, por la Virgen y san Cristóbal.

La obra de Tapia, que parte tras la estela de Grijalva, ofrece interesante información a propósito de las complejas relaciones

entre Velázquez y Cortés. El cronista señala cómo Velázquez, aliado del poderoso Obispo de Burgos, Juan de Fonseca, permite su incorporación en la expedición de Cortés, ya en marcha, para poder tener un infiltrado. La argucia del gobernador de Cuba fracasó, pues Tapia se involucró totalmente en los hechos protagonizados por el de Medellín.

Si las obras comentadas son importantes, el libro escrito por Francisco López de Gómara (1511-1559) sirvió como fuente para multitud de obras posteriores, contribuyendo a engrandecer aún más la figura de Hernán Cortés. Tras estudiar en Alcalá de Henares, donde se ordenó como sacerdote, Gómara vivió en Roma. Será a su vuelta cuando conozca a Cortés durante el primer viaje del conquistador a España [20], momento en el cual Cortés se hallaba en su plenitud. De este modo, Gómara habría sido testigo de las escenas que pintó en 1529 el acuarelista Weiditz, de las que hablaremos más adelante.

En ese momento Gómara era un clérigo adscrito al obispado de Osma, conectado con la Corte a través de García de Loaisa, presidente del Consejo de Indias y obispo de Osma. Mª del Carmen Martínez Martínez [21] sostiene que Gómara debió conocer a Cortés a finales de 1528 o comienzos del año siguiente en la ciudad de Toledo. Desde ahí le acompañaría hasta Zaragoza antes de que el conquistador tomara el camino de Béjar para casarse con doña Juana de Zúñiga. Tras la boda, Cortés regresó al lado del Emperador, quien en Barcelona le concederá el marquesado y los vasallos, el nombramiento de capitán general de la Nueva España y la disolución, así lo interpreta el nuevo marqués, de la primera Audiencia de México.

Tras la primera toma de contacto, Gómara, que nunca pisó tierra americana, se reencontrará con Cortés cuando este regrese a España en 1540, acompañándole en Argel y luego en Valladolid y Madrid, cuando en 1546 se traslada allí la Corte. Es en la

capital donde tendrá mayor contacto con el conquistador, pero también con Andrés de Tapia.

En relación a si Gómara tenía o no otra relación con Cortés, hay que señalar que Las Casas es el único que dice que fue capellán y confesor de Cortés, desempeño que no refieren ni Tapia, quien sí tuvo trato con Gómara, ni Bernal ni Cervantes de Salazar. Tampoco él dirá nada al respecto en sus sucesivas declaraciones, en las que únicamente manifestará que mantuvo conversaciones. Cabe pensar que Las Casas quisiera hacer de menos al clérigo al declararlo capellán de Cortés, razón que explicaría la apología realizada. En cuanto a Cortés, tan sólo hablará de un capellán, y lo hará en noviembre de 1545: Gaspar de Burguillos [22]. Por último, Gómara tampoco acompañó en su muerte a Cortés, algo que parece lógico esperar de un asistente espiritual. Dos serán los religiosos que acompañen al Marqués en ese postrero trance: Miguel de Arriaga y Jorge de Guzmán.

Probablemente Gómara se documentó por varias vías. De entre los testimonios que recoge de gentes cercanas a Cortés, destacan los que pudo obtener de su camarero, Pedro de Ahumada. Ya en el terreno libresco, debemos sumar su conocimiento de la obra de Pedro Mexía (1497-1551), cosmógrafo de la Casa de la Contratación de Sevilla.

Puesto que la obra de Gómara vio la luz años después de la muerte de Cortés, a las relaciones mentadas hay que añadir la que mantuvo con su hijo Martín, y el acceso que este pudo facilitarle a una serie de documentos. Estas circunstancias tienen un indudable peso en el relato que confeccionará Gómara, pues Martín Cortés (1533-1589) es una figura controvertida. De hecho, el heredero del conquistador trató de emplear su influencia para que la obra del clérigo, que aspiraba a la consideración de cronista, se publicara. Finalmente, en 1553 Martín Cortés dio a Gómara la suma de 500 ducados por haber escrito la *Historia*

General de las Indias, que se abre con una dedicatoria al II Marqués del Valle. [23]

Su obra, en la que ya llevaba trabajando al menos desde 1549, *Historia General de las Indias con todo el descubrimiento y cosas notables que han acaecido dende que se ganaron hasta el año de 1551. Con la conquista de México de la Nueva España*, se publica en Zaragoza la víspera de Navidad de 1552 —Cortés había muerto en 1547—, reeditándose en 1553 y 1554. En 1556 se publica en Italia, en 1569 en Francia, en 1578 en Inglaterra, si bien en 1553 el príncipe Felipe prohíbe el libro, lo cual es muy ilustrativo de la imagen de que gozaba Cortés en la Corte. Al margen del trato dado al conquistador, es importante prestar atención al final de la obra, un cierre revelador que enlaza con la doctrina de los justos títulos a la que tanto contribuyeron los hechos encabezados por Cortés lejos de las aulas, es decir, en el propio terreno que daría en llamarse Nueva España. Así dice Gómara remitiendo al lector a las conclusiones a que se llegaron en Salamanca [24]:

> Yo escribo sola y brevemente la conquista de Indias. Quien quisiere ver la justificación de ella, lea al doctor Sepúlveda, cronista del emperador, que la escribió en latín doctísimamente; y así quedará satisfecho del todo.

Vayamos, por último, a la descripción de Cortés hecha por Gómara en el capítulo CCLII de la *Historia de la conquista de México*, «Condición de Cortés»:

> Era Fernando Cortés de buena estatura, rehecho y de gran pecho; el color ceniciento [25], la barba clara, el cabello largo. Tenía gran fuerza, mucho ánimo, destreza en las armas. Fue travieso cuando muchacho, y cuando hombre fue asentado; y así, tuvo en la guerra buen lugar, y en la paz también. Fue alcalde de Santiago de Barucoa, que era y es la mayor honra de la ciudad entre vecinos. Allí cobró reputación para lo que después fue. Fue muy dado a mujeres, y diose siempre. Lo mismo hizo al juego, y jugaba a los dados a maravilla bien y alegremente. Fue muy gran comedor, y templado en el beber, teniendo abundancia. Sufría mucho la hambre con necesidad, según lo mostró en el camino de Higueras y en la mar que llamó de su nombre. Era recio porfiando, y así tuvo más pleitos que convenía a su estado. Gastaba liberalísimamente en la guerra, en mujeres, por amigos y en

antojos, mostrando escasez en algunas cosas, por donde le llamaban rico de avenida. Vestía más pulido que rico, y así era hombre limpísimo. Deleitábase de tener mucha casa y familia, mucha plata de servicio y de respeto. Tratábase como señor, y con tanta gravedad y cordura, que no daba pesadumbre ni parecía nuevo. Cuentan que le dijeron, siendo muchacho, cómo había de ganar muchas tierras y ser grandísimo señor. Era celoso en su casa, siendo atrevido en las ajenas; condición de putañeros. Era devoto, rezador, y sabía muchas oraciones y salmos de coro; grandísimo limosnero; y así, encargó mucho a su hijo, cuando se moría, la limosna. Daba cada un año mil ducados por Dios de ordinario; y algunas veces tomó a cambio dineros para limosna, diciendo que con aquel interés rescataba sus pecados. Puso en sus reposteros y armas: *Judicium Domini aprehendit eos, et fortitudo ejus corroboravit brachium meum*: letra muy a propósito de la conquista. Tal fue, como habéis oído, Cortés, conquistador de la Nueva-España; y por haber yo comenzado la conquista de México en su nacimiento, la fenezco en su muerte.

Como reacción a la confección de la crónica de Gómara, que así la denominamos por lo que tiene de sutura de relatos —Tapia, Cortés,…—, Bernal Díaz del Castillo (c. 1496-1584) escribe su *Historia verdadera de la conquista de Nueva España* tras haber redactado probanzas de méritos y demandas, y viajar a España para ser reconocido y recompensado. Bernal participó en las expediciones de Hernández de Córdoba y en la de Juan de Grijalba. Era hijo del regidor de Medina del Campo, Francisco Díaz del Castillo, quien compartió concejo con Garci Rodríguez de Montalvo [26], editor del *Amadís*, detalle que debe tenerse en cuenta no sólo en lo que respecta a su formación, sino también a la influencia que tal obra pudo ejercer sobre el célebre soldado.

Compuesta a la contra de la del clérigo, la obra del de Medina del Campo trataba de repartir la gloria adjudicada casi en exclusiva a Cortés por parte de Gómara entre la hueste a la que el mismo Bernal perteneció. Que, evidentemente, no sólo se trataba de alcanzar la gloria sino de obtener ganancias materiales al pasar a Tierra Firme, es algo que quedó patente tras la caída de Tenochtitlán. Bernal refleja la decepción de muchos de sus compañeros al comprobar los magros frutos de la conquista [27]. Uno de ellos, Juan de Mansilla, temprano hombre leal a Cortés,

compuso los «motes y metros» que aparecieron en los muros de la residencia de Cortés en Coyoacán. En las pintadas se percibe la amargura por lo poco obtenido tras correr tantos peligros:

> ¡Oh, qué triste está la ánima mea hasta que todo el oro que tiene tomado Cortés y escondido lo vea!.

A los que respondió el propio Cortés con esta frase:

> Pared blanca, papel de necios.

La respuesta de Cortés aún encontró una amenazante réplica:

> Y aun de sabios y verdades, e Su Majestad lo sabrá muy presto.

Mas si la hacienda estaba quebrantada tras exponerse a tantos peligros, Bernal trató poner de relieve la importancia de la compañía en las hazañas que Gómara atribuía casi en exclusiva al personalismo de Cortés.

El relato de Bernal, lleno de viveza, emoción e ironía, fue escrito en Guatemala mucho tiempo después de la conquista, cuando el anciano soldado residía allí. Aunque se estima que pudo finalizar su escrito en 1568, enviando una copia al Consejo de Indias, la *Historia verdadera de la conquista de Nueva España* se publicará en Madrid en 1632, si bien se cree que circuló mientras como manuscrito. La publicación fue posible gracias al mercedario fray Alonso Remón.

Si de Cortés se trata, en el libro tenemos descripciones físicas y apreciaciones de su actitud y moral. Citaremos la prolija traza del conquistador incluida en el capítulo CCIV, en el que se aprecia su evolución:

> Fue de buena estatura e cuerpo, e bien proporcionado e membrudo, e la color de la cara tiraba algo a cenicienta, e no muy alegre; e si tuviera el rostro más largo, mejor le paresciera; y era en los ojos en el mirar algo amorosos, e por otra parte graves. Las barbas tenía algo prietas e pocas e ralas, e el cabello, que en aquel tiempo se usaba, de la misma manera que las barbas. E tenía el pecho alto y la espalda de buena manera, e era cenceño e de poca barriga y algo estevado, e las piernas e manos bien sacadas. E era buen jinete e diestro de todas armas, ansí a pie como a caballo, e sabía muy bien menearlas; e, sobre todo, corazón y ánimo, que es lo que hace al caso. Oí decir que cuando mancebo en la isla Española fue algo travieso sobre mujeres e que

se acochilló algunas veces con hombres esforzados e diestros, e siempre salió con vitoria. E tenía una señal de cuchillada cerca de un bezo de abajo, que si miraban bien en ello, se le parecía, mas cubríaselo las barbas, la cual señal le dieron cuando andaba en aquellas cuistiones.

En todo lo que mostraba, ansí en su presencia y meneos como en pláticas e conversación, e en comer e en el vestir, en todo daba señales de gran señor. Los vestidos que se ponía eran según el tiempo e usanza, e no se le daba nada de traer muchas sedas ni damascos ni rasos, sino llanamente y muy polido; ni tampoco traía cadenas de oro grandes, salvo una cadenita de oro de prima hechura con un joyel con la imagen de Nuestra señora la Virgen Santa María con su hijo precioso en los brazos, e con un letrero en latín en loor de Nuestra Señora; e de la otra parte del joyel a señor San Juan Bautista, con otro letrero; e también traía en el dedo un anillo muy rico con un diamante. Y en la gorra, que entonces se usaba de terciopelo, traía una medalla, no me acuerdo el rostro que en la medalla traía figurado ni la letra dél; mas después, el tiempo andando, siempre traía gorra de paño sin medalla.

Servíase ricamente, como gran señor, con dos maestresalas e mayordomos e muchos pajes, e todo el servicio de su casa muy complido, e grandes vajillas de plata y de oro. Comía bien e bebía una buena taza de vino aguado que cabría un cuartillo, e también cenaba; e no era nada regalado ni se le daba nada por comer manjares delicados ni costosos, salvo cuando vía que había necesidad que se gastase o los hobiese menester. Era de muy afable condición con todos nuestros capitanes e compañeros, en especial con los que pasamos con él de la isla de Cuba la primera vez. Y era latino, e oí decir que era bachiller en leyes, y cuando hablaba con letrados e hombres latinos, respondía a lo que le decían en latín. Era algo poeta: hacía coplas en metros e en glosas, e en lo que platicaba lo decía muy apacible y con muy buena retórica; e rezaba por las mañanas en unas horas, e oía misa con devoción.

Tenía por su muy abogada a la Virgen María, nuestra señora, la cual todos los fieles cristianos la debemos tener por nuestra intercesora e abogada; e también tenía a señor San Pedro, a Santiago e a señor San Juan Bautista; e era limosnero. Cuando juraba decía: «En mi conciencia»; e cuando se enojaba con algún soldado de los nuestros, sus amigos, le decía: «¡Oh, mal pese a vos!»; e cuando estaba muy enojado se le hinchaba una vena de la garganta e otra de la frente; e aun algunas veces, de muy enojado, arrojaba un lamento al cielo; e no decía palabra fea ni injuriosa a ningún capitán ni soldado. Y era muy sofrido, porque soldados hobo muy desconsiderados que decían palabras muy descomedidas, e no les respondía cosa muy sobrada ni mala; y aunque había materia para ello, lo más que les decía: «Callá e oíd»; o «Id con Dios, y de aquí adelante tené más miramiento en lo que dijéredes, porque os castigaré por ello».

Era muy porfiado, en especial en cosas de la guerra, […].

Dejemos esta plática, e diré que cuando luego venimos con nuestra armada a la Villa Rica e comenzamos a hacer la fortaleza, el primero que cavó e sacó tierra en los

cimientos fue Cortés; e siempre en las batallas le vi que entraba en ellas juntamente con nosotros. […]

Pasemos adelante, e quiero decir que cuando entramos otra vez en México al socorro de Pedro de Alvarado, e antes que saliesemos huyendo, cuando subimos en el alto cu de Huichilobos, vi que se mostró muy varón, puesto que no nos aprovecharon nada sus valentías ni las nuestras. Pues en la derrota e muy nombrada guerra de Otumba, cuando nos estaban esperando toda la flor e valientes guerreros mexicanos e todos sus sujetos para nos matar, allí también se mostró muy esforzado cuando dio un encuentro al capitán e alférez de Guatémuz, que le hizo abatir sus banderas e perder el gran brío de su valeroso pelear de todos sus escuadrones que contra nosotros peleaban. […]

No quiero decir de otras muchas proezas e valentías que vi que hizo nuestro marqués don Hernando Cortés, porque son tantas e de tal manera, que no acabaré tan presto de las relatar. E volveré a decir de su condición, que era muy aficionado a juegos de naipes e de dados, e cuando jugaba era muy afable en el juego e decía ciertos remoquetes que suelen decir los que juegan a los dados. E era en demasía dado a mujeres e celoso en guardar las suyas. Era muy cuidadoso en todas las conquistas que hicimos, e una noche e muchas noches rondaba y andaba requiriendo las velas e entraba en los ranchos e aposentos de nuestros soldados, e al que hallaba sin armas o estaba descalzo los alpargates le reprendía, e le decía que «a la oveja ruin le pesa la lana», e le reprendía con palabras agras. Cuando fuimos a las Hibueras vi que había tomado una maña o condición que no solía tener en las guerras pasadas: que había comido, si no dormía un sueño, se le revolvía el estómago e revesaba e estaba malo. E por escusar este mal, cuando íbamos camino le ponían debajo de un árbol o de otra sombra una alfombra que llevaban a mano para aquel efeto, o una capa, y aunque más sol hiciese, o lloviese, no dejaba de dormir un poco, e luego caminar. E también vi que cuando estábamos en las guerras de la Nueva España era cenceño y de poca barriga, e después que volvimos de las Higüeras engordó mucho e gran barriga, e también vi que se paraba la barba prieta, siendo de antes que blanqueaba. También quiero decir que solía ser muy franco cuando estaba en la Nueva España e la primera vez que fue a Castilla. E cuando volvió la segunda vez, en el año de IVS XL, le tenían por escaso e le pusieron pleitos un su criado que se decía Ulloa, hermano de otro que mataron, que no le pagaba su servicio.

E también, si bien se quiere considerar y miramos en ello, después que ganamos la Nueva España siempre tuvo trabajos e gastó muchos pesos de oro en las armadas que hizo en la California; ni en la ida de las Hibueras tuvo ventura ni, tampoco me parece la tiene agora su hijo don Martín Cortés: ¡siendo señor de tanta renta, haberle venido el gran desmán que dicen de su persona y de sus hermanos! ¡Nuestro Señor Jesucristo lo remedie y al marqués don Hernando Cortés le perdone Dios sus pecados!

Bien creo que se me habrán olvidado otras cosas que escrebir sobre las condiciones de su valerosa persona… [28]

Junto a este vivo retrato de Cortés, la *Historia verdadera de la conquista de Nueva España* ofrece numerosos datos que sirven para despojar al conquistador de la aureola personalista que le acompaña en muchas de sus biografías, comenzando, naturalmente, por la de Gómara.

Presentadas estas visiones españolas, si no contrapuestas sí complementarias, podemos continuar nuestro repaso acudiendo al siciliano Lucio Marineo Sículo (1460-h. 1533), profesor de la Universidad de Salamanca que prestó gran atención a Hernán Cortés, a quien incluye en su *De Hispaniae Memorabilis* (Alcalá de Henares 1530). La obra pretendía ser una historia general de España estructurada en cuatro libros en los que dedica un importante espacio a los varones ilustres. Entre ellos figura Hernán Cortés, que recibe elogios tales, que el historiador se plantea crear un estilo nuevo ajustado a tan destacada personalidad. He aquí sus palabras:

> Res novas et admirabiles quas Ferdinandus Cortesius nostris temporibus gessit summis laudibus dignas et immortalitate, scribere vehementer optans, novum quaero scribendi genus, novum laudationis ordinem, sed certe, ut verum fatear, non invenio.

En el texto se deduce que Marineo ha tenido contacto con él durante su primer viaje a España. No obstante, en la reimpresión de 1533 se suprimieron, por disposición de la Corona, los folios que contenían las vidas de los varones ilustres, incluida la de Cortés. En tales páginas, el de Medellín había sido comparado con Hércules, Jasón, Alejandro y Julio César por su valía militar y política, aventajando a todos ellos por su dimensión evangélica. El establecimiento de paralelismos entre los hombres que se mueven en el presente de la conquista americana y los grandes héroes de la Antigüedad fue muy frecuente, prueba de ello es el hecho de que el mismo Hernán Cortés llegó a pon-

derar la figura de Cristóbal de Olid con Héctor. Ello no impidió que fuera degollado en Honduras tras rebelarse contra Cortés, acaso por la «falta de consejo» que en él observó Bernal.

De estirpe gomariana es la siguiente obra que vamos a comentar: *De rebus gestis Ferdinandi Cortesi*, publicada en 1858 por Joaquín García Icazbalceta. El texto es obra, seguimos aquí la tesis de Elena Pellús Pérez [29], del poeta Juan Cristóbal Calvete de la Estrella (¿?-1593), pese a que durante mucho tiempo fue atribuido a Gómara. La confusión se produjo por el anuncio que el propio Gómara hacía en su *Historia general de las Indias* de su intención de escribir una historia en latín sobre la vida del conquistador. Dicha atribución se mantuvo a pesar de que el traductor de la copia de 1782 en la que se basó García Icazbalceta para publicar su *Vida de Hernán Cortés*, apuntaba como posible autor al propio Calvete de la Estrella. *De rebus gestis Ferdinandi Cortesi* debió escribirse entre 1548 y 1560, y consta de once hojas folio manuscritas cosidas, si bien se encuentra incompleto.

La obra, que bebe al menos en las fuentes de Gómara y de Anglería, narra la vida de Cortés desde su mismo nacimiento hasta los prolegómenos de su partida a Tierra Firme, quedando fuera de su alcance la conquista mexicana. No obstante, Calvete de la Estrella aporta abundantes detalles del Cortés que se desenvuelve en las Antillas. El autor se detiene en la descripción de los naturales y en la conquista de Cuba, en la que Cortés figura al lado de un Velázquez amistoso que, no obstante, se enemistará con el extremeño a causa de las intrigas de terceros. Encarcelado Cortés, se dará a la fuga y se refugiará en una iglesia. La maniobra no impedirá una nueva captura de Cortés y su confinamiento en una nave, de la que también escapa. Las escaramuzas, no obstante, terminarán en una reconciliación y el restablecimiento de una precaria amistad.

Resconstruidas las relaciones, Calvete narra las diferentes expediciones emprendidas por los hombres de Velázquez, comenzando por la desastrosa de Francisco Fernando de Córdoba y siguiendo, con más detalle, la de Grijalva, «amigo y cosanguíneo» de Velázquez, en la que participa Alvarado. Finalmente, Velázquez recurre a Cortés, quien es descrito con los atributos de un hombre astuto, valeroso, audaz y dispuesto para la guerra. Un hombre religioso que solicita la autorización de los monjes jerónimos —Alfonso de Santo Domingo, Luis Figueroa y Bernardino Manzanedo— que gobiernan La Española [30], antes de ir a auxiliar a Grijalva y rescatar, es decir, adquirir oro por medio del trueque. Cortés, nombrado capitán, aumenta su poder y comienza los preparativos de su marcha, de los cuales Calvete aporta numerosos detalles, bajo la mirada recelosa de Velázquez, actitud percibida por un Cortés que «se protege esos días con una loriga debajo del vestido, y se rodea de soldados armados a los que había hecho sus amigos de confianza». [31]

Calvete refuta a Fernández de Oviedo en relación al costeamiento de la expedición, e incluso se refiere al juicio de residencia al que sería sometido Cortés en los siguientes términos:

Éste dice que Córdoba, Grijalva, Panfilo y Cortés habían recibido de Velázquez las naves de las que fueron capitanes. En realidad, Grijalva y Panfilo las recibieron, Córdoba y Cortés no las recibieron, porque también Pedro Mártir lo afirma. Pues escribe que Córdoba, Salcedo y Morantes habían preparado con sus propios gastos tres naves, sin embargo, cuando habla de las diez carabelas de Cortés, dice que la flota había sido preparada solamente con el permiso del gobernador.

Hay además muchos españoles buenos que aún viven y que estaban presentes cuando esa armada de la que tratamos estuvo dispuesta. Éstos, en la defensa de su causa, de la que Cortés fue acusado en el Consejo Real de Indias, aseguraron como testigos, bajo juramento, que Velázquez no había gastado absolutamente nada de su propia hacienda en la flota de Cortés, después de que Velázquez había vendido muchas cosas a muchos y muy caras, e incluso había tomado como préstamo, y que en dos barcas que tuvo había reunido mucho más de lo que era justo. Después, el procurador de éste, Juan Diez, recibió de los deudores en México los precios de todas estas cosas. Sin duda, para eso mismo Velázquez lo había enviado con la expedición, pero como diremos en su lugar, él pereció con toda su riqueza cuando Cortés fue ex-

pulsado de México. Lo que realmente le procuró Cortés fueron vestidos y mercancías, y más cosas para intercambio y para rescatar del oro. [32]

También frente a Oviedo sostiene Calvete de la Estrella la legitimidad de la expedición de Cortés, por haberse hecho cargo de todos los gastos y mantener su lealtad al emperador Carlos, a quien «propagó su imperio». Calvete incluso relaciona las acusaciones de falsedad, conspiración y lesa majestad de que fue objeto el conquistador con el hecho de que Velázquez fuera un protegido del obispo Fonseca, primer presidente del Consejo de Indias. Para avalar tales tesis alude al juicio que se hace de Cortés en 1522 en Valladolid, del cual el conquistador sale airoso.

El libro se detiene justo antes de la partida de Cortés hacia tierra firme. Allí donde «Cortés sacude con guerras el orbe de otras tierras, con tan pocos medios consigue tan gran imperio para Carlos, y abre el primero de todos los españoles la Nueva España, en la que está la nobilísima ciudad de México». [33]

También en Italia tuvieron eco las hazañas de Cortés. El obispo de Nocera, Paulo Jovio (1483-1552), en su obra *Elogios o vidas breves de los caballeros antiguos y modernos, ilustres en valor de guerra* (1551), traducida en Granada 1568 por Gaspar de Baeza, incorpora a Cortés a un conjunto en el que figuran Alejandro, Aníbal, Escipión, Colón, el Gran Capitán o Carlos V de un modo distinguido: «…entre los famosos españoles que, navegando por el Océano y descubriendo nuevas tierras, han alcanzado nombre ilustre», encareciendo la faceta evangelizadora por encima de la de conquistador. Gonzalo Jiménez de Quesada, en su *Antijovio*, habla de la admiración del italiano:

> Después de lo qual gasta el Jobio los tres capítulos que quedan de aquel su libro, en alabar (y con grandísima rrazón, quan grande se puede encareçer) tres señalados barones, que fueron Blasco Núñez de Balboa, Adelantado de la Nueba Castilla, y Hernando Cortés, marqués del Balle, en la Nueba España, y Hernando Magallanes, descubridor del estrecho de su nombre (Cap. 37).

Tras decir esto, remite al lector «de cosas de Yndias» a, entre otros, Gómara.

Una vez repasadas estas obras, conviene advertir que, terminada la conquista de Tenochtitlán, la figura de Cortés describe lo que comúnmente se ha interpretado como un lento declive hasta su muerte. Un ocaso atribuido, desde ciertas posiciones, como el abandono de la buena estrella que le habría acompañado hasta alcanzar el cénit de su trayectoria vital. Prueba de esta interpretación es el número de obras, señaladamente las que presentan a un Cortés heroico, que reconstruyen el proceder de Cortés hasta su apoteosis bélica, la batalla de Otumba, siendo frecuentes las producciones que terminan con la toma de Tenochtitlán e incluso con otros momentos anteriores. Pocas avanzan más allá de la mítica batalla —recordemos los elementos sobrenaturales que se le añaden—, excepción hecha de las que se recrean en la ejecución de Cuauhtémoc. Cortés moriría con 62 años, y todos los brillantes hechos de armas ocurren antes de que cumpla los 37.

El comienzo del declive suele situarse tras la fallida expedición a Las Hibueras, nada más comenzar el juicio de residencia, al que los representantes de Cortés incorporarán numerosos descargos. A su regreso, en 1528, Cortés viajará a España requerido por Carlos V, con quien se entrevistará varias veces sin que el conquistador obtenga el reconocimiento esperado. Cortés dirigirá ya en Madrid un memorial al Emperador mientras en la Nueva España las instituciones propias del Imperio español, entre ellas la Audiencia, tras la constitución del Cabildo en diciembre de 1522, cobraban vigor. Cortés, nombrado gobernador, capitán general y justicia mayor de la Ciudad de México en 1523 ha de enfrentarse a un largo y tortuoso juicio de residencia mientras sigue a Carlos V y envía regalos al papa Clemente VII en la primavera de 1529, en la cual se casará con doña Jua-

na de Zúñiga, hija del conde de Aguilar y sobrina del duque de Béjar.

El juicio de residencia al que fue sometido Cortés tiene, como ocurre con numerosas instituciones hispanas, hondas raíces. Existen precedentes de tales balances en el mundo clásico, pudiendo remontarnos, tal y como indica Hugh Thomas [34], al Código de Zenón del siglo V en el Imperio Romano de Oriente y, sin duda, a un precedente más cercano: *Las Siete Partidas*.

La progresiva implantación de instituciones españolas en el Nuevo Mundo, cuya punta de lanza tierra adentro la constituyeron Cortés y sus compañeros, puede servirnos para reformular el tan comentado declive de Hernán Cortés. En efecto, al margen de las suspicacias que pudiera provocar un Cortés que pudiera «alzarse con la tierra», por emplear la terminología de la época, el metellinense sirve de nexo entre dos metodologías. Tras la avanzadilla que suponían los conquistadores y primeros pobladores, se ponían en marcha una serie de instituciones que desplazaban las acciones personales o caudillistas. El mismo Cortés, en Veracruz, abrió el camino a esta transformación al fundar un municipio y dirigirse directamente a la Corona rompiendo con Velázquez. No debe, pues, extrañar que tras la pacificación de Tenochtitlán su plaza de armas fuera albergando las diferentes sedes de los poderes imperiales, en los cuales no tenía un fácil encaje alguien como Cortés. El día 13 de agosto de 1521 comenzaría a fraguar la *pax hispanica*, de aliento civilizador, como muy bien supo captarlo Lucas Alamán hace dos siglos, quien con acierto compara el método español con el proceder inglés:

> A diferencia del que otras naciones han seguido en sus colonias, no se las consideró meramente como establecimientos productivos, sino que se las hizo partícipes de todo cuanto había en la metrópoli. Si atendemos al plan seguido por el gobierno inglés, con respecto á sus establecimientos ultramarinos, veremos que han sido considerados bajo dos diferentes aspectos: en los unos, formados por la emi-

gración de una parte de la población de la metrópoli á paises ocupados por tribus salvages, solo se ha atendido á los intereses de los emigrados, y para esto la población nativa ha sido enteramente expelida, como sucedió en las colonias inglesas del Norte de América que hoy son los Estados-Unidos, los cuales siguen el mismo sistema: ni uno solo de los naturales del país queda ya existente en él, pues sea comprándoles sus posesiones ó exterminándolos como á los Seminóles, se les hace abandonar la tierra á la nueva población que exclusivamente se apodera de ella. En otras regiones en que la población nativa era crecida y en un cierto grado de civilización, sin hacer esfuerzo ninguno para mejorar su condición, solo se atiende á sacar de ella la mayor utilidad posible, ya por el consumo exclusivo que hace de los artículos de la metrópoli, ya por los tributos que paga, y así es que después de doscientos años de dominación inglesa, las tinieblas de la idolatría cubren todavía los paises del Indostan, y la viuda del Malabar sube á quemarse en la hoguera con el cuerpo de su marido, como la víctima de Huitzilopoztli subia en el templo mayor de Mégico á ser inmolada en las aras de aquella sanguinaria divinidad. [35]

Aunque el imperio mexica quedó sujeto al emperador Carlos, es preciso también advertir de una posibilidad en la que no suele repararse, la apuntada por Bernal en la *Historia verdadera de la conquista de Nueva España*, cuando alude a la necesidad de que tales tierras convenían a un infante o gran señor. Este argumento se desliza en la carta que dirigen al Emperador por medio de los procuradores Alonso Hernández Portocarrero y Francisco de Montejo. Dicha epístola se escribe desde Veracruz:

Y después de hecha esta relación e otras cosas, dimos cuenta y relación cómo quedábamos en estos sus reinos cuatrocientos y cincuenta soldados en muy gran peligro entre tanta multitud del pueblo e gentes belicosos y muy grandes guerreros, para servir a Dios y a su real corona. Y le suplicamos que en todo lo que se nos ofreciese nos haga mercedes, y que no hiciese merced de la gobernación destas tierras ni de ningunos oficios reales a persona ninguna, porque son tales y ricas y de grandes pueblos y cibdades, que convienen para un infante o gran señor. Y tenemos pensamiento que como don Juan Rodríguez de Fonseca, obispo de Burgos y arzobispo de Rosano, es su presidente y manda a todas las Indias, que lo dará algún su debdo o amigo, especialmente a un Diego Velázquez que está por gobernador en la isla de Cuba. Y la causa es porque se le dará la gobernación u otro cualquier cargo, que siempre le sirve con presentes de oro, y le ha dejado en la misma isla pueblos de indios, que le sacan oro de las minas; de lo cual había primeramente de dar los mejores pueblos a su real corona. Y no le dejó ningunos, que solamente por esto es dino de que no se le hagan mercedes. Y que como en todo somos muy leales servidores y hasta fenecer nuestras vidas le hemos de servir, se lo hacemos saber para que tenga noticia de todo. Y que estamos determinados que hasta que sea servido que nuestros procuradores, que allá

enviamos, besen sus reales pies y vea nuestras cartas y nosotros veamos su real firma, que entonces, los pechos por tierra, para obedecer sus reales mandos. Y que si el obispo de Burgos, por su mandado, nos envía a cualquier persona a gobernar o a ser capitán, que primero que se obedezca se lo haremos saber a su real persona a doquiera que estuviere; y lo que fuere servido de mandar, que lo obedeceremos, como mando de nuestro rey y señor, como somos obligados. Y demás destas relaciones, le suplicamos que entretanto que otra cosa sea servido mandar, que le hiciese merced de la gobernación a Hernando Cortés; y dimos tantos loores dél, y tan gran servidor suyo, hasta ponelle en las nubes.

Y después de haber escrito todas estas relaciones, con todo el mayor acato y humildad que podimos y convenía, y cada capítulo por sí, y declaramos cada cosa cómo y cuándo y de qué arte pasaron, como carta para nuestro rey y señor, y no del arte que va aquí en esta mi relación. Y la firmamos todos los capitanes y soldados que éramos de la parte de Cortés, e fueron dos cartas duplicadas. [36]

En la carta, por un lado se mostraba la hostilidad de esta facción hacia Fonseca y Velázquez, pero por otro, la idea de darle las tierras a «un infante o gran señor» no iba referida, creemos, a una figura abstracta, sino que podía aludir a don Fernando, el hermano de Carlos que en 1526 se ceñiría la corona de Hungría y Bohemia, y que gozaba de gran aprobación por haberse criado en España. Precisamente con Fernando mantuvo Cortés una duradera relación a través de su secretario Martín de Salinas [37], tal y como puede comprobarse en la obra de Bernal, en la que afirma que Cortés le ha enseñado varias veces las cartas recibidas en México tras enviar a Viena sus presentes.

Esta relación, es razonable pensar que Cortés y don Fernando se conocieran en la Corte, pudo contribuir a aumentar los recelos que se tuvieron en torno al conquistador. Por otro lado, la idea de que alguien de sangre real tuviera la gobernación de las nuevas tierras parece prefigurar el proyecto que, siglos más tarde, trazara el Conde de Aranda al proponer el envío de infantes a los virreinatos americanos. [38]

Momento es de regresar a las nefastas Hibueras. Es allí donde se produce la primera *muerte* de Cortés. Nos referimos a las sospechas de su fallecimiento, dada su prolongada ausencia de la

Ciudad de México, tras su partida en pos de Cristóbal de Olid en octubre de 1524. La sombra de la duda en relación con su suerte quedó recogida el 22 de agosto de 1525 en las *Actas del Cabildo*, meses después de que en marzo de ese año Carlos V hubiera nombrado a Cortés Adelantado de Nueva España, concediéndole un escudo de armas. Esto es lo que se escribió en las actas:

> Sepan todos los vezinos y moradores y estantes y abitantes en esta Cibdad como estando ayuntados en su Cabildo segund que lo han de uso y de costumbre los Señores justicia y rexidores de esta Cibdad biendo la publica boz y fama del Señor Governador Hernando Cortes y como era muerto y las novedades que a avido en lo de los capitanes generales y tenientes del gobernador de esta Nueva España y los alborotos y escándalos que sobre los dichos oficios a avido especialmente el sábado en la noche que agora paso con el ayuntamiento de gentes que hizo Rodrigo de Paz contra los Señores tenientes de governador en grand deservicio de sus magestades y daño y perdimiento que pudiera recreser de la tierra levantándose los naturales de ella como otras bezes lo han hecho… [39]

El 31 de mayo del año siguiente, tras su paso por La Habana, un pregón hacía pública una carta enviada desde San Juan de Chalchicueca por un mermado Cortes que ya se hallaba de regreso y enterado de los desórdenes ocurridos en su ausencia, entre los cuales se contaba el apoderamiento de sus bienes. La epístola acallaría las luctuosas sospechas. El 19 de junio Hernán Cortés volverá a entrar en la ciudad de México, días antes de que el juez Luis Ponce de León llegue para comenzar el juicio de residencia que no pudo siquiera poner en marcha por fallecer inmediatamente. El juicio, no obstante, comenzará bajo la dirección del anciano Marcos de Aguilar —primo hermano de Jerónimo de Aguilar—, que moriría en marzo de 1527.

Paralelamente a estos hechos, hay que subrayar que el gobierno de Nueva España cayó en manos del tesorero real Alonso de Estrada (1470-1530), a quien se creía hijo ilegítimo del rey Fernando. En cuanto al tortuoso proceso, destaca la hostilidad que para con Cortés empleó Bernardino Vázquez de Tapia, acu-

sando al conquistador de amasar una inmensa fortuna, construir palacios torreados, y llevar una vida disoluta y promiscua que acompañaba de su pasión por el juego. Las acusaciones concluyeron en abril de 1529. Cortés recurrió inmediatamente a García de Llerena, quien esgrimió como primer argumento de la defensa la manifiesta enemistad que separaba a los acusadores de su defendido. En julio de 1530 Cortés retornó a Nueva España.

El juicio de residencia fue reabierto a principios de 1534 con un nuevo cuestionario que fue presentado por los amigos de Cortés en el cual se incluye el llamado capítulo secreto, compuesto por 42 preguntas.

Tras la recepción de la nueva documentación, la Audiencia reanudó el proceso en abril hasta llegar al otoño de 1537. Por la misma desfilarán los partidarios de Cortés: Luis Marín, Andrés de Tapia, Juan Jaramillo, Francisco de Montejo, Alonso Hernández Portocarrero, Alonso de Villanueva, Francisco de Terrazas, Juan de Ortega, Juan de Salcedo, Francisco de Solís, Gonzalo Rodríguez de Ocaña, Francisco Dávila. A estas gentes que estaban unidas a Cortés por diversos vínculos tales como el parentesco, el paisanaje, las finanzas o la participación en la conquista, hemos de sumar a tres religiosos, presencia que dará una nueva dimensión a la defensa de Cortés. Se trata de los franciscanos fray Toribio de Benavente *Motolinía*, fray Pedro de Gante y fray Luis de Fuensalida, favorables todos al Marques, y de los cuales no cabe sospechar que mintieran.

Finalmente, y aunque el Consejo de Indias recopiló toda la documentación, el proceso no se resolvió al no emitirse conclusión alguna, dejando en el aire la veracidad de las acusaciones y acaso las miserias de alguno de los acusadores.

Todo ello ocurrirá antes del segundo viaje de Cortés a España, acompañado de su hijo Martín y de nuevos memoriales y

cartas de agravios con los que trataba de defenderse de la acción del Virrey Mendoza. Se abre entonces el último tramo de su vida, que transcurrirá en la órbita de la Corte. Un romance, en el que anacrónicamente se habla de Felipe en lugar de Carlos, que se publicará un siglo más tarde, da una idea aproximada de la vida que llevó el conquistador en su último regreso a España:

En la Corte está Cortés
del católico Felipe,
viejo y cargado de pleitos,
que así medra quien bien sirve.

La imagen que transmiten los versos, debe ser, no obstante, tomada con cautela, pues aunque Cortés no obtuvo en el mundo cortesano todo el reconocimiento que él creía merecido, el conquistador gozó de fama y reconocimiento. En definitiva, el Cortés de este romance no deja de ajustarse a ese arquetipo del héroe mal recompensado en el ambiente cortesano tras regresar victorioso del campo de batalla.

Hernán Cortés regresó al escenario bélico en 1541, cuando participó, acompañado de sus hijos Martín y Luis, en el desastre de Argel. En esta jornada su experiencia militar no fue tenida en consideración acaso porque, pese a que ya le acompañaba una aureola de gran conquistador, sus compatriotas creyeron que las condiciones del enemigo al que había que acometer en esta ocasión eran muy diferentes a las de aquellos a los que venció en el Nuevo Mundo. A este revés, comentado en obras históricas y literarias, hemos de añadir la merma económica que supuso para él la pérdida de las esmeraldas con las que acudió a esas tierras, sin duda creyendo que tales piedras pudieran serle útiles para el pago a soldados, como ya había hecho en los años de la conquista mexicana.

Es también en este último período cuando recibe los furibundos ataques de Las Casas, que tan crítico fue con el con-

quistador, al que consideraba la quintaesencia de los vicios hispanos. Sin embargo, Cortés es apreciado en la Corte, primero por Carlos I, y después por su hijo Felipe, hasta el punto de asistir a la boda del príncipe con María de Portugal.

Su instalación en Valladolid en 1542 tiene gran relevancia, pues allí coincidirá con Juan Ginés de Sepúlveda, teólogo que polemizó con Las Casas empleando muchos materiales de los que Cortés fue su proveedor. Sepúlveda es autor del *Democrates alter,* obra de enorme trascendencia. En ella, el personaje llamado Leopoldo afirma haber estado con Cortés en el Palacio del príncipe don Felipe. Es a lo largo del coloquio cuando Demócrates traza su teoría, de raigambre aristotélica, en relación a aquellos hombres que son siervos por naturaleza:

> Y siendo esto así, bien puedes comprender ¡oh Leopoldo! si es que conoces las costumbres y naturaleza de una y otra gente, que con perfecto derecho los españoles imperan sobre estos bárbaros del Nuevo Mundo é islas adyacentes, los cuales en prudencia, ingenio, virtud y humanidad son tan inferiores á los españoles como los niños á los adultos y las mujeres á los varones, habiendo entre ellos tanta diferencia como la que va de gentes fieras y crueles á gentes clementísimas, de los prodigiosamente intemperantes á los continentes y templados, y estoy por decir que de monos á hombres.

No era, evidentemente, Sepúlveda el único hombre notable con el que tenía relación Cortés. En Valladolid, a donde regresaría tras viajar como cortesano, se rodeó de gentes de letras que participaban en una tertulia, gentes como don Pedro de Navarra (c. 1504-1567), autor de los *Diálogos de la preparación de la muerte*, en los cuales parece aludirse a un Cortés ya decadente. En su *Diálogo* cuarto traza uno de los últimos retratos del Marqués del Valle:

> Has perdido la juventud, la hacienda, las fuerzas y la propia libertad; y te hallas cano, sin dientes, sin bienes, sin contento y sin esperanza; lleno de deudas… [40]

En 1546 se instala en Madrid [41] y es acosado por las deudas. Poco después planea su regreso a México. A la traza de esta última decadencia, posterior a la comentada, contribuiría Voltaire,

tesis sostenida por Emilia Pardo Bazán en los siguientes argumentos:

> Ha corrido en muchos libros, aunque es probablemente invención de Voltaire, la anécdota que pinta á Cortés viejo, achacoso, con traza humilde, tratando de acercarse á la carroza de Carlos V para entregarle un memorial; al Emperador, preguntando desdeñoso: "¿Quién es ese hombre?", y á Cortés respondiendo: "Soy quien os ganó más reinos que ciudades habéis heredado."
>
> Repito que no hay base histórica en este cuento, pero expresa y concreta la amarga verdad de la ingratitud regia, el olvido de los servicios más altos y el desconocimiento del genio por sus contemporáneos, por los mismos que le han debido altísimo favor. [42]

Hernán Cortés, cansado de peregrinar por la Corte sin recibir los premios que correspondían a sus méritos, había decidido refugiarse en un distinguido círculo de amigos o particular academia, sin que sepamos si tal tertulia tuvo lugar en Madrid o en Sevilla [43]. Según Pedro de Navarra, por ella desfilaban el cardenal Poggio, el arzobispo Cagliari, el predicador de la Corte Domingo del Pico, el Comendador Mayor de Castilla Juan Destúñiga o el virrey de Sicilia, Juan de Vega. También se ha apuntado a la participación de Cervantes de Salazar o de poetas como Gutierre de Cetina y Hurtado de Mendoza.

La siguiente escala, la última, será Sevilla. En la segunda quincena de octubre de 1546 Cortés viaja a la ciudad hispalense para recibir a su hija María, cuya venida de Nueva España se esperaba con el propósito de contraer matrimonio con don Álvaro Osorio.

Es allí donde, el 12 de octubre de 1547 dicta su prolijo testamento —en el que dejaba encargadas dos mil misas por sus compañeros muertos en la conquista de Nueva España— ante el escribano público Melchor de Portes y los testigos Juan Gutiérrez Tello, Juan de Saavedra, Antonio de Vergara, Diego de Portes, Juan Pérez y Pedro de Trejo; estos dos últimos notarios de la mencionada ciudad.

La muerte de Hernán Cortés, acaso por disentería, se produjo el viernes 2 de diciembre de 1547 en la localidad sevillana de Castilleja de la Cuesta. El conquistador contaba con 62 años y tenía una salud quebrantada, como señala Gómara al advertir que al partir hacia Sevilla «iba malo de cámaras e indigestión» [44]. Cortés expiró, tras recibir los últimos sacramentos administrados por fray Pedro de Zaldívar, en la casa de su amigo Alonso Rodríguez de Medina. Sus últimas palabras, según la tradición, aludían a sus pleitos con el Virrey y sus peticiones a Carlos V:

> ¡Mendoza… nó… nó… Emperador… te, te lo prometo… 11 de noviembre… mil quinientos… cuarenta y cuatro!

Por lo que respecta a su cuerpo, en su testamento solicitaba ser enterrado en la iglesia de la parroquia donde muriese. Sin embargo, tal documento fue modificado y se dio a los albaceas la libertad para decidir sobre sus restos.

El 4 de diciembre de 1547 el féretro se depositó en una cripta familiar del monasterio sevillano de San Isidoro del Campo del duque de Medina Sidonia, con el que ya tenía trato desde su primer viaje a España. Su hijo Martín Cortés compuso el siguiente epitafio:

Padre cuya suerte impropiamente
aqueste bajo mundo poseía;
valor que nuestra edad enriquecía,
descansa ahora en paz, eternamente.

En su *Historia general y natural de las Indias*, Gonzalo Fernández de Oviedo habla del entierro y la primera tumba del conquistador:

> … que don Juan Alonso Guzmán, duque de medina Cidonia, como gran señor y verdadero amigo de Hernán Cortés, celebró sus exequias y honras fúnebres la semana antes de la Navidad de Chripsto, Nuestro Redemptor, de Sevilla, é con tanta pompa é solempnidad como pudiera hacer con muy grand príncipe. É se le hizo un mausoleo muy alto é de muchas gradas, y encima un lecho muy alto, entoldado con todo aquel ámbito é a la iglesia de paños negros, é con incontables

hachas é cera ardiendo, é con muchas banderas é pendones de sus ramas del marqués, é con todas las ceremonias é oficios divinos que se pueden é suelen hacer á un grand príncipe un día á vísperas é otro á misa, donde le dixeron muchas, é se dieron muchas limosnas á pobres. É concurrieron quantos señores é caballeros é personas principales ovo en la cibdad, é con el luto el duque é otros señores é caballeros; y el marqués nuevo o segundo del Valle, su hijo, lo llevó é tuvo el ilustrísimo duque é par de sí: y en fin, se hico en esto lo posible é sumptuosamente que se pudiera hacer con el mayor grande de Castilla. [45]

Sus restos, no obstante, hallarían poco descanso, como veremos en el siguiente capítulo.

Capítulo 2
LAS RELIQUIAS DE CORTÉS

Si ya hemos hablado de la imagen de Cortés mientras vivió, resulta interesante ver el ajetreado proceso que siguieron sus restos mortales, pues estos no han estado exentos de instrumentalizaciones vinculadas a grupos que sostenían posiciones ideológicas enfrentadas, y para los cuales Cortés, vivo o muerto, seguía siendo útil.

Habíamos dejado sepultado a Cortés en el Monasterio de San Isidoro del Campo, donde fue enterrado en depósito junto al altar mayor, lugar escogido por los Duques para su propio entierro. Tal circunstancia hizo que sus restos fueran desplazados, «en una caja de palo», a los pies del altar de santa Catalina el 9 de junio de 1550. Doce años más tarde, en 1562, se presentó la primera oportunidad de que los restos pasaran a Nueva España, aprovechando el traslado de su hijo, Martín Cortés, al Virreinato. Sin embargo, parece que esto no se produjo hasta 1566, encontrando su primer acomodo novohispano en la Iglesia de san Francisco de Texcoco, donde estaban enterrados su madre y sus hijos Catalina y Luis. La discreción con la que llegaron los restos de Cortés a Nueva España es explicable por producirse en el contexto de la conspiración de su hijo, los Ávila y un conjunto de encomenderos descontentos.

En la iglesia de san Francisco en Texcoco reposó Cortés, no si algún cambio interior de ubicación, pues los franciscanos lo movieron dos veces, una al enterrarlo en un nicho detrás del Sagrario, y otra al colocarlo en la parte posterior del retablo.

La siguiente fecha que nos interesa es la del comienzo del año 1629. Es entonces, al morir don Pedro Cortés, IV Marqués del Valle y último descendiente masculino del conquistador, cuando se decide darle tierra en la iglesia de los franciscanos de la Ciudad de México, organizándose un solemne funeral el 24 de febrero de 1629 tras el cual quedaron los restos dentro de un conjunto funerario formado por «un lienzo representando al Conquistador, el escudo de sus armas, y donde se conservaba también el guión ó estandarte que se decía había servido en sus empresas bajo un dosel acompañado de un lienzo con su figura» [46]. Las pinturas —banderas, tarjas, armas, muertes, barandillas, pirámides y basas— fueron obra de Estévan de Orona Celi, también llamado Estévan de Baraona, vecino de la ciudad. [47]

La urna que contenía los huesos, con su escudo de armas pintado, quedó tras una puerta doble de hierro y madera dorada con cristal y la siguiente inscripción: *Ferdinandi Cortés ossa servatur hic famosa.* Las Actas del Cabildo de la Ciudad de México recogieron con detalle todo lo relativo a esta tumba y las ceremonias asociadas a la misma:

> […] en 30 de Enero de dicho año, acordó el Sr. Arzobispo de México, D. Francisco Manso de Zúñiga y el señor Virey de México, Marques de Cerralvo, que se hiciesen estos dos entierros juntos en uno, honrándolos principalmente á los huesos de Cortés: fué el entierro en San Francisco de México; salió de las casas del Marques del Valle; fueron adelante todos los estandartes de las cofradías; fueron todas las órdenes de frailes; fueron todos los tribunales de México; fue la audiencia de los oidores; iba el dicho Arzobispo y cabildo de la Catedral de México, y en este lugar iba el cuerpo del Marques D. Pedro Cortés en un ataud descubierto y detras los huesos de D. Hernando Cortés en un ataud de terciopelo negro, cerrado: llevaba á un lado un guion de raso blanco con un crucifijo, y Nuestra Señora, y San Juan Evangelista, bordado de oro; y del otro lado las armas del Rey de España, bordadas en oro, este guion á la mano izquierda de terciopelo negro: con las armas del Marques del Valle, bordado de oro; y los que llevaban los guiones iban armados; y detras del Señor Arzobispo con todos los prebendados, y detras los enlutados, y un caballo despalmado todo enlutado; todo lo dicho con mucho órden: luego proseguian todos los tribunales y la universidad, y tras estos iba la audiencia y el Virey, con mucho acompañamiento de caballeros; y tras de estos iban cuatro capitanes armados, con sus plumeros, picas en los hombros ; y tras es-

tos iban cuatro compañías de soldados con sus arcabuces, y otros picas, y detras banderas arrastrando, y los tambores cubiertos de luto: llevaban los huesos oidores, y el cuerpo del Marques D. Pedro Cortés caballeros del hábito de Santiago: la concurrencia era inmensa, y hubo seis posas donde ponian los ataúdes, todas las órdenes de frailes en cada posa decian un responso.

Pero la inquietud por los huesos de Cortés no cesaría. El 14 de septiembre de 1790, el Virrey Revillagigedo, dirige un oficio al Barón de Santa Cruz de San Carlos, gobernador del Estado y Marquesado del Valle, solicitando fondos:

Gastos hay que aunque parezcan nuevos, no pueden menos de aprobarse y celebrarse por el mismo que debe hacer el desembolso: tal seria el de construir un magnífico sepulcro, cual corresponde al ilustre y esclarecido Hernán Cortés, cuyo nombre sólo excusa todo elogio, y aun cuando sus ilustres sucesores, herederos de su gloria, de sus honores y de sus cuantiosas rentas, no tuvieran con qué costearlo, contribuiría con gusto y satisfacción al efecto todo buen español, y desde luego yo seria el primero que ofrecerla mi caudal, persuadido á que este era el más digno objeto á que se pudiera destinar.

El oficio fue remitido a Madrid al Duque de Terranova y Monteleone, heredero de Cortés. Don Diego María Pignatelli, contestó el 22 de Octubre de 1791, disponiendo que al lado del Evangelio y en el presbiterio de la iglesia del Hospital de Jesús [48] se erigiesen dos sepulcros, uno para el Conquistador y otro para su nieto D. Pedro.

El 30 de abril de 1792 se contrató al Arquitecto D. José del Mazo, ejecutor de la obra realizada con «piedra de jaspe, sincotel ó villería y tecali, y ejecutando el busto y escudo de las armas en bronce dorado á fuego, D. Manuel Tolsa, Director de la Academia de San Carlos; importando todo 3,054 pesos, de los cuales recibió Mazo 1,554 y 1,500 Tolsa». La inscripción del sepulcro rezaba así:

Aquí yace el grande héroe Hernán Cortés, conquistador de este reino de Nueva España, gobernador y capitán general del mismo, caballero del orden de Santiago, primer marqués del Valle de Oajaca y fundador de este santo hospital é iglesia de la Inmaculada Concepción y Jesús Nazareno. Nació en la villa de Medellin, provincia de Extremadura en España, año de 1485, y falleció á 2 de diciembre de 1547 en la villa de Castilleja de la Cuesta, inmediata á Sevilla. Desde esta se le condujo al convento de la orden de San Francisco en la de Tezcuco, y de esto el

año de 1629 á sus casas principales en esta ciudad de Mégico, con motivo de haber fallecido en las mismas á 30 de enero su nieto D. Pedro Cortés, cuarto marqués del referido título del Valle de Oajaca. En 24 de febrero de dicho año de 1629, habiendo precedido el fúnebre aparato correspondiente á tan grande héroe, con asistencia de los Sres. arzobispo y virey, real audiencia, tribunales, cabildo, clero, comunidades religiosas y caballeros, se depositaron en diferentes cajas abuelo y nieto, en el sitio en que se hallaban en la iglesia del convento de San Francisco de esta ciudad, de donde se traslado á este panteón en 2 de Julio de 1794, Gobernador el marqués de Sierra Nevada.

El 8 de noviembre de 1794 la urna se trasladó al Hospital de Jesús, acompañándose de treinta blandones de plata [49]. La ceremonia se anunció con campanas por toda la ciudad y fue oficiada por el dominico fray José Servando de Mier Noriega y Guerra (1763-1827). En la homilía por el alma de Cortés, un sermón que por propia confesión en sus memorias era encargo del virrey, lo elogió por haber «destruido la idolatría, los sacrificios humanos sangrientos y traído y comunicado la luz del evangelio a los que moraban en las tinieblas de Egipto». La comparación con Moisés no era nueva, pues ya la había establecido Mendieta en su *Historia eclesiástica indiana*.

Todo ello ocurría apenas un mes antes de que el 12 de diciembre de 1794, festividad de Guadalupe, fray Servando pronunciara el célebre sermón [50] en el cual afirmaba que Sto. Tomás Apóstol había cristianizado el continente en el siglo I, al tiempo que se aseveraba que la imagen de Guadalupe era «célebre y adorada en la cima plana de esta sierra de Tenanyuca donde la erigió templo, y colocó Santo Tomas». Una virgen que quedaba unida al propio santo, pues «la imagen de Guadalupe no está pintada sobre la tilma de Juan Diego sino sobre la capa de Santo Tomás Apóstol de este reino». La identificación entre Sto. Tomás y Quetzalcóalt estaba servida sin necesidad de ver en Cortés al viejo dios blanco y barbudo regresado.

La búsqueda de piezas que pudieran servir de base para afirmar una evangelización previa a la llegada de los españoles, cor-

tando de este modo tales vínculos, tiene precedentes en las actuaciones del abogado novohispano José Ignacio Borunda (1740-1800) [51], tan destacado en la excavación, en 1790, de la Plaza de Armas; o en una más lejana, la del exjesuita Carlos de Sigüenza y Góngora, director de las excavaciones de Teotihuacán en 1675, que veía en Quetzalcóatl a Sto. Tomás.

Momento es de dar otro salto en el tiempo para situar en escena a Lucas Alamán dentro de un contexto político tan agitado que llegó al punto de que el gobierno mexicano propusiera que el 16 de septiembre de 1823 [52] se exhumaran los restos de Cortés y fueran llevados al quemadero de San Lázaro. Conocida la noticia, la noche del 15 de septiembre de 1823, Lucas Alamán (1792-1853), administrador del duque de Terranova y Ministro del Interior y de Relaciones Exteriores —quien señala la presencia de D. Fernando Lucchesi, apoderado del señor duque de Terranova y Monteleone, que dispuso de la caja con los huesos—, junto al capellán mayor del Hospital, don Joaquín Canales, extrajeron los huesos del mausoleo y los colocaron bajo la tarima de la iglesia, donde estuvieron al menos hasta 1827. El mausoleo fue desmantelado en 1833, debido a la acción de la ley nacionalizadora de 26 de noviembre, abolida por Santa Anna el 6 de julio de 1834. El busto y armas de bronce dorado se enviaron a Palermo, haciendo creer que iban acompañados de los huesos. Uno de los crédulos de tal viaje fue el propio Carlos María de Bustamante, en gran medida contrafigura de Alamán —si bien salvaba de la herencia española el catolicismo —, que precisaba que los restos de Cortés no yacían ya en la iglesia:

> … hoy están en Italia, y ya desapareció su sepulcro de la Iglesia de Jesús Nazareno. Nótese, que Cortés exhumó muchos cadáveres de caciques Mexicanos, por sacar de sus sepulcros tesoros… Tampoco sus cenizas reposaron en paz: ¡juicios de Dios! [53]

Con los ánimos públicos más calmados, en 1836 Alamán manda abrir un nicho en el muro del lado del Evangelio, que se cierra sin referencia alguna. En este nicho reposarán en secreto los restos de Cortés durante 110 años. Siete años después, en 1843, Alamán entrega a la Embajada de España una copia del «Documento del año 1836» que detallaba el lugar preciso del entierro del Marqués. Esta copia se mantuvo en secreto hasta hacerse pública de manera inesperada. Paralelamente a esta discreta línea oficial, la familia Alamán custodió una llave de la urna que llegó hasta las manos del bisnieto de don Lucas, el cortesófilo Alfonso Alamán Borneque (1907-1965) [54], conocedor, junto con otras dos personas —dato que la prensa internacional de la época publicó en diversas ocasiones—, de la ubicación de la urna funeraria, y figura importante en la definitiva exhumación.

El histórico movimiento de los huesos de Cortés no fue, hasta ese momento, un secreto, como podemos advertir en estas palabras de Luis de Solís y Manso, VI Marqués de Rianzuela (¿? -1892), en su obra *La sombra de Hernan-Cortés, ó discurso que dirige a la nación el héroe de Nueva-España* (Sevilla, 1857). En ella es el espectro del conquistador quien lanza esta lastimera queja:

> Con esto y avanzado en años, viviendo en la escuridad, y devorando en silencio los crudos desengaños de la ingratitud, llamó á mis puertas la muerte mas ayna que pensaba, reclamando su presa; antes que en vida lo fuera de muchos envidiosos, que ni aun en la soledad de mi retiro dejaban de revolver mis huesos, haciendo negra anatomía de mi honra. [55]

Con los huesos de Cortés a buen recaudo, la ignorancia en cuanto a su lugar de reposo alimentó una polémica entre Luis González Obregón y Ángel de Altolaguirre.

En 1906, Luis González Obregón publicó un ensayo, «Los restos de Hernán Cortés. Disertación histórica y documentada» (*Anales del Museo Nacional*, México 1906), que comienza co-

mentando una noticia aparecida en *The Mexican Herald* que informaba de una reunión celebrada en Madrid entre el Ministro de Relaciones y el Ministro de México en la que se abordó la posibilidad de trasladar los restos de Cortés a España. Es de suponer que el planteamiento de dicho traslado se realizaba con el conocimiento del lugar en el que se hallaban los huesos del conquistador. El proyecto suscitó polémica y González Obregón optó por dejar los restos de Cortés en tierras mexicanas. Sin embargo, una pregunta comenzó a cobrar forma: ¿estaban los restos de Cortés realmente estaban en México?

La cuestión no era nueva, pues —citamos de nuevo a González Obregón— *El Popular* de México, el 13 de octubre de 1903, aseveraba, aludiendo a un reciente telegrama, que los huesos, la urna que los contenía y el busto, junto al pedestal, se hallaban en la casa del procurador D. Sebastián Alamán, domiciliado cerca del Hospital de Jesús, datos todos ellos negados por González Obregón. El documento refutado también señalaba a Lucas Alamán como «nieto de Cortés». Y en efecto, Alamán, como mexicano, lo era al menos políticamente, pues en su *Historia de Méjico* (1849-1852) —nótese el significativo uso de la j — consideraba a Cortés el padre de la patria mexicana, tesis que sostendrán otros más adelante, entre ellos Vasconcelos. Pero sobre todo, lo que interesa de esa información es la afirmación de que los restos habían ido a parar a Italia en 1786, por decisión del tercer duque de Monteleón, si bien estos volverían a la iglesia de Jesús gracias al siguiente duque, permaneciendo en ella hasta el revolucionario 1824, error de fecha que señala Obregón.

Es entonces, seguimos la sedicente reconstrucción, cuando Alamán y Monteleón, alarmados por las revueltas que se están produciendo, esconden los restos y comunican su ubicación al doctor Canalis, que a su vez permitiría que las reliquias volvie-

sen a la casa de los Alamán, donde el bibliotecario nacional, señor Ágreda, los identificó. En tal contexto, sería Sebastián Alamán quien sugeriría la idea de donar los restos para el panteón de hombres ilustres de la patria mexicana que se estaba construyendo.

La historia está bien trabada, si bien los restos de Cortés nunca pisaron Italia, como demostró González Obregón reconstruyendo su itinerario y desmontando los muchos errores contenidos en tal información. Sin embargo, esto no es esto lo más interesante de su escrito, sino otra negación, la que realiza a la afirmación de Pedro Sainz de Baranda de que los restos de Cortés nunca salieron de España. La tesis es sostenida en un escrito titulado «Castilleja de la Cuesta», del *Diccionario geográfico, estadístico, histórico de España* (Madrid 1829), de Miñano, en el cual se afirma que los restos de Cortés se encuentran en España, sospecha fundada en que «el francés José I dispuso, en 21 de Junio de 1810, que fueran trasladados á Méjico, y no se tiene noticia de que el traslado se efectuara». No obstante, como subraya González Obregón, el viaje a México de los huesos está bien documentado en ambos lados del Océano.

Entre los testimonios, además de los de Bernal o Torquemada, cita la obra *El Corregidor Sagas* (1656), de Bartolomé de Góngora (c. 1578-1657), en la que aparece un curioso dato sobre el año de la muerte de Cortés y el cráneo del conquistador. En cuanto a la fecha del fallecimiento, dice que 1547 fue «año peligroso por ser climatérico superior»; por lo que respecta a su testa: «hoy está su cuerpo en S. Francisco de México y su calavera es de una pieza sin comezura, porque la naturaleza señaló al más señalado del Universo».

Prosigue González Obregón narrando la entrega del cuerpo y añade:

El Prior y algunos monjes de San Isidro, mandaron abrir la caja adonde venía el difunto, y abierta, le descubrieron el rostro para que fuese conocido de los presentes, el cual fue reconocido por el de D. Hernando Cortés, dándose por recibidos del cuerpo los frailes y el superior, para entregarlo «cada y cuando fuese pedido por su hijo ó su apoderado.»

Así concluye su disertación, en la que introduce su interpretación de la figura de Cortés:

Bien censuradas ya las máculas que tuvo el más célebre y el más afamado de los conquistadores castellanos; mejor elogiadas sus sobresalientes cualidades como hábil político y capitán valeroso; desechados los temores que pudieron haberse tenido de que sus restos hubiesen sido ó sean profanados; sería un acto de justicia reconstruír el monumento sepulcral que existía en el templo del Hospital de Jesús, ó levantarle otro monumento en algún sitio adecuado, para recordar á la posteridad que allí reposaban tranquilas las cenizas del fundador de una Colonia y de una Raza, que constituyeron más tarde la nacionalidad independiente de la hoy República Mexicana.

Como se ha dicho, el militar e historiador español Ángel de Altolaguirre (1857-1939) terció en la polémica sirviéndose del *Boletín de la Real Academia de la Historia* —Madrid 1906, Tomo 48, pp. 410-412— para acusar al mexicano de no haber sido capaz de precisar el momento en que se trasladaron los restos al Nuevo Mundo, a pesar de que este apunte a una fecha anterior al año 1568. La conclusión más contundente es que Obregón tampoco indica dónde están los restos…

Así quedó la ósea cuestión hasta que en el año 1946, en el seno del colectivo republicano español exiliado en México, saltó la sorpresa al aflorar, de manera irregular, la documentación entregada por Alamán el siglo anterior. A continuación se exponen una serie de documentos que debo a don Alonso J. Puerta, Presidente de la Fundación Indalecio Prieto. Todos ellos estaban conservados en el archivo personal de Prieto.

El primero de ellos, «Cómo se violó el secreto Cortés», es un recorte de *Prensa Gráfica* (México, D.F., jueves 28 de noviembre de 1946), y en él se narra la conducta del subsecretario de la Presidencia del Consejo de Ministros, José de Benito, quien

sustrajo los documentos de la caja fuerte en que se conservaban, siendo neutralizado antes de salir con ellos en dirección a Europa. La búsqueda del nicho en el que reposaba Cortés vendrá dada, finalmente, por la extravagante participación de Fernando Baeza, quien no reveló de qué modo llegó a sus manos una copia de los mismos. En cualquier caso, la rocambolesca escena sirvió para hallar los huesos tantas veces manipulados:

Cómo se violó el secreto de Cortés

Revuelo por el Robo de los Documentos Depositados en la Embajada Española en México

Ha correspondido a nuestro fraternal colega *LA PRENSA* el destacar los aspectos más apasionantes del reciente descubrimiento de los huesos de Hernán Cortés; efectivamente, ayer anunciaba que en torno al documento que permitió la identificación de los restos, iba a estallar un escándalo de desmesuradas proporciones.

El documento en cuestión fue robado de la Embajada española; aunque gracias a los cuidados del actual Embajador pudo recuperarse. Personas poco escrupulosas hicieron, sin autorización de quien podía darla, una copia del mismo, y fue la que permitió descubrir los restos.

He aquí una síntesis de este sensacional acontecimiento:

Los huesos de Hernán Cortés fueron enterrados subrepticiamente en 1836, comprometiéndose a guardar el secreto las personas que en este acto tomaron parte: entre ellas el célebre historiador don Lucas Alamán.

El secreto fué desde entonces, transmitida de padres a hijos. En la época en que estaba en México el general Prim, una de las personas por aquel entonces conjuradas, depositó en la Embajada de España una copia del acta que, al hacerse el entierro clandestino, se levantó.

Este depósito fue considerado tradicionalmente, en la Embajada Española, como sagrado. Por el edificio de las calles de Londres han desfilado personajes de raigambre monárquica como Polavieja; republicanos como Gordon Ordás; socialistas como Alvarez del Vayo; por encima de todas las ideologías quedaron ligados por el secreto diplomático y nadie reveló jamás el contenido de aquellos documentos, que para muchos de ellos eran incluso, desconocidos.

Tampoco el actual Embajador señor Nicolau d'Olwer, uno de los intelectuales más destacados entre los españoles de ahora, competentísimo historiador y muy versado en Humanidades, ha sido quien rompiera el secreto tan celosamente guardado durante un siglo, de acuerdo con las tradicionales normas del espíritu caballeresco español.

Tan triste sino —aunque los resultados del mismo hayan sido nada menos que el descubrimiento de los restos del Conquistador— ha correspondido a un auténtico

"metiche", que responde al nombre de José de Benito. Según informes que han sido proporcionados por Indalecio Prieto, ese señor, político segundón y arriviste, siempre en busca de la protección de los que mandan, que jamás ocupó en España puestos de responsabilidad alguna, aunque actualmente sí lo tenga en el Gobierno republicano español, aprovechó la confianza que en él se depositó para revisar los documentos que estaban depositados en la Embajada Española.

Dándose cuenta de la importancia de los mismos, los llevó a su casa y según se dice, intentó llevárselos a Europa, cuando el gobierno de Giral se trasladó a París, no sin antes por interpósita persona, sondear las posibilidades que había de realizar con los mismos alguna operación comercial.

Gracias a la entereza y diligencia del Embajador español, los documentos volvieron adonde jamás debieron salir.

Entre estas personas figura Fernando Baeza, un joven refugiado, íntimo de José de Benito. Este Baeza es conocido en los medios españoles por su escaso seso y menor preparación. Aunque presume de "intelectual" no se conoce ninguna actividad suya que pueda darle fama de tal.

Con un grupo de sus amigos discutió la importancia de ese documento y decidieron ponerlo en conocimiento del historiador mexicanos Alberto María Carreño, quien, como se sabe, llevó a cabo el resto de las investigaciones.

En los medios de republicanos españoles existía esta mañana un gran disgusto al ser conocidos los detalles que han quedado expuestos y que, repetimos, adelantó *LA PRENSA*. Una prominente personalidad republicana nos manifestó que el hecho de que ese secreto hubiera sido revelado solamente puede atribuirse a la reconocida impreparación y ligereza del señor De Benito, que contrasta con la de otros funcionarios que también tenían conocimiento de la existencia de ese documento que, sin embargo, jamás se atrevieron a violar.

El Documento que ha permitido localizar los restos de Hernán Cortés se encontraba depositado en la Embajada española (abajo). Un funcionario, el señor José de Benito (que aparece en la foto superior acompañando al Embajador Nicolau d'Olwer) ha revelado el secreto guardado celosamente por la misión diplomática española durante un siglo. Gracias a la diligencia del señor Nicolau d'Olwer el documento en cuestión ha vuelto a su primitivo lugar de depósito.

El siguiente es un artículo de Indalecio Prieto, aparecido en *Novedades* ese mismo día, 28 de noviembre de 1946, en el que, además de contar todas las citadas vicisitudes, se hace un encendido elogio de Cortés, apoyándose en ocasiones en palabras de Salvador de Madariaga [56]. El artículo se cierra con la reproducción de un discurso de Prieto pronunciado el 16 de diciembre de 1940, en el que exalta las virtudes civilizatorias del Imperio español, entre ellas su condición católica, palabras que suponen

una refutación de ciertos contenidos de la Leyenda Negra, y que resultarán chocantes, cuando no enteramente indigeribles, para muchos de los que actualmente militan en el partido de Prieto, el Partido Socialista Obrero Español, refundado en los años 70.

En cuanto a Cortés, Prieto lo considera tan español como mexicano, y pide su glorificación:

Mano española violó el secreto de los restos

El acta del último enterramiento de ellos, estaba depositada en la embajada de España en México.

Por Indalecio Prieto

Mexicanos: Os habla un español que, por carecer de toda representación, puede y debe hablaros con entera libertad; un español —nada más, pero nada menos— y consiguientemente un hermano vuestro. Hermano no sólo por vínculos de raza y de idioma sino, además, por lazos de gratitud. También la gratitud crea hermandades, y la mía es inmensa por haber hallado hospitalaria acogida en vuestro suelo, cuando la desventura, como a tantos otros, me arrojó hacia él.

Acaben de ser descubiertos los restos de Hernán Cortés, ocultos hasta ahora por temor a venganzas inflamadas de odio. Salvador de Madariaga, hablando de quien con cuatrocientos hombres y dieciséis caballos conquistó un imperio, dice que "en cuanto su propia grandeza le hubo elevado por encima del común de sus compatriotas, fue blanco favorito de la injuria, la calumnia, la insidia, todos los ruines sentimientos con que los bajos e impotentes procuran nublar a los ojos del pueblo sencillo la odiosa encarnación de un éxito para ellos demasiado evidente". Y añade: "Puede afirmarse, sin temor a torcer los hechos ni un ápice, que Cortés fue el primer hombre que sintió latir en su corazón un patriotismo mexicano. La primera cláusula de su testamento estipula que se enterrarán sus huesos en Coyoacán. Abundan los trozos de sus cartas e informes en que expresa su clara visión de una Nueva España donde vivirán españoles y mexicanos en paz y prosperidad, es decir, un México moderno, esencialmente mestizo de espíritu, aun en aquellos mexicanos que son o indios puros o europeos puros de origen". "¿Cómo podía adivinar —dice de Cortés su elocuente panegirista— que en la entraña de razas y naciones viven ocultos océanos de instintos, de emociones y de oscuras, pero tenaces memorias, y de que preparaba para la Nueva España siglos de tormentos morales y mentales?¿Cómo podía adivinar que un día vendría en que habría que proteger con el secreto de sus cenizas, enterradas por expreso deseo suyo, en la Nueva España, contra la furia de las multitudes de la nación que había fundado, revuelta en frenesí destructora de sí misma contra el hombre a cuya visión debía su existencia?" Pero el secreto se ha roto. ¿Subsiste tal fu-

ria vengativa? Debemos creerla ya extinguida, aunque todavía perduren algunos posos.

¿Cómo se ha roto el secreto? Yo os lo diré mexicanos, alumbrando el punto oscuro donde se pierden entre tinieblas las informaciones periodísticas. No ha obedecido el descubrimiento a pesquisas fatigosas de ninguno de vosotros, movidas por afanes históricos ni mucho menos por deseos de venganza. Mano española ha sido la violadora del secreto. Lo confieso con sonrojo, porque a todos nosotros, dada la forma en que los hechos han ocurrido, nos salpica la vergüenza.

El acta del último enterramiento de Hernán Cortés conservábase aquí en la Embajada de España, celosamente guardada dentro de la caja de caudales de dicho centro, junto con otros importantísimos documentos, originales e inéditos, estrechamente relacionados con la historia de nuestra patria y de la vuestra, hermanos de México. Todos los embajadores —monárquicos y republicanos— mantuvieron impenetrable reserva acerca del sagrado depósito, y cuando se sucedían, transmitíanse, como consigna de centinelas en el relevo, el compromiso de honor de seguir sosteniendo el secreto, también impuesto a consejeros o secretarios a cuyo cargo quedaba la caja. Nunca se supo nada hasta ahora que se ha sabido todo.

Adelantaré que la culpa no alcanza al caballeroso embajador actual, don Luis Nicolau D'Olwer, ni a ninguno de sus subalternos; pero sí, según las trazas, a un alto funcionario de nuestra República, al subsecretario de la Presidencia del Consejo de Ministros, José de Benito. Este, desde que fué nombrado en agosto de 1945 hasta que marchó a Francia recientemente, mangoneó, con su osadía característica, cuanto pudo mangonear. En la primera página de un diario mexicano, cierta diligente informadora registró el hecho, sin dejar de comentarlo, de que habiendo ido varios periodistas a entrevistar al jefe del Gobierno, don José Giral, fuera, en presencia de éste, el subsecretario, José de Benito, quien, interponiéndose irrespetuosamente, contestara las preguntas reporteriles. En documentación publicada por el Grupo Parlamentario Socialista aparece comedida protesta contra la absurda ingerencia de dicho funcionario arrogándose facultades superiores, y en mi archivo particular hay testimonio de otra queja contra actuaciones intolerables en cualquier régimen que no esté presidido por la irregularidad. Mas tantas y tan leales advertencias, resultaron inútiles. La osadía, lejos de ser castigada, se premió. Suprimidos en el nuevo presupuesto del Gobierno republicano español los subsecretarios —auxiliares superfluos de ministros ociosos—, se ha hecho una excepción a favor de José de Benito. Es la suya la única subsecretaría que continúa. Veremos si también ahora, caso de que el expediente ya iniciado confirme lo que aquí se narra, la aprobación superior asegura otra vez la impunidad. Creemos que no, porque el Gobierno no querrá sumar a su previsible fracaso una inesperada vergüenza.

José de Benito, sin que las funciones de su cargo le autorizaran a ello, puso mano en los papeles encerrados en la caja de caudales de la Embajada, y el acta del enterramiento de Hernán Cortés salió de ella. El embajador, señor Nicolau D'Olwer, prevenido de la desaparición y de que José de Benito, sin permiso de nadie, se llevaba consigo el documento a Europa, con la inseguridad de portarlo como cualquier cosa ba-

ladí entre su equipaje particular, sujeto a rigurosos registros aduaneros en fronteras de países que no han reconocido al Gobierno español, pudo proceder a tiempo, y supo hacerlo con energía, obligando a José de Benito a sacar el acta de sus valijas, y a entregárselo a él, que debía ser su custodio. El documento volvió a la caja donde siempre lo guardaron fuertes herrajes, más el honor de los representantes diplomáticos de España. Pero se habían obtenido copias, y una quedó en poder del español Fernando Baeza, amigo de José de Benito. Lo demás lo conoce el lector con verídicos detalles. Como el acta fijaba con exactitud centimétrica el lugar del muro de la iglesia de Jesús, donde, protegida por empaques de madera y plomo, se empotró la urna con los restos del Conquistador, fué tarea harto fácil dar con ésta. Y como también reseñaba minuciosamente urna y envoltorios, la identificación tampoco ofreció dificultad.

El pueblo de México está ya en posesión de los restos mortales de tan gigantesca figura humana. No sólo porque cuanto hay en suelo de México pertenece a los mexicanos, sino porque además, según su voluntad postrera, el Conquistador yacerá para siempre aquí, en la patria que fundó, en unión de los nobles indios, aquí deben quedar los huesos. Pero han de quedar dignamente, glorificándolos, elevando sobre ellos un majestuoso monumento. ¿Obra sólo de los mexicanos? No, obra de mexicanos y españoles. Hernán Cortés es vuestro, mas también nuestro, muy nuestro. ¿Por qué no hermanarnos, más aún, en torno a su glorificación?

El 16 de diciembre de 1940, para festejar la Independencia de México, aquel día conmemorada, hablé a los mexicanos desde una estación radiodifusora. De aquel discurso son estas palabras:

"¿Quién puede negar la grandeza a la obra de España en América? ¿Y quién puede negar la grandiosidad de esa misma obra en las tierras de México? Los templos, los palacios, las casonas andaluzas y extremeñas del tiempo colonial, esa arquitectura maravillosa en que, asegurada la comodidad, el arte, para ornarla, se entretuvo en exquisiteces, eso ¿qué es, sino español? Mientras las soberbias catedrales se levanten en vuestro suelo, y permanezcan erguidos los magníficos palacios, hasta no derrumbarse las casas de bello patio interior que recuerdan a Andalucía; en tanto todas esas edificaciones subsistan, España estará aquí, amorosamente, no imperiosamente, pero estará, y la huella de su genio resultará imborrable. Pensemos, dejando desbordar alocadamente la imaginación, que un fenómeno telúrico o una gigantesca ola de odio derribara tanta muestra del genio español. ¡Pues no bastaría para borrar la traza de España aquí! Tendrían vuestros literatos que romper las plumas con que escriben en castellano, y tendríais vosotros todos, mexicanos, que enmudecer. Porque en tanto habléis nuestro viril idioma, limpio de acentos duros, de gangosidades confusas, y de dulzarronerías empalagosas, este idioma sonoro y bello en que cada palabra parece un diamante y todo él una joya majestuosa, en tanto lo habléis, que lo hablaréis siempre, no podréis negar la huella de lo español en México… ¿Qué es, sino español, el magnífico respeto a la inteligencia y a la sabiduría que figura en vuestras fórmulas sociales cuando decís: Sr. Ingeniero, Sr. Licenciado…? Esa es una vieja costumbre española, que en nuestra patria fue extinguiéndose. ¿Qué es, sino española, vuestra de-

licada cortesía, que tiene, aun entre las clases humildes, extraña expresión?… Yo, que no milito en la Iglesia Católica, y que acaso crea que ésta perdió mucho de su pureza fundacional inspirada en las doctrinas de Cristo, ahogándola, en parte, entre la pompa excesiva de sus ritos, afirmo que la Iglesia Católica ha sido y es una soberbia congregación de abnegaciones y un ejemplo excelso de disciplina. Pues bien, este hombre descreído no puede menos de reconocer la inmensa superioridad de la religión católica sobre los cultos idolátricos practicados por las razas que poblaban México cuando el país fué conquistado, porque en los altares católicos no hay inmolaciones, no se sacrifican vidas humanas, no se depositan, en holocausto a los ídolos, dioses o no de la guerra, corazones palpitantes de hombres a quienes al pie del ara se les desgarraban las entrañas para el sacrificio. Idioma, costumbres, cultura, religión, todo eso trajo España a México. Pero, además, cualesquiera que sean las salpicaduras crueles de la conquista, y que se hayan repetido durante la dominación —¿qué conquista y qué dominación están libres de ellas?— queda aquí un testimonio irrecusable del sentido humano que tuvo la empresa española. ¿Cuál es ese testimonio? Los millones de indios que todavía pueblan el territorio mexicano. España no los exterminó, sino que respetó su vida".

Todo esto vuelvo a evocarlo al plantearse al plantearse el destino que debe darse a los restos de Hernán Cortés. Hacer un llamamiento a vuestra hidalguía, mexicanos, sería más que ocioso, sería ofensivo. Mi llamamiento es a la colaboración en la empresa glorificadora. México —perdonadme que os lo diga con ruda franqueza— constituye el único país de América donde aún no ha muerto del todo el rencor originado por la conquista y la dominación. Que no se diga que los restos del sin par Cortés los ha descubierto a destiempo de una infidencia, y que iras ancestrales pueden ultrajarlos. No, mexicanos. Prosternémonos juntos ante el prócer que la Historia ha colocado en cumbres rayanas con el sol. Os lo pide de corazón un hermano, un español.

Un día más tarde, Prieto dirigió una carta al director de *Tiempo*, que reproducimos.

México, D.F., 29 de Noviembre 1946

Sr. D. Martin Luis Guzman

Director Gerente de "Tiempo"

Ciudad.

Querido amigo:- Esta mañana vino a visitarme en nombre de usted un redactor de "Tiempo" para pedirme le dijera algo nuevo acerca de cómo se descubrieron los restos de Hernán Cortés. Señalé a mi visitante el nombre de persona que, a querer, podría informarle muy detalladamente; y, por mi parte, le dije breves palabras que no merecen ser recogidas; pero por si lo fueran, como soy del oficio y sé que a veces, sin mala fé, se tergiversan las declaraciones, quisiera que las mias, caso de ser objeto de reproducción, apareciesen en la siguiente forma, que fue la empleada por mi:

"Nada tengo que añadir ni nada que quitar al relato que hice en mi articulo publicado en el diario "Novedades" respecto a cómo se divulgó el acta que sobre el último enterramiento de los restos de Hernán Cortés se guardaba sigilosamente en la Embajada de España. Con cierta rectificación que mañosa y debilmente opone a mis rotundas manifestaciones uno de los promotores del escándalo pretende una coartada que creo no podrá prosperar, por parecerme imposible que funcionarios, con pleno y directo conocimiento de los hechos, contribuyan a ella negándolos ó desvirtuándolos, en oposición a muy terminantes afirmaciones suyas hechas en el terreno particular. El expediente que se instruye, si los testigos que en él deben deponer ratifican esas afirmaciones, y es de esperar que asi procedan comprobará totalmente mi relato de conductas a virtud de las cuales un secreto mantenido durante muchísimos años por personas respetabilisimas, lo llevo algun mozalbete como tema a tertulias de café".

Anticipándole las gracias le saluda afectuosamente su amigo y s.s.

Por último, copiamos el artículo «Los Huesos de D. Hernán», publicado en *Tiempo* el 6 de diciembre de 1946, en el que se hace una buena reconstrucción de los enterramientos de Cortés y de lo ocurrido en la embajada española. En él se entiende lo que Prieto decía en su carta en relación con la coartada que trataba de desmontar su reconstrucción de los hechos. Llamamos la atención sobre el final del mismo, en el que diversas personalidades consultadas a propósito de lo que se debía hacer con los huesos encontrados, muestran sus inclinaciones ideológicas. Destacan las propuestas de los opuestos Vicente Lombardo Toledano (1894-1968) y Jesús Guisa y Azevedo (1899-1986). Ambas hacen buena la observación del historiador Arturo Arnaiz y Freg: «Los restos de Hernán Cortés no nos dicen nada nuevo sobre el conquistador, pero sí, en cambio, nos permiten conocer cosas nuevas sobre nuestros contemporáneos».

Los Huesos de Dº Hernán

Hernán Cortés murió en Castilleja de la Cuesta, España, el 2 de Dic. de 1547. Un día después, ante el escribano García de Huerta, se abrió y leyó el testamento que el conquistador había redactado en Sevilla meses antes. "Mando a mi sucesor —dejó dicho Cortés— … llevar mis huesos a la Nueva España, lo que yo le encargo que así haga dentro de 10 años, y antes si fuere posible, y que los lleven a la villa de Coyoacán, y allí les den tierra en el monasterio que mando hacer y edificar en la dicha villa, intitulado de la Concepción, del Orden de San Francisco, en el enterramiento que en el dicho monasterio mando hacer para este efecto…"

Ni este monasterio para mujeres ni el colegio para estudiantes de teología y derecho que el conquistador mandó fundar en Coyoacán, llegaron a construirse. Sí, en cambio, el Hospital de Nuestra Señora de la Concepción, en la ciudad de México, también inspiración suya, y llamado ahora de Jesús.

El cuerpo de Cortés fue sepultado en la iglesia de San Isidoro, en Sevilla. En 1562 los huesos se trajeron a México, y no existiendo el monasterio de Coyoacán, fueron guardados en San Francisco de Texcoco. Cuando, 67 años después, murió el 4º mar-

qués del Valle, quisieron el virrey y el arzobispo de la Nueva España que los huesos del conquistador reposaran junto a los restos del último de sus herederos varones. Así, tras 9 días de solemnísimas honras, la urna que contenía los huesos de Cortés quedó depositada en un nicho abierto detrás del sagrario de la iglesia de los franciscanos.

A fines del siglo XVIII el virrey conde de Revillagigedo inició la construcción de "… un magnífico sepulcro, cual corresponde al ilustre y esclarecido Hernán Cortés, cuyo nombre solo excusa todo elogio". En 1794 el Arq. José del Mazo y el escultor Manuel Tolsá dieron cima a la obra, y, el 8 de Nov. los huesos del conquistador fueron colocados en la urna del monumento erigido en el Hospital de Jesús. "Parecía —escribió Dº Lucas Alamán— que Cortés debía haber hallado un asilo en que sus huesos reposasen seguros, en un edificio sagrado y dé pública utilidad, construido a sus expensas; pero las vicisitudes políticas vinieron a inquietarlos hasta en él".

Dº Lucas Alamán (1792-1853), historiador y brillante hombre público, fue jefe del partido conservador y, varias veces, miembro de los gobiernos reaccionarios.

En 1822 se propuso en el Congreso la destrucción del sepulcro, y al año siguiente, próximos a ser traídos a esta capital los restos de los héroes de la Independencia, diversos impresos pidieron al pueblo que extrajera los huesos de Cortés y los llevara a quemar a San Lázaro. Para evitar una profanación, la urna se escondió provisionalmente bajo la tarima del hospital; pero como la agitación continuara, se la cambió nuevamente de sitio, y se hizo secreto el lugar preciso de su ubicación.

"Por una inconsecuencia bastante común en las revoluciones —escribiría Dº José María Luis Mora—, los descendientes de los españoles, en odio de la conquista que fundó una colonia a la cual ellos y la república mexicana deben su existencia natural y la política, con una animosidad a que no se puede dar nombre ni asignar causa alguna racional, hicieron desaparecer este monumento, y aun se habrían profanado las cenizas del héroe, sin la precaución de personas… que, deseando evitar el deshonor de su patria por tan reprensible e irreflexivo procedimiento, lograron ocultarlas de pronto y después las remitieron a Italia…"

Dº José María Luis Mora (1794-1850) fue uno de los más ardientes defensores y propagadores de las ideas liberales en México. Promovió ideológicamente las reformas de 1833, que lo hacen precursor de las doctrinas que culminaron en la época de Juárez.

Los huesos del conquistador no se enviaron, como sugiere Mora, al duque de Terranova, heredero del marquesado, que entonces residía en Palermo, sino que se quedaron en México. El secreto de la exacta ubicación de las reliquias lo compartieron muy pocas personas, y éstas sólo lo confiaron a sus descendientes o sucesores. "Cuando en España se intentó pedir los restos —cuenta Carlos Pereyra—, en México no faltó quien viera con ojos gratos la ocasión de entregar el depósito…" La tumba de Cortés —dijo entonces un insigne español— sólo se concibe en México. Con la urna funeraria necesitarían enviarnos los ahueheutes, los volcanes y el cielo".

Sabíase, pues, con certeza, que los huesos se hallaban ocultos en esta ciudad. A fines de la 3ª década de este siglo Antonio Pignatelli, hijo del duque de Monteleone declaró que tanto él como los miembros del patronato del Hospital de Jesús sabían a ciencia cierta dónde se encontraban los restos. Y, desde hace algunos años, José C. Valadés realizó una búsqueda infructuosa en la capilla de aquella institución benéfica y apenas erró el lugar por 25 cm.

El descubrimiento de la tumba del capitán extremeño vino a realizarse, en medio de circunstancias especialmente irregulares, la tarde del domingo, 24 de Nov. Ese día, 4 personas excavaron el muro izquierdo del templo anexo a la casa pía que fundó el conquistador, hasta dejar al descubierto la caja —negro y oro— que contenía las reliquias. Una de esas personas, Fernando Baeza —español trotamundos, de 26 años de edad—, había conseguido algunas semanas antes, por medios que se negó reiteradamente a revelar, una copia de la información testimonial que en 1936 [57] levantaron las autoridades eclesiásticas al consumarse, en secreto, el último enterramiento de Cortés.

Baeza comunicó su hallazgo al joven historiador Manuel Moreno, cubano, de 26 años, becado por el Colegio de México; y como ambos eran extranjeros, decidieron bien pronto mexicanizar la empresa del rescate. Así, el 11 de Nov. se reunieron con Francisco de la Maza, miembro del Instituto de Investigaciones Estéticas de la Universidad Nacional, y con Alberto María Carreño, viejo historiador confesional que luego quiso adjudicarse la discutible gloria del descubrimiento.

Hasta el día en que se exhumaron los restos todo parecía ser el desarrollo de una investigación histórica seria y honorable, pese al hecho de continuar en reserva el origen del documento que proporcionó la pista. Este último punto lo dejó en claro, el jueves, 28 de Nov. el político español Dº Indalecio Prieto, con un artículo en que dijo, entre otras cosas:

"El acta del último enterramiento de Hernán Cortés conservábase aquí en la Embajada de España… José de Benito, sin que las funciones de su cargo (SubSrio de la Presidencia del Consejo de Ministros) le autorizaran a ello, puso mano en los papeles encerrados en la caja de caudales…, y el acta salió de ella. El embajador, Sr Nicolau D'Olwer…, pudo proceder a tiempo, y supo hacerlo con energía, obligando a JdeB a sacar el acta de sus valijas y a entregársela a él, que debía ser su custodio… Pero se habían obtenido copias y una quedó en poder de Fernando Baeza…"

Siendo así, José de Benito, que no goza fama de hombre serio ni tiene bien ganada fama de hombre ponderado, resulta ser el verdadero autor del descubrimiento, y los otros 4, simples beneficiarios de una substracción nada airosa. Fernando Baeza se apresuró a rectificar a Prieto, no sin antes romper lanzas en favor de JdeB. "El documento revelador —dijo— fue descubierto en otros parajes que no son la embajada de España y si el lugar y el texto se han ocultado y se siguen ocultando a la opinión pública, ello se debe a poderosas y singulares razones".

Insistió Prieto el día 29:

"Con cierta rectificación que mañosa y débilmente opone a mis rotundas manifestaciones, uno de los promotores del escándalo pretende una coartada que creo no podrá prosperar, por parecerme imposible que funcionarios, con pleno y directo conocimiento de los hechos, contribuyan a ella negándolos o desvirtuándolos, en oposición a muy terminantes afirmaciones suyas hechas en el terreno particular.

"El expediente que se instruye, si los testigos que en él deben deponer ratifican esas afirmaciones, y es de esperar que así custodia del Instituto Nal. de Antropología.

La polémica —la misma, vieja y mal planteada polémica que enfrenta al hombre con el civilizador— renació en México apenas se conoció el descubrimiento. Dijo, en brillante síntesis, el historiador Arturo Arnaiz y Freg: "Los restos de Hernán Cortés no nos dicen nada nuevo sobre el conquistador, pero sí, en cambio, nos permiten conocer cosas nuevas sobre nuestros contemporáneos". Estos opinaron:

"*El Lic. Vicente Lombardo Toledano*: "Los restos de Hernán Cortés deben ser enterrados junto con los huesos de Franco".

Jesús Guisa y Azevedo: "Si la opinión sensata prevalece, esos restos deberían tener un lugar de honor. Según la verdad oficial, Cortés fue un aventurero y esos restos deben echarse al mar".

Hecho el descubrimiento de las reliquias, del que fueron testigos don Manuel Toussaint, director de monumentos coloniales del INAH; el doctor Pablo Martínez del Río, director de la ENAH y del Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM; don Rafael García Granados, presidente de la Sociedad de Estudios Cortesianos; el licenciado Bernardo Iturriaga, representante de la SHCP; don Manuel Romero de Terreros, marqués de San Francisco, y don Felipe Tena Ramírez, secretario del Patronato del Hospital, el 9 de julio de 1947 se reinhumaron los restos, colocándose tras una placa de bronce con su escudo de armas y la lacónica inscripción: «Hernán Cortés 1485-1547» [58]. Nada se hizo, sin embargo un año después, en 1947, al cumplirse cuatro siglos de su muerte.

El sellado del nicho tampoco sirvió para poner punto y final a la polémica, que se trasladó al terreno artístico.

En 1921, Diego Rivera regresó a México, donde jugó un papel determinante en el renacimiento de la pintura mural iniciado por otros artistas y patrocinado por el gobierno. El célebre muralista se dedicó a pintar grandes frescos sobre la historia y

los problemas sociales de su país en los techos y paredes de edificios públicos, ya que consideraba que el arte debía servir a la clase trabajadora y estar a su alcance. Dentro de este plan, Diego Rivera (1886-1957) inició los murales del Palacio Nacional, pero al salir a la luz los huesos del conquistador lo pintó como un individuo disminuido. El mural, titulado *Desembarco de Cortés en Veracruz*, fue realizado en 1951. Según su confesión, el artista se inspiró en los estudios del criminólogo Alfonso Quiroz Cuarón (1910-1978) [59] —elaborados a partir de fotografías de los huesos—, en los que se apunta que en los restos de Cortés «se observan evidentes estigmas degenerativos que corresponden a un padecimiento: el enanismo por sífilis congénita del sistema óseo». Este dictamen fue instrumentalizado por los indigenistas, que presentaron a un Cortés sifilítico o tuberculoso sin reparar en que el conquistador tenía 34 años en 1521 y murió con 62. Otros estudios concluyeron que padecía de osteosis, lo que explicaba las deformaciones, si bien todo parece indicar que tales modificaciones fueron debidas al contacto de los huesos con el terreno durante su ocultamiento.

Como contrapunto a la corriente muralista de Rivera, el pintor y cartelista español, miembro del Partido Comunista de España, Josep Renau Berenguer (1907-1982), es autor del mural realizado en el Hotel Casino de la Selva construido en la década de los cuarenta por el arquitecto valenciano Félix Candela. La obra, hoy destruida, se tituló *España hacia América*, y fue iniciada en 1946 para finalizarse en 1950. La parte superior la ocupa una alegoría de la Hispanidad —nombre con el que también era conocido—, la inferior la conforman distinguidos personajes. El mural, ubicado en el hotel en el que se desarrolla la novela *Bajo el volcán*, de Malcom Lowry, fue parcialmente destruido en 2001, cuando la empresa norteamericana Costco adquirió el inmueble. El Casino de la Selva, en Cuernavaca, había sido ad-

quirido en 1931 por Manuel Suárez y Suárez (1896-1987), empresario asturiano que adquirió fama haciendo negocios con los políticos mexicanos. A Suárez se debe la decisión de levantar la primera estatua ecuestre que se hizo en México a Hernán Cortés, obra del ceramista español Florentino Aparicio, hoy retirada y objeto de controversia.

Parte II
LA IMAGEN DE CORTÉS

En el presente bloque nos ocuparemos de la imagen del conquistador español que quedó plasmada en abundantes textos, aunque algunos de ellos, los dramáticos, sirvieran para poner en escena a un Cortés reinterpretado y a veces alejado de lo que cuentan las crónicas.

Antes de tratar de las transformaciones sufridas por Cortés, sobre todo tras su muerte, nos detendremos en su activa participación en algunas representaciones en las cuales interpretó a otros personajes mucho antes de convertirse él mismo en un personaje teatral. De estos hechos dan cuenta Bernal, *Motolinía* y Las Casas, al referirse a los autos sacramentales escenificados durante 1539. Se trata de *La Conquista de Rodas* en la Ciudad de México y, movidos por su ancestral rivalidad con los mexicas, *La Conquista de Jerusalén*, semanas más tarde en Tlaxcala, haciéndola coincidir con el día del Corpus Christi para darle mayor realce. Ambas celebraciones hay que insertarlas en el jubiloso contexto que se abrió tras la firma, un año antes, de la Paz de Aguas Muertas, en la que se sellaba el cese de las hostilidades entre Francisco I y Carlos I. En la celebración de estas paces, según narra Bernal, participaron tanto el virrey Antonio de Mendoza como el Marqués del Valle, ya por entonces enfrentados. En tales fastos, Cortés no se quedó entre bambalinas, sino que llegó a asumir algunos de los papeles más significativos: el

de capitán general de los moros y maestre de Rodas, y el del «Gran soldán de Babilonia y *Tlatoani* de Jerusalén», por emplear la descripción hecha por *Motolinía*.

En ambos casos [60] nos hallamos ante escenificaciones que tenían por objeto la evangelización de la población indígena mediante la exaltación de un cristianismo triunfante frente a los infieles que se combinaba con representaciones de vidas de santos y pasajes bíblicos.

En cuanto a la obra que transcurre en Rodas, su puesta en escena estuvo a cargo, según cuenta Bernal, por el caballero romano y mayordomo del virrey Mendoza, Luis de León, quien hizo plantar árboles en la plaza de la ciudad por entre los cuales situó a ciertos animales enjaulados, y mandó erigir edificios efímeros de madera que recreaban la ciudad de Rodas. Es destacable también el hecho de que participaron unos bergantines, naumaquia que sugiere una alegoría de la propia conquista de Tenochtitlán. Presidía la escena, a un costado de la plaza, la hostia consagrada.

Cortés, como se ha dicho, dirigía las huestes moras, en lo que se ha interpretado, al igual que ocurrirá con su papel desempeñado en Tlaxcala, ya como un homenaje —es el caso de Carmen Corona— ya como un sátira, acaso aceptada por Cortés, incluso como un guiño a la vieja tradición indígena de disfrazar a sus héroes y dioses.

En el transcurso de la *Conquista de Rodas*, la ciudad es asediada por Cortés a bordo de los bergantines, acompañado de conquistadores en traza de moros y de indígenas que vestían como frailes franciscanos. La contienda, culminada con la victoria cristiana, se cerró con suelta de toros y un gran banquete.

En cuanto a *La Conquista de Jerusalén*, la obra, que ya contaba con precedentes de su representación en España, y que puede emparentarse con las muy extendidas fiestas de moros y cris-

tianos, se escenificó en Tlaxcala el 12 de junio de 1539 tomando como modelo el auto *La entrada de Jerusalén de Godofredo de Bullon*, obra de Vasco Díaz Tanco de Fregenal (¿?-1560). [61]

Tres son los ejércitos que participaron en esta *Conquista*: el cristiano, guiado por el conde de Benavente, Antonio Pimentel (1514-1575); el de la Nueva España, capitaneado por Antonio de Mendoza; y el del sultán, trasunto de Solimán el Magnífico, dirigido por Hernán Cortés a cuyo lado figuró Pedro de Alvarado.

La escenografía montada en Tlaxcala fue aún más fastuosa que la de la Ciudad de México, acompañada de música, y empleando unas pelotas o alcancías de barro rellenas de almagre que simulaban la sangre al impactar sobre los cuerpos de los participantes en las escaramuzas.

La acción dio comienzo con el sitio de Jerusalén por parte de los cristianos, que vencen en la primera batalla para ser derrotados posteriormente, fracaso ante el cual Antonio Pimentel escribe al emperador Carlos V pidiendo auxilio. Gracias a la ayuda imperial, que incluye la irrupción del emperador y los reyes de Francia y Hungría en la ofensiva, los cristianos vuelven a tomar ventaja, si bien el emperador debe escribir al Papa suplicando que solicite la ayuda divina. El Pontífice promete orar por la victoria cristiana y enviar a las órdenes de santo Domingo y san Francisco. No obstante, la victoria sigue resistiéndose, por lo que los ejércitos cristianos se arrodillan ante la hostia consagrada. La acción se cierra con la aparición del arcángel san Miguel, que habla de la alianza de los tlaxcaltecas con los españoles para la toma de Tenochtitlán y de cómo Dios ha probado su fe sometiéndoles a tales esfuerzos, antes de anunciar la oportuna ayuda al ejército español de Santiago Apóstol montado en un caballo blanco, mientras que el de la Nueva España es socorrido por san Hipólito, patrón de la Ciudad de México, cabalgando

sobre un caballo oscuro. La representación concluye con la recepción del sacramento del bautismo por parte de los moros.

El papel jugado por Cortés, caudillo de los moros en ambas representaciones es, lógicamente, objeto de interpretaciones. En cualquier caso, el conquistador siempre estuvo del lado de los misioneros, involucrados en la conversión de los indígenas. De hecho, Cortés/Soldán exhortará a sus tropas a asumir sus errores en materia de fe y a aceptar la sujeción al emperador Carlos, acciones ambas que se encuentran con frecuencia en lo hecho por Cortés durante su penetración en el continente. Por otro lado, los indígenas son bautizados en masa, procedimiento también defendido por el Cortés real que encontró mucha oposición entre los hombres de la Iglesia. En definitiva, el Cortés que representa al sultán permite una defensa del procedimiento evangelizador llevado a cabo por los franciscanos en Nueva España.

Por último, su obediencia al emperador, si bien formando parte de la dramatización, bien pudiera servir como prueba de su lealtad a Carlos V en la vida real en un momento en el que se dudaba de la misma dada su tensión con el representante del poder imperial en Nueva España: el propio virrey Mendoza.

Tras esta curiosa aparición de Hernán Cortés prestándose para dar vida a personajes ajenos a su persona, en lo sucesivo veremos la transformación que su propio personaje ha ido sufriendo a lo largo de los siglos, los cuales hemos adjetivado con la nota dominante que nos ha parecido percibir en cada uno de ellos. Naturalmente, esta estructura empleada no debe entenderse como reconocedora de cortes en la evolución de la ulterior interpretación de Cortés. Rasgos heroicos y dramáticos, por ejemplo, sobrevivirán hasta nuestros días, emparentando visiones alejadas por el paso de décadas y siglos.

Capítulo 3
SIGLO XVI. EL SIGLO DE CORTÉS

En Tacuba está Cortés
con su escuadrón esforzado,
triste estaba y muy penoso,
triste y con gran cuidado,
la una mano en la mejilla
y la otra en el costado, etc.

Con este romance retrataba Bernal Díaz del Castillo [62] a Cortés tras haber perdido a varios de sus hombres, sacrificados en el Templo Mayor de Tenochtitlán en los primeros compases de la conquista final de la ciudad. El vivo testimonio del soldado de Medina del Campo sirve para introducirnos en el trato que el conquistador recibió sobre el papel durante el siglo en el que alcanzó su gloria y se desarrolló la mayor parte de su vida. El presente capítulo pretende analizar la imagen que de él se tuvo, una imagen que de hecho se fue construyendo y transformando en esa centuria. Para tal propósito, nos serviremos de algunas de las principales obras en las que el Marqués del Valle tuvo protagonismo.

La primera de ellas nos dirige al noble y cortesano extremeño Luis Zapata de Chaves (1526-1595), quien, en su poema épico *Carlo famoso* (Valencia 1566), describe la conquista de Cortés desde el canto XI al XIV, tomando como punto de partida las embajadas que traen a España las extraordinarias noticias de sus hazañas en el Nuevo Mundo.

Allegaron à Carlo embaxadores:
Que Hernando Cortes esclarecido
Por batallas, digno el de mil loores,

Embio con nuevas de que avia en sus guerras
Nuevos reynos ganado, y nuevas tierras.

Tras describir con minuciosidad el descubrimiento de América y la presencia española, destacada por la propagación de la fe católica, Zapata vuelve sobre Cortés en términos en extremo elogiosos. Lo compara con «un nuevo Marte», antes de describir la embajada que se presenta ante el Emperador. El poeta incluye una breve nota descriptiva y biográfica del conquistador, que sin duda es deudora, de forma a veces casi literal, de la obra de Gómara, editada pocos años antes. Junto a Gómara, las *Cartas de relación* de Cortés fueron otra de sus fuentes, mas no las únicas, pues Zapata, que nunca pisó América, estuvo casado con Leonor Portocarrero, hermana del procurador cortesiano. Cabe, por último, comentar, en relación al prestigio de esta obra, que es una de las que se salvan en el donoso escrutinio de la biblioteca de don Quijote, lo que ha llevado a pensar que pudiera haber influido en la novela de Cervantes.

Proseguiremos nuestro repaso citando a Juan de Castellanos (1522-1607), autor de *Elegías de varones ilustres de Indias* (Madrid 1589). En relación con el trato que da al conquistador, Castellanos se sitúa en la estela de Gómara, lo que le sirve para delinear a un Cortés experto en mañas que sólo a Dios y al rey quería dar obediencia.

Junto a las crónicas, que ofrecen la mayor parte del material que se ha empleado hasta nuestros días, fueron apareciendo una serie de poemas épicos que favorecieron la incorporación de idealizaciones, pero también la de intereses particulares o de grupo para los cuales Cortés era útil.

Los descendientes de los conquistadores emplearon la pluma para reivindicar la labor de estos. Ejemplo de ello es la obra del novohispano Francisco de Terrazas (¿1543?-¿1600?), hijo del conquistador Francisco de Terrazas, que fue mayordomo de

Cortés, testigo favorable en su juicio de residencia y alcalde de la Ciudad de México. El poema de Francisco de Terrazas lleva por título *Nuevo Mundo y Conquista*, del cual se conservan algo más de dos decenas de fragmentos pertenecientes a una obra no publicada en vida del autor. Escrita en octavas reales, se nutre, en lo que respecta a la fuente de información, de la crónica de Gómara. El poema tuvo un importante eco, llegando a ser elogiado por Cervantes en el «Canto de Caliope», *La Galatea* (1584). Finalmente, tras correr como manuscrito, aparece incluido en la *Sumaria Relación de las cosas de la Nueva España con noticia individual de los descendientes legítimos de los conquistadores y primeros pobladores españoles* escrita por Baltasar Dorantes de Carranza. [63]

El poema da comienzo con una serie de elogios de Cortés, introductor, por designio divino, de la fe cristiana en el Nuevo Mundo:

No de Cortés los milagrosos hechos,
no las victorias inauditas canto
de aquellos bravos e invencibles pechos
cuyo valor al mundo pone espanto,
ni aquellos pocos hombres ni pertrechos
que ensalzaron su fama y gloria tanto,
que del un polo al otro en todo el mundo
renombre han alcanzado sin segundo.

Valeroso Cortés por quien la fama
sube la clara trompa hasta el cielo,
cuyos hechos rarísimos derrama
con tus proezas adornando el suelo,
si tu valor que el ánimo me inflama
se perdiese de vista al bajo vuelo,
si no pueden los ojos alcanzalle
¿quién cantará alabanzas a tu talle? [64]

Magnánimo Cortés, cuyas hazañas

al mundo otro mayor han añadido,
honor y gloria de ambas las Españas,
de Dios para sus hechos escogido;
si al bajo son de mis groseras cañas
no pudiere cumplir lo prometido
vos os habéis privado del efeto
de que haya pluma igual a tal sujeto. [65]

Paralelamente al encomio de Cortés, y tal y como haría el propio Bernal, Terrazas trata de traer a un primer plano a los acompañantes de un Cortés que hacía sombra, por su fama, a sus soldados. En el fondo del poema épico, como se podrá comprobar, subyace la reivindicación de algo más que gloria por parte de los descendientes de los conquistadores. No obstante tal objetivo, la obra habla de los hechos previos a la llegada de Cortés a Tierra Firme, la merma de la población indígena, los intentos de hacer de los indios esclavos que alentaron la expedición de Francisco Hernández de Córdoba (¿1475? -1517) a Yucatán en 1517, las acciones de Velázquez y su falta de autoridad para organizar expediciones de descubrimiento, los sacrificios humanos -«dioses postrados falso del profundo/a quien sacrificaban corazones»-, e incluso la destrucción de las naves -«y así con esta firme confianza/en las ondas del mar estremecidas/el famoso Cortés las naos barrena/por morir o triunfar en tierra ajena»-, sin fuego de por medio. Terrazas dice explícitamente que las barrena. De gran interés es el paralelismo que establece entre Cortés y Moisés [66], pues ambos, en el caso del español gracias a un Jerónimo de Aguilar descrito como una suerte de nuevo Aarón, pudieron entenderse en diversas lenguas con otros pueblos, transmitiéndoles la palabra de Dios.

Junto al elogio a Cortés, Terrazas se preocupa por poner de relieve los méritos de los que acompañaron al «Jerjes nuevo» en el Nuevo Mundo. En la octava número once, aparece el nombre de Tapia —«un brío y un esfuerzo soberano/que atemoriza

los soberbios pechos»—, al que acompañan los Serna, Baena, Sevilla, Vanegas, Olmos, Nieto, Robles, Granado, Victoria, López… El final del poema es pródigo en quejas por las exiguas ganancias que consiguieron los conquistadores a cambio de tan alto precio como pagaron. Terrazas muestra también cómo las desdichas de aquellos hombres se habían extendido a sus hijos, que ahora veían las encomiendas, en principio perpetuas, ya fenecidas. La estrofa del pasaje 20 muestra el abatimiento de este grupo y apela a una palabra, «madrastra», que recuerda poderosamente algunos textos independentistas del siglo XIX:

Madrastra nos has sido rigurosa,
y dulce madre pía a los extraños,
con ellos de tus bienes generosa,
con nosotros repartes de tus daños.
Ingrata Patria, adiós, vive dichosa
con hijos adoptivos largos años,
que con tu disfavor, fiero, importuno.
consumiendo nos vamos uno a uno.

Que de mil y trescientos españoles
que al cerco de tus muros se hallaron […],
no quedan hoy trescientos descendientes

Los más por despoblados escondidos
tan pobrísimos, solos y apurados
que pueden ser rotos y abatidos
de entre la demás gente entresacados.

Más allá del tono reivindicativo, Terrazas se mueve entre el providencialismo que ayudó a Cortés y el papel jugado por sus hombres, poco agraciados los que sobrevivieron, tras la conquista.

Para entender por qué se señala a España o la Corona como culpable, es importante señalar que en los tiempos en que se escribe el poema se produjo un amago de rebelión de los descen-

dientes de los conquistadores cuyo objetivo era entregar el poder al hijo de Cortés, el II Marqués del Valle, Martín Cortés. Todo ello ocurría en el transcurso del desenvolvimiento del ortograma imperial español que, a las restricciones en lo tocante a las encomiendas, añadió la presencia de un virrey sin relación directa con los conquistadores. Estas primeras fricciones entre los primeros criollos y los españoles peninsulares aparecerán con mayor claridad en la obra de Dorantes de Carranza, del que nos ocuparemos enseguida dada la conexión existente entre los escritos de ambos autores novohispanos.

La *Sumaria relación de las cosas de la Nueva España con noticia individual de los descendientes legítimos de los conquistadores y primeros pobladores españoles* [67] es debida al criollo Baltasar Dorantes de Carranza (1545 o 1550-1610 o 1612). Baltasar Dorantes fue hijo de Andrés Dorantes de Carranza, hombre natural de Béjar del Castañar que llegó a la Ciudad de México en la víspera del día de Santiago de 1536. Lo hizo acompañando a Alvar Núñez Cabeza de Vaca, Alonso del Castillo Maldonado y el esclavo Estebanico, supervivientes de la desastrosa expedición a la Florida capitaneada por Pánfilo de Narváez. Ya asentado en la ciudad, el virrey Antonio de Mendoza casó a Andrés Dorantes y al capitán Castillo Maldonado con dos viudas quizá indias. De tal matrimonio, que dio como fruto una larga prole, nació Baltasar, heredero de una encomienda de la que se vería despojado.

Junto a su desempeño en la encomienda, Baltasar ocupó el cargo de tesorero del rey en la ciudad y puerto de Veracruz. Luis González Obregón añade un interesante dato en el prólogo de la edición de 1902 que afianza su papel como defensor de los de su condición y añade sentido a la obra por él escrita:

> Fué nombrado también por «la nobleza de los conquistadores y pobladores» de Nueva España para ir de Procurador á Castilla, sin duda con el fin de reclamar

honras y premios por los servicios que aquéllos habían prestado en las conquistas de la tierra, y cuyos hijos, olvidados y pobres, reclamaban auxilios.

Tal nombramiento y tales objetivos, dentro de un viaje que acaso nunca llegó a realizarse, son claves para entender su obra, escrita en 1604, en la que reivindica el papel de los conquistadores y su descendencia al tiempo que reclama derechos para este colectivo. Especial valor tienen además las inserciones de obras poéticas y épicas dentro de este heterogéneo libro.

La obra, de resonancias gomarianas, se abre dando cuenta de lo que ya era un lugar común justificatorio de la conquista española: el hecho de que los mexicas fueran un pueblo advenedizo, por llevar allí asentado sólo desde 1381, circunstancia ya advertida por Cortés. Dorantes se apoya a menudo en la obra de Terrazas y no regatea elogios a un Cortés que considera heroico, si bien, dada la intención del trabajo, confecciona una completa lista de todos aquellos que participaron en la conquista. Considerará como tales a quienes vinieron, además de con el extremeño, con Pánfilo de Narváez, Francisco de Garay, Gerónimo Ruiz de la Mota, Miguel Díaz de Auz y Julián de Alderete. Todos ellos, a juicio de Dorantes, son hidalgos, no por cuna, sino por el valor de sus hechos, afirmación de aromas quijotescos:

> No tiene duda, y esto es verdad, Exmo. Príncipe, que aunque en los Conquistadores hubo algunos hijosdalgo, ahora lo son por la presuncion todos, porque toda la hidalguia de su naturaleza y cosecha tuvo sus principios de los hechos y servicios del Rey; en conformidad de lo cual dize fray Gerónimo Roman en sus Repúblicas, á 115 foxas: que los Conquistadores de la Nueva Spaña y Pirú son hidalgos á la antigua de devengar quinientos sueldos. [68]

En lo relativo a la expedición de Cortés, Dorantes hace relación de sus once capitanes y alaba el gesto de dar a pique… o quemar las naves, que ambas cosas dice sobre lo ocurrido con los barcos que estaban en el puerto de Veracruz recurriendo de nuevo a Terrazas:

> Pues con tan poca gente y menos peltrechos salió el valeroso Cortés de Cuba y acometió tan gran hecho que, sin el principal efecto, en solo quatro particulares

que hizo mostró la grandeza del coraçon que Dios le dio, que el uno fue barrenar y quemar los navíos para perder la sperança de la vuelta, ó morir ó triunfar en tierra agena. [69]

El elogio a Cortés continúa con el respaldo de la decisión tomada por el capitán —Dorantes no incluye en la toma de la misma las presiones de sus compañeros de conquista— de prender a Moctezuma, sosteniendo que el prendimiento estaba motivado en el hecho de que este había ordenado la matanza de los españoles estantes en Nautlan.

Las loas también alcanzarán a María de Estrada, mujer que demostró su arrojo en los belicosos días de la conquista, jornadas que sirven a Dorantes como antesala para mostrar la amarga realidad de los conquistadores. El escritor sólo puede hallar una causa para explicar tan desdichada situación: una ignota decisión divina quizá motivada por los medios con los que se realizó la evangelización de los naturales:

Solo hallo á estos valerosos hombres por desdichados en la satisfacción que su grandes servicios merecian. La causa y secreto Dios la sabe, que aunque fueron los fines buenos, con tan graves efectos los medios se pudieron errar: porque predicar evangelio con la spada en la mano y derramando sangre, es cosa temerosa y que parece acá, al juicio humano, que sus descendientes van haciendo penitencia desta soltura, porqu apenas se hallará hombre desta cepa que no ande mendigando y aun por ventura por puertas agenas. Aunque por otra parte vemos y sabemos que los sanctos ayudaban á los conquistadores en las batallas, y aun la sacratísima Reina de los ángeles; y no hay quien alcance esta theulugía, porque los secretos de Dios y sus juicios son inscrutables. [70]

A pesar de que Dorantes no regatea méritos a Cortés, aprovecha la ocasión para dar paso a las quejas que los españoles tuvieron para con su capitán general al ver los escasos beneficios alcanzados. Dorantes, empero, explica las muchas maledicencias de las que fue objeto Cortés en la envidia que suscitó a muchos de sus coetáneos:

Pues á nuestro gran Cortés no le faltaron émulos, envidias y perseguidores que le afligieron y le hicieron ir y venir á Spaña, y al fin morir allá en harto strecho y soledad, teniéndole aquí antes como recluso y preso en Tezcuco, y con particular

comisión al Gobernador y tesorero Alonso de Estrada que le hiciese ir á Castilla por fuerça ó de grado, que en buen romance era enviarle preso. [71]

La *Sumaria relación* también da cuenta de la descendencia de Cortés y rinde un último homenaje al conquistador al narrar su muerte. A partir de ahí, la obra discurrirá por otros derroteros. En ella se describen todos los territorios conquistados para el Imperio y la Cristiandad y se elogia la implantación del Santo Oficio en Nueva España. Destaca también la larga y lastimera queja contenida en el epígrafe titulado: «Disgresion y esclamacion del autor». En él Dorantes desgrana todas las quejas de la estirpe de los conquistadores frente a los arribistas que han logrado una mejor vida en la Nueva España sin exponer la propia. Es en esta parte de la obra donde podemos encontrar algunos de los argumentos ideológicos que nutrirían, pasado el tiempo, la pugna entre criollos y españoles peninsulares:

> ¡Oh Indias! Oh Conquistadores llenos de trabajos y en aquella simplicidad de aquellos dichosos tiempos donde no sacastes mas que un nombre excelente y una fama eterna, y en tiempos que en mayores servicios y mejores sucesos erades despojados de vtras. propias haciendas y de los frutos de vtros. servicios y hazañas, dando los que gobernaban en los primeros años vtros. sudores á gente advenediza y que no mereció nada en la conquista, ahora ya es llegada la saçon donde luce mas el engaño y la mentira, y la ociosidad y el perjuicio del próximo, con que vendiendo vino, ó especia, ó sinabafas, ó hierro viejo se hacen grandes mayorazgos, é hinchen este mundo con milagros fingidos, sin der agradecidos á Dios ni á los que los crecieron en su desnudez del polvo de la tierra, para llegarlos á tan poderosos. [72]

Si esto ocurría en la Nueva España, en la Península Hernán Cortes también era el protagonista de diversas obras. Cabe destacar entre ellas la del célebre poeta madrileño Gabriel Lobo Lasso de la Vega (1555-1614), autor de los poemas épicos: *Cortés valeroso* y *Mexicana* (Imp. Pedro Madrigal, Madrid 1588). Se trata de obra estructurada en doce cantos en octava que amplió con trece cantos más en 1594. El segundo título —*La Mexicana*— remite a obras como la de Ercilla, *La Araucana* [73], y va dedicado a Fernando Cortés Ramírez de Arellano (c. 1551-¿?),

III Marqués del Valle que por entonces se hallaba en litigios con la Corona. Posiblemente el poema tuvo al Marqués como mecenas. De hecho viene prologada por el licenciado Jerónimo Ramírez, que era nada menos que el secretario del Marqués. En esta breve pieza en la que se afirma que los Marqueses siempre han sufrido la envidia podemos leer cosas tales como:

> Sólo resta ahora, discreto lector, exhortarte al fin de este breve prólogo que en las horas dedicadas a la lección de buenos libros recrees tu ánimo con la armonía de estos cantos de Gabriel Lasso, en los cuales hallarás la facilidad de Ovidio, la elegancia de nuestra lengua castellana, avisos de graves sentencias, descripciones de muchos lugares, dichos de soldados, razonamientos de capitanes; verás en ellos pintadas al vivo crueles batallas, muertes violentas, sucesos repentinos. Finalmente, no sin admiración y gusto tuyo, leerás los discursos, peligros, tormentos y victorias inmortales de Hernando Cortés, gloria de nuestra nación española, puestas en dulce estilo por Gabriel Lasso de la Vega, el cual no ha querido perder el tiempo celebrando fabulosas aventuras de caballeros incógnitos, como muchos lo han hecho; antes tendiendo las velas de su ingenio por la profundidad del mar Océano, dejó atrás las columnas de Hércules y las cosas vulgares de nuestro polo, por darnos clara noticia de las que hay en el otro mundo, que tan ocultas han sido, así a cosmógrafos como a poetas, porque solos tres (si no me engaño) han ilustrado con sus versos las cosas de la India Occidental, entre los cuales ocupa muy buen lugar nuestro poeta Gabriel Lasso de la Vega.

En la obra, especialmente en la ampliada, se encarece el valor evangélico de la conquista de un Cortés, al que a veces se refiere como «general de Cristo», perseguido por el príncipe de las tinieblas (Canto I). En auxilio del conquistador acudirá san Miguel, cuya ayuda permitirá a los españoles pasar a Tierra Firme. A partir de ese momento el autor seguirá una línea ortodoxa de los hechos.

En cuanto al personaje de Cortés, su encuentro con Jerónimo de Aguilar permite a Lasso de la Vega trazar un retrato de este trazado por boca de Andrés de Tapia (Canto IV):

Es general de aquesta armada y gente,
Cortés, que produció la Extremadura,
en Medellín, mancebo floreciente,
de gran reputación, ser y cordura,
reportado, sagaz, diestro, valiente,

de clara sangre y próspera ventura,
según pregona la parlera fama
que del un polo al otro se derrama.

Ello no impedirá que cometa el error de hablar de una visita de Cortés a Italia que nunca se produjo (Canto IV):

A Italia parte, donde nombres caros
han con tan justas causas adquirido
(por su mucho valor) varones claros,
opuestos al rigor del mudo olvido.
No quiere nombre entre éstos, aunque raros,
sino que un mundo entero no sabido,
haga de su valor bastante prueba,
y de él el triunfo entero se le deba.

Es en el canto undécimo donde la voz del río Tabasco habla al durmiente Cortés aconsejándole y anunciándole su futuro. Un futuro que alcanzará a su descendencia y al propio III Marqués, de quien dice:

Será, aunque en tierna edad, maduro en seso,
de gran sagacidad, ser y cordura,
de claro entendimiento y mucho peso,
dotado de mil dones de natura,
y aunque extremado en todos, no por eso
los usará sin tiempo y coyuntura:
serále aborrecible todo vicio,
y la virtud dulcísimo ejercicio.

La *Sumaria relación* incorpora otros interesantes aspectos vinculados a la conquista. En el canto XIII incorpora Lasso las tesis aristotélicas en relación con el gobierno y tutela del indio defendidas por Sepúlveda y Vitoria:

Unos nacieron para ser mandados,
otros para mandar y ser temidos,
para llevar en hombros los cuidados
de los de dones tales excluídos:
éstos, para ganar reinos y estados,
y nombres justamente merecidos;

aquéllos, para serles obedientes
y recibir sus leyes convenientes.

Abundando de este modo en la justificación de la estrategia seguida por Cortés en su avance:

Dolo bueno se llama, no engañoso,
justa maquinación no reprobada,
la estratagema en trato belicoso,
por el más valeroso más usada;
llámase ardid y medio artificioso,
do la mayor astucia es más loada,
que cuando es el contrario incontrastable,
no sólo es permitida, mas loable.

Usó Cortés de tan astuta maña
con esta gente indómita, guerrera,
para que hubiese efecto su maraña,
sin la cual conservarse no pudiera.
Turba el imperio con industria extraña,
y si medio tan útil no eligiera
su libertad el Indio aún hoy gozara,
y de Cortés la fama no cantara.

Malinche entrará en escena descrita de este modo:

Era doncella apuesta, grave, hermosa,
nació en Biluta, de Jalisco aldea,
y en una alteración escandalosa
fue hurtada de cierta gente rea.
Era de sangre clara, generosa,
dada a Cortés por alta y gran presea,
la cual (del agua santa ya lavada)
Marina de Biluta fue llamada.

El Canto XV habla de manera explícita del barrenado, que no de la quema, de los barcos:

Trató con Alaminos y Escalante
(cursados marineros) le dijesen
en presencia de todos que adelante
era imposible que las naves fuesen,

ni el estar sobre el agua, y que importante
(antes que a fondo sin remedio fuesen)
era el reparo, por estar bromadas
del prolijo discurso y destrozadas.

Ya los dos marineros habían dado
a las cinco barreno con secreto
(las mejores de todas), do había entrado
tanta agua que les puso en grande aprieto.
Fuelas a ver Cortés, acompañado
de muchos españoles, y en efeto
mandó la artillería se sacase
de ellas y a Villa Rica se llevase.

Dando muestras de grande sentimiento,
dice que se reparen si es posible.
«Es pensar atajarlo vano intento,
(le responde Alaminos) ya imposible,
que de este mar incógnito el violento
furor odioso, presto, corruptible,
daña la tablazón con fuerza tanta
que cómo hay nave en pie, señor, me espanta.

«El remedio es que siento conveniente,
que jarcias, anclas, gúmenas y velas
se saquen de estos cascos brevemente
para las otras naos y carabelas.»
Mandólo así Cortés incontinente,
poniendo en que tuviese efecto espuelas:
y así las cinco naos al través dieron,
pérdida que en el alma la sintieron.

El Canto XVII incorpora de nuevo elementos sobrenaturales, como la presencia de un «alado joven» que guía a Cortés en su batalla contra los tlaxcaltecas. Más adelante, los hechos de Cholula también son objeto de atención de Lasso, que explica cómo se habían dispuesto trampas, describiendo a la india Gualca,

amada de Alvarado, que es quien advierte de la estratagema planeada por los cholultecas.

[…] sabed que un grande engaño os tiene urdido
el falso Moctezuma carnicero:
al cual está el Cholollo prevenido
por él para este día venidero,
y camino de Méjico hay soldados
para os meter en hoyos estacados.

Los últimos cantos describen el secuestro de Moctezuma, la derrocación de los ídolos y la campaña en la que se repelió a Narváez. La obra se cierra con la narración de la Noche Triste y la batalla de Otumba, antes de la cual Cortés se encomienda a Dios y tiene la visión de san Miguel, quien le habla y anuncia la victoria.

El poema concluye con la recuperación de la Ciudad de México, quedando omitidos los hechos posteriores, pues tras la caída de Tenochtitlán Cortés no tuvo los éxitos deseados. También se obvia, naturalmente, el complejo pleitear del Marqués del Valle y el juicio de residencia del que fue objeto, silencios que hemos de explicar motivados por los litigios mantenidos por sus descendientes, de los cuales es fruto el propio poema.

Dado que el III Marqués murió sin descendencia legítima, pese a que tuvo al menos dos hijos fuera de matrimonio con María Niño de Guevara: Diego Cortés, Capitán de caballería y Maestre de Campo en los ejércitos de Felipe IV, nacido en Madrid; y Magdalena Cortés, monja del Convento de Santa Catalina de Siena en Valladolid, el título pasó a su hermano Pedro, del que nos ocuparemos más adelante.

Siguiendo el curso de los escritos, hemos de citar la crónica, *obrecita* en palabras de su autor, de Juan Suárez de Peralta (1537-¿1590?): *Tratado del descubrimiento de las Indias y su conquista*, fechada 1589 y editada por Justo Zaragoza en 1878 con

el título de *Noticias históricas de Nueva España*. El libro, que contiene numerosas imprecisiones, tiene interés por razones relacionadas con la condición del autor, encomendero y sobrino de Hernán Cortés. Peralta es muy crítico con los cambios legislativos, sobre todo con aquellas disposiciones que reducían el poder de los encomenderos. Tales restricciones se cifraban en la supresión de la esclavitud indígena y las que tenían que ver con su condición hereditaria. La obra muestra un acusado providencialismo y dedica un amplio espacio a la conjura que tuvo como cabeza más visible al hijo del conquistador, Martín Cortés, rebelión que tomó cuerpo con el regreso del II Marqués del Valle a Nueva España.

> Dende que puso el marqués los pies en tierra de la Nueba España, luego se fue malquistando; y cada día más, porque dio en llamar a todos los caualleros y traerles de bos y no dalles asiento. Estos sintieron grandísimamente. Luego boló esta mala fama hasta México y se mormuraua en estremo, y aun munchos se conjurauan de no sufrírselo, y era el amor que le tenían y deseo de belle que pasauan por ello. [74]

El II Marqués se convertía así en un instrumento de los encomenderos y descendientes de los conquistadores, y ello a pesar de los desaires señalados por Peralta. El proceder de Martín Cortés, bullicioso y desordenado, contribuyó a deteriorar de manera retroactiva la imagen de su padre, en quien muchos verían el origen de la altanería del hijo. Peralta narrará con sentida crudeza el desarrollo y desenlace del intento de rebelión, que se saldó con la ejecución de Alonso de Ávila, y de la que don Martín salió con vida aunque fuera a costa de ser desposeído de sus bienes. Finalmente hemos de añadir que el *Tratado* recoge la supuesta quema de los barcos en las playas de Veracruz.

Antes de continuar con el repaso de obras librescas, conviene detenerse un instante en el controvertido tema de las encomiendas y los repartimientos de indios. Aunque remunerado y temporal, el repartimiento sirvió para la explotación de los in-

dios. La encomienda, vinculada a la tierra, obligaba al encomendero a instruir a los indios en la fe católica. Pese a todo, alertado por los clérigos, entre ellos Las Casas, el Emperador mostró siempre gran sensibilidad hacia estos asuntos, proponiendo la solución coyuntural del «depósito».

Hernán Cortés, por su parte, fue un firme defensor de esta institución que consideraba debía implantarse o, mejor dicho, mantenerse, en la Nueva España, pues era un hecho que allí las encomiendas ya existían. Frente a las instrucciones llegadas de España, Cortés, quien redactó unas Ordenanzas el 20 de marzo de 1524, propondrá el mantenimiento de tal institución no sin hacer una crítica a los desmanes cometidos en las Antillas. Su defensa de tal sistema se fundamenta, entre otras razones, en el hecho de que muchos indios no eran libres, por estar bajo el dominio de caciques, pero también por su utilidad como vehículo de evangelización. Por último, Cortés, que prohibió que los indios fueran empleados para sacar oro o trabajar en tierras en las que no vivieran, admitía la posibilidad de que los encomenderos fueran indígenas convertidos a la fe católica.

En 1599 aparece en Madrid el poema épico, dirigido a Felipe III, *El peregrino indiano* (Imp. Pedro Madrigal, Madrid 1599), obra escrita por Antonio de Saavedra y Guzmán, primer poeta novohispano en publicar en la Península. El poema está compuesto por veinte cantos en los que se relata la conquista de México por Cortés. El hecho de que se publicara en Madrid es interesante porque para entonces, en la Corte, la figura del conquistador, debido al tenaz pleitear de su descendencia, había perdido popularidad. El propósito de este poeta criollo era, como en otros casos, el de reivindicar el papel que jugaron los acompañantes del extremeño, labor heroica que de algún modo debía ser reconocida. Para tal fin se escogió el término de resonancias religiosas «peregrino», un peregrino que, en el caso de

Saavedra, como también lo hizo en vida Cortés, viajaba a la metrópoli para recibir el justo favor por su esfuerzo.

Como es habitual en la época, para ensalzar a los soldados se elogia la figura de un Cortés que es denominado «Marte hispano» y «precursor Bautista». Son estos los calificativos que se insertan en el soneto del licenciado Vicente Espinel con el que se abre la obra tras la dedicatoria al recién coronado Felipe III. Tras ella aparece un breve prólogo en el que Saavedra muestra sutilmente sus reivindicativas intenciones tras siete años de trabajo. En *El peregrino indiano* los paralelismos entre Cortés y los héroes griegos son constantes. El conquistador es comparado con Ayax no sólo por su actitud en la guerra, sino por caer posteriormente en desgracia, si bien las desdichas de Cortés son exageradas, pues como se puede advertir, otros criollos como Lasso le reprocharon haber quedado bien situado. Al cabo, Cortés terminará siendo el Marqués del Valle, título que heredarán sus descendientes, mientras sus soldados alcanzarán unas encomiendas a perpetuidad que pronto la ley disolverá, viéndose sustituidos por nuevas gentes menos belicosas venidas de la Península. El propio Saavedra ya no manejará la espada sino la pluma, alineándose con Terrazas o Dorantes. Este será el tono de su dolorosa queja:

Hay como yo otros muchos olvidados
Hijos y nietos, todos descendientes
De los conquistadores desdichados,
Capitanes y alféreces valientes:

Los más de estos están arrinconados,
En lugares humildes diferentes
Sin tener en la tierra más que al Cielo,
De quien sólo esperando están consuelo. [75]

Hechos estos comentarios, hemos de destacar, de entre los sonetos que abren la obra, a cual más elogioso para con Cortés,

el de Lope de Vega, quien pondera la labor de Saavedra empleando el clásico paralelismo entre la espada y la pluma:

Un gran Cortés, y un grande cortesano
Autores son de esta famosa historia,
Si Cortés con la espada alcanza gloria,
Vos con la pluma, ingenio soberano.

Si él vence al indio, debe a vuestra mano
Que no venza el olvido su memoria,
Y así fue de los dos esta victoria,
Que si es César Cortés, vos sois Lucano.

Corteses sois los dos, que al cristianismo
Dais vos su frente de laurel cercada,
Y él vuestra Musa Bellica española:

Y aún más Cortes sois vos si hacéis lo mismo
Que Cortés, con el corte de la espada,
Siéndolo tanto con la pluma sola.

Lope de Vega (1562-1635) también dedicó un poema a Cortés en su novela pastoril *Arcadia* (Madrid 1598). En él sintetiza la doble dimensión, política y religiosa —al cabo Lope terminó sus días, apagadas sus pasiones amorosas, como sacerdote— de la conquista encabezada por el de conquistador.

Cortes soy, el que venciera
por tierra y por mar profundo
con espada a otro Mundo,
si otro mundo entonces viera.
Di a España triunfos y palmas
con felices, santas guerras,
al Rey infinitas tierras,
a Dios, infinitas almas.

Lope escribió esta obra en Alba de Tormes durante su destierro de la Corte, cuando se encontraba al servicio de don Antonio Álvarez de Toledo, V duque de Alba, lo cual no fue obstá-

culo para su publicación. En dicha obra dejó escrito, por boca del mago Dardanio que contempla la estatua de Cortés, lo siguiente:

> Este a cuyos pies has visto tantos reinos y ciudades, y cuyas sienes dignas de laurea y cerca el árbol sagrado a Alcides, es el famoso conquistador del Nuevo Mundo encomio, Hernán Cortés, cuyas inauditas hazañas ni el tiempo las pondrá acabar ni la envidia oscurecer.

En el canto VIII de *La Dragontea*, don Diego Suárez de Amaya lanza a sus tropas, situadas frente al ejército inglés, esta arenga que da cuenta hasta qué punto Cortés era ya un modelo para los españoles:

Que vosotros no habéis peregrinado
con el fuerte Colón, ni habéis sufrido
al lado de Cortés lo que han pasado
los ánimos que España ha producido.

Y más tarde, prosigue:

También diré de Carlos Quinto historias,
de aquel don Juan, terror de Asia, hazañas,
de Filipo conquistas y memorias,
de un Cortés español cosas extrañas.

El interés de Lope de Vega por Hernán Cortés se mantuvo, como prueba el hecho de que escribiera otras obras como *La Conquista de Cortés* y *El Marqués del Valle*, de los que se especula que pudieron ser títulos de una misma obra. En ellos, al parecer, el objeto de la conquista no era tanto el Imperio de Moctezuma sino Juana de Zúñiga, segunda esposa de Cortés. Otras obras como *La mayor desgracia de Carlos V* y *Hechicerías de Argel* se han atribuido a su autoría, lo que habla a las claras de su fascinación por el de Medellín.

Cerraremos este repaso del siglo con *Milicia indiana* (1599), libro de Bernardo Vargas Machuca, experimentado soldado, en el que se habla de un Cortés militar. En *Milicia indiana* Cortés queda unido a una lista de conquistadores españoles pero tam-

bién a un conjunto de grandes militares clásicos como Alejandro, Aníbal o Julio César.

A finales de la centuria en la que murió Cortés, su figura empieza a ser objeto de obras que se apartan de la crónica para incorporar componentes provenientes del mundo dramático, pero también del clásico. Alejado de las polémicas que le acompañaron en vida, Cortés quedará revestido de atributos heroicos.

Capítulo 4
SIGLO XVII. CORTÉS HEROICO

La ambición de Cortés, las sospechas de su supuesta intención de alzarse con la tierra, la revuelta de su hijo alentada por los conquistadores insatisfechos, todo ello comenzaba a quedar lejano en el siglo posterior a su muerte. Durante el XVII estas sombras comenzarán a diluirse. Cortés figurará como un héroe hispano al que reivindicarán las más brillantes plumas de la época, las del Siglo de Oro, como lo calificara Luis José Velázquez, marqués de Valdeflores (1722-1772), quien empleó esta expresión por primera vez en 1754, denominación a la que no era ajena la llegada a la Península de tal metal procedente de América.

Pese a que el factor heroico tiene gran peso, el de Medellín también será ponderado por su papel como introductor en el Nuevo Mundo de la fe cristiana y de los atributos del imperialismo generador español. Prueba de esta valoración es el extenso poema épico que Bernardo de Balbuena (1562-1627) publicó en Madrid en 1604: *Grandeza mexicana* [76]. Balbuena había pasado a Nueva España en 1584 para reunirse con su padre, miembro de la Audiencia de Guadalajara. Licenciado en la Universidad de México, doctor en Sigüenza, cruzó varias veces el Océano ganando fama de poeta y terminó siendo obispo de Puerto Rico. En su obra vierte grandes elogios a Cortés, en quien veía a un introductor de la civilización frente a la barbarie y superstición indígena prehispánica. Prueba de la acción civilizatoria abierta por el conquistador, redactor de unas Orde-

nanzas civiles, es la cita que reproducimos, que toma como modelo la ciudad de México:

> Fundada como de nuevo por el valeroso Hernando Cortés, y unos pocos compañeros suyos, que arrojados de la furia del mar, no en busca de la perdida Europa sino de la fama suya aportaron a ella. Y auiendo muerto la Serpiente de la ydolatría de aquellos mismos dientes que le quitaron, esto es, de sus ritos y fuerzas bárbaras, renacieron hombres nueuos en la fuente del Baptismo, con que quedó mejorada en todo creciendo después sus edificios y calles tan por orden y compás, que más parecen puestas por concierto y armonía de música que a plomo y machinas de Arquitectos. [77]

En la línea más ardorosamente reivindicadora de la obra evangélica de Cortés se sitúa Juan de Torquemada (1557-1624) autor de la influyente *Monarquía indiana*, deudora de la obras de Sahagún y, sobre todo, de la de Mendieta y Herrera. *Monarquía indiana*, escrita en 1609, fue publicada en Sevilla en 1615. La obra del franciscano, que llegó a aprender náhuatl, presta gran atención a las costumbres y tradiciones de los indios y narra la conquista del imperio mexica por Hernán Cortés. El libro cuarto, de la serie de veintiuno publicados, trata de la conquista. En *Monarquía indiana*, Cortés aparece adornado por la templanza, la maña, la discreción, la astucia y la prudencia, elogios comprensibles en un franciscano, orden siempre favorecida por el de Medellín, quien a ojos del fraile, ansiaba en demasía el oro. La labor del conquistador, en cuyos resultados ve el religioso la mano divina, dará los resultados apetecidos: la implantación del cristianismo. Paralelamente, Torquemada no regatea alabanzas al talento bélico del conquistador:

> Fernando Cortes siempre fue muy cuidadoso, porque fue dotado de las tres cosas que se requieren en la guerra, que son consejo, determinacion, y eficacia, o presteza, por la vivacidad de su animo y prontitud de su ingenio con que preuenia, y proueia las cosas necesarias que avia menester para sus impresas: con lo qual, y con el exemplo que dava a sus soldados, en los trabajos y peligros, los tenia muy rendidos y sujetos, y hechos a grande prontitud y obediencia, que es lo mas esencial de la guerra. [78]

Ajena a la esfera religiosa, y aunque escrita en el siglo anterior, la obra de Bernal Díaz del Castillo se publicó en 1632. De laboriosa elaboración, el relato aparecía más de un siglo después de la caída de Tenochtitlán, cuando ya se habían publicado otras relaciones y crónicas, algunas de ellas realizadas por protagonistas de la conquista. Lógico es que la *Historia verdadera* sirviera como fuente, pero también como elemento de controversia.

Ilustrativo de esta tensión es el modo en el que el cronista mayor de Indias, Antonio de Solís, discute en ocasiones el rigor de la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, en su *Historia de la conquista de México población y progreso de la América septentrional, conocida con el nombre de Nueva España* (Madrid 1684). Así se expresa Solís al respecto de la obra del de Medina del Campo:

> Pasa hoy por historia verdadera ayudándose del mismo desaliño y poco adorno de su estilo para parecerse a la verdad y acreditar con algunos la sinceridad del escritor, pero aunque le asiste la circunstancia de haber visto lo que escribió, se conoce de su misma obra que no tuvo la vista libre de pasiones, para que fuese bien gobernada la pluma: muéstrase tan satisfecho de su ingenuidad, como quejoso de su fortuna: andan entre sus renglones muy descubiertas la envidia y la ambición; y paran muchas veces estos afectos destemplados en quejas contra Hernán Cortés, principal héroe de esta historia, procurando penetrar sus designios para deslucir y enmendar sus consejos, y diciendo muchas veces como infalible no lo que ordenaba y disponía su capitán, sino lo que murmuraban los soldados; en cuya república hay tanto vulgo como en las demás; siendo en todas de igual peligro, que se permita el discurrir a los que nacieron para obedecer. [79]

Pese a todo, Solís, cuya obra marcó a muchos de sus sucesores, tomó de Bernal muchos datos para la confección de su *Historia*. Dejemos, no obstante, por el momento al cronista y retomemos el hilo cronológico para abordar algunos de los hitos cortesianos de este siglo.

A mayor gloria del Virrey Juan Mendoza y Lima, Marqués de Montes Claros, se escribió el poema *Canto intitulado Mercurio* debido a la pluma del sacerdote y bachiller Arias de Villalo-

bos (1568-¿?). El manuscrito, que lleva la fecha de 1623, sería editado en 1907 por Genaro García. Mercurio es quien da voz al poema, repasando con rapidez los principales episodios de la conquista, sin dejar pasar la oportunidad de condenar los sacrificios humanos y la idolatría. En él se habla de los habituales aspectos de la conquista: el barrenado de las naves, la Noche Triste, el temor de los indígenas a los caballos… La epopeya hispana se cerrará encareciendo la iniciativa privada de Cortés y la escasa efusión de sangre habida en su gesta.

Gran conocedor de la Historia de España, siempre combatiente de las deformadas imágenes que de esta se proyectaban desde las potencias enemigas, Francisco de Quevedo también hablará de Cortés en su *España defendida y los tiempos de ahora, de las calumnias de los noveleros y sediciosos* [80]. Escrita en 1609, permaneció inédita tres siglos, pues no se publicó hasta 1916 gracias al profesor Robert Selden Rose (1888-1964), quien, tras enfrentarse al manuscrito, lo hizo público en el *Boletín de la Real Academia de la Historia*. Quevedo, por lo que a nuestro personaje respecta, veía la mano divina tras los triunfos de Cortés:

> Como Dios de los ejércitos, unas veces nos amparó, y éstas fueron muchas, con nuestro patrón Santiago; otras con la Cruz, que, hecha a vencer la misma muerte, sabe dar vida a todos los que, tomo estandarte de Dios, acaudilla. Milicia fuimos suya en las Navas de Tolosa. La diestra de Dios venció en el Cid, y la misma tomó a Gama y a Pacheco y a Alburquerque por instrumento en las Indias orientales para quitar la paz a los ídolos. ¿Quién sino Dios, cuya mano es miedo sobre todas las cosas, amparó a Cortés para que lograse dichosos atrevimientos, cuyo premio fué todo un Nuevo Mundo?

A un siglo de distancia de la conquista de México, Cortés ya era depositario de numerosos componentes míticos. Como muestra de ello acudiremos a Bartolomé Leonardo de Argensola (1562-1631), en concreto a su *Primera parte de los Anales de Aragón* (Zaragoza 1630). Argensola atribuye a Cortés un linaje fantástico: la familia del conquistador descendía de los reyes de

LombardÍa a través de su segundo hijo, Gildo Cortesio, quien en tiempo de los godos se asentó en España; el primer solar de estos Cortesios convertidos a la larga en Cortés sería Ahuero, población del Pirineo aragonés.

Lejos de tan imaginativa elaboración de los orígenes del de Medellín, Miguel de Cervantes también se referirá a Cortés en *El licenciado Vidriera* (Madrid 1613), obra escrita antes de 1606, en la cual el Príncipe de los Ingenios establece la manida comparación entre Tenochtitlán y Venecia:

> […] merced al cielo y al gran Hernando Cortés, que conquistó la gran Méjico, para que la gran Venecia tuviese en alguna manera quien se le opusiese. Estas dos famosas ciudades se parecen en las calles, que son todas de agua: la de Europa, admiración del mundo antiguo; la de América, espanto del mundo nuevo.

Otro destacado hombre de letras, Tirso de Molina (1579-1648), también empleó a Cortés, junto con Pizarro, en *Todo es dar en una cosa* (Madrid 1635). En el segundo acto de la misma, aparece un «Hernando Cortés mancebo» que habla con Gonzalo Pizarro, al que informa de asuntos familiares y de cómo sigue a los Reyes Católicos a Guadalupe. Más tarde, el Pizarro conquistador y Cortés forcejean por una bola, que acaba rompiéndose, en lo que se ha interpretado como una alegoría del reparto del mundo. Las palabras de Francisco Pizarro así parecen indicarlo:

La fortuna dio palabra
de ayudar a la osadía.
Si una loba reyes cría,
leche me dio a mí una cabra.
Un globo, bola o esfera
es la insignia en que sucinta
su figura el mundo pinta;
en su mano la venera
el césar. ¿Será quimera
el creer que la mitad
del mundo felicidad

a mi esfuerzo prometió?
Esta bola se partió
por medio: alma, adivinad.
Aquel mancebo se lleva
la una parte y me ha dejado
con la otra nuevo cuidado
y en él esperanza nueva.
Quien dificultades prueba
felicidades conoce;
conquiste Alejandro y goce
el mundo venciendo extraños,
que si empezó de doce años
yo le imito de otros doce.
Seré Alejandro segundo.
¿Fue más de un hombre? Hombre soy,
con el medio mundo estoy,
conquistaré un medio mundo.
Fortuna, en esto me fundo,
vida espero prodigiosa,
favoréceme amorosa,
que en los pechos invencibles
para acabar imposibles
todo es dar en una cosa.

El testigo del Cortés heroico lo tomó en 1637 el jesuita Baltasar Gracián (1601-1658), al publicar en Huesca un librito titulado precisamente *El Héroe*. Perdidos todos los ejemplares de aquella primera impresión, el texto que ha llegado a nuestros días es el de la edición que apareció dos años después, en 1639, impreso en los talleres madrileños de Diego Díaz. Su éxito fue grande, prueba de ello es que en 1645 corrían ya seis reediciones [81], siendo traducido al francés, italiano e inglés. Hemos de hacer notar que en algunas traducciones al francés se ejerció la censura con aquellos pasajes que elogiaban los valores de monarcas españoles como los Reyes Católicos o Felipe II; pero también con personajes como el propio Hernán Cortés [82].

Gracián comparó su heroísmo con el de Alejandro Magno y Julio César, «repartiéndose entre los tres la conquista del mundo por sus partes». De hecho Gracián habla de un Cortés que es «Alejandro español y César indiano».

Poco después aparecerá *Varones ilustres del Nuevo Mundo* (Madrid 1639), del profesor de la Universidad de Salamanca, Fernando Pizarro y Orellana, en la que dedica, en la línea de Gómara, un panegírico al «rayo de la guerra», Hernán Cortés. La obra, dedicada al *Rey Planeta*, Felipe IV, subraya el hecho de que «Nació este ilústre Varón el dia mismo que aquella bestia infernal, el Pérfido Heresiarca Lutero» [83], coincidencia a la que después sucederá la confrontación de sus hazañas con las de los héroes clásicos.

En la Nueva España, otro jesuita volvía a insistir en el factor providencial. Francisco de Florencia (1619-1695), al escribir su *La Estrella del Norte de México, aparecida al rayar el día de la luz evangélica en este Nuevo-Mundo* (México 1668) explica que Cortés no hubiera sido capaz de conquistar el imperio de Moctezuma sin la ayuda divina, en particular la de la Virgen. Como prueba de sus tesis describe el fabuloso hecho de que en plena conquista, en 1521, la Virgen echara tierra a los ojos de los idólatras, favoreciendo la causa cristiana.

También en el virreinato se imprimió una obra que tuvo gran influencia en quienes se ocuparon de la conquista de México tras su lectura. Nos referimos a *Piedad heroica de don Fernando Cortés, Marqués del Valle* (México 1689), cuyo autor fue el criollo Carlos de Góngora y Sigüenza (1645-1700), Cosmógrafo del Rey, Catedrático de Matemáticas y miembro del Tribunal del Santo Oficio. La obra se justifica de este hiperbólico modo:

> […] manifiestarle al mundo, reducidas a perfección, piadosas disposiciones del invencible Marques del Valle D. FERNANDO CORTES, cuyas menores acciones seran digno empleo de la Fama mientras durar el mundo, y que sin duda hu-

biera perpetuado la ethnica antigüedad, dibujando con oro de estrellas en el papel del cielo un retrato suyo en alguna de las imagenes que lo hermosean. [84]

Góngora, gran lector de Cervantes de Salazar, subraya la dimensión civilizadora de Cortés y corrige a Torquemada en algunos aspectos. Góngora y Sigüenza presenta a un conquistador piadosísimo que al tiempo que somete a los mexicas implanta la fe católica, pero también promueve la construcción de hospitales como el de Nuestra Señora de la Concepción, del que reconstruye su historia. Cortés es un nuevo Eneas dentro de una obra en la que también se narra la maravillosa aparición de la virgen de Guadalupe al indio Juan Diego. El extraordinario suceso sirvió para configurar un culto mariano que tan importante papel jugó en el proceso de independencia de lo que llegaría a ser una nación soberana: México. Góngora y Sigüenza, formado por los jesuitas, influirá poderosamente en la obra de otro hombre de la Compañía de Jesús: Francisco Javier Clavijero.

Momento es de regresar a Antonio de Solís y Rivadeneyra (1610-1686). Poeta en su juventud y sacerdote en el tiempo de componer su *Historia*, es sin duda la referencia principal de este siglo. Considerado frecuentemente como un panegirista, el éxito de su obra, de tan laboriosa como larga confección, es innegable. Prueba de ello es que fue traducida al francés, inglés y alemán y se reimprimió con frecuencia en Madrid, Barcelona, Amberes, París y Londres. Se trata, de nuevo, de una obra en la que Cortés aparece adornado por atributos heroicos.

La *Historia* [85] da comienzo exponiendo los motivos que llevan al autor a confeccionarla, destacando entre ellos una circunstancia que ya había percibido Quevedo en su *España defendida*:

> […] hallamos en los autores extranjeros grande osadía y no menor malignidad para inventar lo que quisieron contra nuestra nación, gastando libros enteros en culpar lo que erraron algunos para deslucir lo que acertaron todos; y en los naturales poca uniformidad y concordia en la narración de los sucesos: conociéndose

en esta diversidad de noticias aquel peligro ordinario de la verdad, que suele desfigurarse cuando viene de lejos, degenerando de su ingenuidad todo aquello que se aparta de su origen.

Solís lleva a cabo su narración teniendo en cuenta, lógicamente, las crónicas existentes, tratando de mejorar las *Décadas* de Herrera. Hemos de subrayar en ella, en lo relativo a los prolegómenos de la llegada de Cortés a Tierra Firme, que Solís, destaca el ánimo de regresar que tenían los integrantes de la expedición de Fernández de Córdoba, siendo estos, ya integrados en la de Grijalva, quienes bautizan las tierras descubiertas como Nueva España. Trata Solís los pormenores preparatorios de la expedición de Cortés, y justifica su acción de continuar adelante pese a las contrarias órdenes de Velázquez. Es destacable señalar que el impulso de los compañeros del que se convertiría en conquistador, es fundamental, a los ojos del cronista, para que el viaje al continente prosiguiera.

La obra reconstruye, en su segundo libro, las tensiones vividas entre las dos facciones que desembarcaron en el continente, los partidarios de penetrar en él, y los velazquistas, partidarios de regresar a Cuba. Asimismo, se da cuenta de los primeros contactos con los enviados por Moctezuma. Cortés destaca por su templanza y habilidad en el manejo de las voluntades de los hombres, pero también por el interés de darle a su acción un fundamento jurídico cuya mejor prueba es la fundación de una población, la Villa Rica de la Vera-Cruz, dotada de regidores homologables a los de Castilla cuyos nombres quedaron registrados por un escribano.

En la *Historia* de Solís, al comienzo de su tercer libro, el cronista señala cierta torpeza por parte de los enviados de Cortés a la corte de Carlos V, circunstancia importante, que da cuenta de cómo Solís maneja información que podemos llamar peninsular. La conclusión a la que llega es esta:

> Lo que no se puede negar es que perdió mucho en sus informes la causa de Cortés, y que dio mal nombre a su conquista, tratándola como delito de mala consecuencia. [86]

El Cortés de Solís, en definitiva, sobresale sobre sus compañeros, acaso por el interés que el cronista tiene en neutralizar en cierto modo a un Bernal que trataba de repartir su gloria entre quienes acompañaron al héroe. El final de su obra es prueba de la valoración que Solís hace del conquistador español:

> … y se formó en breve tiempo aquella gran monarquía, que mereció el nombre de Nueva España, debiendo el Máximo Emperador Carlos V a Fernando Cortés no menos que otra corona digna de sus reales sienes. ¡Admirable conquista!, ¡y muchas veces ilustre capitán! de aquellos que producen tarde los siglos y tienen raros ejemplos en la historia. [87]

Aunque este libro está centrado en Hernán Cortés, parece obligado referirse a determinados aspectos institucionales y ceremoniales de la Ciudad de México en los que de modo implícito se puede percibir la huella o el recuerdo de lo que el conquistador significaba en el siglo posterior a su muerte.

A finales del siglo XVII, en el virreinato de Nueva España, la presencia de Cortés en la vida pública y simbólica había decaído considerablemente en favor incluso de Moctezuma y los reyes mexicas, circunstancia que habla a las claras de la integración, bien que marcada por la estructura social preexistente, de los indígenas. Prueba de ello es uno de los dos arcos triunfales que se erigieron con motivo de la llegada a la misma del nuevo Virrey en 1680, don Tomás de la Cerda, III marqués de la Laguna (1638-1692). Uno de ellos se construyó en la Iglesia Metropolitana bajo la supervisión de sor Juan Inés de la Cruz (¿1648?-1695), quien dejó escrito el *Neptuno Alegórico*. Sin embargo, el monumento que nos interesa es el que levantó el Cabildo. En dicha estructura efímera ya no había rastro de Cortés, como lo hubo en el túmulo de Carlos V ya comentado, sino la presencia de 12 estatuas de monarcas mexicanos en los cuales quedaban encarnadas virtudes políticas. Todo un despliegue

que remitía al año 1327 como fecha fundacional de una ciudad, expresando el deseo de que «renaciesen los Mexicanos Monarcas de entre las cenizas en que los tiene el olvido». El autor del diseño no era otro que el profesor de matemáticas y astrología de la Universidad de México, otrora miembro de la Compañía de Jesús, Carlos de Sigüenza y Góngora, quien dejó claras sus intenciones en un escrito adjunto de revelador título: *Theatro de virtudes políticas que constituyen a un Príncipe: advertidas en los Monarchas antiguos del Mexicano Imperio, con cuyas efigies se hermoseó el Arco triunfal que la muy Noble, muy Leal, Imperial Ciudad de México erigió para el digno recivimiento del Excelentissimo Virrey Conde de Paredes, Marqués de La Laguna & c. Ideolo entonces y ahora lo describe D. Carlos de Sigüenza y Góngora*.

Dado que estas máquinas o estructuras tenían fines propagandísticos, el programa desarrollado por Sigüenza no cabe atribuirlo a una iniciativa personal, pues el trabajo se realizó bajo encargo. Ello nos sitúa frente a la instrumentalización de los monarcas mexicanos, con quienes se estarían identificando altas facciones de la sociedad criolla novohispana en detrimento de los conquistadores, españoles peninsulares, al cabo.

La huella de Cortés, no obstante su menguante presencia iconográfica, seguía presente, pues los nuevos virreyes recorrían el camino que siguió el conquistador [88], entrando por Veracruz, con una importante parada en la ciudad de Tlaxcala en cuya Calle Real se disponían arcos triunfales, y otras en Puebla y Cholula antes de llegar, tras el traspaso del bastón de mando que se escenificaba en Otumba, a la Ciudad de México, lugar donde tomaban su cargo los más altos representantes de la Monarquía Hispánica que pisaban suelo novohispano. El itinerario y las ceremonias se fijaron con gran precisión en las Leyes de Indias, y como nota interesante hemos de referir la expresa prohibición de que el nuevo virrey fuera bajo un palio que de-

bía rechazar antes de besar la cruz y escuchar un *Te Deum* al llegar a la Nueva España.

Otras huellas de Cortés son las que van ligadas a la Archicofradía de la Veracruz por él fundada en torno a la iglesia del mismo nombre que mandó levantar en la Ciudad de México [89]. Los estatutos de la Cofradía de la Cruz, llamada de los Caballeros por lo distinguido de sus miembros, se aprobaron en 1527. La elitista Cofradía nombraba rectores a los virreyes, no siempre con éxito, estando ya en franca decadencia en la segunda mitad del XVIII.

Un importante símbolo ligado a Cortés, por cuanto él es la cabeza visible de la conquista, fue el pendón que se paseaba por la ciudad el día de san Hipólito en conmemoración de la fecha en que Tenochtitlán cayó definitivamente. La primera noticia escrita, 1528, que se tiene del Paseo del Pendón [90] procede de las *Actas del Cabildo*, y en ella se habla de la confección de un pendón que debía integrar el banderín con la estampa de la Virgen traído por Hernán Cortés que se conservaba en la iglesia de san Hipólito erigida en honor al santo. La fiesta, no obstante, suscitaría pronto una gran controversia que debemos relacionar con el malestar que muchos de los conquistadores experimentaron al ver los magros logros de su esfuerzo, a lo que hemos de sumar el creciente poder de la Audiencia. La reliquia misma de la conquista perdería presencia en 1532 primero, y en 1540 después, con la confección de otros pendones de diferentes colores impulsados precisamente por las sucesivas Audiencias.

Por lo que respecta al desarrollo de la ceremonia, el Paseo venía precedido, en la víspera, por un desfile de luminarias al que sucedía, en la mañana siguiente, el citado Paseo del pendón, al que pronto comenzó a acompañar el escudo de armas de la ciudad con su inscripción: *Non in multitudine exercitus consistit*

victoria, sed voluntate Dei —La victoria no consiste en la multitud del ejército sino en la voluntad de Dios»— lema que subrayaba, como así lo había hecho Cortés, el componente providencial de la conquista.

El Paseo se preparaba cuidadosamente, quedando fijada la identidad, orden y atuendos de sus participantes, la presencia de músicos y caballerías, etc., si bien en tal organización encontraremos las tensiones aludidas, incluyendo en ellas el hecho de que algunos de los conquistadores, empobrecidos, no podían costearse una caballería o un atuendo adecuado para la ocasión.

La figura principal del Paseo era el alférez, encargado de sacar el pendón. Con el desplazamiento que de las labores organizativas se produjo, los conquistadores fueron quedando relegados, y el cargo de alférez se desvirtuó al convertirse en un cargo remunerado que obligaba a la asunción de tareas organizativas. El Paseo, en definitiva, no sólo escenificaba aspectos de la conquista, servía también para mostrar la pugna existente entre diversos grupos de novohispanos. Prueba de ello es el hecho de que, tratando de atenuar los privilegios de los conquistadores, en 1529 se llega a pedir que Cortés no pueda entrar en la ciudad y se expulsa de la reunión del Cabildo a Francisco de Santa Cruz, amigo del conquistador. La designación del cargo de alférez, máxime con la implantación de la Audiencia, servirá para mostrar las preferencias de ésta, que se pondrá del lado de los enemigos de Cortés, como prueba el hecho de que en 1533 es Bernardino Vázquez de Tapia quien recibe tal distinción.

Por su parte, algunos conquistadores rehusaron encabezar el Paseo por diferentes motivos: en 1530 es Juan Jaramillo, otrora capitán de Cortés y marido de doña Marina, quien rechaza el cargo. Ocho años más tarde es Juan de Mansilla, captor de Cuauhtémoc y pronto distanciado del conquistador, quien también renuncia.

Al descontento entre los conquistadores, hemos de sumar el interés que, entre los nuevos ricos novohispanos, tenía obtener un reconocimiento público tan señalado como el que ofrecía un acto de semejante naturaleza.

Si el Paseo del pendón tenía importancia en la Ciudad de México, la fiesta del Corpus Christi es acaso más importante, y es pronto instituida en Nueva España. La participación en la procesión era todo un honor, como prueba el hecho de que Carlos V llevara una de las varas del palio en Barcelona en 1535. Entre sus primeros organizadores están los franciscanos, siempre favorecidos por Cortés que recelaba del clero secular. Los franciscanos, no obstante, en un proceso paralelo al seguido por los conquistadores, perderían poder y protagonismo a partir de 1539, cuando debieron prestar obediencia a los obispos.

No obstante, dado el carácter religioso de la fiesta, el Corpus Christi sirvió para mostrar el carácter integrador de la nueva religión. Pronto, en tan señalada celebración, se pudo ver la presencia de caciques montados a caballo y acompañados de su séquito. La solemne procesión compuesta por blancos, mestizos e indígenas, españoles peninsulares y criollos, mostraba uno de los principales atributos civilizatorios del Imperio español: el mestizaje racial y cultural.

Hacia finales del siglo, y pese a que en la ciudad de México todavía existían rivalidades que involucraban lejanamente a Cortés, su figura era ya la de un héroe. En la Península, esta condición era indiscutible.

Capítulo 5
SIGLO XVIII. CORTÉS DRAMÁTICO

La dimensión heroica de Cortés no decaerá en el siglo XVIII, si bien durante esta centuria la figura del Marqués del Valle se llevará a los escenarios para formar parte de obras dramáticas, zarzuelas [91] y óperas, tanto dentro del orbe hispano como en determinadas naciones europeas. Estas composiciones convivirán con poemas que ensalzan lo realizado por el conquistador español en un siglo que será testigo del cambio dinástico del Imperio español. Por otro lado, la Leyenda Negra reavivada por los próceres de la Ilustración europea, tan ácida con España y tan complaciente con sus naciones, conocerá la reacción hispana. Comencemos, pues, por la revisión de algunas obras producidas en este tiempo.

En 1716 el prolífico dramaturgo José de Cañizares, protegido del Duque de Osuna, Fiscal de Comedias de la Corte y Compositor de Letras Sagradas de la Real Capilla, escribe *El pleito de Hernán Cortés con Pánfilo de Narvaéz*. La comedia tiene por protagonistas a personajes como el Emperador Carlos, Felipe II, el arzobispo de Toledo, quien compara a Cortés con Moisés y, junto a los que figuran en el título, a doña Juana de Zúñiga y Martín Cortés. La obra de Cañizares, atravesada por una trama de momentos melodramáticos, se vale de la rivalidad entre Cortés y Narváez para narrar diferentes aspectos de la conquista de México.

La trama sitúa a Cortés recibido con agasajos en una Corte en la que se le excusa de ciertas acciones protocolarias en reconocimiento de sus méritos. Él mismo contará su vida deslizan-

do errores ya comunes como su paso por Italia a las órdenes del Gran Capitán. El conquistador destaca, lógicamente, la conquista del imperio mexica, que ha procurado al emperador siete millones de vasallos. Cortés busca reconocimiento.

Alternando con la presencia del de Medellín aparece Pánfilo de Narváez, enemigo de Cortés que acude a la Corte

á informar al Rey
de sus crueldades , y excessos,
y la presumida idea
de alzarse con el gran Reyno
Mexicano; […] [92]

Como se puede apreciar, la sospecha que en su día recayó sobre Cortés permanecía viva, si bien acaso tan sólo como algo que había quedado en las crónicas de la época. Sea como fuere, Narváez pretende acusar de traidor a Cortés y añade que tiene escondidos los tesoros de Moctezuma, acusaciones ante las que el Emperador Carlos se muestra refractario:

Panfilo. Contra Hernán Cortés
traigo formado processo,
con infinitos testigos,
con que la traición le pruebo
de quererse con las Indias
alzar; y para este efecto
los tesoros escondidos
tiene, que quitó su esfuerzo
al Monarca Montezuma.
Estos papeles:- Emper. A verlos?
Panfilo. Confirman esta verdad. Daselos.
Emper. Filipo, quienes huvieron
mas razón de ser creídos,
las palabras, ó los hechos?
Rey. Las acciones acreditan
mas que las voces. Emper. Me huelgo,
que lo conozcáis: las obras
de Cortés, ya las sabemos;

las palabras ignoramos
de sus contrarios, y á ellos
se les debe por oído
dar este solo desprecio. Rasga los papel.
Panfil. Señor:-Emp. Idos de mi presencia,
que solamente atendiendo
vuestros servicios no os hago
llevar á una Torre preso.
Panf. Sabe el Cielo:-Emp. Que es mentira
quantos dicen lisonjeros
embidiosos contra el que es
la columna de mi Imperio:
y vive Dios:- Vase mirandole.

Sin embargo, la salida de la estancia de Carlos I, deja a Narváez a solas con el rey Felipe, quien da cierto crédito a este:

Panfilo. Jamas vi
la cara, señor, al miedo,
sino es oy. Rey. Ay esperanza, ap.
ya eres alhaja del viento!
Pues , Narvaez, no os acobarde
el ver a mi padre puesto
de parte de Hernán Cortés.
Panfilo. Con que si prosigo el Pleyto,
favoreceréis mi causa?
Rey. Si es Justicia podré hacerlo.
Panfilo. Y si el Cesar otra vez::-
Rey. Que medroso sois! Panfilo. Si tiemblo,
es la deidad enojada:: -
Rey. Pues otra os oye sin ceño;
proseguid. Vase.
Panfilo. Así lo haré,
para que sirva de exemplo
el Pleyto de Hernán Cortés
á los ligios venideros. [93]

Como se puede advertir, el pleito al que se refiere el título es el célebre y tortuoso juicio de residencia que, en la obra de Ca-

ñizares, lleva a dar con Cortés en prisión durante la ausencia de Carlos y bajo un Felipe legalista que no reconoce sus méritos. Resulta también llamativo constatar de qué modo Cañizares emplea aquella respuesta un tanto altanera que dio Cortés al Emperador en relación a los reinos que le había procurado. La anécdota queda incorporada a la trama de la comedia, si bien esta vez es Carlos quien se lo recuerda a su hijo. Todo se reconducirá al final de la comedia, con la vuelta del Emperador a España. Retirado en Yuste, Carlos es visitado por el conquistador, quien obtiene de él un billete que presentará al renuente Felipe. La comedia alcanzará así el fin deseado, con la redención de un Cortés que es exonerado de las graves acusaciones de que era objeto.

Casi una década después, el erudito criollo novohispano José Antonio de Villerías y Roelas (1695-1728) [94] compuso un gran poema latino titulado *Guadalupe*. Obra dividida en cuatro libros y centrada en el potente mito mariano, es en el primero de ellos donde el autor hace un elogio de Cortés y sus capitanes. Los españoles son presentados como instrumentos de la Providencia con el objeto de ganar almas para la Cristiandad. El poema, sin embargo, no regatea elogios a Moctezuma o a la arquitectura mexica a la que compara, favorablemente, con la de Egipto o Grecia. Al cabo, la obra de Villerías, concluida en 1724, hemos de inscribirla dentro de una corriente criolla —en el caso de Villerías se trata de un criollo de modesta extracción social— rivalizante con la facción formada por los españoles peninsulares. Tal rivalidad obrará a favor de la recuperación de componentes prehispánicos por parte del grupo criollo, si bien este colectivo tampoco renegará de la herencia cortesiana, manteniendo un frágil equilibrio que se romperá de forma definitiva en el siguiente siglo.

Otro novohispano, el poeta Francisco Ruiz de León (1683-1765), es el autor de *Hernandia. Triunfos de la Fe, y Glorias de las Armas Españolas, Poema Heroyco, sobre la Conquista de México* (Madrid 1755). Dedicado a Bárbara de Braganza, el poema, estructurado en doce cantos, es deudor de la obra de Solís y canta las proezas de Hernán Cortés dentro de una obra repleta de hipérboles y referencias mitológicas. Véanse un par de muestras de ello:

Quien, sino tu, Heroyco Hernando, pudo
Emprender proeza tal? Conseguir tanto?
Bien te puedes gloriar, que diestro, agudo,
Triumphos lograrte del Gentil, espanto:
Tu perspicacia fué el prudente Escudo,
Donde Minerva descifró su encanto:
Vive inmortal, como precioso exemplo,
En las virtudes, que de ti hacen Templo. [95]

Este Phenix, prodigio de la Fama,
Entre los Heroes grave Polifemo,
A quien el Orbe con razon aclama,
Mas que à Alexandro, que à Scipion, y à Remo:
Pincèl pedia mas alto, quando llama
La admiracion à vèr en un extremo
Unidos quantos pudo, con franqueza,
Thesoros repartir Naturaleza. [96]

El canto IV narra la lucha de Cortés contra la idolatría. España, de la cual el conquistador metellinense es uno de sus más altos representantes, aparece como una nación que combate con firmeza las herejías a ambos lados del océano:

Ponzoñosa en Europa la Heregìa,
Desde Saxonia cunda el cruèl veneno,
De Lutero à la infiel Apostasìa.
Aborto de infeliz Incubo obsceno:
En America brote Idolatrìa
Nuevos Dogmas, y Errores de su seno;

Pueda el Sacro Batèl de la Fè ciega
Encallarle, si à zozobrar no llega. [97]

El final del poema, en el que los grandes adjetivos siguen adornando a Cortés, celebra la unión de las dos Españas a él debida.

Para ser representada en el teatro fue compuesta la obra *Cortés triunfante en Tlascala*, de incierta fecha de composición, si bien pudiera haberse publicado en 1768. Obra de Agustín Cordero, de quien se disponen pocos datos, está dividida en tres jornadas y fue representada en México entre las temporadas de 1790 y 1792 coincidiendo con las fechas conmemorativas con la conquista de Tenochtitlán. El reparto lo componen: Cortés, Gicotencàl General Tlascalteca, Teutile General Mexicano, Pedro de Albarado, Cristoval de Olid, El senador Magiscacin, el senador ciego Gicotencàl, un embajador Cempoal, un Papagayo gracioso, Alfa la sacerdotisa, la india Marina, una cotorra graciosa, Indias, Indios, Españoles.

La comedia presenta a los tlaxclatecas doliéndose del yugo mexica, momento en el que parecen los españoles en la costa. La entrada en escena de Cortés, acompañado de Alvarado, Olid, y algunos soldados, describe la fundación del ayuntamiento de Veracruz, el comportamiento de Velázquez —«del que nos aparta su proceder desabrido» [98]— y su nombramiento como general. Posteriormente la acción muestra los sacrificios humanos, fin al que estaba destinada doña Marina antes de que Cortés la rescate en un lance teñido de ecos amorosos tras el cual la intérprete se convierte al cristianismo. El conquistador representa, en una línea ideológica ya clásica, el combate de la barbarie y la superstición encarnadas en «figuras irrisibles» [99].

La obra, pese a su título, pasa por los principales hechos de la conquista, a la que tanto contribuyeron los tlaxcaltecas. Prueba de ello es el hecho de que durante la tercera jornada, mientras

se penetra en territorio mexica, se escenifican las dudas de los españoles sobre si continuar o no en esas tierras, ante lo cual Cortés recuerda la destrucción, que no el incendio, de las naves:

aún a Nra. armada en el Puerto
al travez dimos, y a pique
todos los vasos se fueron.
¿Que haremos en tal estado?
à vuestro juicio os dejo
deliberacion tan ardua,
porque nunca tuve empeño
de hacerme en lo aventurado
responsable del suceso; [100]

Vienen después las ofertas de Moctezuma, que trata de hacerse tributario del Rey de España al tiempo que se enfatiza en la alianza con los tlaxcaltecas, quienes tratan de escapar del «tyránico imperio» [101] de los mexicanos. Hacia el final, el cacique ciego alude, dudoso, al linaje divino de Cortés antes de que la obra se cierre con la entrega a Gicotencàl de la sacerdotisa Alfa.

Que Cortés era materia dramática relativamente común lo muestran las producciones de Fermín del Rey, prolífico dramaturno de escaso éxito de quien se poseen pocos datos biográficos [102]. Rey fue autor de una trilogía, con Hernán Cortés como portagonista, referida a tres momentos de la conquista: *Hernán Cortés en Cholula* (1782), *Hernán* Cortés *en Tabasco* (1790) y *Hernán Cortés victorioso y paz con los tlascaltecas*, esta última nunca representada. En *Hernan Cortés en Tabasco*, Cortés aparece retratado acompañado de sus habituales Sandoval, Olid y Alvarado. Heroico, galante y enamorado, abomina de la «sinrazón y barbarie» de los indígenas en unas acciones que concluyen en un folletín que presenta a Cortés unido a la india Teler ya bautizada.

Como se puede advertir, Cortés, sin despojarse enteramente de su carácter heroico, ha adquirido los perfiles propios de un

galán, pudiendo de este modo llegar a un público más amplio y menos interesado en el rigor histórico. Junto a esta vertiente, el conquistador conserva un prestigio que va ligado al poder del Imperio español, todavía fuerte tras la guerra que dio como resultado el cambio dinástico favorable a la casa de Borbón. Los dominios de la nueva dinastía debían mucho a hombres como Cortés, razón por la cual su prestigio se mantenía tanto en los ambientes aúlicos como en los populares.

Finalizaremos el repaso por esta serie de obras que se adentran en la dramaturgia y la lírica con una aparecida al final del siglo bajo un curioso título y una misteriosa autoría. En 1795 se publica en Sevilla una breve poética titulada *Vida de Hernán Cortés, hecha pedazos en quintillas joco-serias*. Viene firmada en su portada por el «semi-poeta ingerto Anastaf de Morales C.D.C.», autor desconocido de quien el impresor dice haber hallado el manuscrito «entre mil cartapacios curiosos de un amigo ya difunto». La razón para publicarlo es no haber encontrado ofensas a la religión pero, sobre todo, por ser Cortés «gloria de nuestra Nación». Anuncia también el editor la existencia, en manos del difunto, de una segunda parte manuscrita de la *Historia de la conquista de la Nueva España* no escrita por Cervantes de Salazar o Bernal Díaz del Castillo… Elucubra también en relación a la identidad del autor. Anastaf le suena a griego, y Morales —acaso acordándose del Ambrosio de Morales de los tiempos de Felipe II—, a español. También queda en suspenso el significado de las siglas C.D.C. ¿Acaso Colegial de Coimbra?, ¿quizá Catedrático de Cánones?, ¿Canónigo de Canarias o de iglesias que comienzan por tal letra? ¿Corregidor de Cazorla? [103] En cualquier caso, el autor, «un pobre viejo» [104], demuestra un conocimiento exhaustivo de las crónicas de la conquista, descendiendo a menudo a detalles concretos.

Vida de Hernán Cortés, hecha pedazos… tiene un desarrollo cronológico que parte del nacimiento de «un robusto niño, para modelo de hombres». Repasa su educación, su conocimiento en el declinar —los latines de los que siempre se habló que conocía— y añade que rehusó ir a Salamanca para aprender leyes. También habla de su frustrada ida a Italia con el Gran Capitán, de sus actividades como encomendero y escribano, así como de su relación con Diego Velázquez, cuestiones que, tras la narración de la boda con Catalina Suárez, sirven para cerrar el primer pedazo.

El pedazo II da cuenta del descubrimiento y las expediciones al Yucatán, y sirve para que el autor compare a Cortés con Aníbal, Escipión, Alejandro y Cimón de Atenas, a los que el español, por su grandeza, superaría. Por supuesto, a las virtudes bélicas añade Cortés su inquebrantable fe religiosa que tiñe de tal coloración a su conquista:

Llevó alli el Diablo un capuz,
pues Cortes sin darle plazos,
al Idolo hizo pedazos,
y al prototipo la Cruz. [105]

Anastaf de Morales, nombre tras el cual quizá se halle un eclesiástico, no desaprovechará la ocasión para lanzar estar invectiva contra Voltaire, crítica que tendrá continuidad en el siguiente siglo:

Tambien alli es positivo
que tuvo la dicha de hallar
un Español harto vivo,
que se llamaba Aguilar,
y fue diez años cautivo.

Segun piadosa creencia
por un modo extraordinario
obró aqui la Omnipotencia,
dando al influxo ordinario

nuevo ser la Providencia.

¡Simpleza, superstición,
fanatismo! Reo de muerte
quien lleva tal opinion,
clama el Espiritu fuerte;
mas el no es la Inquisicion.

Mi opinion no heregia
por mas que Voltaire insista
la Santa Iglesia es mi guía:
si él quiere ser Fatalista,
dexe mi filosofia.

Es fluxo de maldecir
á quanto no es subiunar;
despues quiere hacer cundir
la libertad de pensar;
y libertad de escribir.

Malditas las libertades
de esta tenebrosa edad,
exige ella y sus cofrades
libertad á la impiedad
opresion a las piedades..

Mi alvedrio y aun mi vida
á la Religion consagro
que es de mi fe la medida,
y lo que es ó no milagro
otra autoridad decida. [106]

Morales hace también un retrato de la Malinche y de la astucia demostrada por Cortés en relación con el gobierno del primer ayuntamiento de Veracruz. Tras la fundación de tal municipio aparecerá la alianza con Tlaxcala y la partida hacia las tierras de Motezuma. La obra sigue el habitual orden cronológico

de los hechos, razón por la cual veremos a los mexicas haciendo a los españoles la «guerra injusta» [107] tras ver apresado a su señor por un Cortés que tras la ejecución de Qualpopoca se tiene por deidad.

El Pedazo III pone en escena un asunto de gran importancia, pues la mención que hace a los bienes va referida a todos esos novedosos productos y materias que llegaron a Europa y que tan importantes fueron para el desarrollo del capitalismo:

¡Feliz España! Raiz
de tantos bienes de Europa. [108]

Encarece también Morales los valores generadores hispanos para volver a arremeter contra los más conspicuos representantes de la Ilustración:

Todo lo civil ordena,
lo politico alli inxiere,
¿y en lo religioso suena?
Es Catolico, y no quiere
meter meno en mies agena.
Ese punto es un enredo
para Voltér, Boile, Baile,
y otros que no tienen miedo:
Cortes se remite á un Fraile.
¡Y que Fraile! El Padre Olmedo. [109]

El Pedazo IV se adentra en las vicisitudes vividas en Honduras y México y en la venida del conquistador a España, donde es recibido con honores. Cortés es recompensado con un marquesado y 23.000 vasallos al tiempo que se casa y emparenta con la nobleza. Repasa también Morales sus pleitos, el desdén del virrey, su etapa final en Sevilla, donde muere y, en una nota al pie, el panteón mexicano en el que se conservan sus restos.

Esta es la última página:
Mexico atiende al deseo
que tuvo de engrandecerte.
Sus huesos guarda en trofeo:

y si meresco moverte
levantale un mausoleo. [110]

Casi al final del siglo aparece otro poema histórico, el escrito por el clérigo Canónico de Zaragoza, Sumiller de Cortina de S. M. y Maestro de Geografía y Matemáticas del Serenísimo Señor Príncipe de Asturias Juan de Escoiquiz (1747-1820), *Méjico conquistado: Poema Heroico* (Madrid, 1798). En él se presenta a un Cortés heroico al que se compara con un Aquiles que se enfrenta a una nueva Troya.

También sobre las tablas de los teatros, muchos de ellos erigidos para acoger los nuevos géneros de representación, veremos a Cortés incorporado a la ópera, espectáculo que tanta expansión tuvo en este siglo marcado por una vida urbana de mayor escala y el desarrollo de la incipiente burguesía. Cortés es ya un héroe universal con claroscuros, de ahí que lo traten compositores de toda Europa, ya sea con él dentro del título ya contraponiéndolo, desde el propio encabezamiento, con Moctezuma. Prueba de ello es la ópera de Vivaldi *Montesuma* (1733), entre otras muchas que gravitan sobre Cortés y la conquista.

No podemos cerrar este capítulo sin tratar de otro importante aspecto. El siglo XVIII asiste al nacimiento del ensayo en español, del cual su mayor exponente es el monje benedictino español, Benito Jerónimo Feijoo (1676-1764). Feijoo es autor de *Teatro crítico universal* publicado en nueve volúmenes entre 1726 y 1740 y de *Cartas eruditas y curiosas*, 163 epístolas publicadas en cinco volúmenes entre 1742 y 1760. Su obra tuvo una enorme influencia y repercusión en la Península pero también en Hispanoamérica. De este nuevo género daremos dos pinceladas que suponen un contrapunto a la dramatización de la que había sido objeto el conquistador en determinados ambientes.

Un caso especial lo constituye la polémica entre Montesquieu y José Cadalso (1741-1782) suscitada por la publicación,

por parte del primero, de las *Cartas persas* (1721), controversia en la cual destacará el uso que de Cortés hará el cosmopolita escritor y militar español. La carta persa número LXXVIII es contra la que alzó su pluma Cadalso en su explícita *Defensa de la nación española contra la «Carta Persiana LXXVIII» de Montesquieu* (h. 1768). En tal carta Montesquieu, además de pasar por diversos asuntos que podemos calificar de negrolegendarios, hace notar, negativamente, el impulso conquistador de los españoles. La respuesta de Cadalso se encuentra en su Carta IX, desarrollada en 21 puntos, en los cuales hace una cerrada defensa de un Cortés, símbolo supremo del conquistador español, al que no duda en calificar de «héroe mayor que los de la fábula», reconociendo de este modo lo que tratamos de analizar en esta obra, esto es, la transformación de un personaje real en un personaje que concita y sostiene sobre su figura materiales arquetípicos. El Cortés de Cadalso, que trata de ceñirse a los datos de las crónicas, es un héroe favorecido por la Providencia que no habría cometido insubordinación militar alguna al dejar atrás las Antillas buscando fortuna y riquezas, pero también habría desplegando una labor evangelizadora que tiene su manifestación más visible en la erradicación de la idolatría.

Cadalso también trata de la importancia de las armas de fuego en manos de los españoles, factor que a su juicio palidece ante la gran superioridad numérica de las tropas indígenas. En cuanto al carácter del conquistador, destaca la prudencia exhibida en relación con las conjuras internas de su tropa, pero también sus dotes diplomáticas, imprescindibles para establecer alianzas y relaciones con los indios por un lado, e informar y justificar sus actos con respecto al emperador a través de sus famosas cartas, por otro.

El punto número quince de esta Carta IX es especialmente interesante por incidir en el hecho desencadenante de la captu-

ra de un Moctezuma que no es, a los ojos de Cadalso, un ingenuo y supersticioso gobernante atrapado por el mito del regreso de Quetzalcóatl:

> 15.º […] mientras Motezuma le obsequia con fiestas de extraordinario lucimiento y concurso, tiene Cortés aviso que uno de los generales mejicanos, de orden de su emperador, había caído con un numeroso ejército sobre la guarnición de Vera Cruz que, mandada por Juan de Escalante, había salido a apaciguar aquellas cercanías; y, con la apariencia de las festividades, se preparaba una increíble muchedumbre para acabar con los españoles, divertidos en el falso obsequio que se les hacía. En este lance, de que parecía no poder salir por fuerza ni prudencia humana, forma una determinación de aquéllas que algún genio superior inspira a las almas extraordinarias: prende a Motezuma en su palacio propio, en medio de su corte y en el centro de su vasto imperio; llévaselo a su alojamiento por medio de la turba innumerable de vasallos, atónitos de ver la desgracia de su soberano, no menos que la osadía de aquellos advenedizos. No sé qué nombre darán a este arrojo los enemigos de Cortés. Yo no hallo voz en castellano que exprese la idea que me inspira.

Resalta también Cadalso la «*perplejidad» que pudo causar en Cortés la circunstancia de tener que repeler a «enemigos españoles»* antes de regresar triunfante a un México en cuya «ausencia habían procurado destruir a los españoles los vasallos de Motezuma, indignados de la flojedad y cobardía con que había sufrido los grillos que le puso el increíble arrojo de los españoles». Desvela también las verdaderas intenciones de los mexicas: «la total aniquilación de los españoles a toda costa».

En el final de esta carta, en la que se reconoce que los españoles «en el Perú anduvieron menos humanos», Cadalso, pues lógicamente en los personajes (Ben-Beley, Gazel, Nuño) que sirven para desarrollar el diálogo hemos de escuchar su voz, establece una comparativa entre el ortograma civilizatorio hispano y su esclavista alternativa característica de otros imperios:

> Créeme, Gazel, créeme que si me diesen a escoger entre morir entre las ruinas de mi patria en medio de mis magistrados, parientes, amigos y conciudadanos, y ser llevado con mi padre, mujer e hijos millares de leguas metido en el entrepuentes de un navío, comiendo habas y bebiendo agua podrida, para ser vendido en América en mercado público, y ser después empleado en los trabajos más duros hasta morir, oyendo siempre los últimos ayes de tanto moribundo amigo, paisano

> o compañero de mis fatigas, no tardara en escoger la suerte de los primeros. A lo que debes añadir: «que habiendo cesado tantos años ha la mortandad de los indios, tal cual haya sido, y durando todavía con trazas de nunca cesar la venta de los negros, serán muy despreciables a los ojos de cualquier hombre imparcial cuanto nos digan y repitan sobre este capítulo, en verso o en prosa, en estilo serio o jocoso, en obras columinosas o en hojas sueltas, los continuos mercaderes de carne humana.

En cuanto a los enemigos externos, destaca la feroz crítica de Guillermo Raynal (1713-1796), en su obra *Histoire philosophique ..du commerce des européens dans las deux Indies* (1770, 1774, 1781). En ella no duda en calificar a Cortés como «un asesino cubierto de sangre inocente».

Si Cadalso defendió a España de los ataques lanzados por los representantes de la llamada Ilustración, poco después de la publicación de las *Cartas marruecas* verá la luz la obra del jesuita novohispano Francisco Javier Clavijero (1731-1787): *Historia antigua de México* (Bolonia 1780). Criollo hijo de españoles, estudiante en Puebla e integrado en la Compañía de Jesús y gran lector de Feijoo, Clavijero hubo de dejar Nueva España para tomar el camino del exilio en 1767, obligado por el decreto de expulsión que desalojó a su orden. En ese año embarcó en su Veracruz natal hasta llegar a Italia, muriendo en Bolonia veinte años después.

Pese a ser escrita casi sin recursos bibliográficos, *Historia antigua de Méjico* (1780-1781), publicada en italiano, maneja con solvencia las principales fuentes: Cortés, Solís, Torquemada, Bernal, Sigüenza y Góngora…, también Robertson. El mismo título nos da una pista de hasta qué punto la *Historia* de Clavijero presta importancia al mundo indígena, cuya defensa hemos de relacionar con la aparición en Europa de una serie de libros que sostenían que los naturales de Las Indias eran inferiores, en cuanto a sus capacidades, a los europeos. Los principales responsables de esta línea ideológica de ínfulas científicas fueron, entre otros: el Conde de Buffon, el holandés Cornelius de Pauw

y el abate Raynal. Contra ellos se alinea un Clavijero, maestro de indios en el colegio de San Gregorio de la Ciudad de México, que confeccionará una obra de tintes enciclopédicos. En la *Historia antigua de Méjico* se presta atención a la conquista de México y, por ende, a su principal artífice: Hernán Cortés, que al tiempo que libera a pueblos del yugo mexica, implanta el credo cristiano derrocando los «falsos númenes» y prohibiendo la «crueldad de sus sacrificios». Cortés aparece revestido de los atributos del héroe, pero también muestra otras virtudes como la astucia y la prudencia, así como una gran capacidad discursiva.

Como contrapunto al de Medellín, en la *Historia antigua de Méjico* Moctezuma aparece como un hombre acaso inspirado por el demonio, que «procuraba cerrar la puerta al Evangelio» [111]. La *Historia* está teñida de un providencialismo que protege a los españoles:

> Dios los conservaba á fin de que fuesen instrumentos de su justicia, sirviéndose de sus armas para castigar la superstición, la crueldad, y otros delitos con que aquellas naciones habian provocado su ira. No trato de justificar el intento ni la conducta de los conquistadores; pero tampoco puedo dejar de conocer en la serie de la conquista, y en despecho de la incredulidad, la mano de Dios que iba preparando la ruina de aquel imperio, y se valia de los mismos desaciertos de los hombres para los altos designios de su Providencia. [112]

En relación a la idea que de Cortés tenía Clavijero, esta parece dibujarse con claridad cuando refuta la versión dada por Las Casas a propósito del castigo infringido a Cholula. Clavijero hace una confesión que si bien se ciñe a lo ocurrido en esa ciudad, parece ser representativa de cómo entendía al conquistador:

> Yo no soy su panegirista, ni escuso sus yerros; pero soy historiador, hombre y cristiano, y bajo ninguno de estos aspectos puedo afirmar lo que no creo, ni creer de un individuo de mi especie tanta maldad, sin graves fundamentos. Describo el hecho de Cholula como lo hallo en los historiadores sinceros que se hallaron presentes, ó que se informaron, tanto de los antiguos españoles, como de los indios. [113]

Ello no impide que el jesuita discrepe en ocasiones de algunas de las líneas interpretativas más usuales en relación con determinados momentos de la conquista. Como ejemplo de ello podemos citar la captura de Moctezuma, que Clavijero desvincula de las muertes producidas por los mexicas en Veracruz, pues a sus ojos las acciones de Cuauhpopoca, si bien muy graves, no fueron sino un oportuno pretexto para ejecutar un plan que Cortés ya llevaba tiempo madurando. La figura de Cortés, sin embargo, no sufre merma en la obra del patriota novohispano.

Si el conquistador fue quien comenzó a dar forma a lo que daría en ser el virreinato de la Nueva España, conviene finalizar esta visita a la *Historia* de Clavijero para fijarse en una serie de aspectos que después tuvieron gran relevancia para una determinada cristalización política: la nación mexicana. El jesuita exiliado en Italia finalizaba la narración del final de la conquista de Tenochtitlán con un tema clásico: la muerte de Cuauhtémoc. Sin embargo, al tiempo que apelaba a la justicia divina, presenta a los «Mexicanos», sin distinción de posición social, a merced de los conquistadores e incluso de sus esclavos. Así recordaba Clavijero su patria:

> Los Mexicanos, con todas las naciones que contribuyeron á su ruina, quedaron, á pesar de las cristianas y humanísimas disposiciones de los reyes católicos, abandonados a la miseria, á la opresión y al desprecio, no solo de los españoles, sino también de los mas viles esclavos africanos, y de sus infames descendientes, castigando Dios, en la miserable posteridad de aquellos pueblos, la injusticia, la crueldad y la superstición de sus antepasados: ¡horrible ejemplo de la justicia divina y de la instabilidad de los reinos de la tierra! [114]

Apenas tres décadas después de la aparición de la obra de Clavijero, otro clérigo, el cura de Dolores, Miguel Hidalgo y Costilla (1753-1811), hizo sonar el 16 de septiembre de 1810 la campana de la iglesia y, seguido por una turba de indígenas y artesanos, lanzó el conocido grito: «¡Viva Nuestra Señora de Guadalupe! ¡Viva Fernando VII! ¡Mueran los gachupines!». El

grito, que defiende el Trono y el Altar sin mencionar la palabra México, será visto retrospectivamente como el brote inicial de la construcción de una nación soberana constituida sobre estructuras cortesianas. La figura del conquistador, no obstante, será instrumentalizada por las facciones antagónicas del México que surgirá de la transformación del imperio español que ya previera Sepúlveda.

Capítulo 6
SIGLO XIX. CORTÉS Y EL FIN DEL IMPERIO

A principios del siglo XIX cristalizan las naciones políticas española y mexicana. Estas construcciones, cimentadas sobre estructuras preexistentes comunes, mantendrán posiciones a menudo encontradas a propósito de Hernán Cortés. Si desde la parte de España se verá como el símbolo de la grandeza imperial, desde México se debatirá entre un precursor de una nación mestiza y católica, y la figura negrolegendaria que habría acabado con la civilización azteca de la que muchos se creerán continuadores tras el *paréntesis* de la dominación española.

El principio del siglo XIX verá surgir al historiador y político Lucas Alamán (1792-1853), considerado como un referente del conservadurismo mexicano por atenerse a la herencia española resumida en la defensa del catolicismo y la lengua. Alamán situará el nacimiento de la nación mexicana en la conquista realizada por Cortés tras la cual se impone la *pax hispanica*. Su obra fundamental es *Disertaciones sobre la historia de México* (Imprenta de José Mariano Lara, 1844-1849), en concreto la segunda de ellas: *Conquista de Mégico y sus consecuencias*, en la que desarrolla sus tesis en relación con lo ocurrido más de tres siglos antes.

El mayor rival de Alamán fue el insurgente republicano, hijo de un español peninsular, Carlos María de Bustamante (1774-1848). Autor de *Cuadro histórico de la Revolución mexicana*, publicado por primera vez en forma de cartas semanales escritas entre 1821 y 1827, y corregido entre 1843 y 1846. En su obra,

Bustamante justifica la revuelta en la que él mismo participó en el objetivo de sacudirse el yugo español, cuya implantación relaciona con Cortés. Así puede advertirse en lo que escribe a propósito del sangriento sitio de Guanajuato por parte de los insurgentes, cuando escribe:

> Sorprendiome el sueño meditando sobre ella, y se me figuro que veia entre aquellos cadaveres y miembros palpitantes, a los genios de *Cortés,* de *Alvarado* y de *Pizarro*, que se mecian despavoridos observandolos, y que lanzandose llorosa sobre ellos la America con voz terrible les decia… De que os horrorizais a vista de las victimas?. Habeis olvidado las crueles matanzas que hicisteis tres siglos ha en Tabasco, en *Cholula*, en el tempo mayor de Mexico, en *Cuernavaca*? [115]

Si esto ocurría en México, en el país norteño, aparecería una obra de gran influjo escrita por el hispanista norteamericano William Prescott (1796-1859). Se trata de su *Historia de la conquista de México* (Nueva York 1843). De gran influencia, *Historia de la conquista de México* supone un gran elogio del conquistador a quien presenta con perfiles de héroe romántico e individualista, llegando prácticamente a identificar la Conquista con la figura del propio Cortés. En este sentido, la obra de Prescott emparenta con la de Gómara. El norteamericano, que había consultado los archivos de la Real Academia de Historia de Madrid, confecciona una obra que llega hasta el final de la vida del Marqués del Valle con el objeto de «dar una idea cabal de las miras ilustradas, extensas y variadas, y del genio emprendedor de aquel guerrero», según advierte en su Prefacio. Señala también Prescott el doble carácter de una obra que es filosófica por cuanto se refiere a una nación, y biográfica por ocuparse de un hombre concreto: Hernán Cortés. Trata así el autor de mantener equidistancia entre las críticas visiones norteamericanas y la elogiosa composición de Solís, que todavía mantenía su influencia.

Historia de la conquista de México aborda muchos aspectos del mundo mexica, tomando como referencia clásica la obra de

Sahagún. Execra los sacrificios humanos y el canibalismo llegando a calificar de guerra santa el despliegue de Cortés. Tal afirmación viene avalada por su análisis de la sociedad prehispánica y el juicio que hace de la huella española, condensado en esta cita:

> La Providencia ordenó sabiamente que la tierra fuese ocupada por otra raza que desarraigase la superstición, que cundía todos los días á medida que el imperio se dilataba. Las degradantes costumbres de los aztecas son la mejor apología de conquista. Los conquistadores trajeron, es verdad, la inquisición; pero también trajeron el cristianismo cuya luz benigna debia durar después de extinguidas las fúnebres hogueras del fanatismo, y que debia disipar las horrorosas tinieblas en que por tanto tiempo estuvieron envueltas aquellas hermosas regiones. [116]

Pese a su éxito, la polémica acompañó al libro de Prescott, como puede advertirse en el prólogo que le puso el abogado, político liberal y masón yorkino José Fernando Ramírez (1804-1871). El mexicano escribió en 1846 *Notas y esclarecimientos a la Historia de la Conquista México del Sr. W. Prescott*. En tan sintomático trabajo, Ramírez critica el apasionamiento cortesiano del historiador norteamericano a quien, por otro lado, reconoce el trabajo realizado.

La actitud de Ramírez muestra hasta qué punto a mediados del siglo XIX la figura de Cortés dividía a los mexicanos. Tan es así que los dos grandes bloques, el liberal y el conservador, tendrán ideas contradictorias en relación con el conquistador. La división ideológica que se da en el México independiente será análoga a la que se vivió en España tras la invasión napoleónica, que en la nación hispanoamericana tendrá otro paralelo con la injerencia francesa y la llegada de Maximiliano I. La búsqueda de unas raíces que se distanciaran de lo español y lo francés están tras muchos de los intentos de establecer continuidad entre el Anáhuac y la nueva nación política.

En estas circunstancias, los periódicos sirvieron como escenario de la polémica en relación con un Cortés que para unos fue

quien ahogó a una nación que ahora se reconstituía tras tres siglos de dominio español; y quienes veían en el conquistador a quien había elevado a una sociedad sumida en la barbarie al estado civilizatorio en lo político y lo religioso. [117]

Continuando con este somero repaso de la rivalidad que encontró su escenario en los periódicos, hemos de referirnos a la fecha del 15 de septiembre de 1894, aniversario de la independencia mexicana. Tan señalado día, Francisco G. Cosmes (1850-1907) publica un artículo en el periódico *El Partido Liberal* titulado: «¿A quién debemos tener patria?». En él afirmaba que el padre de tal nacionalidad era, de forma inequívoca, Hernán Cortés. La réplica a tan contundente aseveración vendría dada por *El Diario del Hogar* o el satírico *El Hijo del Aihuizote*, y está inserta en uno de los principales debates del porfiriato, aquel que tiene que ver con la integración del indígena, con el debate racial y los aportes de la antropología como fondo e, incluso, con proyectos de blanqueamiento a los que el propio Cortés habría contribuido de anacrónica e involuntaria forma. El spenceriano Cosmes, que emplea el vocablo «latino» en lugar de «hispano», afirmará:

> … no reneguemos de nuestro origen latino ni del espíritu de progreso que la raza española nos infundió, para ofrecer como ideal a la actual sociedad mejicana llevados por el deseo romántico de poetizar a un tipo incapaz de todo progreso, las tradiciones de servidumbre y de barbarie de una raza inferior.

Las afirmaciones recuerdan vagamente las dudas de muchos españoles del siglo XVI en lo tocante a las posibilidades civilizatorias de los indios y, por ende, a la aplicación de doctrinas tomistas relacionadas con la guerra justa, si bien se distancia prudentemente de las cuestiones religiosas:

> En religión, que es la primera manifestación moral de la humanidad, la Conquista no logró más que sustituir los ídolos de piedra con imágenes, a las cuales los indios rendían y siguen tributando el mismo culto supersticioso y casi idólatra.

En definitiva, y cuando menos, la obra comenzada por Cortés, daría como fruto la nacionalidad mexicana, mestiza.

Paralelamente a lo ocurrido en la prensa, durante este siglo se da en México un gran auge del género de las oraciones cívicas, muchas de ellas teñidas de ideología negrolegendaria. En este contexto, en 1853 aparece el poema épico del mexicano José María Rodríguez y Cos (1823-1899), *El Anáhuac*, obra estructurada en trece cantos y dedicada «al inmortal Santa-Anna, consolidador de la independencia de México, depositario actual del poder supremo de los antiguos emperadores del Anahuac». La tesis que sostiene Rodríguez y Cos, quien entre otras actividades fue miembro del liberal Liceo Hidalgo, es que América nada debía a los españoles, juicio fácilmente extensible a Hernán Cortés, que es considerado un bandido que encabezaba «una turba de vándalos ratera» [118]. Al cabo, el retrato que Rodríguez y Cos hace de Cortés podemos resumirlo en este verso: «su temple natural de forajido» [119], que nos recuerda a Heine.

Más adelante, Cortés, en medio de una escena palaciega en la que Moctezuma se duele por la triste situación de su pueblo, dirá que ese pueblo mexicano es «esclavo de Castilla» [120], sojuzgamiento que, en rigor, si nos atenemos a las cartas de Cortés, debiera atribuirse a España, pues el conquistador se refiere a sus compañeros como españoles. La opinión de Rodríguez y Cos, en relación con Cortés, se explicitará en el Canto VIII:

Cortés, que sin las manchas de rapiñas
Traiciones viles y nefandas muertes
Ingratitudes negras, y pasiones
Rastreras, ruines, sórdidas, crueles!

Cortés, repito, á quien sin tales manchas
Yo juzgaría un semidios, un héroe… [121]

Llega el autor a calificar como traidores a los tlaxcaltecas, vileza que extiende a todo aquel —por ejemplo Ixtlilxóchitl— que colabora con Cortés. En definitiva, el autor otorga a los mexicas una suerte de soberanía que ahora habría que recobrar.

En el poema también aparece, retratada con oscuros trazos, la figura del tesorero Juan de Alderete, «que adora el oro con brutal locura» [122], a quien, junto a los codiciosos soldados, se hace responsable del tormento de Cuauhtémoc que Cortés trata en vano de impedir. La obra se cierra con estos versos que convierten en elipsis la época imperial:

Siglos después, de sus cenizas yertas
Como la hermosa Fénix egipciana,
La México moderna renacia
Tinta de oro, nieve y escarlata.

El libro cuenta con una abundante cantidad de notas que vienen precedidas por una aclaración del autor, que confiesa que cuando habla de españoles se refiere a los que participaron en la conquista. En dichas notas podemos rastrear algunas de las fuentes documentales de las que se nutre, entre las cuales podemos citar las obras de Solís, Clavijero, Bernal, Prescott, Robertson, Raynal…

Dentro de estas coordenadas interpretativas, al igual que en el siglo anterior, encontraremos al conquistador figurando como personaje central de numerosas obras teatrales. El médico y dramaturgo José Peón Contreras (1843-1907) es autor de la obra *Un amor de Hernán Cortés*, drama estrenado en 1876 en el que la trama se aparta en gran medida de los hechos históricos más relevantes —la acción transcurre tras la conquista— para centrarse en aspectos personales de tinte psicológico, con triángulo amoroso incluido —el conformado por Catalina Juárez, una doncella española llamada Estrella y el propio Cortés, de quien es amante—, destacando la pesadumbre del conquistador

ante el desdén mostrado por el emperador Carlos ante sus hazañas. A ese pesar se unen las sospechas de los soldados de que Cortés asesinó a su esposa, ante lo cual se revuelve el extremeño. El asunto del homicidio conyugal parecía por entonces muy asentado y conocido por la opinión pública mexicana, razón por la cual se incorpora a la obra.

Pese a todo, lo que domina la obra es el doloroso desengaño de un Cortés al que no se atiende debidamente en la Corte. El anacronismo es evidente, pues si la acción se sitúa en 1522, Cortés todavía no había conocido tal ingratitud, más bien al contrario, pudiendo afirmarse que en tal época vive el momento de mayor esplendor. No es este el único acontecimiento que muestra desajustes con las crónicas, pues Peón hace recaer la muerte de Catalina en Estrella, doncella española amante de Cortés.

La siguiente obra a la que nos referiremos es *La Noche Triste* (1876), salida de la pluma de Ignacio Ramírez (1818-1879) quien, conocido por su seudónimo *El Nigromante*, siempre destacó por su severo juicio sobre Cortés. La inverosímil trama muestra a Cuitláhuac enamorado de doña Marina. La rivalidad estará servida, pues ambos encarnarán a M*éxico y España respectivamente.* En cuanto a Cortés, este será *víctima de un ardid* urdido por el astrólogo español Botello, que finge ser la voz del dios zoomorfo Tezcatlipoca que pide la liberación del caudillo indígena, infundiendo tal terror en el español que este se desvanece tras confesar su culpa a Botello. Tras esta escena, Cuitláhuac reorganiza las tropas desencadenando la Noche Triste. La obra concluye con un Cuitláhuac, previamente bautizado que, antes de morir, deja en el aire la promesa de venganza.

Nuestro repaso también tendrá que incluir el poema de Alfredo Chavero (1841-1906), *Xóchitl* (1877), quien también llevó a las tablas a Cortés. La acción transcurre en 1528 y se apoya

en el triángulo amoroso formado por Cortés, la Malinche y la hermana de Cuauhtémoc, Xóchitl. Bernal y Alaminos completan el reparto. El dramaturgo nos presenta a la lengua y amante de Cortés como una mujer celosa que conduce a su rival al suicidio, amenaza con matar a su hijo, e incluso confiesa haber tomado la espada de Cortés para matar a Moctezuma y a sus hijas durante la Noche Triste, crímenes que el autor da por hechos. Una mujer vengativa que sabe que, por su ciega pasión hacia el conquistador, ha traicionado a su patria. Una Malinche, en definitiva, que cuenta con todos los atributos de ese arraigado y peyorativo *malinchismo* al que dio nombre.

Si hemos comentado la importancia de la obra de Prescott, hacia finales de siglo aparecerá en los Estados Unidos un importante libro de Charles Fletcher Lummis (1859-1928): *Exploradores españoles del siglo XVI* (1893). El quinto epígrafe, «Capítulo de la Conquista», sirve para tratar de Cortés. El retrato que hace del conquistador pone el acento en aspectos tales como su ambición, su genio militar y habilidad diplomática exenta de crueldad, como así lo afirma en varias ocasiones. Lummis, que dice basarse en fuentes indígenas, presenta a los españoles como dioses. La conclusión de su juicio sobre los conquistadores debe ajustarse «al rasero de aquel tiempo», advertencia que hace antes de adentrarse en libros de texto que arrojan una visión muy negativa sobre estos.

Por lo que respecta a Cortés, Lummis destaca que tras su triunfo militar la Corona perdonó la insurrección a Velázquez, si bien la envidia fue su mayor y más implacable enemigo desde entonces. Lummis se apunta a la tesis del Cortés que trata de alzarse con la tierra. Llevado por esa ambición que el norteamericano detecta en el español, este habría proyectado rebelarse contra España para proclamarse emperador de México. El plan, no obstante, habría sido descubierto por la Corona, que activa-

ría la neutralización y eclipse de un hombre que se había convertido en «un tirano cruel para sus propios compatriotas, un traidor a sus amigos y hasta a su propio rey, y lo que es peor, un desalmado asesino» [123]. En conclusión, y en cuanto a los aspectos psicológicos tan caros para Lummis, este ve a Cortés desprovisto de la templanza que sí observa en Colón. Inferior al descubridor en tal aspecto, Cortés queda también subordinado al «discreto» Pizarro.

Con este panorama al otro lado del Atlántico, en España Cortés seguía siendo objeto de interés. El conquistador aparece en el romance del duque de Rivas, Ángel María de Saavedra y Ramírez de Baquedano (1791-1865), *La buenaventura*, publicada en *Romances históricos* (Madrid, 1841). También *El Romancero histórico* (1859) de Alfonso García Tejero (1818-1890), ensalza al conquistador al tiempo que denuncia el maltrato del que es objeto por parte de los extranjeros.

Al igual que en México, los escenarios españoles acogieron también diversas piezas dramáticas dedicadas a Cortes, entre las que destacaremos: *Las mocedades de Hernán Cortés* (1850) de Patricio de la Escosura, y *Hernán Cortés* (1867) de Carlos Jiménez-Placer. Sin embargo, la obra que más nos interesa comentar es la producida por el federalista español Francisco Pi y Margall (1824-1901). Se trata de una composición realizada en plena resaca de la pérdida de Cuba, Puerto Rico y Filipinas que lleva por título *Guatimozín y Hernán Cortés*. La obra, criticada con dureza por Emilia Pardo Bazán, recrea un hipotético diálogo entre el caudillo mexica y el conquistador español. Está fechado en abril de 1899 y se abre con la siguiente justificación:

> Me ha movido á escribir las cortas páginas que á usted envío la estatua erigida en México al último rey azteca, Quauhtemoc, conocido bajo el nombre de Guatimozín entre nuestros compatricios.

El tono de la obra, tan negativo con Cortés, no debe extrañar si se tiene en cuenta que Pi y Margall había prologado en 1899

la obra *Puntos negros del Descubrimiento de América*, de Luis Vega-Rey (1853-1899), en la cual, no obstante, Hernán Cortés recibe este elogioso tratamiento:

> Era Cortés uno de esos seres privilegiados que de vez en cuando aparecen en el mundo, y á los que parece que la Naturaleza se complace en prodigar todos sus dones. De gallarda presencia, de trato fino y amable, y de insinuantes maneras, poseía una instrucción bastante completa, un heroico valor y una resolución enérgica, que hacían de él el tipo acabado de los caballeros de las leyendas. [124]

Dicho esto, y tras relatar la conquista de México, Vega-Rey muestra como uno de los escasos borrones del conquistador su trato hacia Cuauhtémoc, crítica que nos sirve para regresar a la obra de Pi y Margall. En ella, Cortés reconoce que fue un arrebato lo que le llevó a condenar a muerte al mexica tras la delación de Mexicaltzinco.

> Guatimozín.- Sienta bien el rigor en el que defiende su patria, no en el que invade la ajena. ¿Con qué derecho pudisteis pretender de nosotros que nos reconociéramos vasallos de vuestro monarca? ¿Con qué razón os enfurecisteis contra las gentes que encontrasteis indóciles? […] no éramos salvajes para no comprender y estimar los beneficios de vuestra superior cultura.
>
> Cortés.- ¿Me preguntáis con qué derecho? Con el de la fuerza, que regía en mi tiempo la tierra, y es probable que la rija hasta la consumación de los siglos.

Señala también el conquistador que el mexica era un pueblo invasor, atrasado, antropófago, y que estaba dividido. Se trataba, en suma, de una tiranía que sólo podía ser destruida por la fuerza: «Cuando pusimos el pie en Tabasco, habíamos ya medido ventajosamente nuestras armas con los italianos y los franceses», respaldada por la fe católica llevada por él a tales tierras

Un convertido Guatimozín replica: «Figuraba entre nuestros falsos dioses Quetzalcoatl», antes de señalar la codicia española: «Pretendéis decorar vuestra conducta suponiendo que os propusisteis civilizarnos. Al pisar nuestro territorio no llevabais otro objeto que rescate oro y recoger cautivos para venderlos.», si bien matiza que les movía también «el instinto de conquista y el afán de gloria. También el deseo de llevarnos á la fe de Cris-

to», criticando a su vez los métodos de evangelización: «las conversiones fueron numerosas y rápidas, pero, ¡cuan poco sólidas!». Llega incluso a apuntar a Quetzalcóatl como un precedente religioso del catolicismo: «Quetzalcoatl era una de nuestras tradiciones, hijo de una virgen. Había pasado por el mundo dando ejemplo de piedad y penitencia. Aborrecía los sacrificios humanos, no oía hablar de sangre que no volviese cabeza ó se tapase los oídos. Él era el que había establecido entre nosotros el bautismo, la comunión, el ayuno, el celibato sacerdotal, las comunidades religiosas de ambos sexos.»

Señala también el mexica las virtudes de su pueblo, una suerte de religión civil que: «Llenaba el fin social tan bien o mejor que la vuestra. Unía á los hombres y los acostumbraba de niños á la obediencia y la disciplina.»

Tras repasar todos los logros civilizatorios, pasando por alto la ausencia de escritura sustituida con solvencia por los dibujos, añade la limitación de la navegación, que explica por la ausencia de islas lejanas.

Frente al caudillo indígena, Cortés maneja una idea esencialista de España, lo que le hace declarar que fue conquistada por romanos y cartagineses. El conquistador también expone los logros civilizatorios, e insinúa la posibilidad que tuvo, abortada por su inquebrantable lealtad, de ser coronado emperador de México. El final muestra a un Cuauhtémoc que esgrime, a modo de logro y balance histórico, el reconocimiento de México. Cortés replicará exhibiendo su logro evangelizador:

Cortés.- […] No me enorgullece tanto haberos sometido á España, como haber desterrado de vuestra nación los sacrificios. Los fines que conseguí borran las faltas que pude cometer durante la conquista y después de la conquista. Así lo han reconocido todas las generaciones que tras la mía se han sucedido en la tierra. Todas me han enaltecido; todas me han puesto entre los mejores capitanes y los más hábiles políticos.

Güatimozín.- Ved, sin embargo, vuestra obra. La nación que á España sometisteis sacudió hace más de sesenta años vuestro yugo y es hoy una República. Reciente-

mente ha vuelto los ojos á la lucha que vos y yo sostuvimos. No á vos, que me vencisteis, sino á mí, que sostuve hasta el último trance la independencia de la patria, ha levantado un monumento. Miradlo. De la plaza Mayor de México parte un hermoso paseo que llaman de la Reforma. Hay en él dos glorietas: en la una, la estatua de Colón; en la otra, la mía. La mía está sobre un elegante pedestal azteca.

Cortés.- Tengo yo un pedestal mejor: el de la cristiandad agradecida.

Güatimozín.- Cristianos son los que me han erigido la estatua.

Cortés.- ¡Ingratos!

La presencia de Cortés no se limitaría al orbe hispano, pues en Europa también se incluyó dentro de óperas y comedias musicales. De entre los personajes hispanos, sólo Don Quijote y El Cid han sido llevados a la ópera y a la comedia musical más veces que Hernán Cortés [125]. Dentro de este género, destaca en este siglo la ópera *Fernand Cortez, ou La conquête du Mexique*, por ser un encargo de Napoleón. El escogido para componerla fue el italiano Gaspare Spontini (1774-1851), autor de *La Vestale*. El encargo tenía como punto de arranque un poema encargado al poeta oficial Esmenard en el que debía exaltarse la gesta de Cortés, especialmente en lo que tenía de demoledor de la monarquía teocrática mexica. Sobre tal poema, en el que colaboró Etienne de Jouy, se compuso la pieza operística, que obtuvo escaso éxito.

Los propósitos propagandísticos de la obra eran innegables, dado que se compuso en plena invasión de España. Hay en ella un intento de identificación entre Napoleón y Cortés, hombres destacados en el campo de batalla. La obra, cuyo decaer comenzó a producirse tras los reveses bélicos del ejército francés, trata también de establecer otro paralelismo de más hondo alcance: la idea política que Napoleón traía tras sus tropas podía parangonarse con el aliento civilizador de Cortés. Finalmente, si el conquistador español había arrancado la barbarie del suelo americano, algo similar lograría Napoleón en la tierra donde todavía perduraba la Inquisición.

Capítulo 7
SIGLO XX. CORTÉS Y EL INDIGENISMO

Si el siglo XIX hispanoamericano estuvo caracterizado por la exaltación de los libertadores o héroes vinculados a las naciones políticas que cristalizaron como transformación del Imperio español, el XX vio crecer, entre otras poderosas ideologías, al indigenismo, prisma a través del cual la figura de Cortés adoptará nuevos perfiles. Es ya un lugar común la presentación de los conquistadores como una suerte de codiciosos intrusos que irrumpieron en un mundo que no pidió ser descubierto ni mucho menos conquistado. Aunque algunos de sus rasgos más característicos estaban prefigurados en ambientes eclesiásticos católicos, el impulso definitivo de tal ideología vino dado en gran medida de la mano de las iglesias evangélicas norteamericanas que, a través del poderoso vehículo que supuso el Instituto Lingüístico de Verano [126], posibilitaron el fortalecimiento de las comunidades indígenas que atesorarían los eternos valores de los conocidos como «pueblos ancestrales». México, por la gran implantación que tal Instituto tuvo durante los años de Lázaro Cárdenas, no fue una excepción. Si en el inicio de la conquista fueron principalmente los clérigos católicos quienes se encargaron de recoger y conservar el patrimonio prehispánico, con especial atención a las lenguas, siglos más tarde, con la Antropología y la Biblia como plataformas, serán los vecinos del norte quienes fijen sus ojos en los restos indígenas que perduraban tras la constitución del México soberano. Hecho este apunte cuyo desarrollo no podemos acometer ahora, retomaremos el

hilo cronológico de nuestro trabajo repasando algunas obras relacionadas con Hernán Cortés en los dos continentes.

La primera referencia a la que haremos mención nos conduce a la revista venezolana *El Cojo Ilustrado*, en cuyas páginas Andrés Mata (1870-1931) publicó un poema titulado «Alma raza» [127] en el cual se desarrolla un diálogo que nos recuerda a la anteriormente citada obra de Pi y Margall, pues quienes hablan son Cortés y «Guatimoc». En el poema, Cuauhtémoc presume de su victoria histórica final sobre un Cortés no reconocido siquiera por su propio Emperador, circunstancia que no impide que la pieza concluya con un apretón de manos entre los dos hombres.

En España la imprenta no dejaría de arrojar escritos sobre Cortés. Sirva de ejemplo la aparición en 1906 de *El héroe popular extremeño Hernán Cortés y su gloriosa conquista de Méjico* [128], obra del licenciado en Filosofía y Letras Onofre Peligro Valle, autor de un libro paralelo a otro dedicado a Pizarro. La obra reivindica la condición de extremeño de Cortés, sin que impida que el autor califique al de Medellín como «ínclito español». Se trata de un breve ensayo que se cierra informando del levantamiento de la estatua que puede verse todavía en Medellín. La vida de Cortés es recorrida con rapidez, incluyendo errores comunes como el de la quema de los barcos.

De mucha mayor escala es la personalidad a la que nos vamos a referir a continuación. Acuñadora de la expresión, en el sentido historiográfico, «leyenda negra» [129], la escritora española Emilia Pardo Bazán (1851-1921) tuvo una enorme presencia en la vida literaria y periodística de su época. La coruñesa mostró siempre un gran interés por Hernán Cortés desde que en su infancia leyera la *Historia de la conquista de Nueva España* de Solís y Rivadeneyra, inquietud que sin duda está en el origen de su ulterior combate contra las visiones negativas de la obra his-

tórica española. Su reivindicación de Cortés fue frecuente en la prensa [130]. Podemos citar como ejemplos artículos en *ABC* tales como «Hernán Cortés y sus hazañas» (1914), escrito en el que también muestra su admiración por Bernal Díaz del Castillo.

La Condesa de Pardo Bazán es además autora de *Hernán Cortés y sus hazañas* (Madrid 1914), libro apologético que viene precedido de una advertencia en la que se anuncia una obra de mayor alcance:

> Parece excusado decir (aunque el decirlo me convenga) que éste no es el libro que hace tiempo preparo acerca de Hernán Cortés y sus hechos. Estas páginas compendiosas están destinadas á vulgarizar, en forma sencilla, sin tomar en cuenta discusiones y puntos críticos, una figura excelsa y un aspecto magnífico de nuestra historia.

El libro se abre con una conversación que tiene lugar en Salamanca en 1504 entre un estudiante extremeño y uno segoviano, antiguos compañeros de Cortés, que narran su paso a Las Indias. Esta hábil puesta en escena sirve para trazar los primeros años del conquistador, que pasa a América en pos de oro, propósito que doña Emilia conecta con el de los argonautas, quienes codiciaban el vellocino de ese mismo metal. La escritora, como hará en otros pasajes del libro, establece paralelismos entre las acciones del siglo XVI y las de esos primeros años del XX marcadas por un gran ambiente belicista cuyo mayor exponente es la I Guerra Mundial. Así lo hará cuando aborde la matanza de Cholula:

> Los procedimientos de la represión de Cholula son sin duda terribles para nuestra sensibilidad; y sin embargo, al curso de los siglos, no parece que hayan variado mucho en casos análogos, como lo prueban recientes sucesos, no sólo en el propio México, sino en toda Europa. [131]

La Pardo Bazán, que documentalmente se apoya principalmente en la *Historia verdadera* de Bernal y en las *Cartas de relación* del conquistador, pone de relieve el temprano giro de Cortés, que pasa de ser un buscador de oro a convertirse en un con-

quistador. El libro, al margen de hacer un relato de la conquista de México, sirve a su autora para despojar a Cortés de las leyendas que le han ido recubriendo, incluyendo la de la quema de las naves, el salto de Alvarado o la acusación de que Cortés mandó matar a Moctezuma, refutada con estos argumentos:

> Lo que sí es propio de Cortés, y acaso fué precaución en abono de su conducta, es el hecho de haber entregado inmediatamente el cuerpo del Emperador á su hermano, el príncipe Cuilauzín, para que le hiciesen las más solemnes exequias. Y sería improbable que, si los españoles hubiesen apuñalado á Moctezuma, devolviesen sus restos, en que estaría escrito el crimen. [132]

En las últimas páginas de *Hernán Cortés y sus hazañas*, Emilia Pardo Bazán se lamenta de la casi nula presencia del Marqués del Valle en la ciudad de Madrid. El interés por Cortés y la empresa americana nunca decayó en doña Emilia. Prueba de ello es el extenso artículo, *Los conquistadores* que, como parte de una serie, se publicó en el periódico madrileño *ABC* el 30 de diciembre de 1918. En él hace una crítica de la obra homónima de Salaverría, citando los trabajos de Lummis y Juderías contra la Leyenda Negra. Si Salaverría considera al Cid como precedente de Cortés y Pizarro, doña Emilia no ve tan claro que el de Vivar fuera un modelo para el conquistador del imperio mexica, pese a reconocer semejanzas tan singulares como su condición de hidalgos. Además de las obras citadas, la Pardo Bazán recensionó varios libros relacionados con la conquista de México, manteniendo de este modo su atención sobre tan trascendente momento histórico.

Tras los escritos cortesianos de Emilia Pardo Bazán, el conquistador será de nuevo revisitado por el futuro comunista español Augusto Riera y Sol (186?-193?) [133], quien firmara, para la popular colección de «Hombres célebres» (1915-1916), un opúsculo de 32 páginas titulado *Hernán Cortés*. El librito fue publicado en Barcelona por el editor Ramón Costa. Prim, Bolívar, Castelar, Cánovas del Castillo, Napoleón, Pi y Margall, San

Martín, Wagner, Espartero, José Zorrilla, Garibaldi, Bismarck, José Canalejas, Mendizábal, Gonzalo de Córdoba, Tolstoi, Joaquín Costa, Nicolás Salmerón, Colón, y Sagasta acompañaban al conquistador en la colección.

Mientras esto ocurría en España, al otro lado del Océano, el gobierno de Porfirio Díaz conmemoró en 1910 el centenario del Grito de Dolores. Para tal fin se nombró una Comisión, encabezada por Guillermo Landa y Escandón (1842-1927), Gobernador del Distrito Federal. El 15 de septiembre, fecha del cumpleaños de Díaz, se celebró el Desfile Histórico, diseñado por José Casarín, quien hizo circular por la ciudad diferentes carrozas alegóricas. Durante la jornada también se escenificó el encuentro entre Cortés y Moctezuma y se paseó, como en la época virreinal, el pendón. Ese mismo día se inauguró el monumento a Cuauhtémoc.

Las conmemoraciones no se detendrían ahí, pues lógicamente el año 1921 tuvieron lugar los fastos del centenario de la independencia de México, celebrados bajo el gobierno de Álvaro Obregón (1880-1928). En relación con la imagen de Cortés, esta es una fecha importante, pues es cuando Vasconcelos, al mando de la Secretaría de Educación, impulsa la creación de obras murales en edificios públicos de la Ciudad de México, en algunos de los cuales encontraremos a don Hernán. Naturalmente, el centenario de la independencia también coincidió con el IV Centenario de la Conquista. Tal circunstancia propició que un Comité Permanente de la Unión de Ayuntamientos Mexicanos dirigiera una circular a todas las corporaciones de la República pidiéndoles su opinión acerca de levantar un monumento a Hernán Cortés en la capital del país.

La iniciativa había nacido durante el Primer Congreso Nacional de Ayuntamientos, y contaba con el respaldo de 44 delegados que se adherían a al proyecto de erigir «en la Ciudad de

México un monumento a Hernán Cortés, como fundador de los ayuntamientos de la América». La argumentación continuaba razonando de este modo: «Cortés fue fundador y sostenedor de los ayuntamientos de América, siendo los primeros que existieron y que por él fueron creados en esta República, los de Veracruz, México y Coyoacán, cuerpos que dieron trazas civiles a la dominación impuesta por las armas…», sin dejar de admitir la polémica que podía acompañar a tal estatua, pues: «la figura del conquistador de Anáhuac, discutida aún por algunos, no debe ser en este caso la tenida en cuenta, puesto que no se trata de honrar al conquistador, sino al civilizador».

La ciudad de Guadalajara fue la que mayor hostilidad mostró al proyecto, llegando incluso a proponer un juicio al conquistador, que debería responder frente a los siguientes cargos incorporados a un dictamen oficial municipal aprobado por unanimidad el 5 de mayo de 1921:

1. El acto inhumano e injustificado de mandar mutilar de ambas manos a 50 mercaderes tlaxcaltecas, so pretexto de espionaje que nadie pudo comprobarles.

2. La feroz y alevosa matanza de más de tres mil individuos en Cholallán, y el pillaje e incendio de esa población indefensa.

3. La perfidia inaudita empleada para con el monarca Motechuzoma Xocoyotzin, y el asesinato perpetrado en éste antes de la evacuación de Tenochtitlan, en la memorable Noche Triste.

4. El suplicio de Coauhpopoca, señor de Coyohuacán, el del hijo de aquél, y el de otros 15 nobles a quienes hizo quemar vivos por haber dado muerte a unos soldados españoles, obedeciendo para ello órdenes de Motechuzoma y con estricta sujeción a las leyes del imperio.

5. El tormento de fuego que por insaciable ambición de oro en Cortés y sus guerreros, mandó aplicar aquél a los desventurados monarcas Cuauhtemotzin y Tetlepanquetzal, porque no quisieron ni pudieron entregar los restos del tesoro de la monarquía azteca.

6. El infame ahorcamiento de dichos soberanos y el rey de Acolhuacan, en unas ceibas de la comarca de Izancanac, y

7. El uxoricidio infame perpetrado por Cortés en 1522, en Coyoacán, en la persona de su esposa legítima, doña Catalina Juárez Marcaida, con objeto de quedar libre para contraer nuevas nupcias con una señora de la principal nobleza española.

Esta postura oficial suscitó una fuerte polémica que culminó el 10 de mayo de 1921 con un editorial del periódico capitalino *Excelsior* titulado «La propuesta de Huichilobos», en el que se acusaba a los de Guadalajara de alentar viejos odios al tiempo que se reconocían los méritos de Cortés en los que había que buscar los orígenes de la nacionalidad mexicana frente a la barbarie prehispánica. Desde las rotativas de Guadalajara se respondió planteando que, de erigirse un monumento en el que se homenajeara al mestizaje, este debería estar dedicado a Portocarrero, por ser el primer español que estuvo unido a la Malinche. También se discutió el principal argumento de la Unión de Ayuntamientos: el hecho de que Cortés fuera el fundador de la primera de estas instituciones en América, pues se esgrimió que antes de su llegada se habían fundado otros ayuntamientos en las islas.

El dictamen del ayuntamiento de Guadalajara se cierra con esta terminante conclusión: «… aún cuando el Comité quiere que se levante un monumento, no al conquistador, sino al civilizador don Hernando Cortés, esta comisión es de parecer que no es posible separar una personalidad de la otra, en el supuesto de que aquél haya sido realmente un civilizador, ya que sólo en Roma se tuvo la ocurrencia de erigir un templo al dios Jano, a quien la mitología nos representa con dos cabezas».

El mismo año de la controversia mexicana, el polígrafo venezolano Rufino Blanco Fombona (1874-1944), cuya vida transcurrió a caballo entre los dos continentes, publicó un libro de similar título al de Lummis titulado: *El conquistador español del siglo XVI. Ensayo de interpretación* (Madrid 1921). El libro arranca con una carta dirigida al diputado catalanista republicano Gabriel Alomar en la que cita una reunión tenida en Madrid con Eugenio D'Ors y Victoriano García Martí en cuyo transcurso Alomar atacaba a los conquistadores españoles, posi-

ción que el hispanoamericano, firme opositor a la Doctrina Monroe, combate. El arranque de la obra responde a la visión de Heine ya citada y constituye, no sin críticas, una defensa de este colectivo de «osadísimos argonautas» [134]. Una defensa que se fundamenta en la posibilidad civilizatoria a la que los conquistadores abrieron camino. Fombona enumera de este modo las taras y virtudes morales de estos hombres:

> Buenos españoles, los conquistadores serán vanidosos y sobrios, despóticos y democráticos, individualistas y religiosos, corajudos y fatalistas. Serán vengativos mientras dura el ímpetu de la pasión, que dura mucho; serán duros consigo mismo y con los demás; serán amigos de ceder a la suerte una parte muy amplia en toda empresa; serán más guerreros que militares; serán imprevisores, intolerantes, carentes de sensibilidad, malos políticos, pésimos administradores; serán incapaces de transigir en cuanto imaginen lesionado el honor y aun el orgullo. Y por encima de todo, serán hombres de presa. [135]

El conquistador español del siglo XVI. Ensayo de interpretación aborda diversos aspectos de la conquista. Por lo que se refiere a Cortés, traza la siguiente semblanza:

> Cortés, más educado y de mejor linaje que la mayoría que sus compañeros de heroísmo, es también el más hábil como político, aunque se parezca al más torpe en la estrechez del fanatismo religioso. Hábil, enérgico, ultracreyente, se parece un poco a Cromwell, salvo en el aspecto sombrío del Protector. Cortés, por el contrario, es amigo de la risa, de las mujeres, del lujo. Es liberal, oportunamente liberal, con sus amigos y tenientes. Lo que no empece que persiguiese el oro como el que más. A veces roba en el reparto a sus capitanes. Piensa con suma discreción. Sabe cómo conviene tratar a los hombres. Escribe con soltura. Adorna y abrillanta sus acciones cuando las refiere por escrito; miente en política y trata en sus Relaciones de engañar a los reyes y a la posteridad. Tuvo la doble fortuna de un magnífico teatro para desplegar sus virtudes políticas y militares y la de llevar consigo a un capitán letrado, Bernal Díaz del Castillo, que iba a inmortalizarlo. [136]

La figura de Fombona, como la de Vasconcelos (1882-1959), sirve para tender puentes entre México y España en relación con el tratamiento dado a Cortés.

Si de hombres que escribieron a ambos lados del Atlántico se trata, hemos de citar al dramaturgo andaluz Francisco Villaespesa (1877-1936). Villaespesa viajó a México, donde escribió

un poema épico en tres actos titulado: *Hernán Cortés* (1917). El poema fue leído y dedicado al presidente Carranza, siendo estrenado un año más tarde en la capital dando lugar a una gran polémica. No ha de olvidarse que los ánimos entre ambas naciones estaban caldeados desde que en el año 1914, el diplomático español Bernardo Jacinto de Cologán y Cólogán fuera conminado a abandonar México por el constitucionalista general Carranza, estadista que en la revolución estabilizó el orden burgués frenando a zapatistas y villistas. Sea como fuere, el poema estaba inspirado en la obra de Bernal Díaz del Castillo, centrándose en los amores entre el heroico Cortés y doña Marina, tópico dramático común.

Coetáneo de Villaespesa, el poeta español Salvador Rueda (1857-1933) publicó, con motivo de la Exposición Iberoamericana de Sevilla de 1929, un extenso poema épico titulado «El milagro de América. Descubrimiento y civilización», obra que permaneció más de una década inédita hasta que una colección de quiosco permitiera su publicación [137]. La composición reivindica la labor española en América, constituyendo Cortés, junto con Colón y Pizarro, un vehículo transmisor de los valores de la «raza ibera», en su doble vertiente civilizatoria y evangelizadora. El Canto III está dedicado al, que viaja a América

para exterminar de monstruos
el Imperio de las almas,
y traer la dicha al mundo
de Jesús por la Palabra.

Conocido es el anuncio que hizo Valle Inclán de una obra titulada *Hernán Cortés* que nunca llegó a escribir, pues terminó por usar algunos de los atributos de Lope de Aguirre para confeccionar su *Tirano Banderas*. Quien sí se atrevió a abordar la figura de Cortés fue Ramón J. Sender (1902-1982), autor de una pieza teatral titulada *Hernán Cortés. Retablo en dos partes* (Ediciones Quetzal, México 1940) que vio la luz en una editorial

por él fundada, y en la que el conquistador, hombre atormentado y resentido, no sale muy bien parado, a pesar de que se valoren sus triunfos. Situado en las antípodas ideológicas de Sender, Rafael García Serrano (1917-1988) es autor de *Cuando los dioses nacían en Extremadura* (Espasa-Calpe, Madrid 1949), libro nacido como respuesta a un concurso de guiones cinematográficos convocado por el Instituto de Cultura Hispánica. El guión, escrito conjuntamente con Alberto Crespo, suponía una réplica a la película norteamericana *Capitán de Castilla*. Presentado como un héroe asistido por la Providencia, el Cortés que se recorta en las páginas de esta obra bebe, además de en las fuentes clásicas, en la biografía de Madariaga.

Como ya se ha apuntado, José Vasconcelos es clave en este siglo para marcar una línea interpretativa a propósito de Hernán Cortés. El mexicano, en una serie de obras tales como su célebre *La Raza Cósmica. Misión de la raza iberoamericana* [138], así como en la posterior *Breve historia de México* (México 1956), reivindicará firmemente la labor iniciada por el español. De hecho el ideal de la raza cósmica que preconizaba sólo podría ser posible gracias al mestizaje que se abrió paso tras la llegada de los españoles al continente, con Cortés a la cabeza. Al metellinense dedicará su *Hernán Cortés. Creador de la nacionalidad*, publicada en 1941 con una segunda edición en 1944. Obra breve de intención divulgativa, sorprende el desliz de Vasconcelos al hacer a Cortés estudiante en Alcalá de Henares en lugar de en Salamanca. Pese a todo, destaca en él una sintética definición del conquistador como «símbolo de unidad nacional, racial y religiosa». [139]

Al margen de buscar en Vasconcelos hilos que nos remiten a Alamán, existen precedentes más inmediatos en relación con la adscripción del hispanista. Toribio Esquivel Obregón (1864-1946) había publicado en 1939 un libro producto de una serie

de conferencias sobre Cortés pronunciadas en la Sociedad de Geografía y Estadística en 1934. La obra llevó por título *Hernán Cortés y el derecho internacional en el siglo XVI* (México 1939), libro que hemos de vincular con los debates escolásticos que ya hemos citado, con Vitoria como uno de los personajes centrales. Esquivel elogia a Cortés, pues es él quien ejerce de punta de lanza del así llamado «derecho internacional», suministrando material real, no especulativo, a los tratadistas. Por todo ello, pedía mayor atención hacia el conquistador en México. Esquivel adoptará, como argumento legitimador de la conquista la óptica de Sepúlveda. Llega incluso a preguntarse en las consecuencias de que en lugar de españoles, los conquistadores hubieran sido ingleses. En definitiva, tras este interrogante subyace el antagonismo entre los ortogramas civilizador y depredador que caracterizaron a los imperios español e inglés respectivamente.

En tal contexto, la revista mexicana católica *La Nación* [140], dedica la portada de su número de febrero de 1942 a Hernán Cortés. En su interior se incluyó un extenso reportaje gráfico de la representación que se hizo en Tlaxcala de la entrada del conquistador en la ciudad. En la línea vasconceliana, los pies de foto incluyen la alusión a Cortés como «Padre de la Nacionalidad Mexicana», al tiempo que se señala que con tal escenificación, Tlaxcala, «superando las trampas de la leyenda negra, recupera a Hernán Cortés para México». Esa misma revista se hará eco de los actos organizados con motivo del IV Centenario de la muerte del de Medellín [141]. Por lo que respecta a México, *La Nación* informó de una conmemoración de perfil bajo en la que participaron: Federico Gómez de Orozco (1891-1962) por la Academia Mexicana de la Historia, y Rafael Heliodoro Valle (1891-1959) por la Sociedad de Estudios Cortesianos. Una ve-

lada congregó a representantes de dichas instituciones junto a personalidades diplomáticas.

Si el homenaje en México fue tan restringido, el que tuvo lugar en Medellín se realizó de forma pública bajo la presidencia de la Virgen de Guadalupe, los honores militares y el flamear de banderas nacionales. Por la parte gubernamental española comparecieron el Ministro de Asuntos Exteriores y ex presidente de Acción Católica, Alberto Martín de Artajo (1905-1979), el Presidente del Instituto de Cultura Hispánica, Joaquín Ruiz-Giménez Cortés (1913-2009), representantes diplomáticos de Perú, República Dominicana, Cuba, El Salvador y República Argentina, y los mexicanos Nemesio García Naranjo (1883-1962), catedrático de Historia, y Darío Rubio (1878-1952), Secretario de la Academia de la Lengua de México. Como reliquia ligada a tales ceremonias, quedó colocada una lápida en la Iglesia de san Martín que reza: «En esta iglesia de la antigua parroquia de san Martín, fue bautizado en el año de 1485 Hernán Cortés. Conquistador de México».

Los discursos ofrecieron dos interpretaciones de la figura del homenajeado. Ruiz-Giménez pronunció las siguientes palabras:

> Nosotros los españoles no queremos sustituir la leyenda negra con la defensa de la leyenda blanca; conocemos bien los defectos de nuestros conquistadores, pero también sus inmensas grandezas.

La intervención del mexicano García Naranjo, sin embargo, discurrió por otros derroteros:

> Hernán Cortés no tiene más que una forma: es un héroe completo y el más grande en el capítulo más hermoso de nuestra historia. Para nosotros, es un poco diferente, porque su gloria hubo de hacerse a costa del pueblo azteca que fue igualmente nuestro abuelo. Los mexicanos descendemos de Cortés y lo tenemos a mucha honra, pero también descendemos del pueblo que conquistó y colonizó.

La Nación continuó dando espacio en sus páginas al IV Centenario Cortesiano. En el artículo «Luz de Castilleja; conquista-

dor en su plenitud, asceta en el ocaso», Cortés es caracterizado de este modo:

> El hidalgo de Medellín trasplantado a Méjico se convierte tal vez como ninguno de aquella estirpe del descubrimiento y de la colonia, en el hombre representativo de la misión española en el orbe americano; educar a los pueblos sometidos para una nueva existencia social, que poco a poco les asome al disfrute completo de todos los privilegios de las comunidades humanas conscientes y libres. [142]

Durante la década de los 50 se dio en México un auge de los ensayos identitarios en relación con la nación. De este conjunto de obras es un ejemplo *El laberinto de la soledad* (México 1950) de Octavio Paz (1914-1998) en el que llega a presentar al Anáhuac como una suerte mundo helenístico destruido por la irrupción de los españoles liderados por esa mezcla de rebelde y cruzado que es Cortés. Por lo que respecta a su idea del México surgido tras el paso del conquistador, Paz manifiesta lo siguiente:

> En resumen, se contemple la Conquista desde la perspectiva indígena o desde la española, este acontecimiento es expresión de una voluntad unitaria. A pesar de las contradicciones que la constituyen, la Conquista es un hecho histórico destinado a crear una unidad de la pluralidad cultural y política precortesiana. Frente a la variedad de razas, lenguas, tendencias y Estados del mundo prehispánico, los españoles postulan un solo idioma, una sola fe, un solo Señor. Si México nace en el siglo XVI, hay que convenir que es hijo de una doble violencia imperial y unitaria: la de los aztecas y la de los españoles. [143]

Pese que Paz es muy popular, son muy interesantes los trabajos de Luis Villoro (1922-2014), en los que Cortés juega un importante papel. Pese a que Villoro puede ser tildado de indigenista, da un trato benévolo a Cortés. En su libro *Los grandes momentos del indigenismo en México* (El Colegio de México, 1950), dedica su primer capítulo a Hernán Cortés. Para él, Cortés, a diferencia del resto de sus compatriotas, es una mezcla de «conquistador e investigador, de hombre práctico dominado por el afán de lucro y poder, y teórico espectador dirigido por el ansia de descubrir y relatar». Villoro encarece el afán de Cortés

por penetrar en la tierra frente al proceder, por ejemplo, de Grijalva. Una tierra que será la de Cortés, de cuya sensibilidad para lo que allí encuentra, se admira Villoro. Cortés, en definitiva, tiene los atributos de un mito luminoso que funda una nueva sociedad basada tanto en las instituciones políticas como en las católicas.

A finales de esa década también aparecerá el exitoso libro *Visión de los vencidos* de León-Portilla, que en gran medida constituye un trabajo continuador de la clásica obra de fray Bernardino de Sahagún.

Ya a principios de los 70, el uruguayo Eduardo Galeano (1940-2015), reactivaba la Leyenda Negra en su exitosa *Las venas abiertas de América Latina* (México 1971), libro calificado por él mismo como «una historia del saqueo». Naturalmente, Cortés se asoma a sus páginas como uno de los más representativos protagonistas de tal expolio. Uno de los destacados de aquellos hombres que «a tiros de arcabuz, golpes de espada y soplos de peste, avanzaban los implacables y escasos conquistadores de América». [144]

De nuevo en el plano conmemorativo, 1985 fue un año importante por cumplirse cinco siglos del nacimiento de Cortés. Con tal motivo se celebraron varios congresos entre los que destaca el de Salamanca, fruto de la colaboración de la Universidad y el Ejército. El congreso contó con gentes de las dos orillas, dando lugar a un volumen colectivo en el que se abordaban muchas de las facetas de un conquistador que salía bien parado del análisis colectivo. A punto de terminar el año, Octavio Paz publicó en la prensa española un importante artículo titulado «Hernán Cortés: exorcismo y liberación» [145]. En él glosa la figura de Cortés, acercándola a la de Alejandro o Maquiavelo, como síntesis de la Edad Media y del Renacimiento. Para el premio Nobel, Cortés es un mito que en su interpretación me-

xicana queda oscurecido debido a su instrumentalización ideológica. Paz sondea el origen de tal imagen, señalando como constructores de la misma a ingleses, franceses y holandeses, tan críticos con Cortés y la obra española antes de que surgiera al antagonismo decimonónico mexicano que tiene por extremos a Cortés y Cuauhtémoc. Cinco siglos después de su nacimiento, el de Medellín sigue dividiendo a los mexicanos, por lo que el escritor aboga por devolverlo al sitio que le corresponde: la Historia. Convertido en personaje histórico se lograrán sus anhelos resumidos en la frase final del artículo: «Exorcizando a Cortés se asoma la genuina liberación».

Pese a todo, a pesar de que la Academia ha tratado de aplicar a Cortés el rigor historiográfico, no exento de ciertas influencias y modas, lo cierto tanto dentro de ella como fuera de sus predios, Cortés continúa marcado por los componentes ideológicos propios del indigenismo y la Leyenda Negra. Como ejemplo del influjo negrolegendario, podemos citar, en su aspecto más doméstico, el cultivado por las sectas catalanistas, a Miquel Izard y Llorens (Barcelona 1934). En su artículo «Quinientos años de iniquidad», integrado en un informe de elocuente título: «La invasión de América», que vio la luz en la revista *L'Avenç* [146], Izard caracteriza la llegada de «los castellanos» como una casualidad ligada al desarrollo tecnológico, que daría como fruto el asesinato de millones de indios, cuando no su esclavización. En el caso concreto de Cortés, lo compara con Somoza o Pinochet.

Si hasta el momento nos hemos referido frecuentemente al ámbito historiográfico, la Antropología ha sido una disciplina que ha contribuido a la mitificación de los llamados «pueblos ancestrales», a los cuales habría sometido Cortés.

En este sentido, podemos citar a Guillermo Bonfil Batalla (1935-1991), autor de *El México Profundo, una civilización ne-*

gada [147]. En su obra, que distingue entre un México dominante y otro que subyace bajo este, analiza la conquista y la época virreinal marcadas, a su parecer, por la violencia y la dominación. Emplea también el concepto de «guerra justa» insinuando una falsa conciencia por parte de la Corona española. El antropólogo señala también las divergencias entre religiosos y encomenderos, recurriendo a los manidos argumentos de Las Casas. Bonfil tampoco se resiste a utilizar el término genocidio y una suerte de guerra bacteriológica desatada contra los indígenas. En su cerrada defensa de los indígenas, denuncia incluso la presencia de indios al lado de los españoles durante la conquista e incluso su participación en campañas posteriores. Cautivo del mito del indígena e incapaz de percibir la real fragmentación de aquellos territorios y las naciones étnicas en ellas asentadas, sitúa a los naturales en un todo indistinto. Por último, Bonfil se refiere a las disputas territoriales entre los indios, que también serán fruto atribuirá a la errónea política de delimitación territorial de la «Colonia». Hechas estas críticas a la esfera política, la Iglesia no escapará a juicio. Bajo la cruz, los indios habrían sido instrumentalizados por las órdenes religiosas, si bien el trabajo evangélico emprendido por estas habría sido en vano, pues la conversión de los naturales no habría pasado de ser superficial…

Estas diferentes posiciones en relación con la identidad mexicana, con Cortés como fondo, llegaron a una suerte de equilibrio en las palabras que figuran en la placa de la Plaza de las Tres Culturas —indígena, española y mexicana—, colocada durante la presidencia de Adolfo López Mateos (1910-1969). El texto es de Jaime Torres Bodet (1902-1974):

> El 13 de agosto de 1521, heroicamente defendido por Cuauhtémoc, cayó Tlatelolco en poder de Hernán Cortés; no fue triunfo ni derrota, fue el doloroso nacimiento del pueblo mestizo que es el México de hoy.

Tras este somero repaso por el mundo académico, no podemos soslayar la importancia que, para la imagen de Cortés ha tenido la llamada cultura popular, conjugada con sistemas educativos siempre al servicio de intereses ideológicos concretos. Más allá de lo aprendido en las aulas hispanas, las producciones editoriales, musicales y cinematográficas han dejado honda huella en determinados sectores de la población. Un ejemplo representativo de ello nos lo ofrece el músico canadiense Neil Young (1945), autor de la canción *Cortez, the Killer* [148] publicada en 1975 en el álbum *Zuma*. La pieza la escribió cuando estudiaba, con escaso rigor, Historia en la escuela de Winnipeg, dato que nos recuerda lo denunciado en Árbol de odio a cuenta del sesgo ideológico yanqui en relación con el mundo hispano. La canción, prohibida en España, es un ingenuo canto al buen salvaje lleno de imprecisiones. Esta es su letra:

Vino danzando por el agua
Con sus galeones y sus armas
Buscando un mundo nuevo
Y un palacio al sol.

En la playa estaba Montezuma
Con sus hojas de coca y sus perlas
En sus salones se preguntaba a menudo
Sobre los secretos del mundo.

Y sus súbditos le rodeaban
Como las hojas alrededor de un árbol
Con sus vestidos de muchos colores
Para que los enfadados dioses les viesen.

Y las mujeres eran todas bellas
Y los hombres rectos y fuertes
Ofrecían sus vidas en sacrificio
Para que los otros pudieran seguir.

El odio era sólo una leyenda
Y la guerra nunca se había conocido
La gente trabajaba junta
Y levantaban muchas piedras.

Y las llevaban a las llanuras
Pero morían por el camino
Y construyeron con sus manos desnudas
Lo que aún hoy no podemos hacer.

Y sé que ella vive allí
Y que me ama hasta hoy
Pero no puedo recordar cuándo
O cómo perdí mi camino

Vino danzando por el agua
Cortés, Cortés
Qué asesino.

Por la composición de Young desfilan mitos sin cuenta, como el hecho de que Moctezuma, masticador de coca, esté en la costa. La canción, por lo demás, no merece más comentario.

A finales de esta centuria marcada por los actos conmemorativos, se celebró el V Centenario del Descubrimiento de América. Si en tal fecha la figura central fue Colón, no hemos de desdeñar la ideología con la que se presentó tal conmemoración: el encuentro de dos mundos. Será esta la idea dominante, hoy todavía vigente, según la cual Cortés podrá ser interpretado como un hombre que ligó pueblos antes inconexos o, por el contrario, quien introdujo un altísimo nivel de violencia en el armonioso Anáhuac.

El siglo XX sirvió también para que en sus postrimerías se publicasen algunas obras historiográficas señaladas. Acaso la más influyente sea el *Hernán Cortés* [149] del historiador mexicano José Luis Martínez (1918-2007), que se ha convertido, un

cuarto de siglo después de su publicación, en todo un clásico al que acompaña la edición de documentos cortesianos a él debida. La obra ha obtenido el favor de la crítica y del público, convirtiéndose en un clásico a ambos lados del Atlántico. Una década más tarde, desbordado el siglo, vio la luz la obra de Juan Miralles Ostos (1930-2011) *Hernán Cortés, inventor de México* (2001), que abunda en tesis ya comentadas y que ha logrado una estimable difusión. En definitiva, estos son dos de los más distinguidos ejemplos de una nueva historiografía mexicana que ha ido buscando un punto de equilibrio basado en la distancia respecto de algunas apasionadas visiones arrojadas sobre Cortés en la tierra que él pisara hace cinco siglos.

Capítulo 8
HERNÁN CORTÉS REPRESENTADO

Desde la conquista del imperio mexica las crónicas españolas incorporaron numerosas descripciones del aspecto físico del conquistador. Junto a ellas existe un buen número de retratos confeccionados por los artistas plásticos, más de una treintena elaborados entre los siglos XVI y XVII [150]. Tan importante cantidad de obras no garantiza, en absoluto, que poseamos una imagen fiel de la apariencia física que tuvo Hernán Cortés, pues la idealización de los personajes relevantes fue una constante de la época. Sabido es que las facciones de algunos individuos distinguidos eran modificadas buscando acercar los rasgos físicos y las posturas a unas formas características que trataban de transmitir determinados valores o aspectos psicológicos. La creencia de que los rasgos faciales —«la cara es el espejo del alma»— transmitían dichos aspectos, estaba muy asentada. Prueba de ello es el hecho de que Cervantes, cuando se refiere a Maritornes habla de una «moza asturiana, ancha de cara, llana de cogote, de nariz roma…» [151]. La nariz ancha y chata sería un signo de mujer de naturaleza lujuriosa.

Probablemente la primera representación pictórica que se hizo de Cortés la llevaron a cabo los pintores que acompañaron a la primera embajada enviada a la costa por Moctezuma, de la que nos da noticia Bernal. Esta imagen abre la extensa lista de retratos incorporados en los códices indígenas, en los que vemos al español de pie, a caballo, sentado sobre una silla, armado… a menudo con doña Marina a su lado (Fig. 1). Las apari-

ciones de Cortés en estos documentos tendrán una apariencia genérica, cuestión que abordaremos más adelante.

En Europa hemos de comenzar por referirnos al retrato de Cortés hecho por Christoph Weiditz (1498-1559), platero, escultor y pintor alemán que visitó España acompañando a Johannes Dantiscus (1485-1548), embajador del rey de Polonia y futuro obispo. Durante el viaje, Weiditz dibujó las vestimentas más características de los españoles y conoció a Cortés en Toledo en 1529. De este encuentro quedó una acuarela de Cortés, vestido como enlutado cortesano que sostiene su escudo de armas, que forma parte de *El libro de los trajes* (Estrasburgo 1529). La acuarela (Fig. 2) lleva un apunte en alemán que dice: «Don Ferdinando Cordesyus, 1529, a la edad de cuarenta y dos años; él conquistó después todas las Indias para Su Majestad Imperial Carlos Quinto». Weiditz dejó del Cortés que ya se hallaba en la cuarentena los siguientes apuntes:

> La frente alta, pero estrecha, hundida en las sienes, el pelo castaño oscuro con reflejos claros, lacio, espeso, cayendo en melena cuidada, con las puntas vueltas hacia adentro. La boca carnosa, muy marcada, la mirada triste y lejana, los ojos hinchados, con el párpado enrojecido, como evocando un águila fiera [152], la nariz fina, pero muy aguileña, una cicatriz en la mejilla derecha, un mentón poco fuerte, disimulado por una barba nazarena, el cuerpo enjuto.

El acuarelista alemán también plasmó en su libro las imágenes de los indios malabaristas y jugadores de pelota que Cortés trajo a la Corte del emperador Carlos. Weiditz labró una medalla que nos remite a una obra posterior: el medallón del Pabellón Real de la Plaza Mayor de Salamanca (Fig. 3) realizado por el escultor Alejandro Carnicero (1693-1756) entre 1729 y 1735. No obstante, en ambas representaciones del conquistador, separadas por dos siglos, se aprecian notables diferencias, pues en la segunda de ellas el de Medellín aparece con unos rasgos menos duros.

Si los aspectos estilísticos son de gran importancia, el factor tecnológico no será un asunto menor. Cuando Cortés se convierte en conquistador, la imprenta difundirá su imagen en forma de grabados que llegarán a un público relativamente amplio. Este crucial aspecto nos lleva a otra importante representación de la que da noticia Bernal: el retrato de Cortés enviado a Paulo Giovio [153]. Esta imagen, un cuadro que se colgó en su palacio a orillas del río Como, se reprodujo ampliamente gracias a la técnica del grabado. Pintado probablemente en Sevilla, se atribuye a Peter Kempeneer o Pedro de Campaña (Fig. 4). Pudo realizarse en 1547 poco antes de la muerte de Cortés y no se conserva el original, sino copias. Lo que sí ha resistido el paso del tiempo son los grabados inspirados en tal imagen. Tobias Stimmer (1539-1584) ilustró la obra de Giovio en 1575 por medio de grabados en madera. Cortés aparece tocado con una gorra alemana y enfundado en unos ropajes de pieles, con un rosario en sus manos en lugar del collar que lucía en el retrato original. Su cabeza es cuadrada, con una nariz aguileña y mirada algo perdida o melancólica que nos recuerdan a la obra de Weiditz. Serán estos modelos los que perdurarán en ilustraciones de escritos relacionados con el Marqués del Valle. Ejemplo de ello es el retrato que aparece en la *Mexicana* de Lobo Lasso de la Vega.

En el Hospital de Jesús se halla otro retrato (Fig. 5) en el que figura Cortés de cuerpo entero con cabellos canos. El conquistador aparece dentro de su armadura, con un morrión en lugar de la gorra citada que descansa sobre una mesa que tiene al lado. La vara de mando y la espada simbolizan sus cargos de justicia y capitán. En una esquina aparece su escudo de armas. Otro retrato, propiedad del ayuntamiento de México, lo representa de medio cuerpo, también con armadura y una leyenda que subraya sus cargos. Cerraremos esta serie con el que custo-

dia el Museo Nacional de Historia de México, similar al anterior pero con rasgos más suaves. Al estar recortado se especula en relación con su posible pertenencia original a alguna obra de temática religiosa en la que apareciera como donante.

En una muy similar posición encontraremos a Cortés en la obra titulada: «El Martirio de San Hipólito con Hernán Cortés orante» (1605-1607) (Fig. 6), de Alonso Vázquez (1564-1608), pintor renacentista español formado en Sevilla que se traslada a México en 1603 acompañando al marqués de Montesclaros. El cuadro estuvo acaso inspirado en el ya citado y relaciona al conquistador con el día de la conquista, coincidente con el día de san Hipólito, 13 de agosto.

El Cortés piadoso nos servirá para comentar otra singular obra: los murales de la Capilla Abierta de la Iglesia de la Inmaculada Concepción en Ozumba [154]. De ellos sólo tenemos noticia escrita a partir de 1679, gracias a la pluma de fray Agustín de Vetancourt, quien informa de que en él moran dos religiosos a cargo de mil doscientas treinta almas. El mural se compone de cuatro escenas: *Los Tres Primeros Franciscanos en la Nueva España*; *Fray Pedro de Gante, Fray Juan de Ayora y Fray Juan de Tecto*; *La llegada de los Doce*; *El Martirio de los Niños Tlaxcaltecas*; y *Ejemplar disciplina de Hernán Cortés*. El conjunto pictórico probablemente se pintara en la segunda mitad del siglo XVII, acaso sustituyendo a otros anteriores de similar temática. El interés, por lo que a Cortés se refiere, no está en la representación de unos rasgos que lo hicieran reconocible o que pudiéramos cotejar con otros retratos, sino en su intensa relación con esta orden religiosa representada de forma manifiesta en estos muros.

Destaca la escena que reproduce lo ocurrido el 24 de junio de 1524 (Fig. 7). En ella, Cortés aparece arrodillado ante los franciscanos destocados al mando de fray Martín de Valencia.

La pintura representa el momento en el que Cortés se hinca de rodillas ante fray Martín, que no consiente que le bese las manos. A la espalda del conquistador aparecen el alabardero Rafael de Trejo, Pedro de Alvarado con el estandarte, fray Bartolomé de Olmedo, con sus blancos hábitos mercedarios y el negro Estebanico; más atrás probablemente Cuauhtémoc, vestido con camisa larga, calzón y tilma, y otro noble indígena. El fresco, al fin y al cabo integrado en un templo católico, subraya el carácter espiritual de la conquista.

Frente a Cortés, los doce franciscanos —fray Francisco de Soto, fray Martín de La Coruña, fray Antonio de Ciudad Rodrigo, fray García de Cisneros, fray Juan de Rivas, fray Francisco Jiménez, fray Juan Juárez, fray Luis de Fuensalida, fray Toribio de Benavente y los hermanos legos fray Juan de Palos y fray Andrés de Córdoba, sin tonsura ni mitras como Gante— visten sus hábitos pardos ceñidos por un cordón mientras manejan unos bastones que terminan en cruces. La uniformidad del grupo la rompe uno de ellos que ha sido identificado como Pedro de Gante por carecer de la mitra que los demás han depositado en el suelo y no lucir la tonsura de sus compañeros.

La llegada de los religiosos, así lo narra Bernal, se debía a la petición que Cortés había enviado al general de los franciscanos, fray Francisco de los Ángeles [155], dejando claro que la conquista debía ir acompañada de la evangelización de los naturales, propósito que también encareció Gómara. Si bien Cortés demostró un gran celo en materia religiosa, atreviéndose incluso de forma temeraria a derribar los ídolos, Mendieta duda de que el conquistador pudiera elevar dicha petición directamente al propio general de los franciscanos, lo cual no obsta para que fray Jerónimo reconozca la realidad de las peticiones que de hombres de religión hizo Cortés.

Sea como fuere, lo cierto es que los franciscanos siempre, como ocurrió en el juicio de residencia, fueron favorables a Cortés, quien dedicó a san Francisco la primera iglesia construida en la nueva tierra. En el templo figuraban las armas de Cortés, lo cual da idea del grado de imbricación entre ambas partes.

Recordemos que es Mendieta quien identificará a Cortés con una suerte de Moisés del Nuevo Mundo, pues Dios:

> …escogió a Fernando Cortés por instrumento y medio de la principal conversión que en las Indias se ha hecho: y así como negocio de Dios y negocio de ánimas, fue guiado y solicitado por varón religioso dedicado al culto divino. [156]

Es también él quien señala que el recibimiento a los franciscanos está representado en muchos muros de la Nueva España. Recordemos que Mendieta había trazado paralelismos, en sentidos opuestos, entre Cortés y Lutero, a quienes por error hace nacer el mismo año. Desde su perspectiva, Cortés habría descrito una trayectoria vital análoga a la de Moisés, equiparando el paso por el mar Rojo con el del Océano Atlántico, y presentando la lucha contra la idolatría cortesiana como un remedo de lo hecho por Moisés cuando desterró los hábitos paganos. Por último, y regresando a la comparación con lo realizado por Cortés en relación con la obra de Lutero, el español también se distinguirá del alemán por su protección de las órdenes religiosas, entre ellas, y de manera sobresaliente, la franciscana.

En cuanto a *Ejemplar disciplina de Hernán Cortés* (Fig. 8), la escena parece volver a supeditar lo temporal a lo espiritual, si bien pudiera tratarse de un ardid acordado entre Cortés y los franciscanos: como se produjeran ciertos alborotos en Texcoco al ver los indígenas que uno de sus principales era azotado por faltar a misa, Cortés habría concertado otro castigo por llegar tarde a la iglesia, dando de este modo ejemplo del debido cumplimiento con las obligaciones religiosas. Esta es la razón por la cual Cortés vuelve a ser representando arrodillado, con las es-

paldas desnudas sobre las que cae un cilicio manejado por un monje mientras un grupo de indígenas observan el castigo.

Pese a todo, a pesar de los mutuos beneficios que tanto Cortés como los franciscanos obtuvieron de su inicial sintonía, la efigie del conquistador desaparecerá de las representaciones, incluso del recibimiento, siendo sustituida por figuras españolas o indígenas alejadas del reconocible personalismo que se percibe en Ozumba.

El retraso de Cortés en su llegada a misa nos recuerda lo ocurrido durante su primera visita a España, cuando llegó tarde a los oficios religiosos que se desarrollaban en la catedral de Toledo a los que asistía el propio Emperador Carlos acompañado de los miembros de su Corte, quienes se habían sentado atendiendo a su calidad. Leyenda o no, se cuenta que el ya marqués pasó ante la nobleza para sentarse en un lugar próximo al Emperador, gesto que se entendió como presuntuoso. Bernal dice que «Su Majestad por le honrar le había mandado que se fuese a sentar cerca del conde de Nasao», es decir, que la actitud de Cortés pudo estar motivada por alguna discreta señal hecha por el Emperador, lo cual no evitó la murmuración. El de Medina del Campo, añade, sin embargo, que el retraso fue «sobre cosa pensada». [157]

Más información sobre el arte parietal nos la proporciona el mestizo Diego Muñoz Camargo (1529-1599) en su *Descripción de la provincia y ciudad de Tlaxcala de la Nueva España e Indias*…, confeccionada entre 1581 y 1585 [158]. La obra, que había nacido como respuesta al cuestionario de las *Relaciones Geográficas* encargadas por Felipe II, da buena cuenta de la verdadera consideración que se tenía de la Nueva España. El trabajo de Muñoz Camargo bebe del *Lienzo de Tlaxcala*, pero informa de una serie de murales entre los que destaca el del palacio de Xicoténcatl, en el que aparece Cortés representando su venida a

tales tierras, y otro en las Casas Reales en el que se representa aún mejor la conquista y se habla de las naves.

A fines del siglo XVII la *Historia de la conquista de Méjico*, de Solís, servirá como modelo de una serie de veinticuatro enconchados sobre lienzo sobre tabla en las que quedan plasmados muchos episodios de la empresa cortesiana, nos referimos a *Conquista de México por Hernán Cortés*, obra de Miguel y Juan González. Es destacable el hecho de que los González recogieron el episodio de las naves barrenas, que no quemadas. En ese mismo siglo existe una colección de anónimos novohispanos que recogen distintos momentos de la conquista, en los cuales aparece, lógicamente, Cortés, si bien con unos rasgos más suaves que los acostumbrados. Al otro lado del Atlántico, también a finales del XVIII, el barcelonés Blas Ametller (1768-1841) es autor de un aguafuerte titulado *Alegoría de Hernán Cortés*.

Ya en un contexto más académico, las representaciones de Cortés se someterán a estudio. Un célebre cuadro anónimo del XVIII en el que aparece el conquistador ya anciano, servirá para que Valentín Carderera (1796-1880), pintor de cámara de Isabel II, en su *Iconografía española* (Impr. de R. Campuzano, 1855-1864) señale la existencia de dos «tipos» reconocidos de la efigie del conquistador. En este caso, el tipo escogido es el cuadro realizado en 1547 que tiene como modelo el de Giovio. El lienzo aparece ya en el inventario de 1817 de los fondos de la Academia de San Fernando, señalándose el desconocimiento de la identidad de su autor.

El lienzo debió ingresar en la Corporación con posterioridad al año 1804, sin que se pueda descartar que hubiera podido pertenecer a la Colección Godoy, pues pese a que no aparece incluida en el inventario de las obras que de él pasaron a la Academia en 1816, sí se mencionan dos retratos de Magallanes. Quizás por error, uno de ellos fuera el Cortés.

En el citado inventario de 1804 encontramos también este apunte referido a un bajorrelieve: «Hernán Cortés en Vera Cruz manda destruir las naves que había en el puerto y se queda con sus soldados a vencer o morir. Por don Ramón Belart, que obtuvo el primer premio de primera clase de escultura en 1808». La obra del escultor barcelonés, de terracota y no conservada en la actualidad, mostraba las naves incendiadas…

El siglo XIX es esencial para fijar una particular visión de Cortés, la procedente de los grabados franceses [159], realizados entre 1820 y 1870. José Tudela de la Orden (1890-1973) contabilizó más de una treintena de láminas francesas referentes a Cortés entre originales y copias fotográficas. Hombre próximo a Ortega y Gasset, atribuye el éxito de estos grabados a varios factores, entre los que destaca el hecho de que en este siglo la gran potencia impresora estuviera localizada en una Francia que tenía grandes intereses en Hispanoamérica. De hecho muchos de los grabados llevan un texto bilingüe y dos puntos de venta: París y México. También señala una fuente de inspiración de estas ilustraciones: la célebre ópera *Fernand Cortez* (1809), del italiano Gasparo Spontini (1774-1851). Las referencias de las que se sirvió Spontini no fueron los cronistas, sino otras plumas como las de Bernardino de Saint Pierre, Voltaire, Marmontel o Chateaubriand.

Entre los autores de grabados, el que más destaca Tudela es Nicolás Eustache Maurin (1788-1850), seguido a gran distancia por Napoleón Thomas y un tal Breban, a los que acompañan una serie de grabados anónimos.

En cuanto a las fuentes literarias de los grabados, Tudela señala la obra *Les incas* de Marmontel, pues dentro de ella está intercalada una novela corta en la que aparece la quema de las naves hecha por el propio Cortés, conectando esta imagen con la

de Agatocles dando fuego a su flota y subrayando la popularidad en Francia del dicho «bruler ses vaisseaux».

Antonio Maurín debió ver la ópera de Spontini. Acaso no recordara los nombres de los príncipes indios hermanos de Moctezuma. De este modo, al Telasco de la ópera lo bautizó con el agitanado nombre, de Zíngari, mientras a Amazily la llamó Alaida, tratando de dar un toque orientalista que encaja bien con la visión romántica de España.

En el siglo XIX, centuria tan atenta a la temática histórica, podemos citar varias obras pictóricas como el retrato, -óleo sobre tabla- del conquistador hecho por Joaquín Cortés en 1813, en el que se ve a un Cortés joven tocado con un gorro. En la Exposición de la Academia de 1842 se exhibió *Presentación a Hernán Cortés de Guatimocín por el capitán García de Holguín*, salido de los pinceles de Joaquín Fernández Cruzado (1781-1856). El guerrero mexica también aparece en una anónima aguada sobre papel, *Guatimocín recibiendo a Hernán Cortés*, que se conserva en el Museo del Prado. A estos ejemplos hemos de unir otros de temática cortesiana como: el cuadro de José Galofré y Coma (1819-1867), *Hernán Cortés y los embajadores de Moctezuma*; *Prisión de Guatimocín, último emperador de los mejicanos, por las tropas de Hernán Cortés y su presentación a éste en la plaza de Méjico*, de Carlos María Esquivel (1830-1867); *Hernán Cortés entrando en el aposento de Montezuma* y *Hernán Cortés luchando con dos indios*, de Antonio Gómez y Cros (1809-1863); Hernán Cortés quemando las naves, de Francisco Sans Cabot (1828-1881); *La batalla de Otumba* y *Noche triste. Retirada de los españoles de Méjico*, de Manuel Ramírez Ibáñez (1856-1925); *Guatimocín y su esposa presentados prisioneros a Hernán Cortés*, de Eusebio Valldeperas (1827-1900); o *Episodio de la conquista de México*, de Eduardo Jimeno y Canencia (1838-1868). Hemos de subrayar que muchos de estos cuadros

llevaban implícita una indagación histórica que permitiera dar verosimilitud a lo representado. La conexión entre estas obras pictóricas y las escritas es absoluta. [160]

A finales del XIX, el mexicano José Salomé Pina (1830-1909), que fuera maestro de Diego Rivera, pinta un lienzo por encargo de la Junta Iconográfica Nacional, destinado a la Galería de Españoles Ilustres del Museo Iconográfico.

La importancia de la figura de Cortés en este siglo puede medirse atendiendo al hecho de que en 1871, Carlos Luis de Ribera y Fieve (1815-1891), siempre próximo a Madrazo, recibe el encargo de realizar el diseño de unos billetes emitidos por el Banco de España en los cuales debía insertarse la efigie de Cortés tomada del retrato pintado que se conserva en el Museo Nacional de Historia de Méjico.

Ya a principios del XX hemos de citar el célebre retrato de un Hernán Cortés joven salido de los pinceles de J. Ramón Mélida que luce en su pecho la cruz de Santiago.

Los primeros años del franquismo reactivaron el interés por Cortés. Prueba de ello es el cuadro pintado por Ignacio de Zuloaga (1870-1945) entre 1941 y 1942, una obra de gran formato (2.29 × 2.16) que se concibió para ser un regalo para Manuel Ávila Camacho (1897-1955), presidente de México entre 1940 y 1946. Los impulsores de la iniciativa fueron un grupo de empresarios que querían regalar a los gobiernos de Chile y México los retratos de sus conquistadores, Pedro de Valdivia y Hernán Cortés, si bien, pese a que el chileno permanece en el Palacio de la Moneda de Santiago, el cuadro que nos ocupa no llegó a México y desde entonces se custodia en Madrid, en la fundación del pintor [161]. El motivo del rechazo del presidente Ávila pudiera venir dado por no agradarle la obra, o acaso por ser México el lugar de acogida de un importante contingente de exiliados españoles republicanos que tan importantes fueron para la

recuperación de los restos de Cortés. El cuadro fue pintado en Zumaya y muestra al conquistador en pie, vestido con su armadura, sin casco y apoyando su brazo derecho en una espada. La figura se recorta sobre un paisaje que acaba en el mar. Resulta singular el rostro de este lienzo.

Durante los estudios preliminares, Zuloaga pidió al historiador del arte Enrique Lafuente Ferrari (1898-1985) que le suministrara imágenes tanto de Valdivia como de Hernán Cortes para documentarse, si bien, una vez obtenidas las rechazó. Todo ello nos lleva a considerar hasta qué punto la imagen de Cortés se había alejado del modelo idiográfico, el propio Cortés individualizado, para adentrarse en el terreno de lo nomotético [162], dominado por normas y arquetipos. El Cortés que pinta Zuloaga, el mismo que serviría para retratar a Valdivia, es un rostro de raigambre quijotesca y pertenecía a un abogado monárquico tradicionalista y miembro del Centro Católico de Santander llamado Santiago Gutiérrez Mier.

Si nos hemos referido a lienzos y grabados, no hemos de desdeñar el impacto que pudo tener, por ejemplo, algo tan popular como la serie impulsada por la fábrica de chocolates de Evaristo Juncosa entre 1890 y 1930. Se trata de 24 estampas en las que aparecen: Colón, José Anselmo Clavé, Lópe de Vega, Juan Prim, Elcano, Mariano Fortuny, Quevedo, Magallanes, Cervantes, Verdaguer, Calderón de la Barca, Velázquez, Gonzalo de Córdoba, Jaime Balmes, Álvaro de Bazán, José Zorrilla, Ramón de Campoamor, Larra, Murillo, Alonso de Ercilla, Tirso de Molina, Espronceda, Carlos V. La orlada efigie de Cortés tiene en segundo plano la imagen de su flota en llamas, que se destaca en la breve semblanza que de él se hace.

También con una dimensión popular y educativa se impulsó desde el gobierno mexicano el muralismo de mediados del XX. En las numerosas escenas confeccionadas por un distinguido

grupo de artistas aparecerá Cortés encarnando aspectos crueles de la conquista, convertido en un símbolo negrolegendario a menudo, también Cuauhtémoc o la Malinche.

Como ya nos hemos referido a los famosísimos murales de Diego Rivera, citaremos la obra de Siqueiros *Tormento de Cuauhtémoc* (1951). Aunque este episodio excluye a Cortés en cuanto a su responsabilidad, el tema dio para un díptico que completa la *Apoteosis de Cuauhtémoc*. El primero de ellos muestra la tortura a la que es sometido un Cuauhtémoc que la soporta estoico frente a unos soldados entre los cuales aparece la cabeza de la Malinche. El segundo de ellos escenifica la ficción de ver a Cuauhtémoc, enfundado en una armadura con un centauro caído frente a él. Sin duda, sobre las acciones gravita la figura de Hernán Cortés, popularmente acusado de la tortura y muerte del caudillo mexica.

De ese mismo año es *Los defensores de la integridad nacional* obra pintada por Alfredo Zalce bajo los auspicios del Museo Michoacano y el Instituto Nacional de Bellas Artes. El mural se ubica en la escalera del Museo Regional Michoacano y ocupa una amplia superficie de cuyos protagonistas son Cuauhtémoc, Cortés y la Malinche, estos últimos en calidad de enemigos de tal integridad nacional. Es interesante atender a la gestación de dicha obra, de la cual tenemos noticia fechada el 7 de septiembre de 1950. Meses antes de su inicio, Zalce escribió en su diario estas reveladoras palabras:

> Hace pocos días he dado principio a los proyectos del muro central del museo. Julio de la Fuente hizo un estudio sobre Cuauhtémoc que me dio algunas ideas fundamentales, referentes a diferentes aspectos o "modos" de ver a Cuauhtémoc por los mexicanos. Roberto Reyes Pérez me dio otra idea magnífica, que es la que voy a desarrollar en los muros laterales y es la de comparar el hecho histórico Cuauhtémoc con las guerras que sostienen en los últimos años pueblos militarmente débiles contra sus opresores poderosos: la India, China, Indochina, Malasia, y en éstos días Corea. Leí numerosos artículos de periódicos y revistas que me han ayudado a tener un sentido general de la proyección histórica de Cuauhtémoc sobre el México actual, tanto que

encarna el símbolo de la nacionalidad, mientras que Cortés es el modelo ideal de los opresores del indio mexicano. Leí también el 'Cuauhtémoc' de Héctor Pérez Martínez.

Me pareció un libro muy emocionante en algunos aspectos, reconstruido vívidamente; pero se insiste mucho en el carácter sanguinario y de antropofagia de los indios y no tiene la misma fuerza la descripción de lo positivo. Pero tomaré de allí una idea que es muy buena para el muro: Cuauhtémoc y Cortés, después de cuatro siglos aún están frente a frente y alinean a sus bandos, por un lado al pueblo de México y su héroes, por el otro a sus verdugos de ayer y de hoy.

Finalizaremos este recorrido por obras pictóricas cortesianas con las producidas recientemente por el afamado pintor español Augusto Ferrer-Dalmau. En concreto, la que lleva por título *La marcha a Tenochtitlán*, realizada bajo el asesoramiento del historiador David Nievas Muñoz. La obra se une a una serie en la cual el conquistador no coincide con los clásicos retratos. Son, por ello, nuevas imágenes que se preocupan por el rigor histórico en relación con los elementos incorporados a ellas. La marcha a Tenochtitlan pretende reunir a todos las partes involucradas en la conquista: guía al conjunto un guerrero tlaxcalteca empuñando su maquahuitl, detrás de él los jinetes Cortés y acaso Alvarado con sus corceles ataviados con cascabeles, les siguen arcabuceros y ballesteros, un tameme, una mujer tlaxcalteca —quizá doña Marina— y el clérigo Bartolomé de Olmedo con el hábito de la Merced.

Repasado este conjunto de pinturas, nos referiremos en adelante a algunas obras escultóricas. Si a finales del XVIII Cortés contaba con el mausoleo aludido en el que estaba integrado su busto (Fig. 9), en España es a mediados del XIX cuando comienza a surgir la idea de erigirle un monumento público. La iniciativa tendrá un origen regional.

En 1845 la escritora extremeña Carolina Coronado Romero de Tejada (1820-1911) compone el poema «Hernán Cortés». La obra se sitúa en la estela de las actividades emprendidas por la Comisión de Monumentos Histórico-Artísticos de Badajoz

para la que la Diputación Provincial había propuesto a dos socios del Liceo Artístico y Literario de Badajoz: Fernando Pinna y Fermín Coronado [163], hermano de Carolina. A ellos había llegado un poema varias veces modificado que vio la luz en 1848 en las páginas de la revista *La Luna*. En la composición su autora expresa con ironía el estupor que siente ante la ausencia de un monumento consagrado a la memoria de Cortés:

Llevadme a contemplar su estatua bella;
llevadme a su soberbio mausoleo…
¡Ah! que olvidaba, Hernán, en mi deseo,
que éste es mezquino e ilusoria aquella.
¿Y en tu patria por qué? ¿Qué diste a ella
para alcanzar de España ese trofeo?
Cuestan, ¡oh mucho!, piedras y escultores
para labrarte Hernán tales primores.

La queja vendrá acompañada por los comentarios que el vacío conmemorativo podría suscitar en otras naciones vecinas, más generosas con sus héroes:

Eso dirá, y el hijo de Bretaña
o el vecino francés, si el huésped fuera,
con sarcástica risa respondiera
a la matrona: «descastada España,
¿con que no le valió a Cortés la hazaña
ni una tumba de mármoles siquiera?
¿Y nacen héroes en la tierra ingrata
que así los huesos de los héroes trata?

Es en el final del poema donde se señala que, además de la inexistencia de una estatua, las ruinas de la casa natal de Cortés permanecen en un estado de total abandono, circunstancias a las que otros prestarán atención:

No veremos, Hernán, tu estatua bella
ni tu losa hallaremos ignorada;
pero en mi tierra existe la morada
donde estampaste tu primera huella;
pensaremos en ti delante de ella,

la extremeña familia arrebatada
de orgullo; porque plugo a la fortuna
en nuestra tierra colocar tu cuna.

En 1846 la poetisa volverá a insistir en otra pieza enviada a la Comisión en la que podemos leer estos versos:

¿Qué puñado de cobre
por una piedra pobre
con voluntad siquiera no le damos?

Pese a todo, en 1850 las ruinas de la casa habían desaparecido, y el solar había quedado convertido en tierra de labor [164]. La memoria de Cortés seguía, no obstante, viva, como se puede advertir en el hecho de que en 1855 los duques de Montpensier se interesaron por recuperar la vivienda de Castilleja de la Cuesta donde había fallecido el conquistador.

Una década más tarde, en 1857, el Marqués de Rianzuela trata de reimpulsar la iniciativa por medio de su *La sombra de Hernan-Cortés, ó discurso que dirige a la nación el héroe de Nueva-España*, dedicado a los extremeños, herederos de la gloria de un personaje que «yace sepultado en el olvido». La obra se escribe tomando como excusa el monumento que se pretende dedicar a Manuel José Quintana. El Marqués hace aparecer a Cortés entre brumas y es ahí donde comienza un monólogo en el cual se exalta la conquista terrenal pero también la espiritual. El espectro de Cortés reflexiona sobre cómo ha sido tratado por la Historia: «Me acusan de inhumano y cruel en ocasiones, y por más que fui ambicioso de riquezas, é anduvo dudosa mi lealtad» [165]. En la obra se pone en labios de Cortés la idea de que para los indígenas era un dios: «No hay duda que al yo arribar á estas costas como intrépido aventurero, me trasmuté en un ser inmortal enviado por los dioses de esta parte del mundo, para que fuesen cumplidos sus oráculos.» [166] Con gran cautela y discreción pronuncia Cortés estas palabras:

[…] ¿Por qué no has levantado en mi honor algun trofeo, ó monumento consagrado á mi conquista?- Faltas son éstas (fuerza es decirlo) que no pasan desapercibidas á los ojos de los españoles celosos de las glorias de su patria. [167]

Antes de señalar que de él sólo queda en Medellín su antigua y ruinosa casa. En 1858 Carolina Coronado vuelve sobre el asunto. También el navarro Eduardo Velaz de Medrano (1814-1865), quien redactó una crónica —*La España Artística* del 26 de abril de 1858— en la que daba cuenta del proyecto de levantar una escultura de Cortés en Madrid. La iniciativa estaba recogida en un proyecto de ley impulsado por el Ministro de la Gobernación. El proyecto contaba con un presupuesto de quinientos mil reales de vellón destinado a erigir en Madrid el monumento —no olvidemos que Moctezuma ya se incluyó en el plan escultórico del Palacio Real asesorado por el padre Sarmiento—. El monumento madrileño no excluía la posibilidad de tener otro de menor escala en Medellín. El periodista volverá sobre el tema en un artículo publicado en *La España* el 3 de abril de 1858, en el que propone que en su villa natal se haga lo siguiente:

Una lápida con la efigie de un valeroso español; el busto colocado sobre una columna de piedra o de hierro, rodeada de una verja, bastaban para el objeto; pero me parece más racional que un monumento para cuya construcción se empieza pidiendo un crédito de quinientos mil reales, que necesariamente serán aumentados más adelante con otro crédito, se edifique en la capital de las Españas y no en Medellín donde pocos lo verán porque muy escasos han de ser los que intenten hacer el viaje. No merece Hernán Cortés semejante aislamiento, que casi nos atreveríamos a calificarlo de destierro.

En cualquier caso, la comisión que debía de ocuparse del monumento justifica de este modo un proyecto que debe alejarse de lo local para tener una dimensión nacional:

Pero la gloria de Hernán Cortés es de toda la nación, y la capital de la monarquía es la que debe ostentar el monumento levantado por el patriotismo a uno de los más insignes hijos de España.

Ufánese en buena hora y con justicia la villa de Medellín con que en ella haya nacido tan ilustre varón; y consígnese allí, a expensas del Estado, un recuerdo que fije las miradas del viajero que busque el antiguo solar de Hernán Cortés. Mas en Ma-

drid, centro común de todos los españoles, residencia del Rey y de las Cortes, se logra más el objeto de que rindan culto a las hazañas del héroe, nacionales y extranjeros.

Así pues, el proyecto de ley enviado al Congreso será el siguiente:

Art.1º. Se erigirá en Madrid un monumento a la memoria de Hernán Cortés, digno de sus hazañas y de la nación española.

Art.2º. En la villa de Medellín, y en el sitio de ella que el gobierno designe, se colocará un busto del conquistador de Méjico, con la inscripción que recuerde haber nacido en aquel pueblo.

Art.3º. Se concede al gobierno de S.M. un crédito extraordinario de un millón de reales de vellón con el fin de llevar a efecto lo que se previene en esta ley.

Palacio del Congreso, 16 de abril de 1858.- Luis González Brabo, presidente.- Manuel García Barzanallana.- Cándido Nocedal.-Nicolás Hurtado.-El marqués de San Carlos.-González Serrano.-José García Barzanallana, secretario.

Pese a tales disposiciones, el monumento, los monumentos, habrían de esperar. Es en 1867 cuando se envía la propuesta a la Academia de San Fernando. En la *Revista de Bellas Artes* —7 de noviembre de 1867, página 79— leemos: «Se ha enviado a la Academia de San Fernando un proyecto para la erección de un monumento a Hernán Cortés en Medellín, pueblo de su naturaleza». Los auspicios correrían a cargo de la Diputación Provincial de Badajoz con ayuda del Estado. El retraso continuaría, pues la Junta de la Academia de San Fernando aprobó el proyecto en 1889 y el contrato entre el escultor español Eduardo Barrón (1858-1911) y el Ayuntamiento de Medellín tuvo lugar el 20 de febrero de 1889. La estatua (Fig. 10) fue colocada finalmente en 1890, con un coste de 10.280 pesetas y la aportación del bronce a cargo del diputado liberal y académico de la Historia, Carlos Groizard Coronado (1857-1934), sobrino de Carolina. El metal procedía de viejos cañones que sirvieron para elaborar una magnífica escultura fundida en Barcelona y ubicada en un lugar próximo al que ocupara la casa del conquistador. La inauguración se produjo el 2 de diciembre de 1890, aniversario de la muerte de Cortés. La efigie tiene en la base de

su pedestal de piedra de Novelda dos cabezas de león unidas por una barra. Sobre ellas cuatro placas de bronce con los nombres de las batallas más importantes de la conquista: Otumba, Tlaxcala, Tabasco y Méjico. A los pies de la figura, junto al escudo de Medellín, aparece la sintética dedicatoria: «A Hernán Cortés. Año MDCCCXC».

Cortés aparece en traje militar, sosteniendo un estandarte y el cetro de mando. Bajo sus pies hay trozos de altares e ídolos aztecas que han causado una polémica que alcanzará su punto álgido 120 años más tarde, cuando en agosto de 2010 la estatua apareció manchada con pintura roja. El ataque lo reivindicó un grupo llamado *Ciudadanos Anónimos*, quienes lo habrían hecho, según un panfleto que voló, porque el monumento constituye «la glorificación cruel y arrogante del genocidio y un insulto al pueblo de México». El acto vandálico iba acompañado de la anacrónica exigencia de que se llevara a cabo la sustitución de «esta representación fascista (sic) de Hernán Cortés por otra, como, por ejemplo, un monumento a todos los caídos en estas invasiones, en la que también se trate con dignidad al pueblo vencido en aquella agresión». Imaginamos que estos anónimos e indoctos ciudadanos se referían, en todo caso, a los mexicas, pues los tlaxcaltecas fueron quienes con más ensañamiento combatieron a los mexicas… Acaso por contagio hispanófobo, un mes más tarde la estatua ecuestre de Cortés ubicada en Cáceres, réplica del original de Enrique Pérez Comendador (1900-1981), actualmente en América, sería la víctima de otro acto vandálico. En este caso la figura apareció flanqueada con pintada que decía: «ASESINO».

Las conmemoraciones del quinto centenario de su nacimiento también dejaron un rastro figurativo. Podemos citar como ejemplo la escultura de Antonio Colmeiro conservada en el Cuartel General de Ejército de Madrid. También, posterior-

mente, el busto donado por el arquitecto mexicano José Luis Fernández del Castillo al Colegio Mayor Hispanoamericano «Hernán Cortés» de la Universidad de Salamanca.

No queremos terminar nuestro análisis de las representaciones de Cortés sin referirnos a las llamadas artes menores o decorativas. Es el caso del artesonado que cubre el salón de la antigua biblioteca, hoy despacho del Secretario General de la Real Academia de Ingeniería, dentro del Palacio de los Marqueses de Villafranca en Madrid. Una cubrición de madera decorada con una serie de platos de cerámica que forman varios anillos. El primero de ellos lo configuran las efigies de Dante, Miguel Ángel, Rafael, Galileo, Cristóbal Colón y… Hernán Cortés. [168] El autor de tal estructura, de finales del siglo XIX, fue el arquitecto Arturo Mélida y Alinari (1849-1902), introductor del movimiento *Arts and Crafts* en España, autor del fuste y cierre de hierro del monumento a Colón en Madrid e ilustrador de los *Episodios Nacionales* de Pérez Galdós.

Al otro lado del Atlántico, entre 1922 y 1925 se construye en la capital mexicana el Edifico Gaona, en cuya fachada de estilo neocolonial a base de mampostería y tezontle encontramos la efigie de Cortés ataviado con armadura. El inmueble fue promovido por el torero Rodolfo Gaona que le da nombre, siendo su arquitecto Antonio Torres Torija. En su fachada están colocados una serie de azulejos poblanos a los que se asoman Lope de Vega y Cervantes y una serie de virreyes de la Nueva España. Se cuenta que el torero perdió el inmueble en una partida de cartas, lo que liga en este punto al matador con Cortés, tan aficionado al naipe. De nuevo en España, y también con los azulejos como soporte, podemos citar la Plaza de san Francisco de Badajoz. En 1999 se hicieron réplicas de los azulejos colocados en 1928 que decoran los bancos. Cortés figura en ellos en la batalla de Otumba y en la escena titulada «Entrada de Cortés en

Méjico», en la cual se ve al conquistador a caballo sobre el fondo marítimo en el que arde su flota.

Ya hemos comentado la incorporación de la figura de Cortés en la música rock a través de Neil Young. En otro medio de tan gran difusión como es el cómic también podremos encontrar al conquistador. Tan sólo citaremos un ejemplo: la obra *Cortez and the fall aztecs*. Con dibujos de Mitch Waxman y guión de Brent Truax, el álbum editado por Caliber en 1993 presenta en su portada a un desencajado Cortés que sostiene una cruz sobre el fondo de un Tenochtitlán incendiado. En su interior hallaremos la inevitable imagen de las naves ardiendo en Veracruz.

Comenzado el siglo XXI se anuncian varios proyectos cinematográficos, algunos de gran escala, que pondrán el acento en determinados perfiles del conquistador. Gracias a este soporte, un número muy amplio de espectadores se verán expuestos a la idea que de Cortés se transmita en tales trabajos.

Parte III
MITOS CORTESIANOS

Existen una serie de mitos que tienen en la figura de Cortés el punto sobre el cual gravitan, alimentándose de su biografía, tomándolo como modelo de español imperial o arrojando sobre él arquetipos varios. En adelante analizaremos algunos de ellos.

Capítulo 9
EL MITO DE LA QUEMA DE LAS NAVES

El mito de la quema de las naves es probablemente el más arraigado en relación con la biografía de Cortés. La expresión «quemar las naves» ha prendido en el habla común para referirse a aquellas decisiones que no tienen marcha atrás. No obstante, la realidad de lo ocurrido con las naves que llevaron a Cortés y sus hombres a la América continental es muy otra, como veremos. Los hechos, la destrucción de la flota, tuvieron lugar en julio de 1519, y han sido interpretados como una acción heroica reveladora de un carácter decidido, mezcla de arrojo y ambición. Nos hallamos, en definitiva, ante un episodio mítico que, al margen de interpretaciones psicologistas, tiene una dimensión trascendental, pues la pérdida de tal recurso, las naves, obligaba a proseguir hacia adelante, cortando cualquier atisbo de retirada y obligando a avanzar por tierra en pos de la capital mexica.

La indagación a propósito de lo ocurrido con los barcos que llevaron a los españoles a Tierra Firme podemos iniciarla recurriendo a las *Cartas de relación* del propio Cortés. En la segunda, fechada en Segura de la Frontera el 30 de octubre de 1520, relata lo ocurrido con la armada, acción que se insertaba en una estrategia pensada para neutralizar el posible alzamiento de los partidarios de Velázquez. En la narración se habla explícitamente de «echar a la costa» los navíos:

Y porque, como ya creo, en la primera relación escribí a vuestra majestad que algunos de los que en mi compañía pasaron, que eran criados y amigos de Diego Velá-

zquez, les había pesado de lo que yo en servicio de vuestra alteza hacía, y aun algunos de ellos se me quisieron alzar e írseme de la tierra, en especial cuatro españoles que se decían Juan Escudero y Diego Cermeño, piloto, y Gonzalo de Ungría, así mismo piloto, y Alonso Peñate, los cuales, según lo que confesaron espontáneamente, tenían determinado de tomar un bergantín que estaba en el puerto, con cierto pan y tocinos, y matar al maestre de él, e irse a la isla Fernandina a hacer saber a Diego Velázquez cómo yo enviaba la nao que a vuestra alteza envié y lo que en ella iba y el camino que la dicha nao había de llevar, para que el dicho Diego Velázquez pusiese navíos en guarda para que la tomasen, como después que lo supo lo puso por obra, que según he sido informado envió tras la dicha nao una carabela. Y así mismo confesaron que otras personas tenían la misma voluntad de avisar al dicho Diego Velázquez; y vistas las confesiones de estos delincuentes los castigué conforme a justicia y a lo que según el tiempo me pareció que había necesidad y al servicio de vuestra alteza cumplía.

Y porque demás de los que por ser criados y amigos de Diego Velázquez tenían voluntad de se salir de la tierra, había otros que por verla tan grande y de tanta gente y tal, y ver los pocos españoles que éramos, estaban del mismo propósito, creyendo que si allí los navíos dejase, se me alzarían con ellos, y yéndose todos los que de esta voluntad estaban, yo quedaría casi solo, por donde se estorbara el gran servicio que a Dios y a vuestra alteza en esa tierra se ha hecho, tu manera como, so color que los dichos navíos no estaban para navegar, los eché a la costa por donde todos perdieron la esperanza de salir de la tierra. Y yo hice mi camino más seguro y sin sospechas que vueltas las espaldas no había de faltarme la gente que yo en la villa había de dejar.

Ocho o diez días después de haber dado con los navíos a la costa y siendo ya salido de la Vera Cruz hasta la ciudad de Cempoal, que está a cuatro leguas de ella, para de allí seguir mi camino, me hicieron saber de la dicha villa cómo por la costa de ella andaban cuatro navíos, y que el capitán que yo allí dejaba había salido de ellos con una barca, y les había dicho que eran de Francisco de Garay, Teniente y Gobernador en la isla de Jamaica, y que venían a descubrir; y que el dicho capitán les había dicho cómo yo en nombre de vuestra alteza tenía poblada esta tierra y hecha una villa allí, a una legua de donde los dichos navíos andaban, y que allí podían ir con ellos y me harían saber de su venida, y si alguna necesidad trajesen se podrían reparar de ella, y que el dicho capitán los guiaría con la barca al puerto, el cual les señaló donde era. Y que a eso les había respondido que ya habían visto el puerto, porque pasaron por frente de él, y que así lo harían como él me lo decía; y que se había vuelto con la dicha barca; y los navíos no le habían seguido ni venido al puerto y que todavía andaban por la costa y que no sabía qué era su propósito pues no habían venido al dicho puerto.

Los hechos narrados por Cortés requieren de cierto análisis, sobre todo si los comparamos con las manifestaciones hechas por Francisco de Montejo en La Coruña en abril de 1520.

Montejo dijo que «todos se echaron al través ecepto los tres, que uno es en el que vinieron los dichos procuradores y los otros dos se quedaron aderezados y algunos dellos se hundieron antes». Dicha declaración aclara que la destrucción de las naves, nunca provocada por el fuego, se hizo en dos fases. La claridad de la documentación no impidió, empero, que andando el tiempo los hechos fueran distorsionados. A la vista de lo declarado por Montejo, todo parece indicar que los navíos a los que se refiere Cortés en esta segunda *Relación* son los que permanecían a flote tras el previo hundimiento de los restantes, algunos de los cuales estaban ya deteriorados. Antes de proseguir con el análisis de lo que llevó a la flota a su destrucción hemos de destacar que muchos de los marineros destinados al manejo de las naves se incorporaron a la tropa de Cortés, aumentando su número. Algunos de ellos ya habían participado en la expedición de Grijalva, por lo que cabe pensar que se trataba de hombres que podrían intuir las riquezas que podrían alcanzar, muy superiores al sueldo con el que fueron contratados en Cuba.

Tras la consulta de las *Cartas de relación* cortesianas, el siguiente paso debe conducirnos al detallado relato de Francisco López de Gómara. El clérigo, que habla de «quebrar los navíos» y de barrenarlos, compara la acción de Cortés con la de Barbarroja:

> Y para que le siguiesen todos aunque no quisiesen, acordó quebrar los navios; cosa recia y peligrosa y de gran pérdida; á cuya causa tuvo bien que pensar, y no porque le doliesen los navios, sino porque no se lo estorbasen los compañeros; ca sin duda se lo estorbaran, y aun se amotinaran de veras si lo entendieran. Determinado, pues, de quebrarlos, negoció con algunos maestres que secretamente barrenasen en sus navios de suerte que se hundiesen sin los poder agotar ni atapar; y rogó á otros pilotos que echasen fama cómo los navios no estaban para más navegar, de cascados y roídos de broma, y que llegasen todos á él, estando con muchos, á se lo decir así, como que le daban cuenta dello, para que después no les echase la culpa. Ellos lo hicieron así como él lo ordenó, y le dijeron delante de todos cómo los navios no podían más navegar por hacer mucha agua y estar muy abromados; por eso, que viese lo que mandaba. Todos lo creyeron, por haber es-

tado allí más de tres meses, tiempo para estar comidos de la broma. Y después de haber platicado mucho en ello, mandó Cortés que aprovechasen dellos lo que más pudiesen y los dejasen hundir ó dar al través, haciendo sentimiento de tanta pérdida y falta. Y así, dieron luego al través en la costa con los mejores cinco navios, sacando primero los tiros, armas, vituallas, velas, sogas, áncoras y todas las otras jarcias que pudieran aprovechar. Dende á poco quebraron otros cuatro; pero ya entonces se hizo con alguna dificultad, porque la gente entendió el propósito de Cortés, y decían que los quería meter en el matadero. El los aplacó diciendo que los que no quisiesen seguir la guerra en tan rica tierra ni su compañía, se podían volver á Cuba en el navio que para eso quedaba; lo cual fué para saber cuántos y cuáles eran los cobardes y contrarios, y no les fiar ni confiarse dellos. Muchos le pidieron licencia descaradamente para tornarse á Cuba, mas eran marineros los medios y querían antes marinear que guerrear. Otros muchos hubo con el mesmo deseo, viendo la grandeza de la tierra y muchedumbre de la gente; pero tuvieron vergüenza de mostrar cobardía en público. Cortés, que supo esto, mandó quebrar aquel navio, y así quedaron todos sin esperanza de salir de allí por entonces, ensalzando mucho á Cortés por tal hecho; hazaña por cierto necesaria para el tiempo, y hecha con juicio de animoso capitán, pero de muy confiado y cual convenía para su propósito, aunque perdía mucho en los navios y quedaba sin la fuerza y servicio de mar. Pocos ejemplos destos hay, y aquéllos son de grandes hombres, como fue Omích Barbarroja, del brazo cortado, que pocos años antes desquebró siete galeotas y fustas por tomar á Bujía, según largamente yo lo escribo en las batallas de mar de nuestro tiempo.

La obra de Zapata, que se nutre de la de Gómara, habla del barrenado en dos fases y del aprovechamiento de algunos elementos de los barcos en su *Carlo famoso*. [169]

[…]Mando que recogiendo en el momento
Lo que podían, dexassen dar vazios
Al traves, ò hundirse los navios.

Y ansi allí los mejores seis sacadas
Armas, velas, y xarcias se anegaron,
Que como vidrio, ò como seis granadas,
En llegando à unas ocas se quebraron:
Y otras quatro naos luego barrenadas
Encima agua, y debaxo ellas entraron,
Ya con dificultad, porque la gente
Entendia el trato muy claramente.

Como en otros momentos de la historia contada por Gómara, Bernal Díaz del Castillo saldrá al paso de lo contado por el soriano. El de Medina del Campo se detuvo en este episodio en varias ocasiones, en ninguna de las cuales interviene el fuego para echar a pique los barcos. Hemos de tener en cuenta, una vez más, el momento de publicación de la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España* para calibrar la influencia que esta obra pudo tener en lo relativo a este y otros hechos. El relato de Bernal, más prolijo que los anteriores es, no obstante, coherente con lo narrado por Cortés y Gómara en lo relativo al hundimiento de las naves, añadiendo numerosos detalles de lo ocurrido en la costa.

Ya me habrán oído decir en el capítulo antes deste que Cortés había de ir a un pueblo que se dice Cingapacinga, y había de llevar consigo cuatrocientos soldados y catorce de a caballo, y ballesteros y escopeteros, y tenían puestos en la memoria para ir con nosotros a ciertos soldados de la parcialidad de Diego Velázquez. E yendo los cuadrilleros apercibillos que saliesen luego con sus armas y caballos, los que los tenían, respondieron soberbiamente que no querían ir a ninguna entrada, sino volverse a sus estancias y haciendas que dejaban en Cuba, que bastaba lo que habían perdido por sacallos Cortés de sus casas, y que les había prometido en el arenal que cualquiera persona que se quisiera ir que le daría licencia y navío y matalotaje, y a esta causa estaban siete soldados apercebidos para se volver a Cuba.

Y como Cortés lo supo, los envió a llamar, y preguntando por qué hacían aquella cosa tan fea, respondieron algo alterados y dijeron que se maravillaban querer poblar donde había tanta fama de millares de indios y grandes poblazones con tan pocos soldados como éramos, y que ellos estaban dolientes y hartos de andar de una parte a otra, y que se querían ir a Cuba a sus casas y haciendas, que les diese luego licencia, como se lo había prometido. Y Cortés les respondió mansamente que era verdad que se lo prometió, mas que no hacían lo que debían en dejar la bandera de su capitán desamparada, y luego les mandó que sin detenimiento ninguno se fueran a embarcar, y les señaló navío y les mandó dar cazabi y una botija de aceite y otras legumbres de bastimentos de lo que teníamos

[…] E ya que se querían hacer a la vela, fuimos todos los compañeros, alcaldes y regidores de nuestra Villa Rica, a requerir a Cortés que por vía ninguna no diese licencia a persona ninguna para salir de la tierra, porque así convenía al servicio de Dios Nuestro Señor y de Su Majestad, y que la persona que tal licencia pidiese, le tuviese por hombre que merecía pena de muerte, conforme a las leyes de lo militar, pues quieren dejar su capitán y bandera desamparada en la guerra e peligro, en especial habiendo tanta multitu de pueblos de indios guerreros, como ellos han dicho. Y

Cortés hizo como que les quería dar licencia, mas a la postre se la revocó, y se quedaron burlados y aun avergonzados. [170]

Dende a cuatro días que partieron nuestros procuradores para ir ante el Emperador nuestro señor, como dicho habemos, y los corazones de los hombres son de muchas calidades e pensamientos, paresce ser que unos amigos y criados del Diego Velázquez, que se decían Pedro Escudero e un Juan Cermeño e un Gonzalo de Umbría, piloto, e un Bernaldino de Coria, vecino que fue después de Chiapa, padre de un Hurtado Centeno, e in clérigo que se decía Juan Díaz y ciertos hombres de la mar que se decían Peñates, naturales de Gibraleón, estaban mal con Cortés. Los unos porque no les dio licencia para se volver a Cuba, cuando se la había prometido, y otros porque no les dio parte del oro que enviamos a Castilla; los Peñates, porque les azotó en Cozumel, comootra vez he dicho en el capítulo –- cuando hurtaron los tocinos a un Barrio. Acordaron todos de tomar un navío de poco porte eirse con él a Cuba, a dar mandado al Diego Velázquez […] E ya que se iban a embarcar, y era más de medianoche, el uno dellos, que era el Bernaldino de Coria, paresce ser se arrepintió de se volver a Cuba; lo fue a hacer saber a Cortés. Y como lo supo, e de qué manera e cuántos é por qué causas se querían ir, y quién fueron en los consejos y tramas para ello, les mandó luego sacar las velas e aguja y timón del navío, y los mandó echar presos. Y les tomó sus confisiones, y confesaron la verdad y condenaron a otros que estaban con nosotros, que se disimuló por el tiempo, que no permitía otra cosa. Y por sentencia que dio, mandó ahorcar a Pedro Escudero y a Juan Cermeño, y cortar los pies al –- y al pilotó Gonzalo de Umbría y azotar a los marineros Peñates, a cada docientos azotes; y al Padre Juan Díaz, si no fuera de misa también le castigaran, mas metiole harto temor.

Acuerdóme que cuando Cortés firmó aquella sentencia dijo con grandes sospiros y sentimientos: «¡Oh, quién no supiera escrebir, por no firmar muertes de hombres!». Y paréscemе que aqueste dicho es muy común entre jueces que sentencian algunas personas a muerte, que tomaron de aquel cruel Nerón en el tiempo que dio muestras de buen Emperador. [171]

Más adelante Bernal, al que seguirá Herrera, señala que son los propios compañeros de Cortés, entre los que él se contaba, los que le dan la idea de dar al través los barcos, propuesta que coincide con los planes que ya había trazado Cortés:

Estando en Cempoal, como tengo dicho, platicando con Cortés en las cosas de la guerra y camino que teníamos por delante, de plática en plática le aconsejamos los que éramos sus amigos, y otros hobo contrarios, que no dejase navío ninguno en el puerto, sino que luego diese al través con todos, y no quedasen embarazos, porque entretanto que estábamos en la tierra adentro, no se alzasen otras personas como los pasados. Y demás desto, que terníamos mucha ayuda de los maestres y pilotos y marineros, que serían al pie de cien personas, e que mejor nos ayudarían á velar y a guerrear que no estar en el puerto. Y según entendí, esta plática de dar con los navíos al

través, que allí le propusimos, el mismo Cortés lo tenía ya concertado, sino quiso que saliera de nosotros, porque si algo le demandasen que pagasen los navíos, que era por nuestro consejo, y todos fuésemos en los pagar.

Y luego mandó a un Juan de Escalante, que era alguacil mayor y persona de mucho valor, e gran amigo de Cortés y enemigo de Diego Velázquez, porque en la isla de Cuba no le dio buenos indios, que luego fuese a la villa, y que de todos los navíos se sacasen todas las anclas y cables y velas y lo que dentro tenían de que se pudiesen aprovechar, y que diese con todos ellos al través, que no quedasen más de los bateles; e que los pilotos y maestres viejos y marineros que no eran buenos para ir a la guerra que se quedasen en la villa, y con dos chinchorros que tuviesen cargo de pescar, que en aquel puerto siempre había pescado, y aunque no mucho. Y el Juan Escalante lo hizo según y la manera que le fue mandado, y luego se vino a Cempoal con una capitanía de hombres de mar, que fueron de los que sacó de los navíos, y salieron algunos de ellos muy buenos soldados.

[…] Aquí es donde dice el coronista Gómara que cuando mandó Cortés barrenar los navíos, que no lo osaba publicar a los soldados que quería ir a México en busca del gran Montezuma. No pasa como dice, pues ¿de qué condición somos los españoles para no ir adelante, y estarnos en partes que no tengamos provechos e guerras? [172]

En el siguiente capítulo se volverá a incidir sobre el asunto, sin dejar duda alguna, mas aprovechando la ocasión para volver a corregir a Gomara:

> Después de haber dado con los navíos al través a ojos vistas, y no como lo dice el coronista Gómara, una mañana, después de haber oído misa, estando que estábamos todos los capitanes y soldados juntos hablando con Cortés en cosas de lo militar, dijo que nos pedía por merced que le oyésemos, y propuso un razonamiento desta manera: que ya habíamos entendido la jornada que íbamos y que, mediante Nuestro Señor Jesucristo, habíamos de vencer todas las batallas y reencuentros; y que habíamos de estar prestos para ello como convenía. [173]

Por concluir con el relato de Bernal, hemos de subrayar el hecho de que una vez destruidos los navíos cuenta el de Medina del Campo que sus hombres compararon la acción con el paso del Rubicón de Julio César, paralelismo que da cuenta de hasta qué punto aquellos hombres tenían, probablemente a través de romances, conocimiento de la Antigüedad.

Años después, las propias declaraciones del juicio de residencia de Cortés, consolidan los hechos narrados y niegan el incendio de los barcos. Cuando ya en Tenochtitlán se reparte el oro,

Cortés, así lo narra Bernal, mandará que se aparte una cantidad coincidente con «la costa que había hecho Diego Velázquez en los navíos que dimos al través, pues todos fuimos en ello». [174]

La destrucción de la flota fue, lógicamente, comentada por otros cronistas. Andrés de Tapia da una versión parecida a la de Bernal en su *Relación de algunas cosas de las que acaecieron al muy Ilustre Señor don Fernando Cortés*…, obra publicada en el siglo XIX. La decisión, según narra, fue consultada por Cortés con su círculo más leal:

> Visto el marques que entre los suyos habie algunas personas que no le tenian buena voluntad, e que destos e otros que mostraban voluntad de se tornar a la isla de Cuba donde habiemos salido, habie cierto número, habló con algunos de los que iban por maestros de los navios, e a algunos rogó que diesen barrenos a los navios, e a otros que le viniesen a decir que los navios estaban mal acondicionados, e como lo hiciesen así dicíeles: «Pues no están para navegar, vengan a la costa, e rompeldos, porque se excuse el trabajo de sostenerlos». E así dieron al través con seis o siete navios…

Francisco de Aguilar en la ya citada *Relación breve de la conquista de la Nueva España* —«Tercera Jornada»—, describe el proceder de Cortés en relación con la inutilización de los barcos, plan secreto que Aguilar circunscribe, en contradicción con lo dicho por Bernal y Tapia, a Cortés y al maestre de un navío:

> … mandó llamar a un compadre suyo, maestre de un navío, muy su amigo, al cual rogó en secreto que aquella noche entrase en los navíos y les diese a todos barrenos, habiendo mandado salir la gente primero a tierra; y así el dicho maestre entró en los navíos sin que nadie lo viese ni pensase lo que había de hacer y los barrenó, y otro día de mañana amanecieron todos los navíos anegados y dados al través salvo una carabela que quedó.

Aguilar también describe la reacción de la hueste de Cortés:

> Visto por los españoles se espantaron y admiraron y, en fin, hicieron de las tripas corazón, y disimularon el negocio…

Repasados estos testimonios, hemos de reparar en la existencia de precedentes más o menos inmediatos, además de los ya clásicos, de actuaciones similares. De la decisión de dar al traste con los barcos existían precedentes muy cercanos en el tiempo.

Acaso el primero de ellos ocurriera en 1508, al llegar Diego de Nicuesa (¿?-1511) a Veragua, expedición en la que a punto estuvo de participar Cortés, impedido de hacerlo por enfermedad. A estos hechos se refiere el propio Gómara en una narración que le quitaría a Cortés la exclusiva de la metodología barrenadora:

> Sacaron luego a tierra caballos, tiros, armas, vino, bizcocho y todos los pertrechos de guerra y belezos que llevaban, y quebraron los navíos en la costa, para desafiuzar los hombres de partida, y eligen por su capitán y gobernador a Lope de Olano hasta que viniese Nicuesa. [175]

Años después, en 1515, Gonzalo de Badajoz quemó sus naves en el puerto de Nombre de Dios para evitar que sus hombres huyeran. También durante la desgraciada expedición encabezada por Hernández de Córdoba en 1517 se produce la quema de una de las naves en la costa. Tal incendio no se hizo para cerrar la posibilidad de retirada, como comúnmente se interpreta lo hecho por Cortés, sino, muy al contrario, para aprovechar lo que se pudiera salvar de ese barco en el apresurado regreso a Cuba tras sufrir las hostilidades indígenas en Catoche y Potonchán. [176]

Ausente de las crónicas de los presentes en Veracruz, la imagen de las naves de Cortés ardiendo en la costa comenzará a confeccionarse a finales del siglo XVI con materiales clásicos. El arranque de la leyenda podemos buscarlo en Francisco Cervantes de Salazar (¿1514?-1575), quien pese a conocer a Cortés y leer a Gómara, introduce la quema de los barcos en su *Diálogo de la dignidad humana* (Alcalá de Henares 1546) [177], que comienza con una «Epistola al muy illustre señor don Hernando Cortes Marques del valle descubridor y conquistador de la nueva España». En ella dice —empleamos la grafía moderna—:

> Han sido causa los esclarecidos hechos que por nuestros ojos hemos visto que creamos los que de otros teníamos por fabuloso, por ser grandes, pues estos parecen increíbles; donde demás del maravilloso esfuerzo con que vuestra señoría des-

embarcó para la entrada, quemando luego los navíos, en testimonio de su mucho valor, para quitar toda ocasión de arrepentimiento o de esperanza de volver…

Sorprende que el mismo Cervantes de Salazar que en su *Crónica de la Nueva España* (1546), inédita hasta 1914, en la cual figura el capítulo XXII como «Del hazañoso hecho de Cortés cuando dio con los navíos al través», en el que dice: «determinó de dar con los navíos al través cosa cierto espantosa», incluya la quema de los barcos en la carta, licencia que hemos de entender como orientada a exaltar el valor de Cortés, aunque para ello haya de deformar los hechos. Tergiversación que no es única, pues a ella hemos de acompañar su afirmación de que Cortés tomó parte en la guerra contra Anacaona, conflicto que tuvo lugar antes de la llegada del extremeño a América y que sólo es explicable por el propósito del autor de presentar a un Cortés en extremo audaz y belicoso.

La epístola ve la luz antes de la muerte del propio Cortés, pero la cuestión del incendio de las naves no quedará ahí. Cervantes de Salazar, rector de la Real y Pontificia Universidad de México, dirige una carta a Luis de Velasco, Virrey de Nueva España, incluida en una obra que aporta interesantes datos en relación al levantamiento de un túmulo a la memoria del fallecido Emperador Carlos, en el cual habremos de detenernos.

Muerto el Emperador el 21 de septiembre de 1558, la ciudad de México decidió levantar un túmulo funerario. El primer lugar en que se pensó para ubicarlo fue la Catedral, sin embargo, dado que sus naves tenían una altura insuficiente para albergar el conjunto funerario, se decidió erigirlo en el patio del monasterio de San Francisco. La obra fue encargada al arquitecto alavés Claudio de Arciniega (c. 1527-1593), autor de la traza de la Catedral de México, quien presentó un modelo antes de comenzar a construirlo, en lo cual se invirtieron tres meses. El monumento, terminado en 1559, tenía planta en forma de cruz

griega y estaba estructurado en dos cuerpos, con cuatro capillas enmarcadas en columnas dóricas y la tumba en el centro del conjunto. Es en algunas partes formales del mismo donde aparecerá el conquistador:

En el otro cuadro estaba el Emperador y don Hernando Cortes delante del armado con la espada desnuda en la mano, y a par del muchos indios, dava a entender esta figura haver Hernando Cortes en ventura del Cesar, y con su favor conquistado el nuevo mundo, y llamado al sancto evangelio innumerables gentes dezia la letra.

Quid Cortesius ille potens, quid Martia virtus
Prodesent armis Caesarea sine ope?
Carolus ille suis perfregit pectora fatis,
Nostraque; deiecit numina vana Deum.

Una nueva alusión a Cortés aparecerá en el túmulo:

Al otro lado hazia la capilla mayor estaba la ciudad de Mexico sobre una laguna con muchos ydolos quemados y quebrados arrojados del tempo y al otro lado muchos indios hincados de rodillas, adorando una Cruz rodeada de rayos de Sol, dando gracias a Dios, porque enel tiempo de Cesar, y con industria de Hernando Cortes fueron alumbrados dela ceguera en que estaban, dezia la letra.

Nomine regali mundum Cortesius amplat,
Vincens indomitos, viuit in orbe fides.
Si rex non humeris Indos portaret opimis
Insignes patria, dic quid uterque; foret?

Otro cuadro continuaba representando a Cortés. En concreto aludiendo a la quema de navíos:

En el quadro que cae hazia la capilla desant Joseph, enel mesmo pedestal estaba don Hernando Cortes a caballo conla bandera real en las manos con otros algunos, y los demás a pie marchando la tierra adentro. Los navios en que passo quemados, y echados al través. Dava a entender esta figura, como don Hernando Cortes acometiendo enlos dichosos días de Cesar el mas grande hecho que capitán enel mundo emprendio por principio maravillosos en tierra tan larga, tan poblada de gente no conoscida, dio conlos Navios al través, poniendo animo a los suyos, con quitarles la esperança de la vuelta. Dezia la letra hablando Cortes.

Duce Caesare, refugium in fortitudine.

Y aún una más, relacionada con la labor evangélica de Cortés:

A la vuelta del mesmo pedestal, en su quadro que cae ala parte de afuera, estaba don Hernando cortes armado enlo alto del templo del demonio mayor que llamavan Uchilobos, derrocándole de su lugar y haziendole pedaços. Avia por las gradas cuerpos de yndios sacrificados. Significava esta figura, como tengo dicho mas largamente enla general historia destas partes, el animo invencible con que Cortes, mirándole todo el poder de Monteçuma, sin tener miedo alguno, confiado del favor divino, dava por tierra conel príncipe delas tinieblas, y por esto dezia la letra.

Princeps mundi huius eiicietur foras.

La presencia de Cortés en el póstumo homenaje al Emperador no termina ahí, pues de nuevo aparece su nombre en un soneto fijado a una de las columnas:

En poco estima ya Cortes vencer
En nombre del gran Carlos gente humana,
Con una fortaleza soberana
Dize que conlos Dioses lo a de aver:
O cosa rara y dura de creer
Ver que a pesar de un mundo va destroçando
Sus Dioses y muy claro les mostrando
Que en solo un solo Dios es el poder.

El cronista Juan Martínez dará continuidad a la imagen de las naves ardiendo en la *Relación* publicada en 1564. No obstante, la fidelidad a las narraciones de quienes estuvieron presentes en las costas de Veracruz siguió nutriendo obras como la que describe Diego Muñoz Camargo, quien en su *Descripción de la provincia y ciudad de Tlaxcala de la Nueva España e Indias*, confeccionada entre 1581 y 1585, dice que en las Casas Reales de Tlaxcala aparece la escena de los barcos de este modo:

… luego entrando, pintada la entrada y primera venida de Hernando Cortés y de sus españoles, y de cómo dio al través con los navíos, y los hizo barrenar y dar fuego.,

El novohispano Juan Suárez de Peralta, sobrino de Hernán Cortés por ser hijo de un hermano de Catalina Suárez [178], Juan

Suárez Marcaida, en su *Tratado del descubrimiento de las Yndias y su conquista*, contribuye a asentar la leyenda en 1589 al afirmar que Cortés dio la orden de quemar las naves. La escena arraigará con el tiempo.

Al rescate de la obra de Suárez de Peralta contribuyó decisivamente Justo Zaragoza (1833-1896), quien en 1878 exhumó el *Tratado* para editarlo. A Zaragoza alude el propio Carlos Pereyra en su *Hernán Cortés y la epopeya del Anáhuac* (1906), reproduciendo un fragmento de una obra que había sido rebautizada por don Justo como *Noticias históricas de la Nueva España*. Pereyra incorpora las líneas del libro de Peralta en las que la pluma del criollo desciende a minuciosos detalles. Nótese la precisión de que en ese momento «soplaba un airezito», al tiempo que hace partícipes de la decisión a los compañeros de Cortés:

> Tuvo nueva que estaba cerca de allí un poblezuelo de indios, y con aquello estaba con más cuidado, porque le tenía, y los soldados con miedo, á causa del venir mareados y muchos enfermos; y visto que el remedio para asegurarse era dezilles por momentos que tenían presente grande ocasión para ser hombres y enriquecer, acordó que se quemasen los navíos, y ya quemados, de fuerza habían de entrar la tierra adentro y pelear hasta morir ó aprovechar la jornada. Pareciéndole que se pusiese en execución lo pensado, determinó de tratallo con dos amigos suyos, sin que naide lo entendiese, y que se pusiese fuego á los navíos y se quemasen: y como lo trató con los amigos, acordaron que se hiciese y dieron su traza. Si Hernando tuviera mando, que no le tenía porque no venía por más de caudillo, él los mandara quemar luego como llegó, mas no osó hasta dar dello parte á quien le ayudase, como la dio, y fue que estando questuviesen todos muy descuidados, fuesen y pegasen fuego a los navíos, y sólo dejasen en que enviar aviso á Santiago de Cuba. Así lo hicieron, y cuando no se cataron vieron arder los navíos y procuraron socorrellos y no pudieron, porque algunos holgaron dello, y el tiempo no les daba lugar, porque soplaba un airezito que los ayudó a quemar muy presto. Visto el fuego y quemados sus navíos, dieron en hacer pesquisa de quién lo había hecho para castigalle, y Hernando Cortés andaba muy solícito en la averiguación, y no pudiéndose descubrir el que lo hizo, acordaron de encomendarse á Dios y de tomar las armas y entrar la tierra adentro. [179]

El propio Pereyra, en el juicio y análisis que de las acciones de Cortés hace tras la Noche Triste, habla de cuando «quemó

los navíos». [180]

Si destruir la flota en las costas americanas era un hecho ya realizado antes de la llegada de la armada de Cortés, también hay antecedentes españoles peninsulares en lo relativo a quema de naves. Por ejemplo, así procedió Pero Niño (1378-1453) en las hazañas relatadas por Gutierre Díez de Games en *El Victorial* (h. 1436). En tal obra también se habla de la decisión de Bruto de quemar sus naves secretamente, siendo este, al parecer de algunos analistas, el precedente clásico en el que se apoyaron quienes atribuyeron un mismo comportamiento a Cortés, si bien el más señalado es el de Agatocles de Siracusa.

Gonzalo de Illescas (1521-1574) introduce un epígrafe titulado «Notable hazaña de Cortés, quemar los nauios», en su *Segunda parte de la historia pontifical y católica* (1562), mas luego tan sólo habla de quebrarlos, describiendo bien el ardid que puso en marcha con sus marineros. También Acosta, en su *Historia natural y moral de las Indias* (1590), alude a la quema de los navíos.

Bernardo Vargas Machuca (1557-1622) en su *Milicia indiana* (1599) se atiene a las versiones del barrenado al hablar de «Cuánto importa tener fortaleza en el trabajo y calamidades», al referirse a la «Fortaleza de Hernando Cortés»:

> También lo mostró Hernando Cortés, marqués del Valle, barrenando los navíos y echándolos al fondo, poniendo sola la esperanza en la victoria, como varón fuerte, que bien sabemos que para tan gran número de gentes no llevaba fuerzas, y si sólo tuviera la fortaleza exterior, faltándole la interior, se volviera y perdiera un imperio tan grande y tan rico que con fuerza de ánimo ganó, como se verá en su historia. [181]

Cerrando el siglo XVI, Saavedra y Guzmán en el poema *El Peregrino Indiano* emplea el verbo barrenar, que no quemar, en relación con las naves.

Crió Cortés allí luego una villa
Antes que los navíos barrenase. [182]

Insistiendo más adelante en el asunto:

Viendo el bravo extremeño valeroso
De fortuna el difícil paso abierto
Ordenó el hecho astuto y cauteloso
Que se creyó de algunos desconcierto.

Y con semblante nada sospechoso
Mandó a los que estaban en el puerto
Que los navíos luego barrenasen
Y que su capitana reservasen. [183]

Saavedra incluso da la palabra a Cortés para que explique a su tropa la razón de tan drástica medida:

He venido a atender, amigos caros,
Que habéis creído seros poco humano
En querer a la muerte condenaros
Sin dejar quien os pueda dar la mano
Yo quiero de esta culpa aseguraros
Al que me juzgue en esto por tirano
Y así que mandé que barrenasen
Las naos y una sola reservasen.

Como se puede advertir, pese a la filiación gomariana del poema, la estructura del mismo y la necesidad de la rima, obligarán al autor a modificar, al menos en las formas, los hechos narrados en la *Historia General de las Indias*.

Dadas las circunstancias, en los inicios del siglo XVII, no es extraño que el novohispano Dorantes Carranza, en su *Sumaria relación…* (1604), realizara un prudente ejercicio de eclecticismo y hablara de un valeroso Cortés capaz de tomar la decisión de «barrenar y quemar los navíos» para, más adelante, limitar la acción al barrenado.

En la península, el conquistador también aparecerá en la segunda parte del *Quijote* (1615), en la cual se mantiene la ortodoxia del procedimiento descrito por los protagonistas de lo ocurrido en Veracruz:

¿Quién barrenó los navíos y dejó en seco y aislados los valerosos españoles guiados por el cortesísimo Cortés en el Nuevo Mundo?

Por su parte, Antonio de Herrera (1549-1626), Cronista Mayor de Castilla, reprodujo literalmente el testimonio de Cortés en su *Descripción de las Indias Occidentales* (1601), al escribir que los «*echo al través por quitar la esperanza* a los amigos de Velázquez de volverse a Cuba, añadiendo que se utilizó la jarcia para los bergantines que después se construyeron para la toma de Tenochtitlán.

La dramaturgia prestó gran atención a este episodio. En 1655, Fernando de Zárate en su comedia *La conquista de México* (1655), hace a Cortés dar la siguiente orden: «parte al mar, y da barreno a las naves».

Al final de esa centuria, Antonio de Solís recurre de nuevo a modelos clásicos en su influyente *Historia de la conquista de Méjico* para describir la audaz acción de Cortés. En ella se dice que barrenó las naves, no que las quemó, lo cual no obsta para que sea comparado con Agatocles, quien sí incendió los barcos. Solís describe minuciosamente toda la acción desarrollada en Veracruz en un capítulo —el que hace el número XIII— de elocuente título: «Vuelve el ejército a la Vera-Cruz; despáchanse comisarios al rey con noticia de lo que se había obrado; sosiégase otra sedición con el castigo de algunos delincuentes, y Hernán Cortés ejecuta la resolución de dar al través con la armada»:

[…] llegaba ya el caso de pasar adelante con su ejército, y era muy probable la necesidad de medir sus fuerzas con las de Motezuma; obra desigual para intentada con gente desunida y sospechosa. Discurría en mantenerse algunos días entre aquellos caciques amigos, en divertir su ejército a menores empresas, en hacer nuevas poblaciones que se diesen la mano con la Vera-Cruz; pero en todo hallaba inconvenientes: y de esta misma turbación de espíritu nació una de las acciones en que más se reconoce la grandeza de su ánimo. Resolvióse a deshacer la armada y romper todos los bajeles, para acabar de asegurarse de sus soldados, y quedarse con ellos a morir o vencer; en cuyo dictamen hallaba también la conveniencia de aumentar el ejército con más de cien hombres que se ocupaban en el ejercicio de pilotos y marineros. Comunicó esta resolución a sus confidentes; y por su medio se dispuso, con algunas dádivas y con el

secreto conveniente, que los mismos marineros publicasen a una voz que las naves se iban a pique sin remedio con el descalabro que habían padecido en la demora y mala calidad de aquel puerto: sobre cuya deposición cayó como providencia necesaria la orden que les dio Cortés, para que sacando a tierra el velamen, jarcias y tablazón que podía ser de servicio, diesen al través con los buques mayores, reservando solamente los esquifes para el uso de la pesca; resolución dignamente ponderada por una de las mayores de esta conquista; y no sabemos si de su género se hallará mayor alguna en todo el campo de las historias.

De Agatocles refiere Justino, que desembarcando con su ejército en las costas de África incendió los bajeles en que le condujo, para quitar a sus soldados el auxilio de la fuga.

Con igual osadía ilustra Polieno la memoria de Timarco, capitán de los etolos. Y Quinto Fabio Máximo nos dejó entre sus advertencias militares otro incendio semejante, si creemos a la narración de Frontino más que al silencio de Plutarco. Pero no se disminuye alguna de estas hazañas en el ejemplo de las otras, y si consideramos a Hernán Cortés con menos gente que todos, en tierra más distante y menos conocida, sin esperanza de humano socorro, entre unos bárbaros de costumbres tan feroces, y en la oposición de un tirano tan soberbio y tan poderoso, hallaremos que fue mayor su empeño y más heroica su resolución; o concediendo a estos grandes capitanes la gloria de ser imitados porque fueron primero, dejaremos a Cortés la de haber hallado sobre sus mismas huellas el camino de excederlos. [184]

El atractivo de establecer un paralelismo entre la referencia clásica de Agatocles y Hernán Cortés se mantuvo. Prueba de ello es el poema épico *El segundo Agatocles, Hernán Cortés en la Nueva España*, obra del sacerdote canario José Viera y Clavijo (1731-1813). La composición fue fruto de su participación en el certamen poético propuesto en 1777 por la Real Academia de la Lengua, finalmente ganado por José María Vaca de Guzmán. El objetivo era, textualmente, conmemorar «la valerosa resolución que tomó Hernán Cortés de echar a pique todas las naves en que él y su gente habían llegado a las costas de la Nueva España». Compuesto durante su estancia en París, el *Agatocles* es un poema compuesto por 86 octavas reales que presenta a un Cortés heroico y civilizatorio que no retrocede ante la amenaza imperial mexicana representada por los embajadores de Moctezuma:

Cubría el humo todavía el puerto

cuando vuelto Cortés al real cacique,
que estaba del espanto casi muerto,
le dijo así: «¿Queréis que más me explique?
contad a Moctezuma como es cierto
que he echado mis bajeles aquí a pique,
que no puedo salir ya de esta tierra,
y que me espere allí, en paz o en guerra.

Destacaremos también la octava final en la que incorpora la figura del ave fénix para establecer una efectista relación entre las naves, que incendiadas se dirigen al fondo marino, con los bergantines que navegaron en la laguna mexicana durante la toma final de Tenochtitlán:

Y ese Cortés que abrasa sus bajeles
Agatocles mejor de esta Cartago,
para que Fénix de cenizas crueles
renazcan bergantines sobre el lago
sepa que de sus triunfos y laureles
será el noble trofeo, el mayor pago,
que en el Pindo español esta se estime
por su acción más gloriosa y más sublime.

Como se puede advertir desde el mismo arranque de este mito incendiario, existe un constante paralelismo entre los héroes españoles y los clásicos griegos y romanos, personajes que eran familiares para los españoles de la época a través, fundamentalmente, de romances populares que añadieron una nueva pátina mítica a estos personajes. Por acarrear otra prueba de la familiaridad existente con algunos aspectos del mundo clásico, hemos de referirnos al efectista empleo que Cortés hizo de los caballos apenas los bajó de los buques. El conquistador hizo situar al rijoso caballo de Ortiz *el músico* cerca de la yegua de Sedeño, que acababa de parir en uno de los barcos. El caballo comenzó a relinchar y patear, asustando a los indios. Este recurso, el del relincho de los caballos, se ha relacionado con una emulación de

lo hecho por el persa Darío. Cortés habría tomado tal modelo del *Epítome* de Justino. [185]

Si Viera y Clavijo acudió a Agatocles en su poema, Vaca de Guzmán no insertará tal referencia en el título de su obra *Las naves de Cortés destruidas*. En su portada se nos informa de que es un «Canto premiado por la Real Academia Española en junta celebrada el 13 de agosto de 1778», y que su autor «D. Joseph María Vaca de Guzman, doctor en Derecho, del Gremio y Claustro de la Universidad de Alcalá y Rector actual perpetuo del Colegio de Santiago de los Caballeros Manriques de dicha Ciudad.»

El aristocrático Vaca de Guzmán, que a los cargos citados unió los de magistrado de la audiencia de Granada, consejero de Carlos III y Ministro del Crimen en la Audiencia de Cataluña, obtuvo el premio de la Academia al vencer, entre otros, a Nicolás Fernández de Moratín (1737-1780). Este había concurrido al certamen literario convocado por la Academia en 1777 con una obra homónima que quedó inédita y se publicó póstuma en 1785, provocando la reacción de Vaca de Guzmán, quien publica sus *Advertencias sobre las naves de Cortés destruidas* (1787). [186] Al margen de la polémica, el poema fue traducido al francés por el abogado del parlamento de París M. Mollien, y recibió el elogio del *Diario de París* el 4 de enero de 1779, tal y como él mismo indica y reproduce en sus *Advertencias*.

La obra arranca con un paseo del autor por el Manzanares durante el cual escucha la voz de una «Matrona», personificación de América, adornada por un penacho de plumas pisando «un globo con sandalias de oro». Tras un espeso silencio, la voz dirá, respecto de Cortés:

No vencedor del Águila brillante,
Que al Tlaxcalteca á guerras estimula,
O con imperio, que el traydor espante,

Abrasando las torres de Cholula,
O aprisionando al Rey mas arrogante,
Que de mi clima septentrion adula,
O rompiendo á Narváez, ó la ira loca
Castigando al fiero Qualpopoca. [187]

El canto prosigue desgranando los episodios más conocidos de la conquista, hasta trazar este retrato del extremeño:

Si quieres ver el ánimo valiente,
Que tanta gloria á tu Nacion ha dado,
Prevenido en los riesgos, y prudente,
Resuelto en las empresas, y arrestado,
Un general de la Española gente,
Cuyo valor el mundo ha respetado,
En el grande Cortés lo verás todo,
En el grande Cortés, mas de este modo. [188]

Vaca de Guzmán hace, por boca de *América*, de Cortés un «nuevo Cid», un «Español Aquiles». Señala *América* que Cortés hizo suyo el lema de Constantino antes de decir de los españoles:

> Hijos del Sol determiné adorarlos. [189]

Centrando la acción en la Villa Rica de Veracruz, se extiende en la dilatada arenga de Cortés en la que se proyecta, con gran precisión que a veces se extiende con nota al margen, el desarrollo de la conquista. Finalmente se alude al título, se habla de la «destrucción gloriosa de las naves» [190], no de su quema.

Nicolás Fernández de Moratín en su composición concursal *Las naves destruidas* para la Academia afirma:

Al fondo van así los corpulentos
Bajeles; pero ciegos los soldados,
Los estragos del agua juzgan lentos,
Tal los tiene el caudillo ya inflamados.
Impacientes, furiosos y violentos,
De alquitrán mil hachones y embreados
Fuegos arrojan, prenden al instante

Los restos de la flota naufragante.
Arde la pez y estopa resinosa,
Y el betún y fortísimos tablones;
De Vulcano la cólera furiosa
Desune el calafate y trabazones,
Extiéndese la llama sonorosa,
Y á formar condensados nubarrones
Con vapor negro asciende hasta lo sumo
En confusas pirámides el humo.

Alejado de la competición dramática, José Cadalso, en sus *Cartas marruecas*, sí incorpora la quema de la armada en la cerrada defensa que hace de Cortés. En su Carta IX señala, dentro de la serie de puntos que la constituyen:

> 11.º Deja a la posteridad un ejemplo de valentía, nunca imitado después, y fue quemar y destruir la armada en que había hecho el viaje, para imposibilitar el regreso y poner a los suyos en la formal precisión de vencer o morir: frase que muchos han dicho, y cosa que han hecho pocos.

La ya comentada *Vida de Hernán Cortés, hecha pedazos en quintillas joco-serias*, habla de echar las naves a pique:

con resolucion gallarda
echó las naves á pique. [191]

El siglo XIX vino en gran medida marcado por la obra de Prescott, que habla de la destrucción de la flota en dos fases, y del peligro a que se expuso Cortés con tan drástica decisión debido al descontento de la facción velazquista:

> Ordenó que les quitasen á cinco de las naves peor acondicionadas, las jarcias, el velamen, el fierro y todo cuanto fuese movible, y que en seguida se las echase á pique. Se registró á las demás, y habiendo encontrado cuatro de ellas en el mismo estado, se las condenó á la misma suerte. ¡Una sola nave quedaba! [192]

Comenta Prescott que

> La destrucción de las naves es acaso el incidente mas notable de la vida de este hombre extraordinario. Pocos son en verdad los ejemplos de este género que nos ofrece la historia; y en ninguno eran mas precarias las esperanzas del triunfo, ni mas desastrosas las resultas de una derrota. Si se hubiera malogrado aquella acción, se la habría llamado un rasgo de locura, y sin embargo era hija de un cálculo profundo. Su caudal, su fortuna, su vida misma, todo lo habia arriesgado y era

preciso afianzarlo: no cabía alternativa entre morir ó perecer; y la medida tomada aumentaba mucho las probabilidades del triunfo; pero llevarla al cabo al frente de una soldadesca desatada y desesperada, fué un acto de resolución de que pocos ejemplos ofrece la historia.

Una nota al pie añade un paralelismo entre lo hecho por Cortés y el mundo clásico, acudiendo en esta ocasión a Gibbon:

Acaso el mas lastimoso de estos ejemplos es el de Julián, quien en la malhadada expedición á Asiría, quemó la Ilota en que habia pisado el Tigris. Este pasaje lo refiere Gibbon, quien demuestra satisfactoriamente que la flota habría sido de mas daño que provecho en el curso de las ulteriores operaciones. Historia de la decadencia y caida del imperio romano, vol. IV, pág. 117, de la excelente edición de Milán.

En resumidas cuentas, y en consonancia con la visión que Prescott tuvo de Cortés, atribuye a este la autoría de la decisión, contra las palabras de Bernal según las cuales esta fue tomada por un grupo en el que él mismo figuraba.

En México, la imagen de la flota ardiendo también reaparecería. Diez años después, en 1853, el ya citado poema épico del mexicano José María Rodríguez y Cos *El Anáhuac*, hace hablar a Cortés de la quema de las naves, en flagrante contradicción con las cartas que envió a Carlos V:

"La fé y la Gloria me gritaron: Héroe
"Serás si al fuego entregas tus navíos
"Y lo sabes, monarca, por mi mano
"Quedaron en cenizas convertidos. [193]

El magnetismo de tal estampa también atrapó, ya en España, a Antonio Arnao (1828-1889), quien la incorporó en «Las naves de Cortés» [194]. El dramaturgo español presenta una escena, situada en el puerto de Veracruz, en la que algunos soldados, encabezados por el Capitán Escudero, urden una trama contra el conquistador. Tras descubrir la maniobra, unos soldados, a las órdenes de Cortés, «penetran en el mar con teas encendidas, y acercándose á las naves les pegan fuego». Cortés, mientras contempla el incendio, advierte que lo que pretende es «Cerrar/

Á viles traidores/La senda del mar». En cuanto a lo que nos ocupa, de forma inequívoca se dice:

Cortés.
(Con entereza.)

Fijo está nuestro destino:
Esas naves hago arder:
Sólo resta ya el camino
Del honor y del deber.
Si el denuedo nos abona,
Conquistemos con ardor,
Ó del mártir la corona,
Ó el laurel del vencedor.

Ante el hecho incontrovertible, Escudero reconsidera su posición y declara su obediencia a Cortés. Finalmente es doña Marina quien dice:

Marina.
(Señalando las naves completamente incendiadas.)
Esas naves que flamean
Son el faro de la gloria.

Aunque la imagen de las naves de Cortés en llamas estaba ya, como hemos podido comprobar, muy asentada, lo cierto es que las fuentes originales, los escritos de quienes pudieron presenciar la escena dejaban muy claro que tal imagen no se produjo, por más efectista que pudiera resultar. Contra esta deformación de los hechos también se pronunció a finales del siglo XIX Cesáreo Fernández Duro (1830-1908), capitán de navío de la Armada Española y miembro de la Real Academia de Historia. En 1882 publica *Las joyas de Isabel la Católica, las naves de Cortés y el salto de Alvarado* (Imp. de Manuel G. Hernández, Madrid 1882). Según se puede leer en su portadilla, se trata de una epístola dirigida a don Juan de Dios de la Rada y Delgado (1827-1901), abogado experto en numismática que llegaría a ser director del Museo Arqueológico Nacional.

La obra aborda tres cuestiones muy tratadas, desfiguradas al decir de Fernández Duro, de las cuales nos interesará la relacionada con las naves. El trabajo de Fernández Duro surge tras la lectura, así se dice textualmente en una nota a pie de página, de la las *Relaciones geográficas de Indias*. *Publícalas el Ministerio de Fomento. Perú* (Tomo I. Tip. de Manuel G. Hernández, Madrid 1881). A juicio de Fernández Duro, la patraña de la quema de las naves habría sido producida por la acción de los poetas al deformar los hechos, versión consolidada por la fuerza de la imagen. En concreto, señala una colección de estampas proveniente de Francia que se popularizó en España en el primer tercio del siglo, convirtiéndose en decoración de «posadas, barberías y otros establecimientos públicos de análoga importancia en todas las provincias de España y sus posesiones de Ultramar». Las extravagantes litografías presentaban a un Moctezuma con melena y barba rubias, como rubia aparece doña Marina. De gran popularidad, se confeccionaron dos ediciones que incluían la leyenda, en francés y español. Una de ellas tiene el rótulo: «Fernand-Cortés incedie sa flotte», mientras la otra dice «Fernand-Cortès brûle ses vaisseaux».

Señala también Fernández Duro la existencia de un cuadro en el Museo Naval en el cual aparece Cortés quemando los barcos, óleo que Javier de Salas habría mandado a los almacenes. Se trata de *Hernán Cortés incendia su flota*, pintado en Francia (1801-1900). La leyenda en español y francés (Imp. De Becquet) reza así:

> Habiendo Montezuma rehusado el dejar que Fernan Cortés entrase en sus estados, este reunio á los enviados de Montezuma en las orillas del mar, y a presencia suya, hizo quemar sus bajeles, para no poderse volver hacia atrás, y les dijo: ahora que vuestro amo, y señor se prepare para recibirme; bien como amigo ó bien como enemigo.

Pese a la existencia de tales obras, la fidelidad a lo ocurrido se mantuvo no sólo en las imprentas, sino también sobre los lien-

zos, como demuestra la existencia de *Hernán Cortés ordena dar el través a sus navíos (1519)*, oleo del pintor español vinculado al Museo Naval de Madrid, Rafael Monleón y Torres (1843-1900) realizado en 1887.

También Marcos Fernández de la Espada trató de poner coto a la imagen que el romanticismo había estimulado, la del incendio. En un artículo de título elocuente: «No fué Tea, fué barreno» [195], Fernández de la Espada cita a fray Francisco de Aguilar, al que ya nos hemos referido, para dejar meridianamente claro el barrenado, que no la quema, de los barcos. Como se advierte, desde los ámbitos académicos —Altolaguirre también combatió la leyenda de la quema de las naves— trataba de mantenerse el rigor mientras la fabulación apuntalaba la imagen del incendio.

En 1903, el venezolano Alejandro Fernández García publica en *El Cojo Ilustrado* el poema «El incendio de las carabelas» [196] que se cierra con una atractiva imagen:

Las viejas Carabelas españolas,
Por las voraces llamas incendiadas,
Dan lentas, bamboleantes cabezadas,
Sobre el obscuro abismo de las olas.

Se incendia el agua… En las riberas solas
Las gaviotas se alejan espantadas,
Y finge el viejo mar de olas pesadas,
Una vasta pradera de amapolas.

Ya se extingue el incendio. Entre las velas
Fulgura la postrera llama roja,
Como una flor fantástica en la bruma;

Y al hundirse en el mar las Carabelas,
Ve Cortés, en su espada de ancha roja,
Pasar en silla de oro á Moctezuma…

Si ya hemos visto lo que ocurría en España y México, en Estados Unidos la leyenda de la quema de las naves también estaba arraigada a finales del siglo XIX. Prueba de ello es su asunción por parte de Charles Fletcher Lummis (1859-1928), quien en su *Exploradores españoles del siglo XVI*, así lo afirma inequívocamente, añadiendo «como el famoso general griego», en alusión a Alejandro.

Ya en el siguiente siglo, y dentro de su *Hernán Cortés y sus hazañas*, Emilia Pardo Bazán habla de la fábula de la quema de la flota, subrayando la utilidad estética que ha podido tener la imagen de unos barcos ardiendo:

> En esta historia, tan prodigiosa de suyo, de la conquista de Nueva España, se han ingerido fábulas, innecesarias por completo, pues sobra la verdad para el asombro. La leyenda es bella; la fábula, no, porque dándole su nombre propio, se reduce a mentira. Una de estas fábulas es la que presenta a Cortés, tea en mano, quemando sus naves. […] "No fué tea, fué barreno", declara un docto americanista; y si el fuego parece más escénico, el barreno es lo natural y lo que cabe en la suma previsión de Cortés. [197]

En definitiva, es en el mundo de la dramaturgia donde la imagen de las naves en llamas mantenía su poderoso atractivo. Así se puede comprobar en el poema de Francisco Villaespesa *Hernán Cortés* (1917), en el cual leemos las palabras de Bernal:

Mirad, el horizonte resplandece!…
¡Ardiendo están las naves españolas!…
El mar estalla en llamas, y parece
que arden, al par, las naves y las olas! [198]

El asunto de la quema de las naves, como objeto de análisis histórico, llegaría al siglo XX de la mano del profesor de estudios hispánicos José Amor y Vázquez, quien trató este asunto en su trabajo: «Apostilla a la "quema de las naves" por Cortés» [199]. En este trabajo, Amor descarta cualquier viso de realidad de la quema y trata de indagar en las referencias clásicas a que se pudieron acoger quienes trocan el barrenado por el incendio de las naves. El artículo es una réplica a un par de trabajos del

norteamericano Winston A. Reynolds (1922-1985): «The burning ships of Hernán Cortés» (*Hispania*, XLII, n. 3, 1959, pp. 317-324), y «To burn one's boats or to burn one's bridges» (*American Speech*, XXXIV, 1959, pp. 95-100). Reynolds sitúa el origen de la leyenda en el túmulo funerario dedicado al Emperador y en una obra escrita por el soldado Juan Martínez en la que se da cuenta del viaje de la nao San Jerónimo que partió de Acapulco para llevar auxilios a Legazpi. La relación fue escrita en Cebú el 25 de julio de 1567.

La crítica de Amor añade la existencia de una relación en la que se cuenta la partida hacia Legazpi junto a la noticia de la llegada a Nueva España del navío San Pedro, un documento fechado en Cebú el 25 de julio de 1567 que no fue publicado hasta finales del siglo XIX. En él, su autor, Juan Martínez, dice lo siguiente refiriéndose a las intenciones del piloto de la expedición:

> Y ansí pensaba [el piloto] ser otro marques del valle de quien una noche le vi proponer una autoridad no menos maliciosa que cautelosa diciendo que quando desenbarco en la vera cruz hizo a su gente de consuno una oración o parlamento en que se contenía que su yntento hera de entrar a sus aventuras la tierra adentro con gente que para ello tenia que los que en contrario no tenian esta voluntad antes a la isla de cuba volver pretendian se lo dixesen que el los aviaria dándoles Recaudo de lo que tenia y que los unos a un cabo y los otros a otro se apartasen para dello hazer memoria y que quando esto hubo efecto a los que se avian apartado para yr con el les aviar rendido muchas gracias con protestación de galardonar e a los otros ultrajo baldono y afrento muy gravemente diziendoles que aunque les pesase auian de yr con el y que los castigaría y trataría conforme quien heran y que ansi lo hizo y dio fuego a las naves esto dezia el a fin de que la gente que el escoxiese para llevar consigo no le ossase negar ni contradecir…

Amor añade que Martínez cita a Homero, Virgilio o Plinio subrayando el hecho de que la fábula del incendio parecía ya extendida. Así las cosas, Cervantes de Salazar aparecerá como inventor de la quema y el texto acaso se habría elaborado con el propósito de aproximarse a un mecenas. Esta tesis viene avalada por la cita de un informe que el arzobispo Moya de Contreras

dirigió a Felipe II en el que le presenta como un canónigo «liuiano y mudable» y «ambicioso de honra».

Al margen de estas puntualizaciones académicas en relación con el origen y autoría de tal mito, sabido es, como decíamos al principio de este capítulo, que su arraigo popular es enorme, y que la imagen de unas naves ardiendo en la bahía de Veracruz es poderosa.

Por finalizar el análisis de la dimensión naval de la conquista del Imperio mexica, debemos recordar que, tras su derrota, las naves de Pánfilo de Narváez siguieron una suerte similar a las barrenadas por Cortés. De esta flota también se aprovecharon las partes más valiosas. Lejos de la costa, es en la laguna de Tenochtitlán donde ocurrirán los más trascendentes hechos protagonizados por embarcaciones. Los bergantines fueron decisivos para la toma final de la ciudad al cubrir desde el agua el avance de la infantería por las calzadas. En relación con estas naves, hemos de recordar que Cortés dispuso, durante su inicial estancia en Tenochtitlán, de dos bergantines construidos por Martín López en los cuales incluso pudo navegar Moctezuma. Dichas embarcaciones, en las que, según Bernal «holgábase el Montezuma», no tenían nada de recreativo, sino que se confeccionaron para poder tener una salida de la ciudad por el agua, dadas las posibilidades de quedar los españoles aislados con el alzamiento de ciertos puentes de las calzadas. Fueron precisamente estos bergantines los que sí fueron quemados durante la Noche Triste, en este caso por los mexicas. Si estas dos embarcaciones asombraron a los naturales, trece de ellas, una inutilizada, reaparecerían en la toma final de la ciudad. Los bergantines fueron transportados a Tenochtitlán desde Tlaxcala con la ayuda de tamemes que cargaron sus piezas. Fueron construidos bajo las órdenes de Martín López, ayudado por Andrés Núñez, Ramírez el Viejo, el aserrador Diego Hernández y el herrero Hernando de

Aguilar. Este fatigoso procedimiento, no obstante, parece contar con precedentes. Así lo asegura Georg Friederici, quien ya advirtió de que esta era una vieja táctica usada por normandos, bizantinos y turcos, si bien, a nuestro juicio, ello no va en absoluto en detrimento de Cortés. Muy al contrario, el hecho de que fuera capaz de emplear este recurso ya clásico habla a las claras de hasta qué punto el nivel tecnológico, en este caso dentro de un plano bélico, de los españoles, era muy superior al de los mexicas, quienes tenían en las canoas su máximo exponente naval. Por otro lado, Cortés contaba con otro precedente español muy cercano en el tiempo: el transporte de cuatro pequeños barcos ordenado por Núñez de Balboa en 1519, cuando cruzó los casi cien kilómetros del istmo de Panamá.

Capítulo 10
CORTÉS REBELDE. EL INDIVIDUO Y LA COMPAÑÍA

En el comienzo de esta obra citábamos al poeta Heine por cuanto el alemán llamaba bandido a Cortés, un calificativo que recuerda las palabras que, al parecer, obtuvo Las Casas del propio conquistador en España cuando, al coincidir en las Cortes de Monzón, este le confesó entre risas, y en relación con su actuación al salir de Cuba lo siguiente: «A la mi fe, anduve por allí como un gentil corsario».

Dedicaremos este capítulo a los complejos hechos ocurridos desde que los españoles abandonan Cuba hasta que fundan Veracruz, pues es en este lapso de tiempo cuando comenzará a cristalizar la imagen de un Cortés heroico y en gran medida individualista capaz de liderar la gesta que terminaría en Tenochtitlán.

La polémica partida hacia el continente ha sido calificada de diversos modos, a veces incluso como un golpe de estado. Es el caso de Salvador de Madariaga, siempre dispuesto a exaltar los tradicionales valores democráticos de los españoles vinculados a la institución del municipio. En esta misma línea se sitúa Hugh Thomas. Por su parte, Demetrio Ramos lo interpreta como un acto de independencia que podemos poner en conexión con esa posterior sospecha que pesó sobre Cortés: su pretendida y oculta intención de «alzarse con la tierra», algo que nunca ocurrió a pesar de que, como cuenta Bernal, no faltaron quienes le propusieran tal medida. En cualquier caso, y como denominador

común, muchos son los que interpretan lo ocurrido en Veracruz como un acto de rebeldía. Una traición en suma.

Otra de las ideas comunes es la de un Cortés que añade a su rebeldía la codicia propia de los españoles de la época. En definitiva, este es un momento decisivo para la transformación de ese hombre de papeles y negocios en el conquistador que terminaría siendo. Sin dejar de reconocer las grandes virtudes personales del de Medellín, conviene analizar el papel, decisivo a nuestro juicio, que jugaron sus hombres en la confección del héroe mítico que penetra al interior del continente.

Los hechos que preceden a la llegada de Cortés a las costas continentales son confusos, confusión a la que contribuyó el gobernador de Cuba, Diego Velázquez, ya versado en la promoción de expediciones, pues tras las de Hernández de Córdoba y Grijalva se recorta su oronda figura. De esos viajes regresó a Cuba un conjunto de hombres que no obtuvieron beneficio alguno, razón por la cual, como Cortés, tenían cuentas pendientes con el gobernador. Si a sus espaldas quedaba la pobreza antillana, frente a ellos aparecía la posibilidad de enriquecimiento de la que tenían ya visibles muestras en los presentes que Moctezuma fue enviando. De entre ellos destacaba Pedro de Alvarado, encargado de llevar a Cuba las riquezas rescatadas sobre las que Velázquez ejerció un férreo control, factor que terminaría por condicionar los ulteriores hechos de Veracruz.

Diego Velázquez (1465-1524) pertenecía a una familia de hidalgos de Cuéllar. Entre sus méritos acaso se contara su participación en las campañas contra Granada. Había viajado a América en el segundo viaje de Colón con veintiocho años [200] destacando en las guerras contra los indios, que culminaron en Cuba con la ejecución de Hatuey. Ya por entonces Velázquez tenía al también segoviano Pánfilo de Narváez como lugarteniente. A decir de Hugh Thomas, Velázquez no era un conquis-

tador brutal, como así se pudo comprobar en las declaraciones que se hicieron en su juicio de residencia. Opuesto a la encomienda, era amante de la buena vida y no gustaba de la venganza. Desde España se le veía como un contrapeso a las ambiciones de Diego de Colón, si bien mostraba un excesivo personalismo que fue denunciado y aprovechado desde Veracruz, como veremos.

En cuanto a Cortés, cuando Velázquez fija sus ojos en el de Medellín, este era ya un hombre adinerado y bien visto en Cuba, habiendo participado en actos bélicos y desempeñado cargos municipales. Su relación con Velázquez había pasado por altibajos, lo cual no fue óbice para que el gobernador depositara su confianza en alguien que atesoraba cualidades y que ya parecía acariciar la idea de ir hacia el Yucatán según se desprende de una carta enviada en diciembre de 1517 a su primo Francisco Altamirano. [201]

Por otro lado, y sin entrar en demasiados pormenores, hemos de decir que cuando se prepara la expedición encabezada por Cortés, existía ya una sorda carrera por acceder a tales costas, como prueba la que preparaba Francisco de Garay con fin en el Yucatán. Había urgencia en partir, por lo que Velázquez, a través de Juan de Saucedo, dio cuenta a los jerónimos asentados en La Española para las cosas de Las Indias tras el eclipse de Diego Colón, de su iniciativa, orientada ahora a poblar. El gobernador de Cuba, dada su lejanía de los centros de poder, contaba con cierta libertad de maniobras y quería aprovechar tal circunstancia. Cortés, por su lado, contaba con la confianza del secretario de Velázquez, Andrés de Duero, y de su contador, Amador de Lares.

En estas circunstancias es donde aparecen las calculadas ambigüedades en relación con lo que verdaderamente se pretendía con la nueva expedición, y ello a pesar de que en la *Instrucción*

que Velázquez dio a Cortés debieran quedar claros los objetivos de la misma. De acuerdo con tal documento, la misión iba dirigida a socorrer a Grijalva, del que no se tenía noticia, pero también debía servir para rescatar a los cristianos que se hallaban en poder de los indígenas, e incluso para indagar en relación con las cruces avistadas en la costa. Sin embargo, las instrucciones, fechadas en Cuba el 23 de octubre de 1518, comienzan a resultar extrañas si tenemos en cuenta que Grijalva había retornado el 30 de septiembre…

A ello hemos de sumar el hecho de que el propio Velázquez se dirige por carta a Grijalva [202] pidiéndole, con gran prisa, que le envíe los navíos «para enviar a aquella tierra que se avia descubierto, que todos los que quisieren yr a poblar se esperasen allí…». [203]

Velázquez temía a otros competidores y por ello desliza la posibilidad de poblar, palabra que se incluía en el preámbulo de la *Instrucción* [204] mas no en ella. El documento, redactado de tan sutil forma, recogía el verdadero deseo de quienes habían retornado a Cuba. Mientras esto ocurría en Las Antillas, Benito Martín, representante de Velázquez en la Corte, trataba de obtener el título de Adelantado, para lo cual el gobernador de Cuba no dudó en enviar con el clérigo parte del oro rescatado en esas costas, asunto este que debió enconar más los ánimos de quienes luego se adherirían a Cortés.

En estas circunstancias, la incertidumbre presidió los preparativos del viaje, en los que Cortés se volcó tanto en lo humano como en lo económico, activando las alarmas de un Velázquez que fue incapaz de parar al extremeño, que fue aumentando su tropa —hasta unos 550 hombres—, flota y bastimentos según se alejaba del gobernador tras su partida del puerto de Santiago de Cuba el 18 de noviembre de 1518. Especial importancia tuvieron los pregones que se hicieron para reclutar gente, en los

cuales, como así se recordaría más tarde, incluido el propio Bernal [205], se hablaba de forma expresa de poblar.

Es entonces, durante los preparativos de la empresa, cuando la figura de Cortés comienza a crecer, al hacerse cargo de gran parte de los gastos e incorporar a ella a ese grupo descontento. Nos estamos refiriendo, y seguimos aquí las tesis de Demetrio Ramos [206], a la estructura del colectivo que acompañó a Cortés, decisiva para entender los hechos que acompañaron la fundación de la Villa Rica de Veracruz.

El extremeño llegó a las costas continentales junto a gentes próximas a Velázquez —Juan de Velázquez, Pedro Escudero, Diego de Ordás, el criado de Velázquez, Escobar—, hacendados que podían verse represaliados si se desvinculaban del gobernador de Cuba, pero también con el aludido contingente de hombres que ya habían pisado esas tierras enrolados en las expediciones precedentes. Gentes que, tras adherirse a Cortés, tendrán que, por decirlo de algún modo, huir hacia adelante por miedo a la venganza de un Velázquez que ha adquirido un mayor poder a sus espaldas y que podía atentar contra sus haciendas y sus vidas.

Serán ellos quienes impulsen a Cortés a poblar la tierra —reclamo con el cual, insistimos, el propio Velázquez trató de atraerlos para enrolarse en la expedición—, desde donde se podrá, a diferencia de lo ocurrido anteriormente, penetrar en la tierra. La situación era muy delicada e inestable, razón por la cual, Cortés, con su habitual astucia, reclamará un respaldo que cristaliza en su nombramiento, por elección, como justicia mayor y capitán general, cargos que le conectaban, rompiendo el modelo hereditario que trataba de implantar la saga de los Colón, con la Corona, a la que siempre mostró lealtad.

Bernal traza un retrato de la facción pobladora que se formalizó antes de la inutilización de las naves. En el grupo, al que

pertenecía el soldado de Medina del Campo, destacaban: Alvarado con sus hermanos, Alonso Hernández Portocarrero, Juan de Escalante, hombre de gran confianza para Cortés, y Francisco de Lugo, todos ellos partidarios de un modelo fuertemente implantado en Castilla. En definitiva, sobre los hechos de Veracruz subyace la tensión entre el poder señorial y el real. La fundación de la villa constituye el punto de arranque de la conquista, quedando atrás la inicial idea de rescatar riquezas y náufragos con la que se partió de Cuba.

Presentadas las cosas de este modo, no será la voluntad de Cortés en exclusiva la que cargue con el peso, y la gloria, de la conquista.

El proceso para que Cortés alcanzara la preminencia y se desvinculara totalmente de Velázquez, teniendo que rendir cuentas a la Corona, comenzó formalmente en Veracruz con la redacción de una *Instrucción a los procuradores*. El documento, tras someterse a conocimiento y deliberación de los vecinos, dio lugar a la *Petición* al cabildo del 20 de junio de 1519, en la que se elevaban una serie de reclamaciones al monarca al tiempo que se fortalecía a Cortés, quien sin duda maniobró para favorecer tal proceso.

A esas alturas, el colectivo que meses antes había zarpado de Cuba se encontraba escindido en dos facciones: una decidida a poblar y otra que quiere regresar a Cuba. Es en esta controversia en la que surgirá, a nuestro juicio, el Cortés conquistador. En tal situación, hemos de preguntarnos si es Cortés el único rebelde, y no uno más, sin duda el principal, del colectivo que decide romper con un Velázquez en el que se veía la ambición individual. Consideramos que es en tal tesitura, inducida entre otros por él mismo, cuando se fortalece de forma definitiva su liderazgo. El Cortés continental que se dispone a la conquista es, según nos parece, el resultado de un polígono de fuerzas e

intereses que confluyen en su persona. Prueba de ello es el hecho de que muy a menudo los cronistas hablan de Cortés, pero también de sus compañeros, vocablo que, al margen de su dimensión técnica militar —la compañía era una institución bélica perfectamente definida como aquellos soldados que debían obediencia a un capitán—, recuerda a Alejandro rodeado de destacados hombres de armas con los que compartió victorias y fatigas.

Descritos someramente los hechos que conducen a la ruptura con Velázquez, conviene en este punto repasar la apretada cronología [207] de lo ocurrido tras la partida de Cuba, comenzando por la llegada a San Juan de Ulúa el día 21 de abril de 1519, Jueves Santo, punto en el que desembarcaron al día siguiente, trabando contacto inmediato con los naturales. Ya en tierra, el día 23 acude el primer emisario de Moctezuma, al que siguieron, una jornada más tarde dos figuras principales: Tentli o Teudile, y Cuitlalpítoc o Pitalpitoque, ambos ya conocedores de la expedición de Grijalva, que pronto regresaron a Tenochtitlán para informar a Moctezuma. Los susodichos regresaron una semana más tarde, hacia el 1 de mayo, con los célebres discos de madera cubiertos de oro y plata, que se interpretaron como representaciones del Sol y de la Luna, y que llegaron a manos del Emperador Carlos. Junto a tal presente, Teudile ofrecerá a Cortés tortitas rociadas de sangre de humanos sacrificados para tratar de inquirir si se hallaba ante un hombre o un dios: Quetzalcóatl.

A mediados de mayo, un grupo de españoles le pide a Cortés que cesen los rescates y se pueble la tierra. Cortés reacciona nombrando alcaldes y regidores, cristalizando de este modo, y formalmente, un cabildo que examinará la documentación enviada por Velázquez, considerada ya inútil. Con el cabildo constituido, Cortés es nombrado capitán general y justicia mayor a

la espera de ser informadas Sus Majestades: doña Juana y don Carlos. Se produce de este modo el establecimiento de la Villa Rica de la Vera Cruz, primero en Chalchiuhcuecan, y más tarde en Quiahuiztlan, manteniéndose allí la villa hasta un traslado final en 1525 para volver tiempo después a su ubicación inicial.

A la Villa Rica llegará la nave de Francisco de Salcedo *el Pulido*, que informa del otorgamiento a Velázquez de las capitulaciones del 13 de noviembre de 1518 que anuncian su futuro nombramiento como Adelantado. Contra tal anuncio e intención —Velázquez se convertirá en Adelantado en mayo de 1520 — se pondrá en marcha toda una estrategia documental por parte de los de Veracruz. Rebasada la primera quincena de junio, el cabildo redacta, ante las reticencias de los velazquistas, una *Instrucción del cabildo a sus procuradores*. De esta forma, el cabildo informa a Francisco Álvarez Chico de su intención de enviar a la corte a los dichos procuradores con la *Instrucción*.

El 20 de junio de 1519, apenas dos meses después de la llegada a la costa, la comunidad, por medio de su procurador, Francisco Álvarez Chico, requiere al cabildo para hacerle entrega de su *Petición al cabildo*, firmada por compañeros, vecinos y estantes en la villa [208]. Tal *Petición* —obsérvese el escrupuloso proceder— solicita que la *Instrucción* sea mandada a Castilla. En definitiva, la *Petición*, leída por el escribano real Pedro Hernández, secretario de Cortés, suponía el respaldo popular a este y una inequívoca lealtad a la Corona. En el proceso actuaron como alcaldes Alonso Hernández Portocarrero y Francisco de Montejo, y como regidores Pedro de Alvarado, Alonso de Ávila, Alonso de Grado y Cristóbal de Olid. La documentación reforzaba a Cortés y al propio Cabildo que, por medio de sus procuradores, solicita el gobierno para Cortés. En este contexto, el de Medellín escribe su *Primera Carta de relación*, mientras que los

capitanes y soldados escriben paralelamente, aunque con un contenido similar, otra epístola a Sus Altezas.

Pese al gran número de firmas, al menos 344, que apoyaron la *Petición*, cabe preguntarse por la voluntariedad de las mismas. No es descartable, así se denunció más tarde, el empleo de presiones por parte del bando de Cortés o antivelazquista. En cualquier caso, las firmas y rúbricas involucraban objetivamente a quienes estaban representados con ellas en el futuro despliegue de los españoles.

Por lo que se refiere al modelo empleado, el procedimiento seguido por Cortés venía a calcar la estrategia que había empleado el propio Velázquez en 1511 en relación con Diego Colón. La ruptura realizada por el ahora gobernador con el virrey Colón se había consumado gracias al apoyo en la institución del cabildo, en este caso en los de las ciudades fundadas en la isla de Cuba tras su conquista. De estos hechos fue testigo Cortés, que sin duda tomó buena nota de tal estrategia. [209]

La documentación elaborada no terminó ahí. El 10 de julio de 1519 se escribe la *Carta del cabildo a Sus Majestades*, cuyo contenido es semejante al de la *Petición* y la *Instrucción*. En dicha *Carta* se asegura que sólo se han internado en el territorio cinco leguas, lo que puede dar una idea de la intensa vida que se pudo dar en Veracruz hasta esa fecha. Con los textos ya elaborados, y ante las intenciones de regreso mostradas por los velazquistas, días después son dados al través los navíos excepto tres de ellos. El 26 de julio de 1519 parte hacia Castilla la nao *Santa María de la Concepción*.

Con la nao rumbo a España, el 16 de agosto de 1519 Cortés y sus hombres abandonan Cempoala para internarse en la tierra. Meses más tarde, en octubre de 1520 se enviará la *Carta del ejército de Cortés al emperador*, en la que vuelven a aparecer mu-

chos de los firmantes de la *Petición*, rogando que Cortés fuera mantenido en su puesto.

A modo de conclusión, de los tres documentos conservados —*Instrucción*, *Petición* y *Carta del cabildo*— se extraen tres propósitos comunes a todos ellos:

El primero de ellos es la petición o ruego de que Velázquez no sea nombrado Adelantado [210] ni tenga el gobierno sobre las nuevas tierras.

El segundo descalifica al partido velazquista al mostrar la intención de sus integrantes de enviar los presentes y el oro —recordemos que a España llegarán los documentos junto a los obsequios de Moctezuma— al gobernador de Cuba. Con esta hábil maniobra, quienes pretendían poblar y adentrarse en la tierra quedaban vinculados con la Corona y rompían sus lazos con Velázquez.

Por último, se busca el fortalecimiento de Cortés, para quien se solicita el cargo de gobernador, al menos hasta pacificar las tierras [211]. Tal petición se apoyaba tanto en los costes con los que había corrido el extremeño como en su idoneidad para tal responsabilidad. Los documentos, por supeditar la duración del cargo solicitado para Cortés a la pacificación primero y a la voluntad de los monarcas después, ponían las bases para la implantación del modo virreinal que luego tuvo lugar. Junto a esta cautela, los defensores de la causa de Cortés solicitaban el repartimiento de indios a perpetuidad y la implantación de la encomienda. Los posteriores recortes a esta aspiración hicieron que, andado el tiempo, muchos de los inicialmente leales se volvieran contra Cortés.

Presentada la secuencia de los hechos, momento es de recapitular. La información es escasa e incompleta, pero permite reconstruir lo sucedido. El punto de partida documental nos remite a la *Instrucción* de Velázquez, en la que, ante las dudas que

pudieran suscitar situaciones inesperadas, se advertía de que habría que obrar como «más al servicio de Dios Nuestro Señor e de Sus Altezas convenga». La puerta quedaba abierta para algunas de las decisiones que allí se tomaron, entre ellas la posibilidad de poblar. En tal tesitura Cortés supo moverse con habilidad dando incluso un paso atrás para después avanzar impulsado por el grupo de firmantes, estrategia que habla a las claras de su inteligencia, a la vez que evidencia la imposibilidad de que semejante empresa pudiera llevarla a cabo un único individuo. La institución del Cabildo, de adscripción regia y estructura popular, es crucial para la ruptura con Velázquez, y su constitución desborda el ámbito individual. Para su constitución se tomaron cautelas tales como ordenar una expedición de reconocimiento encabezada precisamente por Juan de Velázquez, que llevó junto él a elementos afectos al gobernador de Cuba. La maniobra es aún más refinada si reparamos en que es Montejo uno de los elegidos como alcalde, abriendo una nueva brecha entre los que pretenden retornar a la isla por aquel entonces llamada Fernandina.

Mientras muchos de los descontentos estaban embarcados, el reparto del poder en el arenal dejó este panorama: como alcaldes fueron nombrados Francisco de Montejo y Portocarrero. Los regidores designados fueron: Pedro de Alvarado, Alonso de Ávila, Alonso de Grado y Cristóbal de Olid. Los nombramientos tenían el propósito de impulsar lo que ocurriría después, pues tales personas, interesadas en establecerse en la tierra, tenían un gran ascendente sobre muchos de los integrantes del colectivo que había partido a Cuba. Finalmente citaremos otros cargos: Juan de Escalante, alguacil, y Francisco Álvarez Chico, procurador del cabildo.

Elegidas estas personas, Cortés se replegará propiciando la insistencia en su elección como Capitán General y Justicia Ma-

yor, cargos sujetos a la Corona que daban continuidad a su anterior desempeño como alcalde de Santiago de Cuba. Todo ello desembocó en la fundación, primero sobre el papel y después en un emplazamiento inicial, de la Villa Rica de la Veracruz.

La desconexión con Velázquez, que ya había conseguido la capitulación para ir a descubrir y conquistar, es decir, poblar, se había consumado. Pese a todo, Velázquez se había convertido en Adelantado, hecho que precipitó la partida de los procuradores, Portocarrero y Montejo, que hicieron llegar al Monarca lo sucedido mediante documentos convenientemente acompañados de valiosos presentes.

Por otra parte, elegido el sitio, se comenzó la traza de la villa por la plaza, en cuyo centro se situó una picota o árbol de justicia. La plaza quedó configurada por la iglesia, el cabildo, la cárcel y las atarazanas. En su derredor se trazaron los solares, que se vieron acompañados de la edificación de un hospital y una cofradía. En las afueras se erigió una horca. Además de lo relatado, se fortificó el puerto. El ortograma civilizador hispano, basado en la fundación de ciudades, comenzaba a implantarse en el continente.

Fundada la villa de realengo, las peticiones hechas desde Veracruz mostraban ciertas líneas de continuidad con usos propios de la Reconquista, no en vano el propio Cortés, como muchos de sus acompañantes, había nacido sin que ese proceso histórico estuviera concluido. Así pues, entre las aspiraciones de este colectivo figuraban exenciones y ventajas fiscales homologables con algunas de las que gozaban las poblaciones fronterizas hispanas. Si esto ocurría en el plano puramente material, el aspecto religioso no se descuidó, hasta el punto de que Bernal indica que recibieron bulas absolutorias para aquellos que murieran en combate. La presencia y avance de los españoles en Yucatán adquiría una coloración espiritual:

> Ya he dicho en el capítulo pasado cómo Su Santidad vio y entendió los grandes servicios que Cortés y todos nosotros los conquistadores que en su compañía militábamos habíamos hecho a Dios Nuestro Señor e a Su Majestad y a toda la Cristiandad, y de cómo se le hizo merced a Cortés de le hacer gobernador de la Nueva España y las bulas e indulgencias que envió para las iglesias y hospitales y las santas asolviciones para todos nosotros. [212]

En cuanto al oro, pronto se pidió a España el envío de un cuño o marca real con el cual podía señalarse tal metal en una fundición que se levantó a tal efecto. Poco después comenzaría la penetración en la tierra y el objetivo inicial de entrevistarse con Moctezuma, con cuyos emisarios ya se había trabado contacto. Al tiempo que esto ocurría se fueron conociendo las tensiones internas existentes entre los diferentes pueblos indígenas, verdadera clave en la conquista.

Finalizaremos este capítulo con un breve y sintético comentario en relación a lo ocurrido en Veracruz y el papel jugado por Cortés. Es en ese emplazamiento donde se produce la trascendental transformación de un hombre dedicado a la ganadería, la agricultura y la minería, poseedor de una encomienda cubana, en un militar que tras el uso de las armas impuso unas condiciones políticas vinculadas a lo que en su tiempo se entendía como «pacificación». Víctor Frankl ha estudiado las fuentes jurídicas de las que bebió el conquistador, «gran creyente y perfecto conocedor de la tradición jurídico-política de Castilla, del derecho monárquico de *Las Partidas* alfonsinas, quedando su estupenda energía de decisión de jugar el todo por el todo siempre en servicio de su profundísima vivencia de la legalidad y de la visión política tradicionales, con inclusión de sus elementos integrantes de carácter escolástico organicista, y ajeno al particularismo comercialista de tipo renacentista.» [213]

El ya clásico estudio de Frankl subraya la semejanza del proceder de los conquistadores con los métodos de población que, amparado por las cartas del mismo nombre, en las que se esta-

blecían los derechos y privilegios de los pobladores, se emplearon en las zonas fronterizas castellanas. Si en Castilla funcionaron tales cartas, en América se emplearon las particularistas capitulaciones, siendo la figura del Adelantado un cargo muy codiciado, como vemos en las maniobras emprendidas por Velázquez para obtener tal nombramiento. La tendencia, no obstante, fue la de ir aumentando el control de la Corona sobre estas iniciativas relativamente particulares. Se trataba de favorecer el beneficio público encarnado en la persona del Emperador, argumento este que siempre empleó Cortés en sus Cartas, si bien, andando el tiempo, y con la aparición de la figura del Virrey, se volvería contra sus intereses y el de sus primeros acompañantes, aquellos que le habían alzado como Capitán General y Justicia Mayor.

Por último, si *Las Partidas* parecen sustentar la iniciativa tomada por Cortés y sus hombres orientada a romper con el individualista Velázquez, la actitud que tendrán para con los indígenas puede vincularse con las bulas papales que daban poderes y obligaciones evangelizadoras sobre esta parte del mundo a los Reyes Católicos, de quien heredó la corona el emperador Carlos a cuya obediencia y servicio se situaba el colectivo conquistador.

Capítulo 11
CORTÉS CRUEL

Cortés, como un conquistador cruel, despiadado y sanguinario. Esta es una de las imágenes que con mayor frecuencia suelen acompañar al de Medellín. Por la relevancia de su figura, Cortés alimenta con sus hechos la Leyenda Negra al tiempo que es víctima de ella. A menudo percibido como quintaesencia del carácter español, Cortés aparece unas veces como individuo capaz de ordenar baños de sangre y otras como un frío asesino que emplea su marcial brazo para deshacerse de incómodos acompañantes, enemigos o rivales. Si esta es la nota dominante de tal interpretación, podemos señalar varios hitos en los cuales se concentran tales atributos.

El primero de los episodios sangrientos hemos de buscarlo en Veracruz. Es allí donde se descubre una conjura del bando velazquista en la que, además de los finalmente condenados, estaban implicados fray Juan Díaz, Velázquez de León y Diego de Ordás, quienes fueron perdonados, convirtiéndose después en incondicionales de Cortés. Tras la celebración de un consejo de guerra, el complot se saldó con la ejecución en la horca del piloto Diego Cermeño y de Juan Escudero —quien apelando a su hidalguía pidió ser decapitado [214]—. Escudero había sido el alguacil que apresó en Cuba a Cortés por rehusar su casamiento con Catalina Suárez. Al marinero Gonzalo de Umbría, también implicado, se le amputó un pie, aunque algunos afirmaron que se trató de los dedos e incluso Gómara reduce el castigo a unos latigazos.

En relación con estos hechos, Bernal dice que Cortés se lamentó de este modo: «¡Oh, quién no supiera escrebir, por no firmar muertes de hombres!» [215]. Pasado el tiempo, a Cortés se le acusaría por los hechos de Veracruz, señalando su parcialidad en los castigos, si bien este alegó la gravedad que suponía la conjura y la pretensión de los conjurados de robar una carabela. La amputación citada nos lleva al siguiente suceso.

Este tuvo lugar durante la campaña contra Tlaxcala. Estando asentado en su campamento, Cortés percibió, alertado por el cacique totonaca Teuch, la presencia de cincuenta espías entre sus curiosos visitantes. Tras capturar a algunos de ellos y obtener su confesión, les cortó la mano derecha y se los devolvió a Xicoténcatl el Joven, quien lideraba un contingente de guerreros otomíes. El severo y mutilatorio método era común en la época. Tlaxcala, como es sabido, fue crucial para la conquista, pues allí pudo Cortés detectar la división que reinaba entre los indios. En su segunda carta afirma haber comprobado la existencia de la «discordia» existente, recordando el pasaje evangélico: *Omne regnum in se ipsum divisum desolabitur*, que constituye una excelente síntesis de su estrategia.

La matanza de los nobles de la ciudad sagrada de Cholula —la condición religiosa de la ciudad la subraya Cortés al hablar de sus numerosas «mezquitas»— es acaso el primer gran hito de la trayectoria sangrienta del conquistador, hasta el punto de que los hechos allí ocurridos le valieron el calificativo de «nuevo Herodes» por parte de Las Casas. El dominico llegó incluso a afirmar en su *Brevísima relación de la destrucción de las indias* que Cortés, mientras se producía la masacre y destrucción de Cholula, recitó desde uno de los tejados el siguiente romance:

Mira Nero de Tarpeya
a Roma cómo se ardía;
gritos dan niños y viejos,
y él de nada se dolía.

La escena es enteramente inverosímil, si bien habla a las claras de la presencia de personajes y referencias clásicas existentes en la España de Cortés, pues los versos aparecen en *La Celestina*. Conviene, no obstante, cotejar otras fuentes distintas del texto de Las Casas, siempre dispuesto a condenar la conducta de Cortés. Los hechos fueron, más o menos como pasamos a relatar tras consultar a Cortés —*Segunda relación*—, Bernal Díaz del Castillo —*Historia verdadera de la conquista de Nueva España*— o Vázquez de Tapia —*Relación*—:

Establecida la alianza con los tlaxcaltecas, Cortés marcha acompañado de sus nuevas tropas en dirección a Tenochtitlán haciendo escala en Cholula. Ya en la ciudad, tras un cálido recibimiento que vino acompañado del abastecimiento de comida, esta comenzó a flaquear en los días sucesivos. A ello hay que añadir el hecho de que los españoles vieron que algunas calles estaban cortadas, mientras que en algunos puntos del suelo se habían excavado unas zanjas, cuidadosamente ocultadas con ramas y tierra, en cuyo fondo estaban clavadas unas varas aguzadas con las que pretendían herir a los caballos. Finalmente, además de que habían sido evacuadas las mujeres y los niños, en algunas azoteas había buen acopio de piedras que podían usarse como proyectiles. Tapia añade la presencia cercana de una guarnición de «gente de México», sin duda a las órdenes de Moctezuma, inquieto ante el avance de los españoles pese a sus envíos de unos presentes que trataban de disuadirles del propósito de visitar Tenochtitlán. Bernal es quien, como de costumbre, narra los hechos con mayor viveza y expone el motivo que, al parecer, precipitó la drástica decisión de Cortés:

> Y una india vieja, mujer de un cacique, como sabía el concierto y trama que tenían ordenado, vino secretamente a doña Marina, nuestra lengua. Como la vio moza y de buen parecer y rica, le dijo y aconsejó que se fuese con ella a su casa, si quería escapar la vida, porque ciertamente aquella noche o otro día nos habían de matar a todos, porque ya estaba así mandado y concertado por el gran Montezu-

ma, para que entre los de aquella cibdad y los mexicanos se juntasen y no quedase ninguno de nosotros a vida, o nos llevasen atados a México. [216]

Doña Marina, tras fingir aceptar la oferta de la anciana, comunicó la traza a Cortés. Conocida la treta, a la que se une la información facilitada por los tlaxcaltecas del sacrificio de unos niños que parecían preludiar el ataque, Cortés reunió a los más distinguidos representantes de la ciudad, haciéndoles confesar. Es así como supo que las acciones de los cholultecas venían dirigidas, bien que de modo errático, por el propio Moctezuma, quien pretendía que los españoles fueran asesinados o conducidos cautivos para ser sacrificados en Tenochtitlán, tras reservar una veintena a los dioses de esta ciudad consagrada a Quetzalcóatl. Conocidos los planes, con la nobleza cholulteca reunida en una plaza custodiada por los españoles, al sonido de un disparo comenzó la masacre, en la que destacaron por su crueldad los tlaxcaltecas. Cortés cifrará la mortandad en unos 3000 individuos.

Años más tarde, los hechos de Cholula reaparecerían en el juicio de residencia iniciado en 1529. Para entonces, Bernardino Vázquez de Tapia, enemistado con Cortés, trató de presentar lo ocurrido como una gratuita atrocidad que había excedido los límites de la plaza para extender la masacre en un número que rondaría las 20.000 personas. No obstante, más tarde rectificó, entendiendo como razonable la acción de Cortés. En su *Relación de méritos y servicios* dirá:

> […] ni nos querían dar de comer, ni maíz para los caballos, sino toda la gente de mal arte. Y como el marqués vio todas estas cosas, temió de alguna traición y mandó que toda la gente estuviese muy apercibida, y andando con gran aviso inquiriendo, supo que allí, cerca de Cholula, estaba una guarnición de gente de México y, ratificado dello, determinó, que antes que nos tomasen durmiendo, de dar en los unos y en los otros, y ansí lo hice, aunque con no poco peligro nuestro. [217]

No dejaría pasar Bernal la ocasión de censurar los excesos de Las Casas, añadiendo a su respuesta el dato de que el propio

Emperador Carlos encargó a los franciscanos realizar investigaciones sobre lo ocurrido:

> Y también quiero decir que unos buenos religiosos franciscanos, que fueron los primeros frailes que Su Majestad envió a esta Nueva España después de ganado México, según adelante diré, fueron a Cholula para saber e inquirir cómo y de qué manera pasó aquel castigo y por qué causa, e la pesquisa que hicieron fue con los mesmos papas e viejos de aquella cibdad; y después de bien informados dellos mismos, hallaron ser ni más ni menos que en esta mi relación escribo, y no como dice el obispo. [218]

Antonio de Solís, crítico en ocasiones con Bernal, habla en su *Historia de la conquista de México* —Libro III, capítulo VI, «Entran los españoles en Cholula, donde procuran engañarlos con hacerles en lo exterior buena acogida: descúbrese la traición que tenían prevenida, y se dispone su castigo»—, de la decreciente hospitalidad de los de Cholula, y cita la confesión de la anciana a doña Marina, en la cual se da cuenta no sólo de la trampa tendida por los de la ciudad, sino de la autoría de la misma a cargo de Moctezuma, que solicitaba, además de la muerte de los españoles, que le fueran enviados algunos vivos a la ciudad de Tenochtitlán para «satisfacer su curiosidad y al obsequio de sus dioses». El desenlace, o «castigo por su traición», se cuenta en el siguiente capítulo, en el que se cuantifica en 6.000 el número de muertos y se añade que los «tlascaltecas se desmandaron con algún exceso en el pillaje». Señala Solís que estos «particularmente se cebaron en los almacenes de la sal», hecho que demuestra las restricciones a las que, en lo relativo a este valioso producto, los mexicas sometían a los nuevos aliados de un Cortés que quedó «doliéndose de que le hubiesen obligado los vecinos de aquella ciudad a tan severa demostración, y después de ponderar el delito y de asegurar a todos que ya estaba desenojado y satisfecho, mandó pregonar el perdón general de lo pasado sin excepción de personas, y pidió con agradable resolución a los caciques que tratasen de que se volviese a poblar su ciudad, recogiendo los fugitivos y asegurando a los temerosos».

Descritos los hechos, el Cronista de Indias se lanza a una extensa reflexión en la que se ocupa de la repercusión y uso que de estos y otros hechos se hizo por parte de otras potencias europeas enfrentadas a la española. Nos hallamos ante la denuncia de la guerra propagandística que habría de engrosar la Leyenda Negra. La alusión a «extranjeros» y «naturales» recuerda las palabras de Quevedo en su *España defendida* —«Solo quando veo que eres madre de tales hijos, me pareze que ellos, porque los criaste, i los estraños porque ven que los consientes, tienen razón de dezir mal de ti.» [219]—:

> Así pasó el castigo de Cholula, tan ponderado en los libros extranjeros y en alguno de los naturales, que consiguió por este medio el aplauso miserable de verse citado contra su nación. Ponen esta facción entre las atrocidades que refieren de los españoles en las Indias, de cuyo encarecimiento se valen para desaprobar o satirizar la conquista. Quieren dar al impulso de la codicia y a la sed del oro toda la gloria de lo que obraron nuestras armas, sin acordarse de que abrieron el paso a la religión, concurriendo en sus operaciones con especial asistencia el brazo de Dios. Lastímanse mucho de los indios, tratándolos como gente indefensa y sencilla para que sobresalga lo que padecieron: maligna compasión, hija del odio y de la envidia. No necesita el caso de Cholula de más defensa que su misma narración. En él se conoce la malicia de aquellos bárbaros, cómo se sabían aprovechar de la fuerza y del engaño, y cuán justamente fue castigada su alevosía; y de él se puede colegir cuán apasionadamente se refieren otros casos de horrible inhumanidad, ponderados con la misma afectación. No dejamos de conocer que se vieron en algunas partes de las Indias acciones dignas de reprensión, obradas con queja de la piedad y de la razón, ¿pero en cuál empresa justa o santa se dejaron de perdonar algunos inconvenientes? ¿De cuál ejército bien disciplinado se pudieron desterrar enteramente los abusos y desórdenes que llama el mundo licencias militares? ¿Y qué tienen que ver estos inconvenientes menores con el acierto principal de la conquista? No pueden negar los émulos de la nación española que resultó de este principio, y se consiguió con estos instrumentos, la conversión de aquella gentilidad, y el verse hoy restituida tanta parte del mundo a su Criador. Querer que no fuese del agrado de Dios y de su altísima ordenación la conquista de las Indias, por este o aquel delito de los conquistadores, es equivocar la sustancia con los accidentes: que hasta en la obra inefable de nuestra redención se propuso como necesaria para la salud universal, la malicia de aquellos pecadores permitidos, que ayudaron a labrar el mayor remedio con la mayor iniquidad. Puédense conocer los fines de Dios en algunas disposiciones que traen consigo las señales de su providencia, pero la proporción o congruencia de los medios por donde se encaminan, es punto reservado a su eterna sabiduría, y tan escondido a la prudencia

humana, que se deben oír con desprecio estos juicios apasionados, cuyas sutilezas quieren parecer valentías del entendimiento, siendo en la verdad atrevimientos de la ignorancia.

A la vista de los indicios descritos, todo invita a pensar en la muy cierta posibilidad de que, de no haberse adelantado, Cortés y los suyos hubieran perecido en Cholula. Por otra parte, la confesión de doña Marina, de la que nada dice Vázquez de Tapia, hace recaer sobre ella gran parte de la responsabilidad de la reacción de Cortés, al tiempo que rompe, una vez más, la pretendida armonía que las ensoñaciones indigenistas tratan de proyectar sobre el agitado Anáhuac al que llegaron los españoles.

Ya a mediados del XIX, Prescott explica lo ocurrido refiriéndose al castigo que secularmente recibían quienes, como los de Cholula, planeaban una traición. El norteamericano cita incluso ejemplos contemporáneos de excesos bélicos que tuvieron como víctimas a los propios españoles en España pues el hombre «es el mismo en todos tiempos», y pide no juzgar estos hechos desde la perspectiva del presente sino situarlos en su contexto histórico:

> Las atrocidades cometidas en Cholula por los conquistadores, no son tan bárbaras como las que sus descendientes han sufrido en la última guerra de la Península, de parte de los ingleses en Badajoz, y de la de los franceses en Tarragona y en otras cien partes. [220]

En cuanto a los historiadores contemporáneos, el mexicano Rodrigo Martínez Baracs carga el peso de las atrocidades cometidas en Cholula a los tlaxcaltecas más que a los españoles.

El siguiente punto oscuro nos lleva a Tenochtitlán, y tiene como protagonistas a Cuauhpopoca y Moctezuma. Según Bernal, Cuauhpopoca, a las órdenes de Moctezuma en Nauhtla, había exigido de nuevo el tributo semestral a los totonacas. Juan de Escalante, dejado allí por Cortés, salió en defensa de estos, resultando malherido y finalmente muerto. En la batalla fue

capturado el español Argüello, cuya barbada cabeza fue enviada a Moctezuma a modo de trofeo. Conocidos los hechos, Moctezuma fue apresado.

Cortés, en su *Segunda Carta*, afirma haber conocido los hechos en la ciudad de Chururtecal —Cholula—, donde recibió una carta de Juan de Escalante en la que le informaba de cómo Cuauhpopoca había requerido la presencia de cuatro españoles, a dos de los cuales dio muerte, tras lo cual Escalante cargó sobre el mexica poniéndolo en fuga e indagando quién había instigado las acciones: Moctezuma. Los actos de Cuauhpopoca no quedarían impunes, pues, tras ser llamado por Moctezuma fue quemado en plaza pública junto a quince nobles. La leña de la hoguera con la que fueron ajusticiados los rebeldes procedía de los arcos, flechas y macanas que fueron hallados en una dependencia palaciega.

Con Moctezuma cautivo de los españoles se tuvo noticia de la llegada a la costa de Pánfilo de Narváez, enviado por Velázquez para prender a Cortés. Este se puso enseguida camino de Veracruz con el objeto de neutralizar a su compatriota. Será en su ausencia cuando se lleve a cabo la matanza del Templo Mayor, ordenada por Alvarado, que pasamos a analizar.

Los indígenas querían celebrar las festividades de Huitzilopochtli y Tezcatlipoca, que tradicionalmente se hacían en nuestro mes de mayo. Tras pedir permiso a Alvarado, que quedó al mando de 180 hombres, este se lo concedió con la condición de que los participantes lo hicieran sin armas. Estando reunidos en el Templo Mayor al menos seiscientos notables de Tenochtitlán, Alvarado mandó cargar contra ellos siendo la codicia del oro que portaba la nobleza mexica el objetivo de la carga, según Las Casas y Sahagún. Frente a ellos, Clavijero, que considera imprudente y bárbara la acción, señala a los tlaxcaltecas como incitadores de la decisión de Alvarado, al hacerle creer que los

mexicas preparaban la rebelión. Por su parte, fuentes indígenas como el *Códice Ramírez*, refieren que fue el propio Alvarado quien propuso la celebración del baile, empleando a Moctezuma para canalizar su orden. Otras incluso —fray Diego Durán — llegan a situar a Cortés en la ciudad cuando se producen los hechos, haciéndolo responsable.

Nosotros nos alejaremos de estas versiones, pues es Alvarado quien declaró en su juicio de residencia que la matanza se hizo porque la fiesta no era más que un preámbulo del alzamiento, del que la sustitución de la Virgen por Huitzilopochtli no era sino otro signo. Todo parece indicar que Alvarado autorizó la ceremonia con la condición aludida, aunque, si leemos con detenimiento a Bernal, hallaremos una clave que a menudo queda al margen de los análisis. Dice el cronista:

> Y cuando caminamos a muy grandes jornadas hasta llegar a Tlascala, donde supimos que hasta que Montezuma y sus capitanes habían sabido cómo habíamos desbaratado a Narváez, no dejaron de dar guerra, y le habían ya muerto siete soldados, y le quemaron los aposentos. Y que después supieron nuestra victoria, cesaron de dalle guerra; mas dijeron que estaban muy fatigados por falta de agua y bastimento, el cual bastimento nunca se lo había mandado dar el Montezuma. [221]

Antonio de Solís reconstruye retrospectivamente lo sucedido narrando la reunión que Cortés y Alvarado mantuvieron después de que el conquistador regresara a Tenochtitlán tras vencer a Narváez en la costa:

> Hernán Cortés se apartó con Pedro de Alvarado para inquirir el origen de aquella sedición, y pasar a los remedios con noticia de la causa. Hallamos en este punto la misma variedad en que otras veces ha tropezado el curso de la pluma. Dicen unos, que las inteligencias de Narbáez consiguieron esta conjuración del pueblo mejicano; y otros que dispuso el motín, y le fomentó Motezuma con ansia de su libertad, en que no es necesario detenernos, pues se ha visto ya el poco fundamento con que se atribuyeron a Narbáez estas negociaciones ocultas; y queda bastantemente defendido Motezuma de semejante inconsecuencia. Dieron algunos el principio de la conspiración a la fidelidad de los mejicanos, refiriendo que tomaron las armas para sacar de opresión a su rey: dictamen que se acerca más a la razón que a la verdad. Otros atribuyeron este rompimiento al gremio de los

sacerdotes, y no sin alguna probabilidad, porque anduvieron mezclados en el tumulto, publicando a voces las amenazas de sus dioses, y enfureciendo a los demás con aquel mismo furor que los disponía para recibir sus respuestas. Repetían ellos lo que hablaba el demonio en sus ídolos; y aunque no fue suyo el primer movimiento, tuvieron eficacia y actividad para irritar los ánimos y mantener la sedición. [222]

Tras repasar esta variedad de razones, el cronista no desaprovecha la ocasión para arremeter contra las interpretaciones foráneas de lo ocurrido en la ciudad de Moctezuma, apoyadas en ese inagotable filón que para la construcción de la Leyenda Negra constituyó la obra del padre Las Casas:

Los escritores forasteros se apartan más de lo verosímil, poniendo el origen y los motivos de aquella turbación entre las atrocidades con que procuran desacreditar a los españoles en la conquista de las Indias; y lo peor es, que apoyan su malignidad, citando al padre fray Bartolomé de las Casas o Casaus, que fue después obispo de Chiapa, cuyas palabras copian y traducen, dándonos con el argumento de autor nuestro y testigo calificado. Lo que dejó escrito y anda en sus obras es que los mejicanos dispusieron un baile público, de aquellos que llamaban mitotes, para divertir o festejar a Motezuma; y que Pedro de Alvarado, viendo las joyas de que iban adornados, convocó su gente y embistió con ellos, haciéndolos pedazos para quitárselas, en cuyo miserable despojo dice que fueron pasados a cuchillo más de dos mil hombres de la nobleza mejicana; con que deja la conspiración en términos de justa venganza. Notable despropósito de acción, en que hace falta lo congruente y lo posible. Solicitaba entonces este prelado el alivio de los indios, y encareciendo lo que padecían, cuidó menos de la verdad que de la ponderación. Los más de nuestros escritores le convencen de mal informado en esta y otras enormidades que dejó escritas contra los españoles. Dicha es hallarle impugnado para entendernos mejor con el respeto que se debe a su dignidad. [223]

Solís justifica la acción —que hoy denominaríamos preventiva— de Alvarado, conocedor de la conspiración que contra la pequeña guarnición española preparaba «la gente inquieta y misteriosa» de Tenochtitlán. No obstante, a juicio del cronista, una vez hecho el castigo entre la nobleza mexicana, Alvarado debió explicar a la población los motivos de su acción: la traición que contra los españoles se estaba tramando. Contrariado y consciente de las consecuencias de su acción, Alvarado —seguimos todavía a Solís— propondrá su propio cautiverio en aras de la pacificación de la ciudad. La propuesta no fue consi-

derada por Cortés, quien, para obtener el pretendido apaciguamiento, hizo salir a Moctezuma a la azotea de su palacio, donde fue alcanzado por una pedrada que le ocasionó la muerte.

En el siglo XIX, Lucas Alamán, en sintonía con Prescott, terció en el asunto, acogiéndose a un argumento, el de la emulación:

> Tal acto de atrocidad ha sido atribuido por los historiadores á diversos motivos: los unos pretenden que no tuvo mas objeto que el tomar las joyas de los megicanos, fundándose en la propension que Alvarado habia manifestado otras veces á este género de rapiña, por lo que habia sido reprendido por Cortés; otros creen que procedió del aviso que le dieron los tlaxcaltecas, enemigos irreconciliables de los megicanos, de que se trataba de atacarlo con ocasión de aquella celebridad; pero todo inclina á creer, y esta es la opinion del Sr. Prescott, que Alvarado intentó hacer una imitación del suceso de Cholula, aunque con muy contrario resultado. [224]

En definitiva, la matanza del Templo Mayor fue ordenada por Alvarado, si bien se produjo en un contexto en el que conviene ahondar, pues del conocimiento de algunos de sus detalles depende que pueda ser vista o no como una acción gratuita. Parece evidente la existencia de una importante conexión entre la decisión de Alvarado, al mando de un escaso contingente de hombres en el corazón de la ciudad, y lo que acaecía en la costa desde la llegada de Narváez. Carlos Pereyra nos ofrecerá la clave: los tratos entre Moctezuma, cautivo pero atesorador de gran poder, y Pánfilo de Narváez:

> Estando en esto, recibió alarmantes noticias de Méjico. Desde que llegó Narváez al arenal, había entrado en diligencias con Motecuhzoma, ofreciéndole que lo pondría libre. Los aztecas, por más que dijese Cortés sobre la seguridad de su victoria, y por muchas que fuese la admiración con que le veían, no podían menos que desear y esperar la derrota del teúl bravo.

Los mexicas, por otra parte, y al igual que ya hicieran los de Cholula, habían cambiado de actitud tras la salida de Cortés:

> Así, pues, algo cambió en su actitud desde la salida de Cortés. No fueron tan solícitos como antes, ni había ocasión para que se explicaran largamente Alvarado y Moctecuhzoma, sobre motivos de mutuas sospechas, como lo hacían éste y Cortés, por la falta de ingenio del nuevo capitán. Alvarado se atenía á lo que de

los aztecas y de sus propósitos le contaban los tlascaltecas. Su altivez de una pieza no le permitía lo que él creía rebajamiento, acercándose «al perro de Montezuma» para tener explicaciones. [225]

Pereyra, que no duda en incorporar a los factores que intervinieron en la decisión la altivez de Alvarado, descarga gran parte de la responsabilidad de la masacre en las informaciones que le hacían llegar otros indígenas: los tlaxcaltecas, enemigos jurados de los mexicas: «anunciábasele con insistencia que esa reunión sería el principio de un alzamiento general para acabar con los españoles y sus aliados», añade el historiador mexicano.

El historiador mexicano también explica la reacción de Alvarado, así también lo harán otros como Miralles, como una emulación de lo realizado por Cortés en Cholula, no sólo en lo que tenía de evitación de los peligros inmediatos, sino también por sus «consecuencias felices para los sucesos ulteriores, pues con ella acabarían las cabezas principales de las tres monarquías, y el pueblo, entregado á sí mismo, sería incapaz de intentar nuevas sublevaciones». [226]

No faltan, sin embargo, fuentes clásicas como la *Historia de la conquista de Mexico*, en la que Antonio de Solís niega tal connivencia entre Moctezuma y Narváez dando las siguientes razones:

Asientan algunos de nuestros escritores, que Pánfilo de Narbáez introdujo pláticas de grande intimidad y confidencia con Motezuma; que iban y venían correos de Méjico y Zempúala, por cuyo medio le dio a entender que traía comisión de su rey para castigar los desafueros y exorbitancias de Cortés; que no sólo él, sino todos los que seguían sus banderas andaban forajidos y fuera de obediencia; y que habiendo sabido la opresión en que se hallaba su persona, trataría luego de marchar con su ejército para dejarle restituido en su libertad, y en pacífica posesión de sus dominios; con otras imposturas de semejante malignidad. A cuyas esperanzas dicen no sólo que asintió Motezuma, pero que llegó a entenderse con él, y le hizo grandes presentes, recatándose de Cortés, y deseando romper su prisión con ocultas diligencias. No sabemos cómo pudieron llegar a sus oídos estas sugestiones; porque Narbáez no tuvo intérpretes con que darse a entender a los indios, ni pudo introducir por su medio con el lenguaje de las señas tan concertada negociación. De sus españoles sólo vinieron a Méjico el licenciado Guevara con los demás que remitió Sandoval, y éstos no hablaron re-

servadamente a Motezuma; ni cuando se diera en Cortés semejante descuido, pudieran hacer este razonamiento sin valerse de Aguilar y doña Marina: caso incompatible con lo que se refiere de su fidelidad. Débese creer que los indios zempoales conocieron de los semblantes y señas exteriores la enemistad y oposición de aquellos dos ejércitos, cuya noticia dieron a Motezuma sus confidentes o ministros; porque no es dudable que la tuvo antes que se la participase Cortés; pero de lo mismo que obró en esta ocasión se arguye que tenía el ánimo seguro, y sin alguna preocupación de siniestros informes.

No se niega que hizo algunos presentes de consideración a Narbáez; pero tampoco se colige de ellos que hubiese correspondencia entre los dos… [227]

En la actualidad, Rodrigo Martínez Baracs ha estudiado la relación entre la matanza y la llegada a la costa de Pánfilo de Narváez [228], enviado por Velázquez al mando de unos 1400 hombres que fueron bien acogidos por los mensajeros de Moctezuma entre los que destacaba Huaxtécatl. Según sus investigaciones, la idea de las acciones coordinadas entre Moctezuma y Narváez queda demostrada en la *Relación de la Nueva España y su conquista* de Juan Cano de Saavedra (ca. 1502-1572), hombre que vino con Narváez. Cano, quien litigó contra Cortés reclamando la herencia que le correspondía por haberse casado con la única hija legítima de Moctezuma, fue autor de la citada obra hoy extraviada.

Con Narváez en tierra firme, pronto comenzaron a cristalizar unas alianzas que recuerdan al modo de proceder de Cortés. Estas se extendieron a Cempoala, donde selló un acuerdo con el Cacique Gordo, antes leal al conquistador. Paralelamente a estas maniobras, Narváez expulsó al oidor Vázquez de Ayllón, hombre enviado por la Real Audiencia de Santo Domingo con el fin de impedir su partida. La situación recuerda también a lo ocurrido con un Cortés que resultó imparable para Velázquez un año antes. Desplazado a Veracruz, Vázquez de Ayllón recabó información de lo que en aquellas tierras acaecía, resultando ésta favorable a Cortés. La actitud de Narváez, en definitiva, legitimaba la de Cortés.

Por otra parte, la tropa de Narváez acusaba fisuras. Algunos consideraron la posibilidad de pasarse al bando de Cortés sin que Narváez fuera capaz de neutralizarlos del modo en que lo hizo el de Medellín con sus disidentes. Su actitud fue errática, como prueba el hecho de que tratara de ponerse en contacto con Cortés enviando al clérigo Juan Ruiz de Guevara y al escribano Álvaro de la Mata, dupla que aunaba el factor religioso y el burocrático, con una copia autorizada de la provisión de Velázquez. Cortés le respondió enviando a Juan Velázquez de León, familiar del ya Adelantado Diego Velázquez, y a fray Bartolomé de Olmedo, pidiéndole los originales de la provisión. Tras el forcejeo documental, Cortés abandonaría Tenochtitlán para enfrentarse a Narváez mientras sus enviados seducían a muchos de los acompañantes de este.

Es en ese contexto en el que Narváez recibirá a otro emisario de Moctezuma que trataba de establecer una alianza con el objeto de liberarse de un Cortés al que interpretaba como desagradecido pues, al cabo, lo había recibido con todos los honores y lo había cubierto de regalos, obteniendo como pago su propio presidio. El ofrecimiento que se le hacía a Narváez desde Tenochtitlán era máximo: matar a todos los españoles que allí quedaban. La mayor envergadura del ejército de Narváez obró sin duda a favor de la decisión del emperador mexica, que se negó a darle a Cortés los soldados que le requirió, pero que tampoco se percató de la erosión que sufría el contingente del bando velazquista. Prueba de la desafección de estos hombres, alentada por las promesas de riqueza esparcidas por los de Cortés, es el hecho de que antes del ataque final, al que Cortés llegó con unos trescientos hombres, el artillero se había pasado al bando enemigo, inutilizando las armas…

Martínez Baracs, en la descripción de lo ocurrido antes de tal batalla, se detiene en el parlamento que hizo Cortés a sus hom-

bres:

> Cortés hizo un muy buen "razonamiento", o arenga, a sus hombres y les dijo que a él le importaba menos que a los demás prender a Narváez, porque de no hacerlo ellos quedarían como "mozos" de los que venían. [229]

La motivación de la tropa alcanzó de este modo su punto máximo. El ataque se saldó con la derrota de los de Narváez y el prendimiento de este, que perdió un ojo en tal trance, lo cual no fue obstáculo para que le dijera a Cortés lo que refiere Bernal: «Señor capitán Cortés: tened en mucho esta victoria que de mí habéis habido, y tener presa mi persona», a lo que el extremeño replicó que tal hecho era «una de las menores cosas» que había hecho en esas tierras… Apenas obtenida la victoria, Cortés conocería lo que estaba pasando en Tenochtitlán, hacia donde regresó apresuradamente.

Martínez Baracs considera que el detonante de lo ocurrido en el Templo Mayor se debe, pues, a la ruptura de ese frágil equilibrio existente en la ciudad debido a la irrupción de Pánfilo de Narváez, si bien sospecha que la ruptura también hubiera podido venir dada de la mano de Cuitláhuac y Cuauhtémoc. En cualquier caso, y si de sangre hemos de hablar, no está demás traer a colación las crudas palabras de Lucas Alamán, teñidas de realismo, al reflexionar sobre la conquista del imperio mexica:

> El camino del conquistador no puede quedar trazado sino con sangre, y todo lo que hay que examinar es, si esta se derramó sin innecesaria profusión y si los bienes succesivos han hecho cerrar las llagas que la espada abrió. En las guerras en que se hacia intervenir la religion, las calamidades eran mayores porque ellas se consideraban como un castigo de la infidelidad, y casi no eran tenidos como hombres y con los derechos de tales los que profesaban otra religión. [230]

Antes de lanzar un alegato contra la Leyenda Negra al final de la cita que reproducimos a continuación:

> En lugar pues de calificar por hechos crueles y desusados algunos sucesos de la conquista que aparecen tales en nuestro siglo, como el haber cortado las manos á los espías tlaxcaltecas, y marcar con un fierro ardiendo á los prisioneros de los pueblos, que por haberse antes sometido al gobierno español eran considerados como reveldes

cuando volvían á tomar las armas, como Tepeaca, examinados tales acontecimientos á la luz del siglo en que se verificaron, no se ve en ellos mas que lo que en otras partes sucedía, y aun con cierta mitigación de severidad pues los espias eran y son castigados con la pena capital y la impresión del sello ardiendo todavia se practica en Francia con los que son condenados á galeras.

Lo que si debe parecer muy estraño es que en nuestro siglo de filosofía, cuando el celo religioso no anima al espíritu de conquista, y cuando para todo se invocan los principios de la humanidad y de la justicia, se hayan repetido las mismas violencias, se hayan hollado los mismos derechos de que se acusa á los españoles, y esto por las naciones cuyos escritores se han producido contra ellos de la manera mas vehemente. [231]

A modo de conclusión, diremos que el análisis de tal acción se debe llevar a cabo sopesando si se trató de una decisión prudente o no tomada por alguien que se encontraba al mando de una muy reducida tropa situada en el corazón de una ciudad cuya estructura favorecía su aislamiento y aniquilación. Consideramos que ese es el plano en el que deben situarse los hechos en lugar de tratar de vincularlos a aspectos psicológicos de los individuos.

Si hasta el momento hemos visto al contingente encabezado por Cortés dando muerte a indígenas, la conjura de Villafaña acarreará la muerte a quien le dio nombre. En efecto, estando los españoles en Texcoco antes la toma de Tenochtitlán, un soldado llamado Rojas alertó a Cortés de que se preparaba una rebelión interna para eliminarlo y sustituirle por Francisco Verdugo, cuñado de Diego Velázquez. A la cabeza de la del plan que concluiría con el apuñalamiento de Cortés, figuraba Antonio de Villafaña, tesorero de la expedición de Grijalva que había llegado con la expedición de Narváez. [232]

Cortés reaccionó de inmediato. Acompañado de su fiel Sandoval, prendió al traidor, al que se le encontró un papel con la lista de los conjurados, que pretendían incluso liberar a Narváez para que este escapara a Cuba. El suceso se saldó con el ajusticiamiento, previa confesión con fray Juan Díaz, por ahorca-

miento del traidor. Las identidades de los catorce enemigos de Cortés nunca trascendieron, pues se hizo creer que Villafaña se había tragado el papel, si bien estos tomaron buena cuenta del fin que les esperaba si retomaban sus turbias actividades. Cortés, desde ese momento, llevó una guardia mandada por Antonio Quiñones, mientras Bernal señala que: «desde allí adelante, aunque mostraba gran voluntad á las personas que eran en la conjuración, siempre se recelaba de ellos.»

La ofensiva final sobre la capital del imperio de Moctezuma dejaría también otros muertos diferentes a los que cayeron en combate. El principal de ellos fue el siempre hostil a los españoles Xicoténcatl *El mozo,* que también sufrió el rigor de la justicia hispana. En coherencia con su comportamiento pasado, el tlaxcalteca combatió a los españoles a su llegada a Tlaxcala y pretendió atacarlos de nuevo cuando estos regresaron tras la Noche Triste. Su retirada del asedio final a Tenochtitlán tenía un nombre: deserción, y era un delito que era castigado con la pena capital. En este punto conviene recordar que un acto similar por parte de algún español le hubiera procurado el mismo trato, como Cortés explicitó al recomponer su ejército tras la Noche Triste. Herrera añade que desde Tlaxcala se apoyó tal trato, puesto que así obraban ellos también con los desertores.

Si los duros castigos sobre la nobleza de Cholula y Tenochtitlán han dejado una profunda huella en la imagen de Cortés, la muerte de Cuauhtémoc es, por su repercusión, la más conocida. Cabeza visible de la última resistencia de Tenochtitlán, Cuauhtémoc protagonizó una escena de resonancias dramáticas cuando fue capturado y pidió a Cortés que le quitara la vida con su propio puñal. Demetrio Ramos repara en un detalle menos épico del prendimiento de Cuauhtémoc: las palabras que, según Bernal —cap. CLIV— le dirigió Cortés según las cuales el caudillo «mandaría a México y a sus provincias como de an-

tes lo solían hacer». Ramos interpreta esta promesa como el intento de que el nuevo reino se situara bajo la tutela imperial. [233]

A partir de ahí, con Tenochtitlán vencido y devastado tras 93 días de asedio, comienza la búsqueda del oro, incluido el perdido en la Noche Triste por parte de los españoles. Como los tesoros no aparecían, creció la presión sobre Cortés, a quien pedían dar tormento al caudillo indígena, una presión que aumentó con la presencia del tesorero real, Alderete. El resultado fue la tortura de Cuauhtémoc, a quien se le quemaron los pies, escena que arraigó con fuerza en la iconografía relacionada con la conquista y, por ende, con un Cortés que de haberse negado a que se le aplicara este tormento, hubiera hecho recaer sobre sí la sospecha de tener escondido el oro. Como el preciado metal no apareció, la responsabilidad de esta tortura comenzó a serle atribuida al conquistador por parte de los descontentos. A partir de ahí, Cuauhtémoc, a quien Cortés calificó como hombre bullicioso, permaneció siempre vigilado. El final de Cuauhtémoc es conocido. Junto al cacique de Tlacopan conspiró y fue ahorcado en 1525 acompañado de una serie de nobles mexicas que pasaron a Honduras en pos de un Olid que se había declarado independiente de Cortés y que ya había sido ejecutado por los partidarios del conquistador antes de que este, ignorante de tal circunstancia, emprendiera el camino hacia Las Hibueras.

Como ocurriera con los restos de Cortés, acaso como respuesta al hallazgo de estos, en 1949 se afirmó que los del caudillo indígena se habían encontrado en Ichcateopan, Guerrero, si bien tal hipótesis se desvaneció pronto. La ausencia de tales reliquias no ha sido obstáculo para que el mito heroico de Cuauhtémoc, de quien se cuenta que durante su tormento recriminó al rey de Tacuba su actitud, preguntándole si acaso él estaba «en algún deleite o baño», permanezca intacto.

Los ejemplos traídos muestran con crudo realismo los métodos bélicos, no tan diferentes de los actuales, como bien señaló Prescott, empleados en la conquista de México. Cortés aparece, una vez más, como un hombre de su tiempo, como también indicó Reynolds. Tan es así, que Hugh Thomas, quien destaca la brutalidad con la que en ocasiones se condujo el conquistador, dice que la palabra que caracteriza a Cortés es audacia.

No obstante, si de analizar literalmente la crueldad cortesiana se trata, suscribimos el juicio que hace Prescott en su *Historia de la Conquista de México* (Tomo II, p. 293):

> Cortés no era cruel, al menos comparado con los que siguieron su mismo camino férreo, porque la carrera de un conquistador es preciso que quede regada de sangre. Verdad es que el nuestro no se paraba en escrúpulos para realizar sus proyectos: arrollaba con cuantos obstáculos se le oponían, y su alma está oscurecida por mas de un hecho que ni sus mas entusiastas panegiristas se han atrevido á justificar.
>
> Mas no era cruel por mera crueldad: no permitía que se ultrajase á enemigos indefensos, lo cual parecerá que es pequeña alabanza, mas que ciertamente forma una excepción de la conducta que generalmente seguían los conquistadores de entonces, y que es aún una especie de adelanto para aquel tiempo. Aun se pudiera añadir que era severo en exigir el cumplimiento de las órdenes destinadas á proteger las personas y propiedades de los conquistados; lo cual no era poco arriesgado teniendo que luchar con una turba desenfrenada y licenciosa.

Capítulo 12
CORTÉS ASESINO DOMÉSTICO

Entrada la noche del 1º de noviembre de 1522, los gritos de Cortés llamando al servicio alteraron el silencio de su casa, lugar en el que pocas horas antes se había celebrado un animado banquete. Su mujer yacía muerta en la cama matrimonial. Acaso como una modulación más del carácter violento atribuido a Cortés, en este caso teñido de sexismo, nos ocuparemos en esta pieza del pretendido asesinato de su esposa, Catalina Suárez. Los hechos se produjeron aproximadamente del siguiente modo:

Durante la concurrida cena, cerrada con un baile, Catalina acusó a Francisco de Solís de tener indios suyos ocupados en ciertos trabajos, obteniendo por respuesta que quien así obraba era su esposo. Catalina replicó: «Yo vos prometo que antes de muchos días haré yo de esta manera que no tenga nadie que entender con lo mío». La intervención de Cortés no se hizo esperar: «Con lo vuestro, señora, yo no quiero nada». Horas después la muerte visitaba a Catalina Suárez Marcaida.

La relación entre doña Catalina y Cortés había comenzado años antes, cuando en 1515 Juan Suárez, que compartía encomienda con Cortés, trajo a Santo Domingo a su madre, María de Marcaida y a sus tres hermanas, llegadas a las Indias como damas de compañía de la virreina María de Toledo, esposa de Diego Colón y nieta del duque de Alba [234]. Cortés cortejó a una de ellas, Catalina, mas luego se mostró remiso a cumplir su promesa de boda. Presionado por Velázquez, se casó con ella dejándola en la isla antes de pasar al continente.

Hombre mujeriego, Cortés las tuvo antes y después de matrimoniar con Catalina, pretexto este, el de ser un hombre casado, que esgrimió ante Moctezuma cuanto este le propuso desposarse con su hija, la llamada doña Ana. Ello no impidió que algunos testificaran posteriormente diciendo que la habían visto en la alcoba de Cortés.

Como es sabido, de entre las amantes de Cortés destaca sobremanera doña Marina, la india que le fue regalada, junto a una veintena de mujeres, tras la batalla de Centla. Malinalli o Malintzin, tras ser bautizada y cambiar su nombre, fue concedida por Cortés a Alonso Hernández Portocarrero, si bien la partida de este a España favoreció que la relación con la intérprete o lengua se estrechara con el conquistador. En este punto, en el hecho de que los españoles, casados o no, tuvieran amantes, Salvador de Madariaga, en su apología de Cortés, apela a la institución de la barraganía, tan común en la Reconquista, para justificar la presencia de estas mujeres entre los españoles. [235]

En este contexto, no es de extrañar que la llegada de su esposa a la Nueva España causara cierta zozobra en Cortés, sentimientos encontrados como los que narra Bernal, que, además de afirmar que murió «de asma una noche», dice que al conquistador «le había pesado mucho de su venida», si bien añade que «les mandó salir a rescibir; y en todos los pueblos les hacía mucha honra, hasta que llegaron a México, y en aquella cibdad hobo regocijos y juegos de cañas» [236]. Peralta, en cuanto a la reacción que tuvo Cortés, asegura que

> … el marqués esperaba por hora a su mujer doña Catalina Suárez, que había enviado por ella; y ya pasados muchos días, que estaban con la esperanza, llegó nueva al marqués cómo su mujer estaba en el puerto, y trae socorro de muchas cosas. Holgó de ello mucho, luego despachó a unos capitanes, que fueron con cosas de regalos a recibirla y la trajesen a México. [237]

En cualquier caso, antes de que se produjeran los hechos de esa fatídica noche, la salud de doña Catalina ya había dado

muestras de ser quebradiza. Es significativo el testimonio de Juan González Ponce de León [238], hijo del conquistador de Puerto Rico y descubridor de La Florida, en el que narra algo que ocurrió durante una visita a la huerta del negro Garrido, primer plantador de trigo en Nueva España y poseedor de esclavos africanos:

> Dixo que porque este testigo y otras personas estando en Cuyuacan fueron con la dicha doña Catalina Xuares a ver una huerta de Juan Garrido e andando paseando por ella le dio tan rresio el mal de coraçon o de madre que cayo amorteçida en el suelo, e que este testigo le atento el pulso muchas vezes e pareçia que estaba muerta e fria, e a poder de agua e con sebollas, que le rrefregaba por las narizes, dende a mas de ora y media torno en si como muerta, y estubieron ete testigo e los otros muy gran preto con ella, e asta que torno mas en si, e la llevaron al aposento del dicho marqués; e que esto sabe e bido desta pregunta.

También se refiere a la noche de la muerte de Catalina Suárez:

> Dixo que la sabe como en ella se contiene; preguntando como la sabe, dixo que porque este testigo vido en la camara donde se acostaba el dicho marques e la dicha doña Catalina, su muger, muchas mugeres e pajes, e que aquella noche que fallesçio vido este testigo a la dicha doña Catalina Xuáres sentada a la mesa con el dicho marqués e otros cavalleros, mal dispuesta, e este testigo e Juan Xuáres, hermano de la dicha doña Catalina, estaban a las espaldas della myrando una carta e joyas de oro, e que le dixo el dicho su hermano que porque no senava y este testigo le dixo que con codiçia de las joyas no queria senar, e ella rrespondió que no era sino que tenía el mal que le avía dado en la huerta quando este testigo e los otros fueron con ella, e que aquella noche a media noche rremanecio muerta, e que cree este testigo que de aquel mal murio, e que asy es publico e notorio.

E incluso añade la tristeza que atrapó a Cortés ya viudo:

> Dixo que la sabe como en ella se contiene; preguntado como la sabe, dixo que porque este testigo vido al dicho marques hazer mucho sentimiento por la muerte de la dicha doña Catalina Xuares.

Juan Suárez de Peralta, que era sobrino de la propia Catalina Suárez, atribuye la muerte de su tía al llamado «mal de madre». Así consta en su *Tratado del descubrimiento de las Yndias y su conquista* (cap. XVIII), en el que afirma categórico:

> Ella murió, como he dicho, y no tuvo culpa el marqués, y dio satisfacción de ello con el sentimiento que hizo, porque la quería mucho.

Las palabras de Peralta sintonizan con las manifestadas por Juan de Salcedo en la declaración que hace en favor de Cortés el 23 de agosto de 1535, cuando dijo que estando doña Catalina todavía en Cuba ya «había caído al suelo como muerta», siendo él quien la tendió en una cama antes de que Cortés le echara agua en la cara tratando de reanimarla. Salcedo añade que estuvo «adormecida más de una hora grande». [239]

En 1604, Dorantes Carranza dice al respecto de la muerte de Catalina lo siguiente:

> Al fin Cathalina Juarez acabó traída á esta tierra para que otros gozasen en otra sucesion, sin haberle cabido á ella mas parte que el cansancio y las fatigas con que despues padeció su muerte, y sabe Dios porqué camino: al fin son juicios de su alta sabiduría, y no es dado á los hombres el juzgar, aunque sea á otros hombres, sus secretos ni imaginaciones. [240]

El suceso, lógicamente, ha sido abordado por los estudiosos de Cortés. Ángel Altolaguirre no podía mantenerse al margen de esta delicada cuestión. Como muestra de tal interés podemos citar su «Prueba histórica de la inocencia de Hernán Cortés en la muerte de su esposa» [241], artículo dirigido a analizar y recomendar la publicación de un trabajo homónimo del mexicano Juan Palacios. Altolaguirre sostiene que Cortés accedió al casamiento obligado por las circunstancias, lo cual no tuvo que ser necesariamente un obstáculo para la felicidad del matrimonio, como demostraría el gran recibimiento que Cortés hizo a Catalina a su llegada a México.

Palacios acepta la versión de Suárez de Peralta, que alude a «un dolor de estómago cruelísimo y luego acudió el mal de madre, y cuando quisieron procurar remedio, ya no le tenía, y así, entre las manos, dio su ánima a Dios. Hallóse con ella su camarera que se llamaba Antonia Hernández, mujer que fué segunda vez de Juan de Mocoso, el macero, á la cual se lo oí contar, y con lágrimas, porque la quería mucho», si bien Altolaguirre puntualiza que la tal Antonia que tal declaró no estaba esa no-

che en la casa… En cualquier caso, encarece la búsqueda de contradicciones entre los que dieron testimonio, concluyendo que tales declaraciones fueron inspiradas por los enemigos de Cortés. Destaca también Altolaguirre en el trabajo de Palacios el hecho de subrayar que dos de las hermanas de doña Catalina murieran con síntomas semejantes a ella, si bien de ello no se deduce la inocencia plena de Cortés, aunque sin duda tales datos sirven para restar credibilidad a sus acusadores.

Carlos Pereyra también descarta el asesinato, en este caso por ser impropio de un hombre tan reflexivo como Cortés, añadiendo que si lo hubiera querido, habría empleado otros métodos para deshacerse de su esposa sin que fueran sus manos las que le procuraran la muerte. Madariaga, por su parte, se limita a exponer el caso basándose en Bernal y en la información del juicio, señalando el largo tiempo que el Marqués del Valle llevó luto.

Si la posición de Pereyra, contraria a dar crédito al crimen, se apoya en el carácter de Cortés, Alfonso Toro, en su libro *Un crimen de Hernán Cortés. La muerte de doña Catalina Xuárez Marcaida (estudio político-legal)* (México 1922), fue capaz de presentar «pruebas objetivas y científicas» del crimen, antes de excusar al conquistador apelando a la moral de la época.

Al margen de las crónicas aludidas, el mayor material de análisis con el que se cuenta al respecto de esta muerte es el que proporcionó el juicio de residencia a Cortés, pues como bien afirma José Luis Martínez [242], el conquistador omite la muerte de su mujer en su cuarta *Relación*, lo cual, indudablemente, se presta a interpretaciones de todo tipo. En efecto, durante la Audiencia presidida por Nuño de Guzmán, enemigo de Cortés, que se hallaba en España, se inició el juicio de residencia, ocasión propicia para que la muerte de Catalina fuese revisada. Juan de Burgos y Antonio Carvajal dijeron que Cortés había

matado a su mujer, acusación a la que se sumaron varias mujeres que estuvieron esa noche en la escena del fallecimiento, en lo que José Luis Martínez califica como «un pintoresco chismorreo de criadas». A su entender, los declarantes creían que doña Catalina no murió de su propia muerte, sino ahogada por Cortés, sosteniendo la acusación en el hecho, así declararon tres mujeres, de que la cama estaba orinada y que la señora tenía moratones en el cuello. Pese a la gravedad de las acusaciones, nunca se llegó a emitir un fallo sobre este juicio paralelo, quedando la causa sobreseída. Martínez, sin embargo, no descarta que Cortés, en un momento de irascibilidad, matara a Catalina, quien probablemente reprochara al conquistador el trato que daba a su bastardo hijo Martín, tenido con doña Marina.

Si esta es la prudente posición de Martínez, otro mexicano, Juan Miralles, analiza en profundidad los testimonios vertidos en el juicio celebrado seis años después del óbito [243]. Miralles da cuenta de cómo, en los tiempos de la muerte de doña Catalina, la opinión mayoritaria era que se había debido a causas naturales, sin que pudieran precisarse cuáles. En apoyo de esta importante afirmación, el historiador dice que en el lapso de tiempo transcurrido hasta la llegada de este asunto a los tribunales, no hay alusiones al mismo entre cronistas como Pedro Mártir u Oviedo, quien estuvo en contacto con Narváez en España. Tampoco Las Casas, siempre tan hostil a Cortés, y residente en Nueva España en 1531 y 1545, toca el tema.

Junto a estos datos pero, sobre todo, frente a los declarantes aludidos, aparecen las manifestaciones del obispo Zumárraga, Motolinía o Pedro de Gante, hombres de iglesia que no tenían necesidad de defender intereses personales como los de los deudos de la muerta y que, por otra parte, estaban obligados a condenar con rigor cualquier crimen. Por estas razones, los testimonios de los religiosos tienen un valor especial a la hora de abor-

dar este polémico episodio en la vida de un Cortés que más tarde se casó en España con doña Juana de Zúñiga, sobrina del poderoso duque de Béjar.

Capítulo 13
CORTÉS Y EL REGRESO DE QUETZALCÓALT

La identificación de Cortés con Quetzalcóatl, y por extensión, la condición divina de los españoles, siempre desde la perspectiva de los indígenas del Anáhuac que compartían un mismo panteón, es un argumento muy arraigado que con frecuencia se emplea para explicar la facilidad con la que los conquistadores pudieron hacerse con tan vastos territorios poblados por una serie de pueblos en un apreciable estado civilizatorio. Según esta tesis, el fanatismo religioso de tales sociedades habría producido una parálisis primero, y un entreguismo después, que habría dejado el camino expedito para unos seres sobrenaturales, los blancos barbados, que sólo así podrían haber dominado con tanta rapidez las estructuras políticas con las que se encontraron. Esta es, a grandes rasgos, una de las explicaciones más populares en relación con el fulgurante éxito de Cortés.

Y si Cortés supo aprovechar tal identificación, el principal responsable de la pretendida falta de resistencia por parte de los mexicas es Moctezuma, quien aunaba en su persona atributos políticos pero también sacerdotales, al haber estado vinculado al culto a Huitzilopochtli antes de convertirse en *huey tlatoani* o portavoz supremo con atribuciones políticas, religiosas y militares.

La cuestión no es en absoluto sencilla, ni puede negarse la confusión en la que se vio envuelta la llegada del conquistador que venía del Oriente. Sin embargo, y ya adelantamos nuestra conclusión, el propio comportamiento de Cortés fue despoján-

dole de los atributos religiosos que favorecieron inicialmente su identificación con un Quetzalcóatl que regresaba para dar cumplimiento a su promesa o ser, en efecto, su enviado. Veamos.

Una primera aproximación a la leyenda de Quetzalcóatl nos dice que quien debía regresar era un dios blanco y barbado, denominador común de una amplia cantidad de los españoles que llegaron a las costas americanas. En este sentido, la confusión bien pudo darse el 2 de agosto de 1502, cuando Cristóbal Colón apresó a los 25 ocupantes de una gran canoa, arrebatándoles efectos mexicas como camisas de algodón o macanas… A Cristóbal Colón le sucedieron Vicente Yánez Pinzón y Juan Díaz de Solís. Dada la eficaz red de informadores de la que se disponía en Tenochtitlán, bien pudo producirse una inicial identificación de estos españoles con el dios.

A este primer contacto hemos de sumar la prolongada presencia, en las tierras dominadas por Moctezuma, de Gonzalo Guerrero y Jerónimo de Aguilar tras su naufragio en Cozumel en 1511. Los dos españoles, supervivientes a sus compañeros sacrificados, convivieron con los naturales durante años y pudieron exhibir sus virtudes y sus humanas flaquezas. En relación con Guerrero, su grado de identificación e integración con los indígenas queda probado no sólo por la renuncia que hizo de incorporarse a la hueste de Cortés, sino porque según se sospecha, pudo adiestrar militarmente a los indios que acometieron a Hernández de Córdoba. Como detalle adicional de estos contactos, añadiremos que el propio Moctezuma atesoraba una espada y unos ropajes españoles antes de que Cortés llegara. Así lo afirma Gómara a propósito de los malos augurios, probablemente reconstruidos de manera retrospectiva, que gravitaron sobre los mexicas antes de su caída:

Poco antes que Fernando Cortés llegase a la Nueva-España, apareció muchas noches un gran resplandor sobre la mar por do entró; el cual parecía dos horas antes del día, subía en alto y deshacíase luego. Los de México vieron entonces llamas de fuego hacia oriente,

que es la Veracruz, y un humo grande y espeso que parecía llegar al cielo, y que mucho los espantó. Vieron eso mismo pelear por el aire gentes armadas, unas con otras; cosa nueva y maravillosa para ellos, y que les dio qué pensar y qué temer, por cuanto se platicaba entre ellos cómo había de ir gente blanca y barbuda a señorear la tierra en tiempo de Moteczuma. Entonces se alteraron mucho los señores de Tezcuco y Tlacopan, diciendo que la espada que Moteczuma tenía era las armas de aquellas gentes del aire, y los vestidos el traje; y tuvo él harto que aplacarlos, fingiendo que aquellas ropas y armas fueron de sus antepasados, y porque lo creyesen hizo que probasen a quebrar la espada; y como no pudieron o no supieron, quedaron maravillados y pacíficos.

Parece ser que ciertos hombres de la costa habían poco antes llevado a Moteczuma una caja de vestidos con aquella espada y ciertos anillos de oro y otras cosas de las nuestras, que hallaron a orillas del agua, traídas con tormenta. Otros dicen que fue la alteración de aquellos señores cuando vieron los vestidos y el espada que Cortés envió a Moteczuma con Teudilli, mirando cómo se parecía al vestido y armas de los que peleaban en el aire. Como quiera que fuese, ellos cayeron en que se habían de perder entrando en su tierra los hombres de aquellas armas y vestidos. [244]

En 1517 se organizó un viaje de exploración auspiciado por Diego Velázquez, que decidió poner a la cabeza de ella al capitán Francisco Hernández de Córdoba y como piloto a Antonio de Alaminos. Durante este accidentado viaje se produjeron muertes e incluso sacrificios de españoles, hechos que obrarían a favor de despejar la duda a propósito de su divinidad. Tras estas expediciones se tuvo noticia de la existencia de una ciudad que los españoles llamaron el Gran Cairo, nombre que habla bien a las claras de los referentes que manejaban. No hemos de olvidar que Pedro Mártir encabezó una embajada a Egipto en 1498, misión que quedó escrita en su *Legatio Babylonia*, publicada en Sevilla en 1511. Si en Tierra Firme quedaron españoles, fruto de estos viajes los indios Melchorejo y Julianillo también quedarán en manos hispanas. En un plano más técnico, es evidente que de tales viajes, Cortés, pero sobre todo su piloto Alaminos, obtuvieron datos útiles en su expedición.

Por el lado indígena, y dada la existencia de la red de espías que Moctezuma tenía desplegada por las tierras que dominaba, cabe sospechar de las tempranas noticias que se tuvieron en Tenochtitlán a propósito de la llegada de hombres blancos al lito-

ral. De hecho, todo parece indicar que, sobre todo desde la llegada de Grijalva, Moctezuma había enviado informadores a la costa que muy pronto tomaron contacto con Cortés.

Tras estos naufragios y supuestos augurios, en primavera de 1518 un hombre informa en Tenochtitlán de la llegada de «una sierra o cerro grande que andaba de una parte a otra», refiriéndose a los barcos de Grijalva. Moctezuma lo enviará de nuevo a la costa acompañado de Cuitlalpítoc, siendo recibidos por el calpixque Pínotl. Los españoles fueron vistos pescando, de todo lo cual fue informado Moctezuma, quien ordenó que la costa fuera vigilada mientras se elaboraban regalos para los extraños visitantes. Días después, sus emisarios -Pínotl, Yaotzin, Teocinyocan, Cuitlalpítoc y Tentli- se dirigieron, a bordo de canoas, a los barcos, llevando mantas y alimentos, a lo que los españoles respondieron dándoles galletas, pan, cuentas de vidrio e incluso vino. Parte de las galletas y el pan fueron llevados al templo de Quetzalcóatl en Tula, mientras las cuentas se enterraron en el altar de Hitzilipochtli, en Tenochtitlán [245]. De aquella expedición también quedó un español en la nueva tierra: Miguel de Zaragoza, posteriormente favorecido por Cortés. [246]

Antes de que aparezca en escena Cortés, conviene hacer un alto en la narración de los hechos y fijarse en la leyenda de Quetzalcóatl a la que, al parecer, se ajustaría el conquistador en vez de sus predecesores, acaso por la determinación con la que actuó el de Medellín. Por lo que respecta a la leyenda de Quetzalcóatl, hermano gemelo de Xólotl, todo parece indicar que el fondo de la misma parece recortarse sobre un personaje delineado según los patrones del evemerismo, pero también sobre los sinuosos trazos de un Quetzalcóatl que tiene los atributos de una deidad zoomorfa, la serpiente emplumada, que se proyectará sobre la bóveda celeste en Venus. La serpiente experimentará

un cambio de piel que puede interpretarse como una metáfora de la resurrección o de un renacimiento cíclico.

En cuanto al Quetzalcóatl de formas humanizantes, con el que Cortés puede llegar a confundirse, dicha apariencia puede también venir ligada a un proceso de metonimia, dado que los sacerdotes del culto a tal deidad solían ir ataviados con sus atributos, resultando también depositarios de tal nombre y aportando a su vez materiales para la confección del personaje mítico. De modo aún más genérico, hemos de decir que a menudo los sacerdotes, tanto los consagrados a Huitzilopochtli como los que se dedicaban a Tláloc, se llamaban a sí mismos Quetzalcóatl.

Ese Quetzalcóatl humanizado y antropomórfico es quien, en la narración legendaria, dota a los hombres de numerosas herramientas y saberes, incluido el fuego, el maíz, la agricultura, etc. Incluso es precursor de las dinastías gobernantes, dato que sin duda es relevante toda vez que los mexicas habían fundado Tenochtitlán en fechas relativamente cercanas, desplazando a otros pueblos. Quetzalcóatl, por último, será un sabio y virtuoso sacerdote, atributos linderos con los de un santo cristiano, características que, andando el tiempo, no pasarán inadvertidas para los representantes de la Iglesia. Finalmente, en el panteón del Anáhuac el dios Quetzalcóatl es antagónico de Huitzilopochtli, dios de la guerra que lo había expulsado de Tula.

Si, a grandes rasgos, esta es la descripción del mítico Quetzalcóatl, su figura iba unida a la promesa del regreso a su tierra, retorno que Cortés conocerá, como se puede advertir en su *Segunda Carta*, en la que recoge las palabras de Moctezuma:

> Muchos días ha que por nuestras escrituras tenemos de nuestros antepasados noticia que yo ni todos los que en esta tierra habitamos no somos naturales de ella sino extranjeros y venidos a ella de partes muy extrañas y tenemos asimismo que a estas partes trajo nuestra generación un señor cuyos vasallos todos eran, el cual se volvió a su naturaleza y después tornó a venir dende en mucho tiempo y

tanto, que ya estaban casados los que habían quedado con las mujeres naturales de la tierra y tenían mucha generación y hechos pueblos donde vivían y queriéndolos llevar consigo, no quisieron ir ni menos recibirle por señor y así se volvió y siempre hemos tenido que los que de él descendiesen habían de venir a sojuzgar esta tierra y a nosotros como a sus vasallos y según de la parte que vos decís que venís, que es a donde sale el sol y las cosas que decís de ese gran señor o rey que acá os envió, creemos y tenemos por cierto, él sea nuestro señor natural, en especial que nos decís que él ha muchos días tenía noticia de nosotros y por tanto, vos sed cierto que os obedeceremos y tendremos por señor en lugar de ese gran señor que vos decís y que en ello no habrá falta ni engaño alguno y bien podéis en toda la tierra, digo que en la que yo en mi señorío poseo, mandar a vuestra voluntad, porque será obedecido y hecho y todo lo que nosotros tenemos es para lo que vos de ello quisiéredes disponer.

Las Casas, siempre atento a las acciones de Cortés, será el primero en negar tales palabras de Moctezuma, si bien la negación puede interpretarse como una interpretación interesada en yugular la legitimidad de la trasmisión que Moctezuma hace del poder mexica en beneficio del opresor Cortés. La cita pertenece a su obra *Los tesoros del Perú*, inédita hasta 1968:

En efecto y en cierta ocasión, encontrándonos aquel opresor de hombres y yo en la propia ciudad de México hablando en una conversación familiar (pues hubo un tiempo en que éramos amigos), recayó nuestra charla sobre su invasión y tiránica entrada en aquellos reinos; él afirmaba que el rey Moctezuma le había cedido a él todo el reino en nombre del rey de las Españas; yo le contradecía y le aseguraba que lo había hecho por miedo y terror de nuestros caballos y armas de fuego, si es que lo había hecho, lo que de ninguna manera creo, y al preguntarle uno de los que con nosotros allí estaba: "¿No te envió el rey Moctezuma mensajeros con dones, rogándote que salieras tú y tus compañeros de su reino?", respondió riendo a carcajadas: "Así fue en verdad, más de treinta veces". He aquí cómo por sus propias palabras públicamente le convencí de mentiroso…"

La cita trata de poner de relieve una actitud de Cortés que Las Casas no duda en adjetivar como tiránica, si bien en ella también hallamos otro interesante sentido que sirve para negar la identificación Cortés-Quetzalcóatl: Moctezuma había opuesto numerosos obstáculos a la llegada del nuevo visitante a la ciudad. Trabas que llegaban al ofrecimiento de generosos tributos para el Emperador, el propio Cortés e incluso su hueste, en

un errático tanteo que hace dudar de a quién veía como el dios regresado.

Antes de que todo esto ocurriera en el corazón del Anáhuac, los hechos en los que participó Cortés ya le habían distanciado un tanto de la figura del dios barbado. Los españoles, en efecto, eran humanos, como bien pudieron comprobar los tlaxcaltecas tras lanzar sobre ellos un ataque nocturno encabezado por Xicoténcatl *el mozo* (1484-1521) a la cabeza de tropas otomíes, no tlaxcaltecas. La supersticiosa lógica de este ataque respondería al hecho de que los supuestos hijos del Sol perderían la protección del astro cuando este estuviera oculto, es decir, de noche. La actitud de los tlaxcaltecas rebeldes puede ponerse en consonancia con el mito de los hombres divinos, sin embargo, muchos son los que niegan tal posibilidad, explicando la nocturnidad por motivos más prosaicos. Así lo hace el propio Carlos Pereyra, que considera que la búsqueda de la noche venía aparejada a cuestiones puramente tácticas:

> Acaso, como hijos del Sol, no podrían ser vencidos mientras su padre los protegiera. Necesario era probar fortuna de noche. Esta explicación se ha dado, por la leyenda, al ataque nocturno que preparaba Shiconténcatl, y que tal vez no fue aconsejado por los sacerdotes, sino por prudente reflexión sobre las causas naturales de tantas derrotas. La sorpresa era el último recurso á que apelaban los tlascaltecas. [247]

Paralelamente, el propio Cortés rechazó su condición divina, que si incorporaba muchas ventajas estratégicas, suponía pasar por trances inadmisibles —antropofagia, sacrificios humanos— para un cristiano. Los hechos siguieron la siguiente secuencia:

Tras las escaramuzas, Cortés recibirá como obsequio a unas mujeres para que pudiesen ser sacrificadas y comidas por los españoles, demostrando de tal manera que eran dioses. La alternativa era alimentarse de las gallinas, pan y fruta que les ofrecieron los indígenas, dando así a entender que se trataba de hombres. El español, naturalmente, rechazó la primera propuesta y

dejó claro que era el representante de su emperador, a cuya obediencia se debían sujetar los naturales del mismo modo que él lo estaba. Podemos, no obstante, suponer que la idea de un Quetzalcóatl que regresaba, quedaba intacta si entendemos que los indígenas podían ver a ese lejano Carlos como al dios del cual Cortés era la avanzadilla.

La explícita declaración de Cortés en la cual se reclama humano, la recoge Tapia de este modo:

> Tres o cuatro días antes desto, habían venido ciertos indios al real, e traído al marqués cinco indios, diciéndole: «Si eres dios de los que comen sangre e carne, cómete estos indios, e traerte hemos más; e si eres dios bueno, ves aquí incienso e plumas; e si eres hombre, ves aquí gallinas e pan e cerezas». El marqués siempre les dicie: «Yo e mis compañeros hombres somos como vosotros; e yo mucho deseo tengo de que no me mintáis, porque yo siempre os diré verdad, e de verdad os digo que deseo mucho que no seáis locos ni peleéis, porque no recibáis daño».

Algo después el propio Tapia pone estas palabras en boca de un indio llamado Teuche que sabe de la condición humana de los españoles, a los que advierte de que si continúan adelante morirán a manos de los mexicas:

> Señor, no te fatigues en pensar pasar adelante de aquí, porque yo siendo mancebo fui a Mexico, y soy experimentado en las guerras, e conozco de vos y de vuestros compañeros que sois hombres e no dioses, e que habéis hambre y sed y os cansáis como hombres; e hágote saber que pasado desta provincia hay tanta gente que pelearán contigo cient mill hombres agora, y muertos o vencidos éstos vendrán luego otros tantos, e así podrán remudarse e morir por mucho tiempo de cient mill en cient mill hombres, e tú e los tuyos, ya que seáis invencibles, moriréis de cansados de pelear, porque como te he dicho, conozco que sois hombres, e yo no tengo más que decir de que miréis en esto que he dicho, e si determináredes de morir, yo iré con vos.» El marqués se lo agradeció e le dijo que con todo aquello quería pasar delante, porque sabie que Dios que hizo el cielo y la tierra les ayudarie, e que así él lo creyese.

Por lo que a nosotros respecta, entendemos que la confusión no pudo sostenerse mucho tiempo, pues en su avance Cortés mostró su vulnerabilidad. En todo momento Moctezuma estuvo informado de la llegada de los españoles, pues tan sólo tres días después de que estos accedieran a San Juan de Ulúa reci-

bieron el primer presente del emperador mexica, algo que se repetirá apenas una semana más tarde. Por otro lado, pronto murieron hombres y caballos, mientras que el propio Cortés trataba cuerpo a cuerpo con los naturales, detalles que sin duda los informadores *calpixes* trasladaron a un Moctezuma que, por otra parte, le envió los atavíos de las deidades. De varias de ellas, no las exclusivas de Quetzalcóatl.

En relación con el popular asunto de los caballos, conviene detenerse, pues es bien sabida la asentada idea de que los indígenas percibían a caballo y jinete como un todo, dando lugar a una suerte de temibles centauros. Antonio Solís emplea tal vocablo en su *Historia de la conquista de México* al hablar de la batalla sostenida por los españoles con los indios de Tabasco:

> Hizo Hernán Cortés posible la victoria rompiendo con sus caballos la batalla del ejército enemigo: acción en que lucieron igualmente las manos y el consejo del capitán, siendo tanto el discurrirlo antes, como el ejecutarlo después; y no se puede negar que tuvieron su parte los mismos caballos, cuya novedad atemorizó totalmente a los indios, porque no los habían visto hasta entonces, y aprendieron con el primer asombro que eran monstruos feroces, compuestos de hombre y bruto, al modo que, con menor disculpa, creyó la otra gentilidad sus centauros. [248]

Esta imagen también quedaría muy pronto quebrantada, pues durante el primer enfrentamiento entre los españoles y los tlaxcaltecas, estos mataron a dos caballos. Poco después moriría en otro combate la yegua propiedad de Núñez Sedeño, cuyos cuartos serían exhibidos, yendo sus herraduras a constituir ofrendas a la deidad Camaxtle. Los hechos son vivamente narrados por Aguilar en su «Tercera Jornada», cuando en la lucha contra los tlaxcaltecas dice:

> … y el uno de ellos cortó de un revés todo el pescuezo del caballo donde iba Cristóbal de Olid, y luego el caballo murió; y el otro que estaba de la otra parte tiró otra cuchillada al otro que iba a caballo, y cortando toda la cuartilla del caballo en el cual hizo el golpe, cayó también como el otro, muerto.

Todos estos datos, junto a los obtenidos en el transcurso de entrevistas de carácter diplomático con personajes interpuestos,

así como las trabas que Moctezuma puso para impedir que llegara a Tenochtitlán, pueden interpretarse no en clave religiosa sino política. Prueba de ello es el hecho de que Moctezuma ofreciera pagar tributos, institución que contribuye a desdibujar la dimensión divina de Cortés. La confusión, o esa suerte de juego político-religioso que propuso Moctezuma, continuó todo el tiempo que fue posible.

A todo lo ya descrito ello hemos de añadir la polisemia del término «teul», aplicado a los españoles, que algunos traducen como «inmortales», mientras otros prefieren darle el significado de «señores». El propio Aguilar se hace eco de tal vocablo en su «Quinta Jornada»:

> Teníanos por hombres inmortales y llamábannos teules, que quiere decir dioses.

La situación se mantuvo en ese equilibrio inestable hasta la llegada de Cortés y su hueste a Tenochtitlán, con el ceremonioso encuentro con Moctezuma como punto de arranque de una extraña relación. Las fuentes indígenas presentan a un reverencial Moctezuma que ve en Cortés a un Quetzalcóatl que regresa a recuperar su sitio. Los informantes de Fray Bernardino de Sahagún describieron de este modo las palabras del emperador mexica al encontrarse con Cortés:

> Señor nuestro: te has fatigado, te has dado cansancio: ya a la tierra tú has llegado. Has arribado a tu ciudad: México. Aquí has venido a sentarte en tu solio, en tu trono. Oh, por tiempo breve te lo reservaron, te lo conservaron, los que ya se fueron, tus sustitutos.
>
> Los señores reyes, Itzcoatzin, Motecuhzomatzin el Viejo, Axayácatl, Tizoc, Ahuítzotl. Oh, que breve tiempo tan sólo guardaron para ti, dominaron la ciudad de México. Bajo su espalda, bajo su abrigo estaba metido el pueblo bajo.
>
> ¿Han de ver ellos y sabrán acaso de los que dejaron, de sus pósteros?
>
> ¡Ojalá uno de ellos estuviera viendo, viera con asombro lo que yo ahora veo venir en mí!
>
> Lo que yo veo ahora: yo el residuo, el superviviente de nuestros señores.
>
> No, no es que yo sueño, no me levanto del sueño adormilado: no lo veo en sueños, no estoy soñando…

¡Es que ya te he visto, es que ya he puesto mis ojos en tu rostro!…

Ha cinco, ha diez días yo estaba angustiado: tenía fija la mirada en la Región del Misterio.

Y tú has venido entre nubes, entre nieblas.

Como que esto era lo que nos habían dejado dicho los reyes, los que rigieron, los que gobernaron tu ciudad:

Que habrás de instalarte en tu asiento, en tu sitial, que habrías de venir acá…

Pues ahora, se ha realizado: ya tú llegaste, con gran fatiga, con afán viniste.

Llega a la tierra: ven y descansa; toma posesión de tus casas reales; da refrigerio a tu cuerpo.

¡Llegad a vuestra tierra, señores nuestros! [249]

Sin embargo, insistimos, la relación entre el mexica y el español se fue vaciando de contenidos divinos, a lo que hemos de añadir el gran interés que Cortés tenía en atraer a la fe católica a Moctezuma, alejándolo de este modo de sus creencias. Por otro lado, no hemos de descartar de forma terminante que Moctezuma realizara tan hospitalario recibimiento como parte de una estrategia que concluyese con el ataque final a los españoles dentro de una ciudad de tan difícil escapatoria como era Tenochtitlán. En cuanto a la insistencia mostrada por Cortés para que Moctezuma se convirtiera al cristianismo, es ilustrativa la escena de su visita a los adoratorios. Demos la palabra al de Medellín:

> Señor Montezuma, no sé yo cómo un tan gran señor e sabio varón, como vuestra merced es, no haya colegido en su pensamiento cómo no son estos vuestros ídolos dioses, sino cosas malas, que se llaman diablos. Y para que vuestra merced lo conozca y todos sus papas lo vean claro, hacedme una merced: que hayáis por bien que en lo alto de esta torre pongamos una cruz e en una parte destos adoratorios, donde están vuestros Huichilobos y Tezcatepuca, haremos un apartado donde pongamos una imagen de Nuestra Señora (la cual imagen ya el Montezuma la había visto) y veréis el temor que dello tienen estos ídolos que os tienen engañados. [250]

Existe otro momento que nos interesa particularmente: la reunión que mantiene Moctezuma con las personas principales de sus dominios para comunicarles su sometimiento a los españoles. Allí de nuevo aflorará la leyenda de sus labios:

Y diré que en la plática que tuvo el Montezuma con todos los caciques de toda la tierra que había mandado llamar, que después que les había hecho un parlamento, sin estar Cortés ni ninguno de nosotros delante, salvo Orteguilla el paje, dicen que les dijo que mirasen que de muchos años pasados sabían por muy cierto, por lo que sus antepasados les habían dicho, e ansí lo tiene señalado en sus libros de cosas de memorias, que de donde sale el sol habían de venir gentes que habían de señorear estas tierras y que se había de acabar en aquella sazón el señorío y reino de los mexicanos, e que él tiene entendido, por lo que sus dioses le han dicho, que somos nosotros. E que se lo han preguntado a su Huichilobos los papas que lo declaren, y sobre ello les hacen sacrificios y no quieren respondelles como suelen. Y lo que más le da a entender el Huichilobos es que lo que les ha dicho otras veces aquello da agora por respuesta, e que no le preguntasen más. E que ansí que bien dan a entender que demos la obidiencia al rey de Castilla, cuyos vasallos dicen estos teules que son, y porque al presente no va nada en ello, y, el tiempo andando, veremos si tenemos otra mejor respuesta de nuestros dioses; y como viéramos el tiempo, ansí haremos. «Lo que yo os mando y ruego que todos de buena voluntad, al presente, se la demos e contribuyamos con alguna señal de vasallaje, que presto os diré lo que más nos convenga, y porque agora soy importunado a ello por Malinche, ninguno los rehúse. E mirá que en diez y ocho años que ha que soy vuestro señor, siempre me habéis sido muy leales, e yo os he enriquecido e ensanchado vuestras tierras e os he dado mandos e hacienda. E si agora al presente nuestros dioses permiten que yo esté aquí detenido, no lo estuviera, sino que ya os he dicho muchas veces que mi gran Huichilobos me lo ha mandado.» E desque oyeron este razonamiento, todos dieron por respuesta que harían lo que mandase, y con muchas lágrimas y sospiros, y el Montezuma mucha más.

E luego envió a decir con un principal que para otro día darían la obidiencia y vasallaje a Su Majestad, que fueron en –– días del mes de –– de mil e quinientos y diez y nueve años. [251]

Cabe preguntarse, como algunos lo han hecho, por el significado de las lágrimas que recorrieron las mejillas de Moctezuma. Es significativo el hecho de que, al reproducir las palabras de Moctezuma, Bernal no cita a Quetzalcóatl sino a Huichilobos. Tan sólo se alude a «gentes que habían de señorear esas tierras», unas gentes que no tenían por qué ser dioses y que pueden hacernos pensar que Moctezuma lloraba por la pérdida de su imperio a manos de hombres. En este punto puede sin duda aducirse que Díaz del Castillo pudo trascribir mal las palabras del emperador mexica, incluso que no tenía capacidad para entender los antagonismos existentes entre las deidades del Anáhuac

y las leyendas en las que se hallaban incluidos. No obstante, un conocedor mucho más profundo de estas religiones y de la situación en la que se encontraba la sociedad mexica como es Miguel León-Portilla, dice lo siguiente en su clásico ensayo *Visión de los vencidos* (México 1959):

> Proyectando primero sus viejos mitos, creyeron los mexicas que Quetzalcóatl y los otros teteo (dioses) habían regresado. Pero, al irlos conociendo más de cerca, al ver su reacción ante los objetos de oro que les envió Motecuhzoma, al tener noticias de la matanza de Cholula y al contemplarlos por fin frente a frente en Tenochtitlan, se desvaneció la idea de que Quetzalcóatl y los dioses hubieran regresado. Cuando asediaron a la ciudad los españoles, con frecuencia se les llama popolocas (bárbaros). [252]

Los españoles, en suma, no serían dioses sino invasores humanos, como ya se había encargado de señalar un siglo antes Lucas Alamán al narrar la llegada de los españoles a Tenochtitlán:

> Cortés vino desde Tlaxcala por el camino de los Llanos de Apan y Tezcuco. A su entrada en la ciudad no vio por todas partes mas que soledad y silencio, aunque sin encontrar resistencia, probablemente porque los megicanos querían dejarle entrar para hacerle perecer con todos los suyos. [253]

Por abundar más en relación con la actitud del lacrimógeno Moctezuma hemos de volver a referirnos a su alianza con Pánfilo de Narváez. Esta maniobra permite apreciar mejor la separación que, desde la propia perspectiva del emperador mexica, se dio entre Quetzalcóatl y Cortés. En efecto, la aparición, también por el Este, de otro barbado blanco que trataba de prender a quien se había recibido de tal modo en Tenochtitlán, debió hacer tambalear la creencia de que se hallaban ante el verdadero Quetzalcóatl, incluso de que se tratase de su verdadero emisario y no ante un suplantador de este que, por otro lado, se había permitido el exceso de arremeter contra los ídolos.

A esas alturas, es evidente que ya nadie creía en la divinidad de los españoles, como se pudo comprobar poco después, cuando, tras la Noche Triste, cuenta Bernal cómo, en el avance sobre

Tlatelolco, los mexicas, ya dirigidos por Cuauhtémoc, les arrojaron varias cabezas de españoles, haciéndoles creer —Bernal iba junto a Alvarado— que también habían matado al propio Cortés ya completamente separado de Quetzalcóatl y plenamente mortal.

Pese a todo, a principios del siglo XVII la idea de la identificación de Cortés con Quetzalcóatl seguía viva en muchos escritos. Dorantes dice que Moctezuma y los suyos creyeron «al principio» que los españoles eran dioses, creencia que le llevó a ofrecer el reino a Cortés, pues, al cabo, el mexica ocupaba un trono que legítimamente pertenecía a Quetzalcóatl:

> Moctecçuma y sacerdocio y los demás, los reyes y pueblo, siempre á los principios creyeron por sus caracteres y pinturas con que se entendian y escribian sus historias, que los spañoles eran dioses, hijos de Quetzacoatl, y asi parece que quando el Marqués llegó al puerto de Chalchicoeca, que es San Juan de Ulua, embió Motectzuma á un gran caballero su privado, que se llamaba Tlilancalqui Tlipotonqui, á dar a Cortés la bienvenida y á llevalle un suntuoso y rico presente. El principal recado que llevó fue decirle de su parte que le dijese á él ya á sus compañeros, que si era su voluntad de llegar (a) aquella su ciudad de México, donde en su nombre gobernaba todo aquel reino, que se lo avisase porque le tuviese aparejado el asiento y trono de su reinado, pues era suyo, y él su vasallo, y como á tal señor e hijo del Quetzalcoatl le estaba aguardando. [254]

La dramática entrega del trono por parte de Moctezuma lleva a Dorantes a compararla con la rendición de Granada, durante la cual Boabdil, otro infiel, llora igualmente. [255]

Antonio de Solís, en el contexto de los discursos entre Moctezuma y Cortés celebrados en el palacio del emperador mexica, hace afirmar a este:

> Algunos han dicho que sois deidades, que os obedecen las fieras, que manejáis los rayos, y que mandáis en los elementos; y otros que sois facinerosos, iracundos y soberbios, que os dejáis dominar de los vicios, y que venís con una sed insaciable del oro que produce nuestra tierra. Pero ya veo que sois hombres de la misma composición y masa que los demás, aunque os diferencia de nosotros algunos accidentes de los que suele influir el temperamento de la tierra en los mortales.

A lo que Cortés contesta tajante:

> Mortales somos también los españoles, aunque más valerosos, y de mayor entendimiento que vuestros vasallos, por haber nacido en otro clima de más robustas influencias. [256]

Clavijero en su *Historia antigua de México y de su conquista* dice, tras suponer que Moctezuma y su corte pudieran haber creído que Fernández de Córdoba fuese Quetzalcóatl, y en contra de Torquemada, que cuando llega Cortés ya no existía tal creencia. En una nota al pie dice textualmente:

> Torquemada dice que prevenido Moteuczoma de la llegada de la nueva espedición, por las centinelas de los montes, despachó inmediatamente á sus embajadores para reverenciar al supuesto dios Quetzalcoatl; los cuales, dirigiéndose con gran celeridad á Chalchiuhcuocan, pasaron inmediatamente á bordo de la capitana, el mismo día en que aparecieron allí los españoles: que Cortés, viendo el error que padecían, y queriendo aprovecharse de él, los recibió sentado en un alto trono, que hizo disponer á toda prisa donde se dejó adorar, vestido con el trage sacerdotal de Quetzalcoatl, adornado el cuallo con un collar de piedras, y la cabeza con una celada de oro, salpicada con joyas & c; pero todo eso es falso. El ejército salió del río de Tabasco el lúnes santo, y llegó el jueves al puerto de Ulúa. Los montes de Techtlan y de Mictlan, de donde se pudo ver la espedicion, no distan de la capital ménos de 300 millas, ni esta de Ulúa menos de 220; así que, aunque se hubiese visto la espedicion el mismo día en que zarpó de Tabasco, era imposible que los embajadores llegasen el jueves á Ulúa. No hay escritor que haga mención de esta circunstancia; antes bien de la relacion de Bernal Díaz se infiere que todo es invencion, y que los Mexicanos habían ya conocido el error que ocasionó la primera armada. [257]

Clavijero pone en boca de Moctezuma, en el contexto de su conversación una vez aposentados los españoles en sus palacios, la negación de la condición divina de los mismos. El emperador descarga esas creencias en sus súbditos, a quienes afirma haber tenido que contentar momentáneamente para evitar disturbios:

> Ya se sabe que sois hombres mortales como todos, aunque algo diferentes de los demás, en el color y en la barba. [258]

El mito de Cortés como encarnación de Quetzalcóatl se mantendrá, no obstante, en vigor. Ya en el siglo XX a él regresará Álvaro Muñoz Custodio (1912-1992), dramaturgo español exiliado en México. Muñoz Custodio se interesó en obras de temática prehispánica como el *El regreso de Quetzalcóatl*. Fruto de

este interés es su artículo «Hernán Cortes y Moctezuma II» [259], que lleva por subtítulo «El mito que destruyó una gran cultura». El trabajo lo escribió a su vuelta a España y muestra un gran conocimiento de lo ocurrido en el Anáhuac, defendiendo la tesis de que la religión, tanto en el caso de los mexicas como en el de los españoles, no era sino un «justificante trascendente de su imperialismo». Custodio también afirma que la leyenda de Quetzalcóatl fue empleada por los religiosos al identificar a tal dios con el apóstol Santiago, por haber corrido una suerte parecida y prometer su regreso. Esta nueva identificación, ya asentada por hombres de la Iglesia, se elabora con métodos análogos a los que situaron a la virgen de Guadalupe como una devoción que permitía incluir a los naturales de un modo más eficaz en la fe católica. El caso de Quetzalcóatl convertido en un heraldo del cristianismo, identificado también con santo Tomás, ya había servido a hombres como fray Servando para afirmar la existencia de una remota cristianización que permitía poner entre paréntesis la obra española en el Nuevo Mundo [260]. Custodio, no obstante, y pese a comparar el genio militar de Cortés con el de Alejandro o Julio César o Napoleón, atribuye el éxito del español a la divina identificación entre este y el dios que regresa a las tierras de las que fue expulsado, cumpliendo la profecía.

Reproduciremos finalmente la interpretación que hizo Hugh Thomas de este complejo asunto en relación con la postura adoptada por Moctezuma en relación con Cortés:

> Quizá nunca sepamos si el mito de Quetzalcóatl, Tezcatlipoca o cualquier otro dios ejerció una influencia decisiva sobre sus opiniones. Pero era excepcionalmente supersticioso, hasta para un mexicano. Ciertamente parece haber acariciado, al menos durante un tiempo, la idea de que Cortés era un señor perdido en el este, no necesariamente Quetzalcóatl. Tal vez en el subconsciente justificara su indecisión con la suposición de que se enfrentaba a la reencarnación de Quetzalcóatl. Probablemente transigió, a fin de aplacarle temporalmente, ante la exigencia de Cortés de que él y sus señores aceptaran la autoridad suprema de Carlos V. Sin

duda creía también que, cuando la ocasión lo exigiera, podría recobrar o desdecirse de lo que regalaba o revelaba a consecuencia de la coacción. En marzo de 1520, cuando pidió a Cortés que saliera del país, había recuperado obviamente parte de su valor, posiblemente por la naturaleza del año 2-pedernal. Finalmente, tras la matanza llevada a cabo por Alvarado, vio que ya no podía negociar. Rechazado por los suyos, tuvo que resignarse a ser un mero títere de los invasores. [261]

Tal y como ya habíamos adelantado, consideramos que el mito del regreso de Quetzalcóatl pudo hacer dudar inicialmente al emperador mexica respecto a quién era ese que había llegado a la costa a bordo de grandes naves. No obstante, y nos apoyamos en las pruebas que hemos presentado a lo largo del capítulo, consideramos que tal confusión no pudo mantenerse por mucho tiempo y que, al final, Moctezuma fue consciente de que su tiempo había pasado tras la llegada de los extranjeros.

Diremos, para finalizar, que el mito de Quetzalcóatl es tenebroso y oscuro por cuanto conduce a una doble distaxia. Por un lado, desde el punto de vista del México actual, es empleado por las facciones hispanófobas e indigenistas, incompatibles con la propia nación política actual. Por otro, el regreso del dios era también disolvente para el propio imperio mexica, pues su llegada efectiva suponía la pérdida del poder de Moctezuma o abría el camino a los españoles.

Capítulo 14
CORTÉS EVANGELIZADOR

En 1493, tras el Descubrimiento de América, Isabel y Fernando habían recibido las bulas alejandrinas en las cuales se obligaba a los españoles a evangelizar los nuevos territorios. Con el consentimiento papal, los reyes podían enviar misioneros a América, cobrar diezmos, establecer los límites de las diócesis e intervenir en la elección de obispos. El primer banco de pruebas de tal proceder lo constituyeron Las Antillas, y sin duda, de los años que habían transcurrido hasta su partida a Tierra Firme, tomó buena cuenta Cortés. Si en las islas se cometieron errores, también hubo grandes aciertos entre los que podemos destacar, por ejemplo, la construcción por parte de los franciscanos de colegios, instituciones educativas destinadas a los nativos. Esta es una tarea que tendrá su continuidad en Nueva España. Huelga decir que a través de una enseñanza reglada por los religiosos, los indígenas facilitaban su integración política, aspecto que no debe extrañar, pues esta conjunción de elementos políticos y religiosos era común a todas las sociedades de la época.

Si este era el ambiente en el mundo hispano, las crónicas que narran la vida de Cortés están salpicadas de momentos en los cuales el extremeño toma la palabra para pronunciar sermones a los indígenas. En diferentes relatos se ve al español derribando ídolos o, al menos, habilitando lugares de culto para instalar en ellos imágenes cristianas. Cortés, en definitiva, era un caballero cristiano de su época, la que arrancaba con el reinado de los Reyes Católicos y tenía continuidad, en cuanto a su inequívoco

carácter en materia religiosa, con el emperador Carlos, nieto de ambos.

En este contexto, la formación de un niño español nacido en el tramo final del siglo XV estaba muy ligada a una iglesia que pautaba la vida cotidiana y los llamados ritos de paso. El mismo Cortés, según apunta Hugh Thomas, habría oficiado como monaguillo en la iglesia de san Martín que existía en su Medellín natal [262]. En ese templo adquiriría los primeros rudimentos litúrgicos que, perfeccionados con el paso del tiempo, pudo emplear en América.

Ya en el Nuevo Mundo, la metodología evangelizadora liderada por Cortés siguió la siguiente secuencia: el conquistador penetrará en el continente bajo un estandarte en el que figura una cruz que remite a Constantino junto a un lema que coloca a dicho símbolo como elemento aglutinante y protector. Es precisamente la cruz desnuda quien le acompañará sin la presencia del crucificado, ausencia que se explica por el intento de evitar que los indios establecieran paralelismos entre la nueva religión y los sacrificios humanos. Junto a la cruz, destaca la presencia de la figura femenina en una posición que remite a la maternidad. Cortés será devoto de la Virgen de los Remedios que lleva al Niño en brazos.

Junto al aspecto iconográfico, en el terreno de las ceremonias el bautismo se instaurará de un modo *descendente* en lo que respecta a la escala social. Los personajes principales serán los primeros en recibir las aguas, para ser seguidos por los más humildes, método este, a veces transformado en una verdadera *aspersión*, que la Iglesia rechazaba por su falta de eficacia… Paralelamente a la implantación de imágenes y símbolos cristianos, vemos la sistemática destrucción de los ídolos. Cortés lleva a cabo un iconoclasmo que alcanzará su cénit con el español destruyendo la figura de Huitzilopochtli con una barra de hierro en la

propia Tenochtitlán, destrucción que se vio sustituida por la construcción de iglesias, monasterios e incluso hospitales, que, dado el concepto de medicina que se manejaba, tenían un profundo aroma religioso. En definitiva, la actitud de Cortés tuvo mucho de fisicalista, frente a la postura más introspectiva que defendía fray Bartolomé de Olmedo, insatisfecho con la eficacia de las manifestaciones externas de la fe. La vistosa actitud de Cortés constituye, por otro lado, una elocuente sustitución de la religiosidad protagonizada por dioses zoomorfos por las manifestaciones de una religión del libro que, no obstante, mantiene formas reconocibles e incluso reminiscencias pretéritas.

A grandes rasgos así actuó Cortés tras pisar la costa continental, hecho que tenía también un sentido religioso, pues uno de los objetivos de su viaje era comprobar la presencia en la costa de unas cruces vistas por expediciones anteriores, acaso diosas mayas de la lluvia según sugiere Hugh Thomas [263], que indicarían la presencia de cristianos.

Una vez en Tierra Firme, todas las fuentes así lo recogen, la acción de Cortés tendrá una fuerte coloración religiosa. El análisis de sus *Cartas de relación* así lo confirma. En ellas encontramos constantes alusiones a sermones, actos iconoclastas, celebración de misas y agradecimientos a la intercesión divina que Cortés siempre creyó ver tras sus victorias. En su camino hacia el corazón del imperio mexica, Cortés mostrará una constante devoción, además de al Santiago que siempre se invocaba en las batallas, hacia dos santos cuya iconografía puede superponerse a los modelos caballerescos de la época: san Martín, a menudo representado como legionario romano que parte su capa con la espada para compartirla con un mendigo; y san Pedro, a cuya protección lo colocó su nodriza, María de Esteban, por ser un niño enfermizo. En relación con este santo, leemos a Lucas Alamán a propósito de lo ocurrido en Xochimilco durante la toma

final de Tenochtitlán, narración que sirve para tomar el pulso de la ideología de la época:

> Habiéndose quedado con pocos soldados á la entrada del pueblo, se vio repentinamente envuelto por un gran número de megicanos, y caido del caballo recibió un fuerte golpe en la cabeza que le puso en manos dé los enemigos que lo hubieran muerto sin duda, sino lo hubiera, salvado el empeño de los megicanos en hacer prisioneros para sacrificarlos á los ídolos, empeño á que muchas veces debieron la vida los españoles: un valiente tlaxcalteca viendo á su general en tan gran peligro, se echó con resolución sobre los que le tenian cogido, lo que dio lugar á que llegasen dos criados de Cortés, con cuyo auxilio volvió á montar á caballo y pudo hacer uso de sus armas, y como al otro dia se buscó con empeño al tlaxcalteca, no habiéndosele encontrado ni vivo ni muerto, Cortés por la devoción que tenia á San Pedro, creyó que este santo había tomado la forma de aquel, para salvarle milagrosamente. [264]

Su proceder, al margen de estas íntimas convicciones, fue, tal y como se ha apuntado, muy similar en los diferentes escenarios por los que pasó. Veamos:

En Cempoala, Cortés ordenó a sus hombres derribar los dioses del templo mayor, blanquear un templo y celebrar una misa oficiada por fray Bartolomé de Olmedo. Hecho esto, dejó al cuidado del templo a Juan Torres como ermitaño ayudado de cuatro sacerdotes indios, convenientemente despojados de sus ensangrentadas y largas cabelleras, de cuyo conocimiento de la fe católica cabe abrigar grandes dudas. La medida, no obstante, abrió el camino, así nos parece, al sincretismo que la religiosidad mantiene aún en México. La imagen de una cruz o unas imágenes colocadas en templos y receptáculos indígenas supondrá el inicio de un arte que a menudo conjugó elementos prehispánicos con formas europeas.

En Tlaxcala Cortés estableció su más decisiva alianza, cuyo sello pretendió realizarse, por parte de los indígenas, con la entrega de numerosas mujeres. El objetivo era crear una «generación de hombres tan valientes y temidos…», propósito que recuerda a esa raza cósmica pergeñada por un Vasconcelos que tanto elogió al conquistador español. Tal generación, no obs-

tante, debería esperar, pues las mujeres, en su amplia mayoría, quedaron bajo la autoridad de doña Marina. Era prioritario, para la realización de tal idea, un cambio radical en lo relativo a las creencias religiosas, razón por la cual les mostró imágenes cristianas y les predicó.

La acción fue criticada por fray Bartolomé de Olmedo, refractario a la conversión por la fuerza de los indios, a quienes consideraba inmaduros para recibir la fe católica. La tensión con Cortés en este aspecto continuaría, si bien los cristianos lograron que los adoratorios fueran desprovistos de ídolos y se blanquearan, práctica ya usada en la península durante la Reconquista. Cortés, no obstante la opinión de su clérigo, siguió predicando y propició la conversión de los personajes más destacados de Tlaxcala, hecho cuya realización en fecha tan temprana hemos de poner en cuestión si tenemos en cuenta que bien pudiéramos estar ante una reconstrucción retrospectiva que fuera orientada a presentar a los tlaxcaltecas como los indios más receptivos a una fe cuya admisión llevaba consigo ciertos privilegios terrenales. Pese a esas tensiones, tras el bautizo de los principales caciques: Maxicatzin, Xiconténcatl *el viejo*, Citlalpopocatzin y Temilotecutl, mudados en don Lorenzo, don Vicente, don Bartolomé y don Gonzalo, muchos fueron los tlaxcaltecas que siguieron su ejemplo. La acción se completó con la conversión de muchas mujeres, requisito tras el cual algunas fueron tomadas por españoles.

En Cholula volverá a escucharse la palabra de Cortés. En la ciudad sagrada, tras recibir a los caciques acompañados de sacerdotes, Cortés pronunció un sermón en el que criticaba el sacrificio humano al tiempo que hacía apología del Dios cristiano, con el consiguiente rechazo de los cholultecas. Después del castigo al que fueron sometidos los principales de la ciudad, Cortés predicó y hizo blanquear los templos antes de colocar las

imágenes de la Virgen y la cruz, a la vez que ordenó destruir los ídolos. Tal rigorismo iconoclasta fue, no obstante, desaconsejado por fray Bartolomé de Olmedo, a quien le parecía una forma excesivamente abrupta e ineficaz de implantar la fe católica.

El siguiente hito evangelizador debe llevarnos a Tenochtitlán. En la ciudad mexica el conquistador volverá a poner en práctica sus habituales procedimientos tratando de disponer de una iglesia con mayor impaciencia que Olmedo, quien veía a Moctezuma refractario a tales planes. Pese a todo, los españoles celebraron pronto ceremonias religiosas al tiempo que Cortés visitaba con Moctezuma los templos afeándole su idolatría, tal y como relató Bernal Díaz.

Antonio de Solís, al narrar la conversación entre Moctezuma y Cortés celebrada en el palacio del emperador mexica, hace afirmar al español dentro de un discurso de gran vehemencia evangelizadora:

> […] vos, señor, y vosotros mejicanos que me oís (volviendo el rostro a los circunstantes), vivís engañados en la religión que profesáis, adorando unos leños insensibles, obra de vuestras manos y de vuestra fantasía; porque sólo hay un Dios verdadero, principio eterno, sin principio ni fin, de todas las cosas; cuya omnipotencia infinita crió de nada esa fábrica maravillosa de los cielos, el sol que nos alumbra, la tierra que nos sustenta, y el primer hombre de quien procedemos todos, con igual obligación de reconocer y adorar a nuestra primera causa. Esta misma obligación tenéis vosotros impresa en el alma, y conociendo su inmortalidad, la desestimáis y destruís, dando adoración a los demonios, que son unos espíritus inmundos, criaturas del mismo Dios, que por su ingratitud y rebeldía fueron lanzados en ese fuego subterráneo, de que tenéis alguna imperfecta noticia en el horror de vuestros volcanes. Éstos, que por su envidia y malignidad son enemigos mortales del género humano, solicitan vuestra perdición, haciéndose adorar en estos ídolos abominables: suya es la voz que alguna vez escucháis en las respuestas de vuestros oráculos, y suyas las ilusiones con que suele introducir en vuestro entendimiento los errores de la imaginación. [265]

Llama la atención en este párrafo la presencia de la palabra «leños» en alusión a los ídolos, aun cuando en casos como el de Huitzilopochtli, así lo señala Andrés de Tapia, las figuras estaban hechas con semillas molidas y amasadas con sangre de ni-

ños sacrificados. En cualquier caso, y en rigor, el leño del que estaba hecho el ídolo desplazado por la figura católica no era muy distinto del material con el que se había elaborado la talla que lo sustituía. Asistimos en este caso, ya lo hemos señalado, a un desplazamiento mucho más trascendente que el de las formas o el material del que están hechas las imágenes: la sustitución de la religión zoomorfa por la del Dios de la Teología.

Los aspectos ceremoniales y litúrgicos, inherentes a la religión cristiana, encontrarían pronto graves dificultades. La celebración de misas fue una práctica diaria hasta que en Tenochtitlán se agotó el vino, como relata Bernal:

> Como nuestro capitán Cortés y el fraile de la Merced vieron que Montezuma no tenía voluntad que en el cu de su Huichilobos pusiésemos la cruz ni ficiésemos iglesia, y porque desde que entramos en la aquella cibdad de México, cuando se decía misa hacíamos un altar sobre mesas y le tornaban a quitar, acordose que demandásemos a los mayordomos del gran Montezuma albañires para que en nuestro aposento hiciésemos una iglesia. Y los mayordomos dijeron que se lo harían saber al Montezuma. Y nuestro capitán envió a decírselo con doña Marina e Aguilar y con Orteguilla, su paje, que entendía ya algo la lengua, y luego dio licencia y mandó dar todo recaudo. E en dos días teníamos nuestra iglesia hecha y la santa cruz puesta delante de los aposentos. E allí se decía misa cada día hasta que se acabó el vino, que, como Cortés y otros capitanes y el fraile estuvieron malos cuando las guerras de Tascala, dieron priesa al vino que teníamos para misas. Y desque se acabó, cada día estábamos en la iglesia rezando de rodillas delante del altar e imágenes; lo uno, por lo que éramos obligados a cristianos e buena costumbre; y lo otro, porque Montezuma y todos sus capitanes lo viesen y se inclinasen a ello, y porque viesen el adorar e vernos de rodillas delante la cruz, especial cuando tañíamos a la Ave María. [266]

Cortés pretendió, sin éxito, que mediante la conversión al cristianismo de Moctezuma todo su imperio siquiera su ejemplo. Todo ello, de haberse podido conseguir, se truncó con la salida del conquistador hacia la costa para frenar a Pánfilo de Narváez, la matanza del Templo Mayor y el asedio a los españoles que concluyó con la Noche Triste.

Tras la caída de Tenochtitlán, una vez terminado el accidentado banquete con el que se celebró la victoria final, se celebró

una misa seguida de una procesión en la que se paseó la imagen de la Virgen y la cruz, tras la cual se cantó un *Te Deum*. Comenzaba así la definitiva implantación del cristianismo en las tierras hasta entonces gobernadas por Moctezuma. Devastada, muy a pesar de Hernán Cortés, la ciudad, comenzaron a erigirse templos plenamente cristianos, reclamándose a la Península religiosos que acometieran la obra evangélica.

Si el providencialismo estuvo presente durante la conquista, pues la mano de Dios y de enviados suyos fue reconocida por Hernán Cortés, este decaerá tras la toma final de Tenochtitlán. La causa de tal cese, siempre reconstruida desde el prisma cristiano de la época, vendría dada por la culminación de la obra fundamental de la conquista: la erradicación de la idolatría y la implantación de la fe verdadera.

Pese a que tras la conquista parece comenzar el declive del de Medellín, circunstancia que, al margen de cuestiones personales, es explicable en virtud de la implantación institucional imperial, Cortés seguirá siendo un sincero cristiano. Prueba de ello es que durante su primer viaje de vuelta a España, pasó por el santuario de Guadalupe. Durante su visita donó un valioso exvoto en forma de alacrán en gratitud por haberse curado, gracias a la intercesión de la virgen de Guadalupe, de la picadura de un escorpión que quedó dentro de la joya de oro y piedras preciosas engastadas que dejó en el santuario.

Ya en su testamento, reitera que alcanzó victorias contra los enemigos de la fe católica gracias al favor divino, al tiempo que mandaba fundar un hospital, el de Nuestra Señora de la Concepción, un convento de monjas en Coyoacán y un colegio para estudiantes de Teología y de Derecho Canónico y Civil en la misma villa. El objetivo era formar a personas que pudieran regir las iglesias novohispanas.

En contraste con la visceralidad mostrada contra la idolatría durante la conquista, culminada esta se implantó un modo más suave de evangelización. El instrumento elegido fue la encomienda, a la que nos hemos referido. Cortés, sin perder de vista los beneficios materiales que de ellas se podían obtener, creía que para la civilización de los naturales la encomienda podía resultar una útil herramienta. No obstante, trató de mejorar su funcionamiento con la redacción de unas *Ordenanzas de buen gobierno* [267] en las cuales se establecía la prohibición de los indios en la minería, la de ser llevados fuera de su población, su contratación a jornal, la prohibición de que las mujeres y niños trabajaran, el descanso dominical y el de una hora, al mediodía, durante una jornada laboral que debía cesar con la puesta de sol.

Todas estas acciones iban unidas a las peticiones hechas por Cortés al emperador Carlos. Así consta en su cuarta *Relación*, en la que solicita el envío de «personas religiosas y de buena vida y ejemplo». El conquistador recela del clero secular y por ello pide que vengan frailes franciscanos y dominicos, ajenos a las «pompas y otros vicios» de los obispos. Con estas palabras, Cortés, tan afecto a los franciscanos —Fray Juan de Tecto le acompañará en la expedición a Las Hibueras—, se sitúa en el centro de una gran polémica, la que opuso a las órdenes religiosas y el clero secular.

Sea como fuere, el conquistador recibió los más altos epítetos desde el lado eclesiástico. Motolinía lo ve casi como un cruzado, si bien es con Moisés con quien en mayores ocasiones —Mendieta, Terrazas, Fray Servando…—, se comparó a Hernán Cortés. La labor de los religiosos no se limitó a aspectos espirituales, pues estos hicieron una enorme labor en el estudio, sistematización y conservación de las lenguas indígenas [268] e incluso, en el caso de los agustinos, trataron de enseñar latín a los in-

dígenas. Esta última iniciativa fue mal vista en la Corte, pues, ajenos al idioma español, los indígenas se integrarían de peor forma en las estructuras hispanas.

En Cortés, en suma, confluyen los dos impulsos fundamentales del despliegue imperial hispano en su doble condición católica: la que va referida al recubrimiento político del globo y la que trata de hacer partícipes de tal fe a todos los hombres. Como símbolos de tales impulsos podemos acudir a dos edificios representativos mandados levantar por el conquistador.

El primero de ellos es su almenado palacio en Cuernavaca, identificado con su nombramiento como Marqués del Valle de Oaxaca, distinción que llevaba aparejada una gran cantidad de tierras y el gobierno de muchos hombres.

El segundo es el Hospital de Jesús. En su iglesia de la Purísima Concepción y de Jesús Nazareno, en la que reposan sus restos, podemos ver condensada de manera simbólica la obra evangelizadora impulsada por Cortés. La huella de Cortés está impresa desde la misma portada del templo, pues según se ha podido saber, gracias a una investigación del cronista emérito de la Ciudad de México, Guillermo Tovar de Teresa (1956-2013), tal portada perteneció a la antigua Catedral de México. Las piedras siguieron una serie de traslados que recuerdan las vicisitudes sufridas por los huesos de Cortés. El conquistador mandó edificar un primer templo en 1521 y comenzada a demoler en 1567 para agrandarla. La portada, llamada del Perdón, fue labrada en 1585 y desmontada y donada en 1625 a las monjas carmelitas del templo de Santa Teresa de Nuestra Señora de la Antigua. En 1695 fue finalmente trasladada desde el enclave carmelita a su actual ubicación. Hoy, ambas reliquias, las pétreas y las óseas, son custodiadas por una Iglesia mexicana cuyas bases fueron favorecidas notablemente por el conquistador.

Capítulo 15
CORTÉS O EL NUEVO ALEJANDRO

Tanto en vida de Cortés como tras su muerte, su figura y proceder fueron comparados con héroes históricos mitificados. Personajes que él mismo conocía y que en ocasiones le sirvieron como modelo, tales como los hispanos Viriato, Bernardo del Carpio, el Cid, pero también otros de mayores dimensiones históricas, militares y políticas como Julio César o Aníbal. Con el romano Julio César es con quien más se comparó al conquistador español, acaso porque la continuidad entre Roma y España parecía más evidente. No en vano, España procedía de la antigua Hispania perteneciente al Imperio romano. A la unidad territorial e institucional con que dotó Roma a la Península Ibérica, hemos de añadir el carácter cristiano de una España que ya lo había sido bajo el dominio de los césares, por no hablar de la raigambre latina del idioma hablado por quienes conquistaron el Imperio mexica.

En cuanto al parecido entre Cortés y Julio César, este puede comenzar a establecerse por el hecho de que ambos relataron sus conquistas. El romano en sus *Comentarios sobre la Guerra de las Galias* y el español en sus *Cartas de relación*, narraciones que exaltaban sus propias personas —en el caso de Julio César hablando de sí mismo en tercera persona— y magnificaban el número de enemigos vencidos.

Por otra parte, más allá de las semejanzas entre Cortés y los míticos personajes citados, el papel jugado por el de Medellín se comparó a aquéllos por el hecho de que, tal y como señalaron Gómara y Bernal, las hazañas españolas eran equiparables a las

de romanos y griegos. No obstante, el cotejo que abordamos ahora pretende enfrentar a Hernán Cortés con Alejandro Magno.

Dentro de tal comparación, el célebre episodio apócrifo de la quema de las naves tendrá un lugar central, por su origen alejandrino si tal y como parece el modelo para la deformación de los hechos fue Agatocles. El espejo alejandrino, no obstante, se empleará en otros aspectos. La razón es que Alejandro era popular en la época por diferentes motivos. Entre ellos por la existencia del *Libro de Alexandre*, obra escrita por un clérigo español en la primera mitad del siglo XIII [269]. Debemos, no obstante, tener presente que, como señala Hugh Thomas, el Alejandro que llega al conocimiento de los conquistadores tenía muchos más componentes míticos que históricos. Sea como fuere, la presencia de Alejandro como modelo era constante, así lo demuestra el hecho de que en 1518 el juez Alonso de Zuazo (1466-1539) escribiera desde La Española elogiando los dominios españoles diciendo que eran «superiores a los de Alexandro y romanos». [270]

Todo ello nos lleva a preguntarnos en la influencia real de un modelo que fluctúa entre lo ejercido y lo representado en lo que respecta a las acciones de Cortés y a la interpretación que otros hicieron de estas. El general macedonio aparecerá de una de esas dos formas unido a la figura del conquistador. No parece descabellado encontrar semejanzas como la siguiente: Conocida es la tajante decisión de Alejandro en relación con el nudo gordiano que permitía, a quien resolviera el reto de desatarlo, hacerse con Asia. Un mito que en sus elementos formales fue incorporado como símbolo imperial por los Reyes Católicos en su escudo, en el que figura la soga cortada que Nebrija —según Juan Valera— ofreció como símbolo a Fernando. Si Alejandro cortó el nudo tras cruzar el Helesponto, Cortés, de camino a

Tlaxcala después de atravesar el mar Caribe, encontrará, dentro de un bosque de pinos, un sendero que estaba atravesado por numerosos cordeles de los cuales colgaban papelitos. Tras preguntar por su significado y ser informado de que se trataba de maleficios confeccionados por los hechiceros de Moctezuma, el conquistador y sus compañeros cortaron tales hilos.

También en Tlaxcala encontramos una conducta que recuerda a Alejandro, en concreto las bodas que Cortés concertó entre sus capitanes y ciertas mujeres nobles de la ciudad. La acción recuerda lo hecho por el emperador macedonio en Susa [271]. Sea como fuere, en Tlaxcala, Tecuelhuatzín, hija de Xicoténcatl, bautizada como doña María Luisa, matrimonió con Alvarado —al cual dio un hijo y una hija—; la hija de Maxixcatzin, doña Elvira, lo hizo con Juan Velázquez de León, y Sandoval, Olid y Ávila hicieron lo propio con una serie de distinguidas mujeres, si bien Cortés se abstuvo de tomar estado con ninguna indígena. De tal unión pronto nacería una descendencia que recuerda a Vasconcelos y su raza cósmica.

Bernal Díaz del Castillo también introduce a Alejandro para deslizar una crítica a Cortés:

> Y como Alonso de Ávila era capitán y persona que osaba decir a Cortés cosas que convenía, e juntamente con él el padre de la Merced, hablaron aparte a Cortés y le dijeron que parescía que quería remedar a Alejandre Macedónico, que después que con sus soldados había hecho alguna hazaña, que más procuraba de honrar y hacer mercedes a los que vencía que no a sus capitanes y soldados, que eran los que lo vencían. Y esto que lo decían porque lo que vían en aquellos días que allí estábamos, después de preso Narváez, e que, como si no nos conociera, ansí nos olvidaba, y que no era bien hecho, sino muy gran ingratitud, habiéndole puesto en el estado en que estaba. [272]

También es Bernal quien nos indica que Narváez, tras recobrar la libertad, comparó a Cortés con Julio César, Octaviano o Aníbal.

Pronto las comparaciones con Alejandro se producirán desde la distancia, lejos de Nueva España. El teólogo dominico anti-

lascasiano Fray Vicente Palatino de Curzola (1508-1573), firme defensor de la acción española en América y residente en Yucatán entre 1533-1537, habla de Cortés en términos elogiosos dentro de su *Tratado del derecho y justicia de la guerra que tienen los reyes de España contra las naciones de la India occidental* (1559): «…fue más fuerte que Hércules, más atrevido que Alejandro Magno, más prudente que Mario, más casto que Cipión Africano» [273]. La postura de Palatino de Curzola sintoniza con las tesis de Sepúlveda en cuanto a que el dálmata considera lícito guerrear contra los indios si estos impiden la predicación de la fe católica y cometen actos contra natura —sodomía, antropofagia, sacrificios humanos—. En ambos casos Cortés constituye un modelo, de ahí su ensalzamiento por parte de este religioso.

Si del terreno bélico hablamos, Cortés protagonizó una acción que recuerda poderosamente a Alejandro. Esta tuvo lugar durante la batalla de Otumba, cuando el español se lanzó al galope hacia el *cihuacóatl* o portador del estandarte real, que finalmente fue lanceado por Juan de Salamanca. Este, según Antonio de Solís: «saltó de su caballo y le acabó de quitar la poca vida que le quedaba con el estandarte que puso luego en manos de Cortés. Era este soldado persona de calidad, y por haberse perfeccionado entonces la hazaña de su capitán, le hizo algunas mercedes el emperador, y quedó por timbre de sus armas el penacho de que se coronaba el estandarte» [274]. El movimiento de Cortés recuerda en cierto modo la carga de caballería de Alejandro en Gaugamela.

Las similitudes entre el macedonio y el español se mantuvieron en el tiempo. Un siglo después de la conquista de México, el presbítero y dramaturgo Arias de Villalobos (n. 1568), en su *Canto intitulado Mercurio* (1623), inserta a Cortés en una ex-

tensa lista de notables personalidades clásicas encabezada por Alejandro:

A ti, pues, que Alejandro, Alcides, Bacco,
Anibal, Scipion, Jerjes y Ciro;
César, Pompeyo, Antonio, Darlo y Graco,
y aquel famoso Pirro, rey de Epiro,
la honra y provecho te echan en un saco,
y adornan tu laurel, de oro y zafiro.

Coetánea de tal obra es *La mayor desgracia de Carlos V y hechicerías de Argel* (c. 1625), comedia atribuida a Lope de Vega en la que se representa la admiración del rey frente a la milagrosa grandeza de Cortés, quien supera en gloria a Alejandro:

Haber cuatro mil leguas conquistado
con quinientos soldados, no se halla
escrito de Alejandro, Pirro, ó Tiro;
dádose que es milagro, no me admiro.

En *La conquista de México* (c. 1655), obra debida a Fernando de Zárate [275], es su capitán Pedro de Alvarado quien habla para decir:

Dios te ampara
gran Cortes en Dios espera,
que has de hacer con su favor
tu heroico nombre, mayor
que el de Alexandro.

Siendo después el propio Cortés quien toma la palabra para medirse con Alejandro:

Si Alexandro el descubierto
ganó á tantos enemigos,
de cuyas hazañas muertos
fama, y tiempo son testigos,
fue porque á empresa tan grave
docientos mil hombres puso
en campo, con que su llave
y cetro el alma dispuso,
por mas que Homero le alabe.

pero yo que á mundo nuevo en
diez, u once naves llevo
quinientos, y quarenta hombres,
que conozco, y sè los nombres,
con mas templanza me atrevo,
ya del contrapuesto polo,
entre coral, y marfil.

Tirso de Molina también usa a Alejandro como referencia. Además de en *Todo es dar en una cosa*, en *La santa Juana, segunda parte* (Madrid 1636), en la que un ángel habla a la santa en referencia a «una estatua de don Hernando Cortés, viejo, armado a la antigua, con bastón y un mundo a los pies». En este pasaje, Cortés supera incluso a Alejandro por su labor evangélica:

Si un pequeño rincón paga tributo
en Europa a Lutero, pervertido
por la ambición, que le hace disoluto,
un nuevo mundo rico y extendido
ha descubierto la romana barca
que al yugo de la Cruz está rendido.
Mira al pesar del bárbaro heresiarca
este nuevo Alejandro que conquista
el orbe indiano al español monarca.
Don Hernando Cortés, con cuya vista
se alegra el Mar del Norte, es éste, Juana,
digno de que sea yo su coronista.
Por él se extiende nuestra ley cristiana
por infinitas leguas, y al bautismo
regiones inauditas vence y gana.
Éste es quien pasa el fluctuoso abismo
que márgenes de plata y oro baña,
y para eternizar su nombre mismo
a vuestra España da otra Nueva España,
muerte a la idolatría, almas al cielo,
y a su linaje una inmortal hazaña.

Baltasar Gracián publicará en 1637 *El Héroe*. En él comparó el heroísmo de Hernán Cortés con el de Alejandro Magno y Ju-

lio César [276], formando con ellos una imperial terna capaz de conquistar el mundo. En el primor noveno «Del quitase Rey» —folio 23 de su manuscrito— dice lo siguiente:

> Nunca hubiera llegado a ser Alexandro Español el Heroyco Marques del valle D. Fernando Cortes sino huviera varaxado los empleos. quando mucho por las letras hubiera llegado a una vulgarisima medianía, y arrivo por las armas a la suma eminencia. pues hizo trinca con Alexandro y Cesar repartiéndose entre los tres la conquista del mundo.

Por su parte, el historiador Gonzalo de Illescas, que llegó a comparar a Cortés con el Gran Capitán, también recurre al macedonio para medir a Cortés en su *Segunda parte de la historia pontifical y católica* (1652):

> Y cierto, a mi juicio, hazañas hizo Cortès con esta gente, que si como todos las hemos visto por nuestros ojos, las leyeremos, ó las oyeremos contar de algunos de los Capitanes antiguos, no es menos sino que las tuuieramos por fabulosas, y por cosas de sueño. Y pues cosas de menos cuenta, y valor, las encarecieron tanto los Autores antiguos, y no acabamos de engrandecer à Homero, y a Virgilio, y a otros Poetas, que alabaron a un Aquiles, Ulises, o Eneas. Que fuera, si para Fernando Cortès viuiera un Homero, ò un Virgilio, ò sino un Tito Liuio. Si yo no me engaño, no tienen los Griegos que hazer mucho caudal de Alexandro, ni los Romanos de su Camilo, ni de Fabricio, Coriolano, ni Julio Cesar, ni los Egipcios de Sesostris, porque todos juntos con grandes exercitos, no hizieron tanto como este nuestro Español, con quinientos y cincuenta compañeros Españoles.

Un poco después, Illescas añade la ayuda divina que suple la inferioridad de fuerzas con las que contó Cortés respecto a los héroes citados:

> Alexandro, y Cesar, y otros Capitanes, peleen en carros, y los otros con cauallos, y nosotros con solo el nombre del Señor. [277]

Todas estas obras, algunas de ellas destinadas a un público popular, demuestran que el conocimiento de los héroes griegos era suficiente como para incorporarlos en variadas composiciones. Tal familiaridad permite que sea verosímil este discurso que Solís inserta en su obra, y que da cuenta de cómo Cortés conocía a estos míticos personajes, pero también sus compañeros, pues de lo contrario no tendría sentido su uso por parte del

extremeño en esta encendida arenga, aderezada de referencias clásicas, pronunciada en la isla de Cozumel:

> «Cuando considero, amigos y compañeros míos, cómo nos ha juntado en esta isla nuestra felicidad, cuántos estorbos y persecuciones dejamos atrás, y cómo nos han deshecho las dificultades, conozco la mano de Dios en esta obra que emprendemos, y entiendo que en su altísima providencia es lo mismo favorecer los principios que prometer los sucesos. Su causa nos lleva y la de nuestro rey, que también es suya, a conquistar regiones no conocidas, y ella misma volverá por sí mirando por nosotros. No es mi ánimo facilitaros la empresa que acometemos: combates nos esperan sangrientos, facciones increíbles, batallas desiguales en que habréis menester socorreros de todo vuestro valor; miserias de la necesidad, inclemencias del tiempo y asperezas de la tierra, en que os será necesario el sufrimiento, que es el segundo valor de los hombres, y tan hijo del corazón como el primero: que en la guerra más veces sirve la paciencia que las manos, y quizá por esta razón tuvo Hércules el nombre de invencible, y se llamaron trabajos sus hazañas. Hechos estáis a padecer y hechos a pelear en estas islas que dejáis conquistadas: mayor es nuestra empresa, y debemos ir prevenidos de mayor osadía, que siempre son las dificultades del tamaño de los intentos. La antigüedad pintó en lo más alto de los montes el templo de la fama, y su simulacro en lo más alto del templo; dando a entender que para hallarla, aun después de vencida la cumbre, era menester el trabajo de los ojos. Pocos somos, pero la unión multiplica los ejércitos, y en nuestra conformidad está nuestra mayor fortaleza: uno, amigos, ha de ser el consejo en cuanto se resolviere: una la mano en la ejecución; común la utilidad, y común la gloria en lo que se conquistare. Del valor de cualquiera de nosotros se ha de fabricar y componer la seguridad de todos. Vuestro caudillo soy, y seré el primero en aventurar la vida por el menor de los soldados: más tendréis que obedecer en mi ejemplo que en mis órdenes; y puedo aseguraros de mí que me basta el ánimo a conquistar un mundo entero, y aun me lo promete el corazón con no sé qué movimiento extraordinario, que suele ser el mejor de los presagios. Alto, pues, a convertir en obras las palabras; y no os parezca temeridad esta confianza mía, pues se funda en que os tengo a mí lado, y dejo de fiar de mí todo lo que espero de vosotros.» [278]

En la ya citada *Hernandia* (Madrid 1755) se emplea literalmente la expresión «Alexandro español» [279] en alusión a Cortés.

Ya en el XIX, Lucas Alamán, al hacer balance de la trascendencia de la conquista del imperio mexica, no sólo introducirá en su comentario a Alejandro, en quien no verá justificación para sus conquistas, sino que trazará los rasgos principales civi-

lizatorios que se derivaron de la incorporación a un imperio y universal como el español fruto del cual son las naciones hispanas:

Estos trastornos que de tiempo en tiempo han sufrido todas las naciones; estas revoluciones que mudan la faz del orbe y que tienen el nombre de conquistas, no deben ser consideradas ni en razón de la justicia, ni en la de los medios que se emplean para su egecucion, sino mas bien en razón de sus consecuencias.

Ni Alejandro tuvo justo motivo para conquistar la Persia, ni los romanos para someter bajo su imperio casi todo el mundo conocido entonces, ni los godos, los francos, los lombardos, para invadir á su vez el imperio Romano, ni los normandos para hacerse dueños de la Inglaterra: sin embargo, las naciones modernas deben todas su origen á esta serie de invasiones, y la providencia divina, que por arcanos que nosotros no podemos penetrar, sabe sacar el bien del mal, ha hecho que por esta serie de acontecimientos el estado social se mejore y las luces y los conocimientos se extiendan.

[…] Lo mismo ha sucedido entre nosotros; la conquista, obra de las opiniones que dominaban en el siglo en que se egecutó, ha venido á crear una nueva nación en la cual no queda rastro alguno de lo que antes existió: religion, lengua, costumbres, leyes, habitantes, todo es resultado de la conquista y en ella no deben examinarse los males pasageros que causó, sino los efectos permanentes, los bienes que ha producido y que permanecerán mientras exista esta nación. [280]

Aún más, Alamán convertirá algunas de las acciones cortesianas en un modelo. Su estrategia laboriosa y devastadora en la toma final de Tenochtitlán constituyó, a sus ojos un modelo objetivo, conocido o no por su émulo francés del XIX:

> Visto esto determinó Cortés establecerse en la ciudad, á medida que en ella avanzase, y para esto destruir los edificios y cegar las acequias con los escombros. Igual plan adoptó en Zaragoza trescientos años después el mariscal francés Lannes, cuando sitió y tomó aquella ciudad. [281]

Prescott también repasa el paralelismo con Alejandro, en este caso en lo referido a la magnanimidad mostrada con los hombres de Narváez vencidos en la costa. El reparto de bienes realizado puede, no obstante, entenderse como parte de la estrategia seguida por Cortés desde su salida de Tenochtitlán, en la cual jugaron un papel tan importante los sobornos y regalos hechos a las gentes de Narváez. Dicho esto, demos la palabra al influyente historiador norteamericano:

Pocos soldados de Narvaez no habian perdido en la refriega su equipaje ó caballo, principalmente, esto último, pues los vencedores que estaban cansados de andar á pié se habian dado prisa á hacerse de un medio de trasporte mas cómodo y mas decente. Pero el general ordenó que fuesen devueltos á sus dueños, alegando que pues que defendían la misma causa, debían partírselo todo igualmente; y no contento con esto, repartió entre los de Narvaez algún oro y otros objetos valiosos que le habian regalado las tribus de allí cerca, ó que había sacado de los cofres de su rival mismo.

Esta conducta, aunque muy del gusto de los nuevos compañeros, no lo era del de los antiguos. «Nuestro general,» decían, «ha despojado á sus amigos para favorecer á sus enemigos: le acompañamos á la hora del peligro y recibimos golpes y estocadas, y reparte el botín á nuestros enemigos!» La indignada soldadesca comisionó al padre Olmedo y á Alonso de Avila, para que hiciesen presente á Cortés estas quejas. Los comisionados le hablaron sin miramiento, comparando la conducta de Cortés en aquella ocasión á la ingratitud de Alejandro, quien después de una victoria acostumbraba hacer mas regalos á los vencidos que á los que le habian ayudado á Alcazarla. Cortés se vio en durísimo aprieto: su suerte era, ya estuviera victorioso ó derrotado andar un camino sembrado de espinas. [282]

También Emilia Pardo Bazán midió a Cortés con Alejandro y Napoleón, si bien en este caso no para contrastar su genio militar, sino para referirse al trato dado al enemigo. La escritora se plantea qué comportamiento pudieron haber tenido esos dos grandes generales en un contexto como el que se dio en Cholula:

> Se ha censurado el castigo del "trato doble" de Cholula, tachándolo de cruel; y yo lo confieso: en las circunstancias que á Cortés rodeaban, entiendo que la palabra crueldad carece de sentido. En el pellejo de Cortés en Cholula quisiera yo ver á los historiadores que así se expresan, y también en su pellejo á Napoleón y Alejandro y á los más excelsos y clementes capitanes de la historia (si alguno hubo que en la clemencia se inspirase). [283]

Podríamos continuar con nuestro repaso de ejemplos, si bien lo cerraremos aquí citando una obra ya tratada que incide sobre la imagen de Cortés, el artículo «Hernán Cortés en los grabados románticos franceses», de José Tudela de la Orden, que se concluye así:

> Hemos resumido y comentado estos grabados, porque prueban esta transfiguración y demuestran cómo esta gran figura española y americana de Hernán Cortés, una de las grandes figuras de la Historia, comparable a César y a Alejandro

por sus conquistas, por sus descubrimientos y por su colonización, adquiere una gran popularidad en Francia y tomo carta de naturaleza entre los grandes héroes universales allí admirados. [284]

Más allá de una patriótica reivindicación que como mínimo debiera ser dúplice si entendemos que México se construye sobre los cimientos cortesianos, consideramos que Cortés tiene componentes heroicos suficientes como para poder ponerse a la altura de mitos como Alejandro. Su genio militar y su ánimo civilizatorio son perfectamente comparables, razones que abren paso a esta interpretación que lleva al de Medellín al panteón de los grandes generales. [285]

Epílogo
CORTÉS HOY. ACASO MAÑANA…

Al finalizar el capítulo dedicado a Cortés en el siglo XX, dejábamos al conquistador subsumido en la ideología del encuentro entre dos mundos mediante la cual se intentaban atenuar las más graves acusaciones lanzadas desde el bando indigenista.

Cuando estas palabras se escriben, apenas se han consumido dieciséis años del siglo XXI, razón por la cual no podemos aventurar si la imagen del conquistador podrá tomar algún rumbo nuevo que pueda sumarse a las que ha ido adoptando en función de los intereses de los diversos grupos —políticos, raciales, religiosos— que han visto en el de Medellín el símbolo de sus reivindicaciones o el cercenador de las mismas. No obstante, en esta centuria recién comenzada podemos ya destacar algunos hitos relacionados con Cortés:

Probablemente el libro que mayor revuelo ha ocasionado en estos años es *Crónica de la eternidad, ¿quién escribió la Historia verdadera de la conquista de la Nueva España?* (México 2012), del historiador francés Christian Duverger, quien otorga la autoría de la *Historia verdadera de la conquista de Nueva España* nada menos que al mismísimo Hernán Cortés. Las principales objeciones lanzadas sobre Bernal para negar su autoría son dos: la primera es su pretendida falta de cualificación para escribir un libro de tal magnitud; y la segunda, la imposibilidad de que un soldado que dice haber estado siempre tan próximo al con-

quistador no haya dejado su huella en la documentación de la época. Duverger no niega la existencia de Bernal Díaz del Castillo, si bien afirma que el primer documento que tenemos sobre él está fechado en Guatemala en 1544, cuatro años antes de su muerte, sin que haya rastro del mismo entre los soldados con los que Cortés emprendió la conquista. Sostiene también que no hay pruebas documentales de que supiera escribir, algo normal en la época. Da también el francés la cifra de tan sólo 12 individuos que supieran hacerlo de entre los primeros que pasaron al continente con Cortés.

En cuanto al conquistador, Duverger da una opinión positiva antes de desarrollar su teoría que, a grandes rasgos, es esta: Cortés, sobre cuyas cartas pesó la prohibición real desde 1527, decidió inventar un personaje de soldado raso, testigo permanente de la acción, que es quien narra sus acciones desde un punto diferente al que lo hizo López de Gómara. La peculiar teoría de Duverger ha encontrado respuesta en muchos ámbitos historiográficos, si bien cabe decir, por dar una simple pincelada, que cualquiera que haya leído la *Historia verdadera* sabe que el autor lanza algunas críticas hacia Cortés que son difícilmente compatibles con la teoría duvergueriana.

Sin embargo, nos interesa especialmente la afirmación que hace el francés de que Bernal Díaz del Castillo era analfabeto. Este extremo, que invalidaría al de Medina del Campo como autor de cualquier obra escrita es desmontada con facilidad al acudir a la ya citada obra de María del Carmen Martínez Martínez, *Veracruz 1519; los hombres de Cortés*. En tal libro, modelo de rigor y prudencia, hallamos la firma de Bernal Díaz del Castillo reproducida [286] y realizada por una mano familiarizada con la pluma.

Al margen de estas disputas académicas, la figura de Cortés sigue siendo objeto de controversia popular en México. En la

tierra que pisara por primera vez en 1519, hoy convertida en la gran nación de la Hispanidad, el conquistador, pese a su práctica desaparición iconográfica pública, mantiene cierta presencia al menos puntualmente. Por poner un ejemplo, nombraremos casos como el de la escenificación anual, con el propio Cortés como participante, que tiene lugar en La Paz, California del Sur. Allí, desde 2009, se representa el 3 de mayo la obra *El desembarco de Cortés*, gracias a las labores organizativas del Instituto Sudcaliforniano de Cultura y el Ayuntamiento de las tierras a las que el de Medellín dio nombre.

También dentro del ámbito de la dramaturgia, en 2015 se ha escenificado, en el Centro Cultural Tlatelolco de Ciudad de México, la obra teatral *Águila Real,* del veracruzano Hugo Argüelles (1932-2003). El texto pertenece a una trilogía sobre la conquista y la época virreinal en la que su autor buscaba desentrañar las claves de la «mexicanidad». La obra muestra la confrontación de Isabel de Moctezuma y Hernán Cortés, a quien revela el verdadero tesoro de su padre: el orgullo, la valentía y el conocimiento, al tiempo que le reprocha su irrespetuosa actitud para con la cultura mexica, acusación que Cortés trata de refutar apelando a la idéntica violencia con que se habrían conducido otros conquistadores. El trasfondo de los personajes apunta a un Cortés machista y depredador al que se le opone una delicada mujer indígena, crítica que sin duda puede tener un amplio recorrido futuro.

Otras perspectivas pueden, sin embargo, tratar con mayor benevolencia a Cortés. Una de ellas es deudora de los hallazgos arqueológicos. Recientemente se ha descubierto el *tzompantli* [287] en el centro de la Ciudad de México del que hablan las crónicas. También se han hallado los restos de los españoles sacrificados, alrededor de 550 individuos, en Zultépec-Tecoaque. Estas reliquias son buena prueba de la barbarie con la que se con-

dujeron los mexicas, evidencias que los alejan de la pretendida imagen idílica con la que a menudo se presentan los pueblos a los que el de Medellín sometió.

La vía patrimonial, vinculada al turismo cultural también puede servir para rehabilitar a Cortés. Esta es una línea que tiene como punto de partida la Villa Rica de la Veracruz, hoy conocida como La Antigua. Allí Cortés ordenó la construcción de la primera iglesia y ayuntamiento, logrando el escudo de armas en 1523. El gobierno federal, junto con las administraciones de Puebla, Veracruz, Tlaxcala, Estado de México y el Distrito Federal, trabaja para redimensionar la Ruta de Cortés con el objetivo de identificar nuevos atractivos turísticos, culturales, históricos y gastronómicos.

Otra alternativa puede venir de la mano de la Iglesia católica, y ello no sólo por el hecho de que los restos del conquistador reposen en un templo que acaso pudiera convertirse en un reclamo para visitantes de cualquier credo, sino porque Cortés fue quien permitió la implantación del catolicismo en unas tierras que empiezan a notar el acoso del evangelismo e incluso, en algunos focos, precisamente aquellos lugares marcados por la influencia de Las Casas, del Islam.

Por último, iniciativas como la mentada exposición *Itinerario Cortés*, muestra que posiblemente pueda verse en México, pueden contribuir a introducir equilibrio en el juicio sobre Cortés, propósito que también parece hallarse tras el documental *Hernán Cortes, un hombre entre Dios y el Diablo*, recientemente estrenado.

Finalicemos. A las posibilidades comentadas hemos de unir las visiones que se proyecten sobre la imagen de Hernán Cortés en los fastos conmemorativos que, previsiblemente, se organizarán en los próximos años a ambos lados del Océano. Mientras

llega ese momento, sirva nuestra obra para contribuir al debate que sin duda se abrirá en torno al luminoso mito de Cortés.

Iván Vélez
Madrid, 12 de junio de 2016

CRONOLOGÍA DE HERNÁN CORTÉS

1485 — Nace en Medellín.

1499 — Breve estancia de estudios en Salamanca.

1502-1503 — Se forma como escribano en Valladolid.

1504 — Viaja a Santo Domingo y trabaja como escribano.

1511 — Participa en la conquista de Cuba junto a Diego Velázquez, de quien será secretario mientras se dedica a la cría ganado y la búsqueda de oro.

1514-1515 — Tensiones con Velázquez. Cautiverio. Se casa con Catalina Suárez Marcaida.

1518 — 23 de octubre. Recibe las instrucciones de Diego Velázquez tras ser nombrado capitán de una nueva expedición que sucede a las de Hernández de Córdoba y Juan de Grijalva.

1519 — Mediados de febrero: Cortés sale de Cuba.

22 de marzo. Llega a Tabasco.

25 de marzo. Batalla de Centla.

15 de abril. Malinche es entregada a Cortés.

22 de abril. Fundación de la Villa Rica de la Vera Cruz en Chalchichueacán.

Finales de mayo. Fundación del cabildo y nombramiento de Cortés como capitán general y justicia mayor.

Principios de junio. Visita a Cempoala.

1 de julio. Llegada de Juan de Saucedo. Destrucción de las naves.

26 de julio. Salida de los procuradores Hernández Portocarrero y Francisco Montejo hacia España, con documentos y presentes para el emperador Carlos.

Septiembre. Combates con los tlaxcaltecas y posterior alianza.

12 de octubre. Llegada a Cholula. Una semana más tarde se producirá la conocida como matanza de Cholula.

8 de noviembre. Llegada a Tenochtitlán. Encuentro con Moctezuma. Una semana más tarde Moctezuma es apresado.

1520 — Principios de mayo. Llegada de Pánfilo de Narváez a la costa.

Mediados de mayo. Matanza del Templo Mayor.

27/28 de mayo. Derrota de Narváez.

24 de junio. Cortés regresa a Tenochtitlán.

30 de junio. Noche Triste.

7 de julio. Batalla de Otumba.

30 de octubre, Segura de la Frontera. Segunda Carta de relación.

25 de noviembre. Nombramiento de Cuauhtémoc como señor de Tenochtitlán. Cortés recibe refuerzos y comienza a construir en Tlaxcala los bergantines.

1521 — 24 de febrero. Llega el tesorero real Julián de Alderete.

30 de mayo. Inicio del sitio de Tenochtitlán.

13 de agosto. Captura de Cuauhtémoc y toma final de la ciudad.

1522 — 15 de mayo. Tercera *Carta de relación.*

Julio. Envío del tesoro a Carlos I. Llegada de Catalina Suárez Marcaida a Ciudad de México.

15 de octubre. Carlos I nombra a Cortés gobernador, capitán general y justicia mayor de la Nueva España.

1 de noviembre. Muere Catalina Suárez Marcaida.

1523 — 13 de agosto. Llegan los tres primeros franciscanos a Ciudad de México.

13 de mayo. Llegan a Veracruz los doce franciscanos encabezados por fray Martín de Valencia.

1524 — 12 de octubre. Cortés emprende la expedición de Las Hibueras.

15 de octubre. *Cuarta carta de relación*.

1525 — 28 de febrero. Cuauhtémoc es ajusticiado.

1526 — 1 de mayo. Cortés llega a La Habana desde Las Hibueras.

19 de junio. Llega a Ciudad de México.

3 de septiembre. Quinta *Carta de relación*.

1528 — Abril. Instrucciones de Carlos I para la apertura del juicio de residencia a Cortés. Salida de este hacia España, a la que llega en mayo.

Julio. Entrevista con Carlos I en Toledo.

1529 — Febrero. Interrogatorios para el juicio por la muerte de su esposa.

Abril. Cortés acompaña a Carlos I en su viaje a Zaragoza. Envío de regalos al Papa Clemente VII. Boda con Juana de Zúñiga.

Julio. Viaja con Carlos I hasta Barcelona. Es nombrado Marqués del Valle.

1530 — Julio. Regreso de Cortés a Nueva España junto a su nueva esposa y su madre.

1531 — Se instala en Cuernavaca, donde erige su mansión.

1532 — Primera expedición al Mar del Sur, sufragada por Cortés.

1533 — Segunda expedición al Mar del Sur.

1535 — Tercera expedición al Mar del Sur.

1538 — Celebración de las paces de Aguas Muertas en Ciudad de México.

1539 — Junio. Cuarta expedición al Mar del Sur.

Diciembre. Cortés regresa a España junto a su hijo Martín.

1541 — Octubre. Campaña de Argel.

1542 — Encuentro con Bartolomé las Casas en Monzón.

Noviembre. Asiste a la boda del príncipe Felipe en Salamanca. Contacta con Ginés de Sepúlveda.

1544 — Cortés vive en Valladolid.

1546 — Octubre. Se instala en Sevilla.

1547 — 12 de octubre. Dicta su testamento.

2 de diciembre. Muere en Castilleja de la Cuesta.

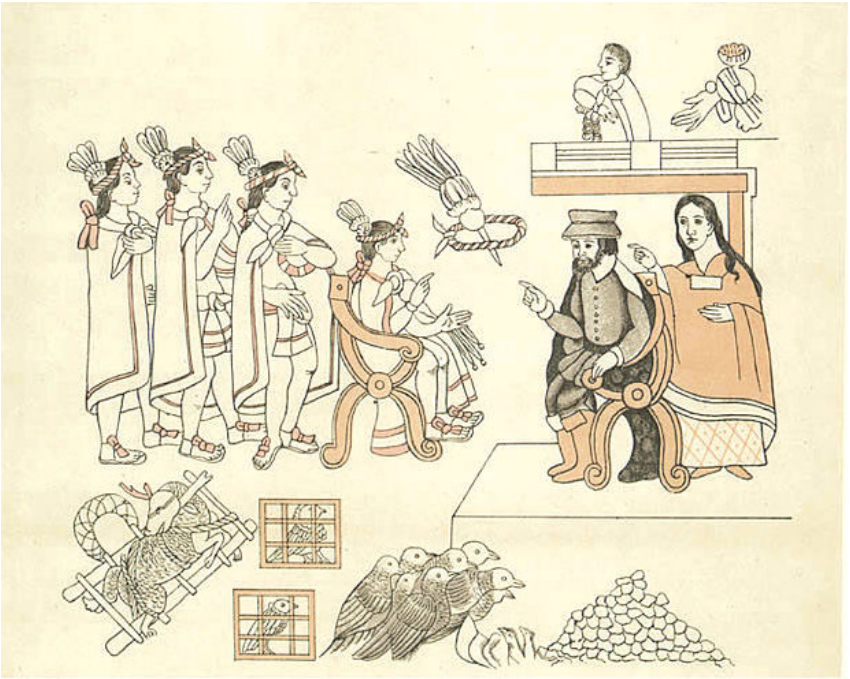
HERNÁN CORTÉS EN EL ARTE - IMÁGENES

Moctezuma y Hernán Cortés en el interior del Templo de Tláloc.

Alejandro Casarín (México, siglo XIX).

Óleo sobre tela (189×240 cm).

(Foto cortesía de Morton Subastas, realizada por Juan Antonio García Ramírez para la edición de este libro).



Fragmento del *Lienzo de Tlaxcala*.

Elaborado a mediados del siglo XVI, recoge la participación de los tlaxcaltecas en la conquista al lado de las fuerzas españolas.

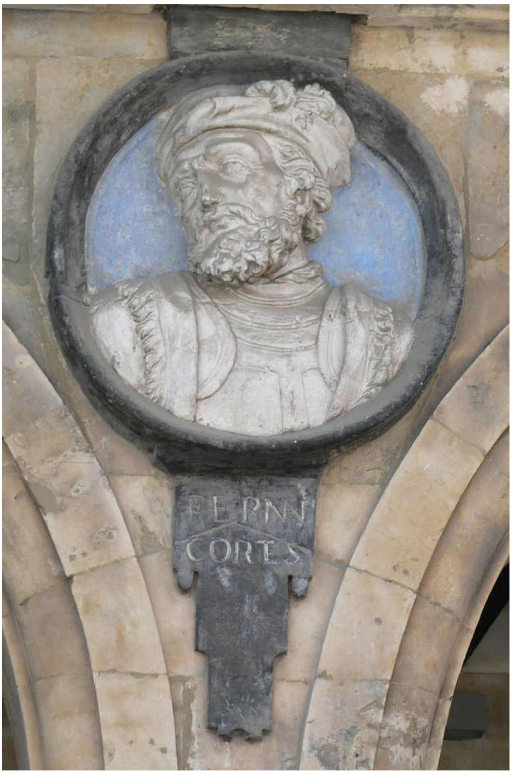
«Don Ferdinando Cordesyus, 1529, a la edad de cuarenta y dos años; él conquistó después todas las Indias para Su Majestad Imperial Carlos Quinto».

Acuarela de Christoph Weiditz en la que el conquistador sostiene su escudo de armas.

Retrato de Hernán Cortés.

Anónimo, Museo de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando.

Retrato basado en el cuadro enviado por Cortés a Paulo Giovio.



Medallón del Pabellón Real de la Plaza Mayor de Salamanca.

Obra del escultor Alejandro Carnicero (1693-1756), realizada entre 1729 y 1735.

Retrato de Hernán Cortés.

Anónimo, conservado en el Hospital de Jesús de la Ciudad de México. Estilísticamente emparentado con el retrato de Carlos I de Tiziano.

El Martirio de San Hipólito con Hernán Cortés orante.

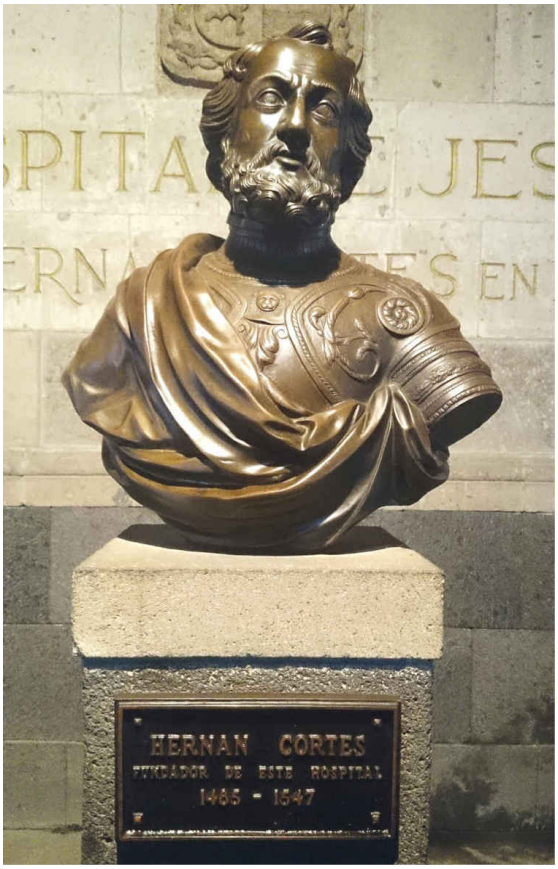
De Alonso Vázquez (1564-1608), realizado entre 1605 y 1607.

La llegada de «Los Doce».

Frescos de la Capilla Abierta de la Iglesia de la Inmaculada Concepción en Ozumba.

Ejemplar disciplina de Hernán Cortés.

Frescos de la Capilla Abierta de la Iglesia de la Inmaculada Concepción en Ozumba.



Busto de Hernán Cortés.

Obra de Manuel Tolsá. Realizado en 1800 en bronce fundido y dorado. Copia conservada en el Hospital de Jesús.

Estatua de Hernán Cortés en la plaza principal de Medellín.

Obra de Eduardo Barrón inaugurada el 2 de diciembre de 1890.

BIBLIOGRAFÍA

Libros

Aguilar Piñal, Francisco, *Bibliografía de autores españoles del siglo XVIII*, CSIC, Madrid 1981.

Alamán, Lucas, *Disertaciones sobre la historia de la República Mexicana desde la época de la Conquista que los españoles hicieron a fines del siglo XV y principios del XVI de las islas y continente americano hasta la Independencia*, Imp. D. José Mariano Lara, Ciudad de México 1844.

Ángeles Jiménez, Pedro, *Imágenes y memoria. La pintura de retrato de los franciscanos en la Nueva España*, Tesis doctoral, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, México 2010.

Balbuena, Bernardo de, *Grandeza mexicana*, Imp. Melchior Ochiarte, Ciudad de México 1604.

Ballesteros Gaibrois, Manuel; Luca de Tena, Torcuato; Alcina Franch, Uslar Pietri, Arturo… *Actas del primer congreso internacional sobre Hernán Cortés*, Ediciones Universidad de Salamanca, Salamanca 1986.

Blanco Fombona, Rufino, *El conquistador español del siglo XVI. Ensayo de interpretación*, Ed. Mundo Latino, Madrid 1921.

Bonfil Batalla, Guillermo, *El México Profundo, una civilización negada*, SEP/CIESAS, México D. F. 1987.

Brading, David A., *Orbe indiano, de la monarquía católica a la república criolla, 1492-1867*, Fondo de Cultura Económica, Tercera reimpresión, México D. F. 2003.

Bueno Martínez, Gustavo, *El animal divino. Ensayo de una filosofía materialista de la religión* (2ª edición, corregida y aumentada con catorce escolios), Pentalfa Ediciones, Oviedo 1996.

Bueno Martínez, Gustavo, *España frente a Europa*, Ed. Prensa Ibérica, Barcelona 1999.

Bueno Martínez, Gustavo, *El mito de la Izquierda*, Ediciones B, Barcelona 2003.

Bustamante, Carlos María, *Cuadro histórico de la Revolución mexicana*, 5 vols., Instituto Cultural Helénico/fce, México D. F., 1985.

Bustamante, Carlos María, *Los Tres Siglos de México*, L. Abadiano y Valdés, Ciudad de México 1836.

Cervantes, Miguel de, *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, Edición del Instituto Cervantes dirigida por Francisco Rico, Madrid 2005.

Clavijero, Francisco Javier, *Historia antigua de México y de su conquista*, Imp. de Lara, México 1844.

Cortés Hernán, *Cartas de relación a Carlos V*, Ed. Cambio 16, Madrid 1992.

Díaz del Castillo, Bernal, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España.* Edición Real Academia Española, Ed. Galaxia Gutenberg, Madrid 2011.

Dorantes de Carranza, Baltasar, *Sumaria relación de las cosas de la Nueva España con noticia individual de los descendien-*

tes legítimos de los conquistadores y primeros pobladores españoles, Imp. Museo Nacional, Ciudad de México 1902.

Duverger, Christian, *Crónica de la eternidad, ¿quién escribió la Historia verdadera de la conquista de la Nueva España?*, Ed. Taurus, México D. F., 2012.

Escamilla, Juan Ortiz (coord.); Alberro, Solange; Córdova Plaza, Rosío; Martínez Baracs, Rodrigo; Rodríguez Herrero, Hipólito, *El Veracruz de Hernán Cortés*, Universidad Veracruzana, Veracruz 2015.

Escoiquiz, Juan de, *Méjico conquistado: Poema Heroico*, Impr. Real por Don Pedro Julián Pereyra, 3 vols., Madrid 1798.

Farías, Luis M., *La América de Aranda*, FCE, México D. F. 2003.

Fernández Duro, Cesáreo, *Las joyas de Isabel la Católica, las naves de Cortés y el salto de Alvarado*, Imp. de Manuel G. Hernández, Madrid 1882.

Galeano, Eduardo, *Las venas abiertas de América Latina*, Ed. Siglo XXI, Madrid 2007.

García Carballo, Ángela; Madrazo García de Lomana, Gonzalo; Mato Miguel, Juan Francisco, *La sede de la Real Academia de Ingeniería*, Ed. Real Academia de Ingeniería, Madrid 2009.

García Serrano, Rafael, *Cuando los dioses nacían en Extremadura*, Ed. Espasa-Calpe, Madrid 1949.

Illescas, Gonzalo de, *Segunda parte de la historia pontifical y católica*, Madrid 1652.

Insua Rodríguez, Pedro, *Hermes católico. Ante los Bicentenarios de las naciones hispanoamericanas*, Ed. Pentalfa, Oviedo

2013.

Lane Fox, Robin, *Alejandro Magno, conquistador del mundo*, Ed. Acantilado, Barcelona 2007.

León-Portilla, Miguel, *Literaturas de Anáhuac y del Incaria. La expresión de dos pueblos del Sol*, Ed. Siglo XXI, Madrid 1982.

León-Portilla, Miguel, *Visión de los vencidos*, México D. F., UNAM, México 1992.

López de Gómara, Francisco, *La conquista de México*, Fundación Biblioteca Ayacucho, Caracas 2007.

Lummis, Fletcher, *Exploradores españoles del siglo XVI,* Ed. Araluce, Barcelona 1939.

Madariaga, Salvador, *Hernán Cortés*, Ed. Sudamericana, Buenos Aires (8ª edición) 1964.

Marrero-Fente, Raúl, *Alegorías de la historia: imitación épica y modelos historiográficos en "Nuevo Mundo y Conquista" de Francisco de Terrazas*, Universidad de Richmond, 2006.

Martínez, José Luis, *Hernán Cortés*, Fondo de Cultura Económica, México D.F. 2003.

Martínez Martínez, María del Carmen, *Veracruz 1519; los hombres de Cortés*, Universidad de León, León 2013.

Mira Caballos, Esteban, *Hernán Cortés: el fin de una leyenda*, Ed. Palacio de los Barrantes Cervantes S. L., Badajoz 2010.

Miralles, Juan, *Hernán Cortés, inventor de México*, 2 vol, Ed. Abc, Madrid 2004.

Molina, Tirso de, *Todo es dar en una cosa*, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2006.

Motolinía, Fray Toribio de Benavente, *Historia de los indios de la Nueva España*, Ed. Cátedra, Madrid 1985.

Pardo Bazán, Emilia, *Hernán Cortés y sus hazañas*, Ed. "La Lectura", Madrid 1914.

Paz, Octavio, *El laberinto de la soledad*, FCE, México 1992.

Peligro Valle, Onofre, *El héroe popular extremeño Hernán Cortés y su gloriosa conquista de Méjico*, Imp., Litog. y Encuad. de Uceda Hermanos, Badajoz 1906.

Pellús Pérez, Elena, *Sobre las hazañas de Hernán Cortés: estudio y traducción*, Universidad de Alicante, Alicante 2007.

Pereyra, Carlos, *Hernán Cortés y la epopeya del Anáhuac*, Ed. América, Madrid 1916.

Pérez Vejo, Tomás, *España en el debate público mexicano, 1836-1867. Aportaciones para una historia de la nación*, El Colegio de México, México D. F. 2008.

Pérez Vejo, Tomás, *España imaginada. Historia de la invención de una nación*, Galaxia Guttenberg, Barcelona 2015.

Pi y Margall, Francisco, *Guatimozín y Hernán Cortés. Diálogo*, Imprenta de los hijos de J. A. García, Madrid 1899.

Pizarro y Orellana, Fernando, *Varones ilustres del Nuevo Mundo*, Madrid 1639.

Prescott William, *Historia de la conquista de México*, 2 vol. París 1878.

Quevedo y Villegas, Francisco, *España defendida y los tiempos de ahora, de las calumnias de los noveleros sediciosos*, Edición Robert Selden Rose, Madrid 1916.

Ramírez Sierra, Hugo Hernán, *Fiesta, espectáculo y teatralidad en el México de los conquistadores*, Bonilla Artigas Editores, Madrid 2009.

Ramos, Demetrio, *Hernán Cortés. Mentalidad y propósitos*. Ed. Rialp, Madrid 1992.

Reynolds, Winston A., *Hernán Cortés en la literatura del Siglo de Oro*, Centro Iberoamericano de Cooperación Editora Nacional, Madrid 1978.

Rodríguez y Cos, José María, *El Anáhuac,* Imp. M. Murguía, Ciudad de México 1853.

Rubio Mañé, Jorge Ignacio, *El virreinato IV: Obras públicas y educación universitaria*, Fondo de Cultura Económica, México D.F. 1983.

Ruiz de León, Francisco, *Hernandia*, Imp. Viuda de Manuel Fernández, Madrid 1755.

Sigüenza y Góngora, *Piedad heróica de Don Fernando Cortés, Marqués del Valle*, Cuarta edición, Antigua Imprenta de Murguía, Ciudad de México 1928.

Solís y Manso, Luis de, *La sombra de Hernan-Cortés, ó discurso que dirige a la nación el héroe de Nueva-España*, Sevilla 1857.

Solís y Rivadeneyra, Antonio, *Historia de la conquista de México*, Ed. Espasa-Calpe, 4ª ed., Madrid 1970.

Stoll, David, ¿Pescadores de hombres o fundadores de Imperio?, DESCO, Quito 1985.

Suárez Roca, José Luis, *Lingüística misionera española*, Ed. Pentalfa, Oviedo 1992.

Suárez de Peralta, Juan, *Tratado del descubrimiento de las Indias y su conquista* (1589), publicada por Justo Zaragoza en 1878 como *Noticias históricas de Nueva España*.

Thomas, Hugh, *La conquista de México*, Ed. Planeta, Barcelona 1994.

Torquemada, Juan, *Monarquía indiana*, Sevilla 1615.

Vasconcelos, José, *La Raza Cósmica. Misión de la raza iberoamericana*, Agencia Mundial de Librería, Madrid 1925.

Vasconcelos, José, *Hernán Cortés, creador de la nacionalidad*, Ed. JUS, 4º ed, México D.F., 1985.

Vega-Rey, Luis, *Puntos negros del Descubrimiento de América*, Viuda e hijos De la Riva, Madrid 1896.

Villaespesa, Francisco, *Hernán Cortés. Poema épico, en tres actos y en verso*, Ed. Vda. de Bouret, Ciudad de México 1917.

Villoro, Luis, *Los grandes momentos del indigenismo en México*, El Colegio de México, México D. F. 1950.

Zapata de Chaves, Luis, *Carlo famoso*, Valencia 1566.

Artículos

Altolaguirre, Ángel, «Prueba histórica de la inocencia de Hernán Cortés en la muerte de su esposa», *Boletín de la Real Academia de la Historia*, tomo LXXVI, Madrid 1920, pp. 105-110.

Amor y Vázquez, José, «Apostilla a la "quema de las naves" por Cortés», *Hispanic Review*, n. 29, 1961, pp. 45-52.

Arenas Frutos, Isabel, «Aspectos culturales de la historiografía cortesiana en España (1940-1989), *Revista de Indias*, vol. L, n. 188, Madrid 1990, pp. 277-288.

Arnao, Antonio, «Las naves de Cortés», Revista Europea, Madrid 22 de marzo de 1874, año I, tomo I, n. 4, pp. 103-105.

Batalla Rosado, José, «La pena de muerte durante la colonia -siglo XVI- a partir del análisis de las imágenes de los códices mesoamericanos». *Revista Española de Antropología Americana*, n. 25, Madrid, 1995, pp. 71-110.

Bueno Bravo, Isabel, «El Lienzo de Tlaxcala y su lenguaje interno», *Anales del Museo de América*, n. 18, 2010, pp. 56-77.

Bueno, Gustavo, «La canonización de Marilyn Monroe», *El Catoblepas*, n. 9, noviembre 2002, p. 2, http://www.nodulo.org/ec/2002/n009p02.htm

Bueno Sánchez, Gustavo, «José Ignacio Borunda (1740-1800)», *Filosofía en español*, http://www.filosofia.org/ave/001/a300.htm

Bueno Sánchez, Gustavo, «Alfonso Alamán Borneque» http://www.filosofia.org/ave/003/c058.htm

Castañeda de la Paz, María, «Los códices históricos mexicas. El Códice Azcatitlan», EHSEA, n.14, Enero-Junio 1997, pp. 273-299.

Castro Ruiz, Miguel, «Luz de Castilleja; conquistador en su plenitud, asceta en el ocaso», La Nación, n. 324, México D. F. 27 diciembre 1947, p. 19.

Corona, Carmen, «El auto La Conquista de Jerusalén: Hernán Cortés y la transgresión de la figura», *El escritor y la escena III: estudios en honor de Francisco Ruiz Ramón: actas del III Congreso de la Asociación Internacional de Teatro Español y*

Novohispano de los Siglos de Oro (9-12 de marzo de 1994, Ciudad Juárez), Universidad Autónoma de Ciudad Juárez, México 1995, pp. 79-87.

Chiva Beltrán, Juan, «Arcos efímeros mexicanos. De la herencia hispana al nacionalismo artístico», *SEMATA, Ciencias Sociales e Humanidades*, 2012, vol. 24, pp. 193-212.

Frankl, Víctor, «Hernán Cortés y la tradición de las Siete Partidas», *Revista de Historia de América*, n. 53/54, jun.-dic. 1962, pp. 9-74.

Gil Amate, Virginia, «Crónica de sociedad en el Tratado del descubrimiento de las Indias y su conquista de Juan Suárez de Peralta», *Arrabal*, n. 5-6, 2007, pp. 5-17.

Fernández García, Alejandro, «El incendio de las carabelas», *El Cojo Ilustrado*, n. 277, Caracas julio de 1903, p. 399.

Giménez Pérez, Felipe, «Panegírico al Imperio», *El Catoblepas*, n. 139, sep. 2013, p. 3, http://www.nodulo.org/ec/2013/n139p03.htm

Guerrero Sánchez, Atilana, «La Idea de Imperio según el Libro de Alexandre», *El Catoblepas*, n. 122, abril 2012, p. 1, http://www.nodulo.org/ec/2012/n122p01.htm

Gutiérrez López, Miguel Ángel, «La obra mural de Alfredo Zalce en el Museo Regional Michoacano», *Tzintzun, Revista de Estudios Históricos*, n. 46, julio-diciembre Michoacán 2007, pp. 129-146.

Izard y Llorens, Miquel, «Quinientos años de iniquidad», *L'Avenç*, n. 63, Barcelona sep. 1983, pp. 38-39.

Jiménez de la Espada, Marcos, «No fué Tea, fué barreno», *Boletín de la Real Academia de la Historia*, XI, Madrid julio-

sept. 1887, pp. 235-238.

Martínez Baracs, Rodrigo, «Veracruz en la conquista de México», *El Veracruz de Hernán Cortés*, Coord. Juan Ortiz Escamilla, Univ. Veracruzana, Veracruz 2015, pp. 87-263.

Martínez Martínez, Mª del Carmen, «Cartas privadas de Hernán Cortés al licenciado Núñez», *Anales del Museo de América*, 2004, pp. 81-102.

Martínez Martínez, Mª del Carmen, *«Francisco López de* Gómara y Hernán Cortés: nuevos testimonios de la relación del cronista con los marqueses del Valle de Oaxaca», *Anuario de Estudios Americanos*, n. 67, enero-junio, Sevilla 2010, pp. 267-302.

Mata, Andrés, «Alma raza», *El Cojo Ilustrado*, n. 277, Caracas julio de 1903, p. 399.

Menéndez Pidal, Gonzalo, «Un detalle ignorado sobre Hernán Cortés», *Revista de Estudios Políticos*, n. 35-36, Madrid 1947, pp. 231-244.

Muñoz Custodio, Álvaro, «Hernán Cortes y Moctezuma II», *Tiempo de historia*, n. 69, agosto 1980, pp. 26-45.

Palacios Gómez, José Luis, «Hernán Cortés según Neil Young: una aproximación desde la sociología del conocimiento a un caso paradigmático de distorsión cognitiva», *Barataria*, n. 8, 2007, pp. 161-179.

Palenque Sánchez, Marta, «América como milagro en la obra poética de Salvador Rueda», *Andalucía y América en el siglo XX: Actas de las VI Jornadas de Andalucía y América*, (Univ. Sta. María de la Rábida, marzo 1986), Coords. Bibiano To-

rres Ramírez, José J. Hernández Palomo, vol. 2, Sevilla 1987, pp. 15-44.

Paz, Octavio, «Hernán Cortés: exorcismo y liberación», *ABC*, Madrid 28 de diciembre 1985, p. 3.

Pérez Bernardo, María Luisa, «Hernán Cortés en la obra periodística y literaria de Emilia Pardo Bazán», *Tejuelo*, n. 8, Cáceres 2010, pp. 46-58.

Reynolds, Winston A., «Hernán Cortés y los héroes de la Antigüedad», *Revista de Filología Española*, vol. XLV, n. 1/4, Madrid 1962, pp. 259-271.

Tudela de la Orden, José, «Hernán Cortés en los grabados románticos franceses», *Revista de Indias*, n. 31-32 Enero-Junio, Madrid 1948.

Zavala, Silvio, «Hernán Cortés ante la justificación de su conquista», *Revista Quinto Centenario* 9, Universidad Complutense de Madrid, 1985, pp. 15-35.

IVÁN VÉLEZ CIPRIANO (Cuenca, 1972), es arquitecto e investigador asociado de la Fundación Gustavo Bueno. Colaborador habitual de la revista *El Catoblepas*, es autor, entre otros, de los libros *Técnicas e ingenios en la Sierra de Cuenca* (2010), *Contra los mitos y sofismas de las «teorías literarias» posmodernas. Identidad, Género, Ideología, Relativismo, Americocentrismo, Minoría, Otredad* (2010), *Agua, hombres y máquinas en la España preindustrial* (2012), *Por los caminos de la Sierra. Antropología y paisaje en Cuenca* (2013), *Gustavo Bueno. 50 visiones sobre su obra* (2014), *Sobre la Leyenda Negra* (2014), *El Mito de Cortés* (2016), *Podemos. ¿Comunismo, populismo o socialfascismo?* (2016) y *La conquista de México* (2019).

Ha publicado también artículos en revistas especializadas y diarios como *ABC*, *El Mundo* o *La Gaceta*.

[1] Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, cap. LXXXVIII, p. 310. Tomamos la cita, como haremos en el resto del libro, de la edición elaborada por la Real Academia Española, Ed. Galaxia Gutenberg, Madrid 2011. <<

[2] Gustavo Bueno, *El mito de la izquierda*, Ediciones B, Barcelona 2003. <<

[3] Op. cit., p. 123. <<

[4] Op. cit., p. 14. <<

[5] Op. cit., p. 14. <<

[6] Op. cit., p. 15. <<

[7] Op. cit., p. 16. <<

[8] Véanse, por ejemplo: Víctor Frankl, «Hernán Cortés y la tradición de las Siete Partidas», *Revista de Historia de América,* n. 53/54, jun.-dic. 1962, pp. 9-74, o Demetrio Ramos, *Hernán Cortés, mentalidad y propósitos*, Ed. Rialp, Madrid 1992. <<

[9] Así lo afirma Juan Ortiz Escamilla en la *Presentación* del libro *El Veracruz de Hernán Cortés*, Universidad Veracruzana, Veracruz 2015, por él coordinado y del que son autores, él mismo, Solange Alberro, Rosío Córdova Plaza, Rodrigo Martínez Baracs, Hipólito Rodríguez Herrero. <<

[10] Véase nuestro *Sobre la Leyenda Negra*, Ed. Encuentro, Madrid 2014. <<

[11] Tomamos la información del trabajo de Mª del Carmen Martínez Martínez, «Cartas privadas de Hernán Cortés al licenciado Núñez», *Anales del Museo de América*, 2004, pp. 81-102. <<

[12] En este punto remitimos al lector a la obra de Pedro Insua: *Hermes Católico. Ante los Bicentenarios de las naciones hispanoamericanas*, Ed. Pentalfa, Oviedo 2012. <<

[13] «Segunda carta de relación», *Cartas de relación a Carlos V*, Ed. Cambio 16, Madrid 1992, p. 72. <<

[14] Las llamadas «guerras floridas» tenían, al margen de su dimensión bélica orientada al adiestramiento militar, un sentido ceremonial y una consecuencia sangrienta: el sacrificio de prisioneros. <<

[15] Véase Hugh Thomas, *La conquista de México*, Ed. Planeta, Barcelona 1994, p. 65. <<

[16] Tesis, la de la sublevación, en concreto la ocurrida tras el tormento de Cuauhtémoc, sostenida por Juan José Batalla Rosado («La pena de muerte durante la colonia —siglo XVI— a partir del análisis de las imágenes de los códices mesoamericanos», *Revista Española de Antropología Americana,* n. 25, Madrid, 1995, pp. 71-110), apoyándose en Alva Ixtlilxóchitl. <<

[17] *Códice Florentino*, vol. 3, lib. XII, cap. 40. <<

[18] María Castañeda de la Paz, «Los códices históricos mexicas. El Códice Azcatitlan», *EHSEA,* n.14, Enero-Junio 1997, pp. 273-299. <<

[19] Véase Isabel Bueno Bravo, *El Lienzo de Tlaxcala y su lenguaje interno*, Anales del Museo de América n. 18, 2010, pp. 56-77. <<

[20] Mª del Carmen Martínez Martínez, «Francisco López de Gómara y Hernán Cortés: nuevos testimonios de la relación del cronista con los marqueses del Valle de Oaxaca», *Anuario de Estudios Americanos*, n. 67, 1, enero-junio, Sevilla, 2010, p. 267-302, <<

[21] Op. cit., p. 277. <<

[22] Op. cit., p. 286. <<

[23] Op. cit., p. 297. <<

[24] Véase Pedro Insua Rodríguez, *Hermes católico*, Ed. Pentalfa, Oviedo 2013. <<

[25] En relación a este color ceniciento del rostro de Cortés, Emilia Pardo Bazán, en su obra *Hernán Cortés y sus hazañas* (Madrid 1914), lo atribuye quizá a las cuartanas sufridas por el de Medellín en su infancia. <<

[26] Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la conquista de Nueva España*, Presentación, p. X. <<

[27] Op. cit., cap. CLVII, p. 692. <<

[28] Op. cit., cap. CCIV, pp. 1010-1013. <<

[29] Véase Elena Pellús, *Sobre las hazañas de Hernán Cortés: estudio y traducción*, Universidad de Alicante 2007, edición bilingüe de la obra en la que se atribuye su autoría a Calvete de la Estrella. <<

[30] Op. cit., p. 151. <<

[31] Op. cit., p. 155. <<

[32] Op. cit., p. 159. <<

[33] Op. cit., p. 173. <<

[34] Véase «La Residencia de Cortés», Hugh Thomas, conferencia impartida durante la jornada "Visión de Hernán Cortés en el siglo XXI", Fundación Canal, 11 noviembre de 2014. <<

[35] Lucas Alamán, *Disertaciones sobre la historia de la República Mexicana desde la época de la Conquista que los españoles hicieron a fines del siglo XV y principios del XVI de las islas y continente americano hasta la Independencia*, Imp. D. José Mariano Lara, México 1844, pp. 142-143. <<

[36] Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la conquista de Nueva España*, cap. LIV, pp. 191-193. <<

[37] Véase Demetrio Ramos, *Hernán Cortés. Mentalidad y propósitos*. Ed. Rialp, Madrid 1992, p. 123 y ss. <<

[38] Véase Luis M. Farías, *La América de Aranda*, FCE, México 2003. <<

[39] *Actas del Cabildo de la Ciudad de México*, Ignacio Bejarano, México 1889, p. 53. <<

[40] Citado por Demetrio Ramos en su *Hernán Cortés, mentalidad y propósitos*, p. 263. <<

[41] De los apuros económicos que sufrió Cortés en estos últimos años da cuenta José Luis Martínez en su célebre biografía. <<

[42] Emilia Pardo Bazán, *Hernán Cortés y sus hazañas*, Ed. "La Lectura", Madrid 1914, p. 153. <<

[43] Seguimos en este punto a Reynolds, *Hernán Cortés en la literatura del Siglo de Oro*, Centro Iberoamericano de Cooperación Editora Nacional, Madrid 1978, cap X, p. 200. <<

[44] López de Gómara, *Historia de la conquista*, cap. CCLI. <<

[45] *Historia General y Natural de las Indias*, tomo 3°, Lib. XXXIII, Cap. LVI, p. 555. <<

[46] *Anales del Museo Nacional*, Segunda Época, Tomo III, p. 17. <<

[47] … y todo lo demás que fué necesario para el entierro de los señores D. Pedro Cortés y D. Femando Cortés, su abuelo, marqueses que fueron del Valle de Oajaca; en que puse manufactura, recaudos de colores y papeles que fué necesario, en que gasté mucho tiempo, trabajo, dineros y cuidado, lo cual estimo en mas de cien pesos; porque pinté ocho banderas de ambas partes con las armas de su señoría, y otras tres de papel de marca, doce pliegos la una y las otras dos en seis; doce muertes grandes de á siete pliegos cada una; tres docenas chicas, plateadas, en pliego: dos docenas de calaveras plateadas; tres docenas de tarjas; otra docena de muertes para las basas de las pirámides, y toda la pintura del túmulo.— Por lo que á Vm. pido y suplico mande se me paguen por lo menos dichos cien pesos».

Así se dirigía el pintor al Doctor D. Juan de Canseco, miembro del consejo de S. M. su oidor en esta real audiencia. <<

[48] Según reza una lápida que se conserva en el lugar, el 6 de octubre de 1643, don Juan de Correa y don Andrés Martínez de Villaviciosa, realizaron en el Hospital de Jesús, las primeras «anathomias humanas» para la enseñanza de los estudiantes de la Real y Pontificia Universidad de México. <<

[49] Recientemente se ha restaurado el pañuelo mortuorio de Cortés, un lienzo de lino y seda de 72×73 centímetros adornado en sus extremos con figuras fitomorfas bordadas formando una cruz lobulada en el centro. <<

[50] Pueden consultarse los *Apuntes al sermón de 12 de diciembre de 1794* en: http://www.filosofia.org/aut/001/17941214.htm <<

[51] Véase la página a él dedicada elaborada por Gustavo Bueno Sánchez: http://www.filosofia.org/ave/001/a300.htm <<

[52] El viajero inglés Bullock vio los restos en ese mismo año de 1823, declarando lo siguiente: «Examiné atentamente el cráneo de este personaje extraordinario; pero no vi nada que pudiera distinguirlo de cualquiera otro. Por esta reliquia puede suponerse que el resto del cuerpo era pequeño. Algunos de los dientes había perdido, sin duda, antes de su muerte.» Cit. *Los restos de Hernán Cortes. Disertación histórica y documentada por Luis González Obregon*, México 1903. <<

[53] Carlos María de Bustamante, *Los Tres Siglos de México*, tomo I, México 1836, p. 150. <<

[54] Véase la semblanza elaborada por Gustavo Bueno Sánchez dentro del Proyecto de Filosofía en Español: «Alfonso Alamán Borneque» http://www.filosofia.org/ave/003/c058.htm <<

[55] Luis de Solís y Manso, *La sombra de Hernan-Cortés, ó discurso que dirige a la nación el héroe de Nueva-España*, Sevilla,

1857, pp. 17-18. <<

[56] Tanto Madariaga como Baeza terminarían años más tarde incorporados al anticomunista Congreso por la Libertad de la Cultura. <<

[57] Se trata de una errata, debía poner 1836. <<

[58] Pese a que este es el dato comúnmente aceptado, Hugh Thomas sostiene que la fecha de nacimiento de Hernán Cortés pudo ser 1482. *La conquista de México*, p. 149. <<

[59] El criminólogo intervino en el caso de Ramón Mercader, asesino de Trotsky, colaborando en la detención del criminal. <<

[60] Hugo Hernán Ramírez Sierra, *Fiesta, espectáculo y teatralidad en el México de los conquistadores*, Bonilla Artigas Editores, Madrid 2009, Cap. IV, pp. 143-170. <<

[61] Véase Carmen Corona, «El auto *La Conquista de Jerusalén*: Hernán Cortés y la transgresión de la figura», *El escritor y la escena III: estudios en honor de Francisco Ruiz Ramón: actas del III Congreso de la Asociación Internacional de Teatro Español y Novohispano de los Siglos de Oro (9-12 de marzo de 1994, Ciudad Juárez),* Universidad Autónoma de Ciudad Juárez, México 1995, pp. 79-87. <<

[62] Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la conquista de Nueva España*, cap. CXLV, p. 596. <<

[63] Véase Raúl Marrero-Fente, «Alegorías de la historia: imitación épica y modelos historiográficos en "Nuevo Mundo y Conquista" de Francisco de Terrazas», Universidad de Richmond, 2006. <<

[64] *Nuevo Mundo y Conquista*, pasaje 1. <<

[65] Op. cit, pasaje 2. <<

[66] En el pasaje 15 Cortés es llamado «Moisés segundo». <<

[67] Hemos manejado la edición de 1902 salida de la Imprenta Nacional de México y prologada por Luis González Obregón, basada en el original que tenía José Fernando Ramírez donado a García de Iczabalceta. <<

[68] Op. cit., p. 12. <<

[69] Op. cit., p. 14. <<

[70] Op. cit., p. 17. <<

[71] Op. cit., p. 42. <<

[72] Op. cit., pp. 112-113. <<

[73] De hecho la obra ampliada cuenta con esta Aprobación del propio Alonso de Ercilla:

Yo he visto este libro, intitulado *Mexicana*, de Gabriel Lasso de la Vega, que se le ha dado otra vez licencia para imprimir, y asimismo lo añadido, y digo que se le puede dar mejor ahora, por haberle mejorado con más cuidado y curiosidad. <<

[74] Juan Suárez de Peralta, *Noticias históricas de la Nueva España*, edición y estudio preliminar de Justo Zaragoza, Madrid, Imprenta de Manuel G. Hernández, 1878; *Tratado del descubrimiento de las Indias y su conquista,* edición y estudio preliminar de Giorgio Perissinotto, Ed. Alianza, Madrid, 1990, pp. 186-187. <<

[75] *El Peregrino Indiano*, Imp. Pedro Madrigal, Madrid 1599, Canto XV. <<

[76] Un estudio de esta obra en Felipe Giménez Pérez, «Panegírico al Imperio», *El Catoblepas*, n. 139, sep. 2013, p. 3, http://www.nodulo.org/ec/2013/n139p03.htm <<

[77] Bernardo de Balbuena, *Grandeza mexicana*, Melchior Ochiarte, México 1604, p. 38. <<

[78] Juan de Torquemada, *Monarquía indiana*, lib. IV, p. 413. <<

[79] Antonio de Solís, *Historia de la conquista de México población y progreso de la América septentrional, conocida con el nombre de Nueva España*, Libro 1, capítulo II. <<

[80] Hemos analizado esta obra de Quevedo en *Sobre la Leyenda Negra*, Ed. Encuentro, Madrid 2014, cap. 12, pp. 138-142. <<

[81] Hay quienes afirman que el *Atheneo de Grandesa* (Imprenta de Joan Jolis, Barcelona 1681) del clérigo barcelonés Josep Romaguera (1642-1723), obra escrita en español, es un plagio de la obra de Gracián. <<

[82] Boadas, Sonia, «Las traducciones francesas de El Héroe de Baltasar Gracián y la censura política del siglo XVII», en *Textos castigados*, Eugenia Fosalba y María José Vega (ed.), Peter Lang, 2012, pp. 263-275. <<

[83] Fernando Pizarro y Orellana, *Varones ilustres del Nuevo Mundo*, Madrid 1639, p. 65. <<

[84] Carlos de Góngora y Sigüenza, *Piedad heroica de don Fernando Cortés, Marqués del Valle*, Cuarta edición, Antigua Imprenta de Murguía, México 1928, p. 10. <<

[85] Hemos empleado, por motivos prácticos, la edición digital hecha de la Biblioteca Virtual Cervantes basada en la 4ª edición de Espasa-Calpe (Madrid 1970),http://www.cervantesvirtual.com/obra/historia-de-la-conquista-de-mexico—0/ <<

[86] Antonio de Solís, *Historia de la conquista de México*, libro III, cap. 1, «Dase noticia del viaje que hicieron a España los enviados de Cortés, y de las contradicciones y embarazos que retardaron su despacho». <<

[87] Antonio de Solís, *Historia de la conquista de México*, libro V, cap. XXV, «Intentan los mejicanos retirarse por la laguna: pelean sus canoas con los bergantines para facilitar el escape de

Guatimozin; y finalmente se consigue su prisión y se rinde la ciudad». <<

[88] Véase Juan Chiva Beltrán. «Arcos efímeros mexicanos. De la herencia hispana al nacionalismo artístico». *SEMATA*, n. 24, 2012, pp. 193-212. <<

[89] Véase Jorge Ignacio Rubio Mañé, *El virreinato IV: Obras públicas y educación universitaria*, Fondo de Cultura Económica, México D.F. 1983. <<

[90] Véase al respecto Hugo Hernán Ramírez Sierra, *Fiesta, espectáculo y teatralidad en el México de los conquistadores*, Bonilla Artigas Editores, Madrid 2009. <<

[91] Raúl Angulo ha reconstruido la esencia de la zarzuela, véase http://www.fgbueno.es/act/efo019.htm <<

[92] José de Cañizares, *El pleito de Hernán Cortés con Pánfilo de Narvaéz*, Imp. viuda de Imprenta de la Viuda de Joseph de Orga, Valencia 1762, Primera jornada, p. 8. <<

[93] Op. cit., p. 11. <<

[94] Véase Heredia Correa, Roberto, «La asunción del pasado indígena por los criollos novohispanos», en *Filosofía hispánica y diálogo intercultural*, Roberto Albares Albares, Antonio Heredia Sorian y Ricardo Piñeo Moral (eds.), Ed. Universidad de Salamanca y Fundación Gustavo Bueno, Salamanca 2000, pp.181-189. <<

[95] Francisco Ruiz de León, *Hernandia*, Imp Viuda de Manuel Fernández, Madrid 1755, Canto II, p. 59. <<

[96] Op. cit, canto VIII, p..215. <<

[97] Op. cit., Canto IV, p. 99. <<

[98] *Cortés triunfante en Tlascala*, p. 14. <<

[99] Op. cit., p. 31. <<

[100] Op. cit., p. 40. <<

[101] Op. cit., p. 42. <<

[102] Véase Ignacio Castillo Acosta, «Control de los paisajes americanos en el teatro español del XVIII en *Hernán Cortés victorioso y paz con los tlascaltecas* de Fermín del Rey», XIII Coloquio Internacional de Geocrítica, El control del espacio y los espacios de control, Barcelona, 5-10 de mayo de 2014. <<

[103] Anastas de Morales es seudónimo del carmelita descalzo cordobés Tomás de San Rafael Alcaide, nacido en 1738 según Francisco Aguilar Piñal (*Bibliografía de autores españoles del siglo XVIII*, Tomo V, CSIC, Madrid 1981, p. 817), si bien otros afirman que pudiera ser el valenciano Luis Borrás y Goya (1724-1802). <<

[104] Op. cit., Pedazo III, p. 37. <<

[105] Op. cit., Pedazo II, p. 22. <<

[106] Op. cit., Pedazo II, pp. 23-24. <<

[107] La expresión «guerra justa» nos remite de nuevo a Sepúlveda y Vitoria. <<

[108] Op. cit., Pedazo III, p. 44. <<

[109] Op. cit., Parte III, pp. 44 y 45. <<

[110] El último verso lleva una nota al pie que dice: Se le ha hecho un Panteon de Jaspe coronado con su busto y armas, y una Urna de cristal donde estan sus huesos desde el dia 2 de Julio de 1794 en el Hospital de la Concepcion y Jesus Nazareno. <<

[111] Francisco Javier Clavijero, *Historia antigua de México y de su conquista*, Imp. de Lara, México 1844, Tomo II, Lib. VIII, p. 11. <<

[112] Op. cit., Tomo II, Lib. VIII, p. 13. <<

[113] Op. cit., Tomo II, Lib. VIII, p. 35. <<

[114] Op. cit., Tomo II, Lib. IX, p. 123. <<

[115] Carlos María de Bustamante, *Cuadro histórico de la Revolución mexicana*, 5 vols. Instituto Cultural Helénico/fce, México, 1985, vol. 1, pp. 41-42. <<

[116] William Prescott, *Historia de la conquista de México*, París 1878, p. 56. <<

[117] Para ahondar en el conocimiento de la polémica, remitimos al lector a la obra de Tomás Pérez Vejo, *España en el debate público mexicano, 1836-1867. Aportaciones para una historia de la nación*. El Colegio de México, México 2008. <<

[118] José María Rodríguez y Cos, *El Anáhuac*, Imp. M Murguía, Canto III, p. 86. <<

[119] Op. cit., Canto VI, p. 155. <<

[120] Op. cit., Canto VII, p 184. <<

[121] Op. cit., Canto VIII, p. 222. <<

[122] Op. cit., Canto XII, p. 354. <<

[123] Tomamos la cita de *Los exploradores españoles del siglo XVI. Vindicación de la acción colonizadora española en América* en su duodécima edición traducida por Arturo Cuyás, Ed. Araluce, Barcelona 1939, p. 54. <<

[124] Luis Vega-Rey, *Puntos negros del Descubrimiento de América*, Viuda e hijos De la Riva, Madrid 1896, p. 50. <<

[125] En relación con estas obras, remitimos al lector al artículo del musicólogo español José Subirá y Puig (1882-1980), «Hernán Cortés, en la música teatral», *Revista de Indias*, Enero-Junio, Madrid 1948, n. 31-32. <<

[126] Véase al respecto la obra de David Stoll, *¿Pescadores de hombres o fundadores de Imperio?,* DESCO, Quito 1985. Disponible en línea en http://www.nodulo.org/bib/stoll/ilv.htm <<

[127] Andrés Mata, «Alma raza», *El Cojo Ilustrado*, n. 277, Caracas julio de 1903, p. 399. <<

[128] Onofre Peligro Valle, *El héroe popular extremeño Hernán Cortés y su gloriosa conquista de Méjico*, Imp., Litog. y Encuad. de Uceda Hermanos, Badajoz 1906. <<

[129] Véase nuestro *Sobre la Leyenda Negra*, Ed. Encuentro, Madrid 2014. <<

[130] María Luisa Pérez Bernardo, en un artículo titulado: «Hernán Cortés en la obra periodística y literaria de Emilia Pardo Bazán» (*Tejuelo*, nº 8, Cáceres 2010, pp. 46-58), ha rastreado esta línea de artículos. <<

[131] Emilia Pardo Bazán, *Hernán Cortés y sus hazañas*, Ed. "La Lectura", Madrid 1914, p. 68. <<

[132] Op. cit., pp. 103-104. <<

[133] Gustavo Bueno Sánchez ha rescatado del olvido a este prolífico autor español. Véase http://filosofia.org/ave/003/c115.htm <<

[134] Rufino Blanco Fombona, *El conquistador español del siglo XVI. Ensayo de interpretación*, Ed. Mundo Latino, Madrid 1921, p. 196. <<

[135] Op. cit., pp. 184-185. <<

[136] Op. cit., pp. 182-183. El propio Blanco Fombona, en una nota al pie al final de su obra, cuenta cómo su cuidadora infantil, natural de la venezolana localidad de Choroní, les cantaba la siguiente copla alusiva al conquistador extremeño:

Allá viene Hernán Cortés
embarcado por el mar:
déjalo que salte a tierra
que lo vamos a flechar. <<

[137] Palenque Sánchez, Marta, «América como milagro en la obra poética de Salvador Rueda», *Andalucía y América en el siglo XX: Actas de las VI Jornadas de Andalucía y América*, Vol. 2, Sevilla 1987, pp. 15-44. <<

[138] José Vasconcelos, *La Raza Cósmica. Misión de la raza iberoamericana*, Agencia Mundial de Librería, Madrid 1925. <<

[139] José Vasconcelos, *Hernán Cortés creador de la nacionalidad*, Editorial JUS, México 1985, p. 131. <<

[140] «Cortés entra a Tlaxcala», *La Nación, una semana de México*, n. 20, México D.F., 28 de febrero de 1942, pp. 11-14. <<

[141] Tomamos la información del artículo titulado «Vida nacional», *La Nación*, México D.F., 13 de diciembre de 1947, pp. 3 y 4. <<

[142] Miguel Castro Ruiz, «Luz de Castilleja; conquistador en su plenitud, asceta en el ocaso», *La Nación*, n. 324, México D. F. 27 diciembre 1947, p. 19. <<

[143] Octavio Paz, *El laberinto de la soledad*, p. 41. <<

[144] Eduardo Galeano, *Las venas abiertas de América Latina*, Ed. Siglo XXI, Madrid 2007, p. 35. <<

[145] Octavio Paz, *ABC*, Madrid 28 de diciembre de 1985, p. 3. <<

[146] Miquel Izard y Llorens, *L'Avenç*, nº63, Barcelona sep. 1983, pp. 38-39. <<

[147] Guillermo Bonfil Batalla, *El México Profundo, una civilización negada*, SEP/CIESAS, México 1987. <<

[148] Reproducimos la traducción de José Luis Palacios Gómez, «Hernán Cortés según Neil Young: una aproximación desde la sociología del conocimiento a un caso paradigmático de distorsión cognitiva», *Barataria*, n. 8, 2007, pp. 161-179. <<

[149] José Luis Martínez, *Hernán Cortés*, FCE, México 1990. <<

[150] Winston A. Reynolds, *Hernán Cortés en la literatura del Siglo de Oro*, Centro Iberoamericano de Cooperación Editora Nacional, Madrid 1978, p. 158. <<

[151] Miguel de Cervantes, *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, Primera parte, cap. XVI, Edición del Instituto Cervantes dirigida por Francisco Rico, Madrid 2005, p. 182. <<

[152] Tres siglos más tarde, el norteamericano Prescott establecerá esta misma comparanza al presentar a Cortés en Otumba divisando al caudillo mexica Cihuaca: «No bien habia descubierto el ojo de águila de Cortés á aquel personaje, cuando su semblante brilló con el alborozo del triunfo.» (*Historia de la conquista de México*, Tomo II, cap. I, París 1878, p. 17) <<

[153] Véase al respecto José Luis Martínez, *Hernán Cortés*, p. 805 y ss. <<

[154] Un gran estudio sobre este conjunto pictórico en Ángeles Jiménez, Pedro, *Imágenes y memoria. La pintura de retrato de los franciscanos en la Nueva España*, Tesis doctoral, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, México 2010. <<

[155] Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la conquista de Nueva España,* cap. CLXXI, p. 823. <<

[156] Gerónimo de Mendieta, *Historia eclesiástica indiana*, libro I, cap. I. <<

[157] Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la conquista de Nueva España*, cap. CXCV, p. 951. <<

[158] Remitimos de nuevo al lector a *Imágenes y memoria. La pintura de retrato de los franciscanos en la Nueva España* <<

[159] Seguimos en este punto el trabajo de José Tudela de la Orden, «Hernán Cortés en los grabados románticos franceses», *Revista de Indias*, n. 31-32, Madrid 1948, pp. 383-391 (tirada aparte). <<

[160] Para las representaciones pictóricas decimonónicas, véase Tomás Pérez Vejo, *España imaginada. Historia de la invención de una nación*, Galaxia Guttenberg, Barcelona 2015. <<

[161] De hecho la mayor parte de los datos que hemos manejado nos han sido facilitados por la propia Fundación Zuloaga. <<

[162] En relación con la distinción idiográfico/nomotético, véase: Gustavo Bueno, «La canonización de Marilyn Monroe», *El Catoblepas*, n. 9, noviembre 2002, p. 2, http://www.nodulo.org/ec/2002/n009p02.htm <<

[163] Véase Carmen Fernández-Daza Álvarez, *Medellín y Hernán Cortés en la obra de dos escritoras extremeñas del siglo XIX: Carolina Coronado y Vicenta García Miranda*, Asociación Histórica Metellinense, Almendralejo 2013. <<

[164] Como dato anecdótico señalaremos que un año más tarde se inauguraba el ferrocarril entre Aranjuez y Madrid, concretamente el día 9 de febrero, dándose la circunstancia de que una de las achacosas locomotoras recibió por nombre el de *Hernán Cortés*. <<

[165] Luis de Solís y Manso, VI Marqués de Rianzuela, *La sombra de Hernan-Cortés, ó discurso que dirige a la nación el héroe de Nueva-España*, Sevilla 1857, p. 15. <<

[166] Op. cit., p. 16. <<

[167] Op. cit., p. 21. <<

[168] Véase Ángela García Carballo, Gonzalo Madrazo García de Lomana y Juan Francisco Mato Miguel, *La sede de la Real Academia de Ingeniería*, Ed. Real Academia de Ingeniería, Madrid 2009, pp. 116-118. <<

[169] Luis Zapata, *Carlo famoso*, canto XIII, p. 83. <<

[170] Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la conquista de Nueva España*, cap. L, pp. 176-177. <<

[171] Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la conquista de Nueva España*, cap. LVII, pp. 201-202. <<

[172] Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la conquista de Nueva España*, cap. LVIII, pp. 203-205. <<

[173] Op. cit., p. 205. <<

[174] Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la conquista de Nueva España,* cap. CV, p. 388. <<

[175] Francisco López de Gómara, *Historia General de las Indias*, cap. LVI, «Veragua y Nombre de Dios». <<

[176] Véase Carlos Pereyra, *Hernán Cortés y la epopeya del Anáhuac*, Ed. América, Madrid 1916, p. 82. <<

[177] Véase Amor y Vázquez J., «Apostilla a la "quema de las naves" por Cortés», *Hispanic Review*, Vol. 29, n. 1, Enero, 1961, pp. 45-52. <<

[178] Véase Virginia Gil Amate, «Crónica de sociedad en el *Tratado del descubrimiento de las Indias y su conquista* de Juan Suárez de Peralta», *Arrabal*, n. 5-6, 2007, pp. 5-17. <<

[179] Carlos Pereyra, *Hernán Cortés y la epopeya del Anáhuac*, Editorial América, Madrid 1906, pp. 173-174. <<

[180] Carlos Pereyra, *Hernán Cortés y la epopeya del Anáhuac*, Editorial América, Madrid 1906, p. 287. <<

[181] *Milicia indiana*, Biblioteca Ayacucho, Caracas 1994, p. 22. <<

[182] *El Peregrino Indiano*, Canto VII. <<

[183] *El Peregrino Indiano*, Canto VIII. <<

[184] Antonio de Solís, *Historia de la conquista de México*, cap. XIII, «Vuelve el ejército a la Vera-Cruz; despáchanse comisarios al rey con noticia de lo que se había obrado; sosiégase otra sedición con el castigo de algunos delincuentes, y Hernán Cortés ejecuta la resolución de dar al través con la armada». <<

[185] Véase Hugh Thomas, *La conquista de México*, Ed. Planeta, Barcelona 1994, nota al pie 72, p. 757. <<

[186] El título completo y aclaratorio es: *Advertencias que hace a los críticos humanistas y principalmente a los poetas, Don Joseph María Vaca de Guzmán, autor del Canto Las naves de Cortés destruidas, único premiado, y publicado por la Real Academia Española en el año de 1778, primero de este establecimiento, sobre el que con igual objeto y título se ha dado a luz en el de 1785, obra póstuma de D. Nicolás Fernández de Moratín, cotejo, y tácita decisión en órden al mérito de ambas piezas, que apunta el Editor de la segunda en su Prólogo* (Imprenta de D. Pedro López, Alcalá de Henares 1787). <<

[187] Op. cit., p. 6. <<

[188] Op. cit., p. 7. <<

[189] Op. cit., p. 10. <<

[190] Op. cit., p. 18. <<

[191] *Vida de Hernán Cortés, hecha pedazos en quintillas joco-serias*, Parte II, p. 25. <<

[192] Prescott, pp. 249-250. <<

[193] *El Anáhuac*, Canto VI, p. 155. <<

[194] Antonio Arnao, «Las naves de Cortés», *Revista Europea*, Madrid 22 de marzo de 1874, año I, tomo I, nº 4, pp. 103-105. <<

[195] Marcos Fernández de la Espada, «No fué Tea, fué barreno», *Boletín de la Real Academia de la Historia*, XI, Madrid julio-sept. 1887, pp. 235-238. <<

[196] Alejandro, Fernández García, «El incendio de las carabelas», *El Cojo Ilustrado*, n. 277, Caracas julio de 1903, p. 399. <<

[197] Emilia Pardo Bazán, *Hernán Cortés y sus hazañas*, Ed. "La Lectura", Madrid 1914, pp. 56-57. <<

[198] Francisco Villaespesa, *Hernán Cortés. Poema épico, en tres actos y en verso*, Ed. Vda. De Bouret, Ciudad de México 1917,

p. 215. <<

[199] José Amor y Vázquez, «Apostilla a la "quema de las naves" por Cortés», *Hispanic Review*, n. 29, 1961, pp. 45-52. <<

[200] Hugh Thomas, *La conquista de México*, Ed. Planeta, Barcelona 1994, p. 105. <<

[201] María del Carmen Martínez Martínez, *Veracruz 1519; los hombres de Cortés*, Universidad de León, León 2013, p. 17. <<

[202] Hugh Thomas sostiene que Velázquez conocía la llegada de Grijalva desde el 15 de octubre, op. cit., p. 172. <<

[203] Citado por Demetrio Ramos en su *Hernán Cortés, mentalidad y propósitos*, p. 49. La cita procede de Fernández de Oviedo. <<

[204] Véase Hugh Thomas, op. cit., p. 170. <<

[205] Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, cap. XLII, p. 153. <<

[206] Véase su capítulo V, «La fundación de la Villa Rica de Veracruz, efecto de una revolución popular». <<

[207] María del Carmen Martínez Martínez, *Veracruz 1519, los hombres de Cortés*, pp. 70-71. <<

[208] Véanse dichas firmas, acompañadas de un espléndido análisis de las mismas en: *Veracruz 1519, los hombres de Cortés*, pp. 149 y ss. <<

[209] Véase Martínez Baracs, «Veracruz en la conquista de México», p. 151. <<

[210] Velázquez, favorecido en la Corte por el Obispo de Burgos, Juan Rodríguez de Fonseca, fue nombrado Adelantado en mayo de 1519, merced que le fue concedida en la ciudad de Barcelona ante su capellán y procurador Benito Martín, si bien la noticia no pudo conocerse en Cuba con inmediatez. No obstante, desde el año anterior se sabía de una capitulación que an-

ticipaba tal otorgamiento, asunto que acaso pudieron conocer Cortés y los suyos. <<

[211] Dicho cargo no llegaría hasta octubre de 1522. <<

[212] Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la conquista de Nueva España*, cap. CLVII, p. 692. <<

[213] Véase Victor Frankl, «Hernán Cortés y la tradición de las Siete Partidas», *Revista de Historia de América*, n. 53/54, jun.-dic. 1962, quien, tras afirmar lo siguiente: «una nación tan penetrada de conceptos jurídicos como lo era la española», señala a *Las Siete Partidas* como la base ideológica de tan densa y popular construcción jurídica. Silvio Zavala llega a aventurar la idea de que un ejemplar de las *Partidas* estuviera en manos de los soldados de Cortés. <<

[214] La petición recuerda la ejecución en Castilla, en 1521, de los nobles comuneros Bravo, Padilla y Maldonado, tan reivindicados por los liberales del XIX. <<

[215] Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la conquista de Nueva España*, cap. LVII, p. 202. <<

[216] Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la conquista de Nueva España,* cap. LXXXIII, pp. 285-286. <<

[217] Citado por Juan Miralles en *Hernán Cortés, inventor de México*, Ed. ABC, vol I, Madrid 2004, p. 432. <<

[218] Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la conquista de Nueva España,* cap. LXXXIII, p. 294. <<

[219] Hemos analizado la *España defendida* de Quevedo en *Sobre la Leyenda Negra*, Ed. Encuentro, Madrid 2014. <<

[220] William H. Prescott, *Historia de la conquista de México*, 2 vol., París 1878, p. 350. <<

[221] Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, cap. CXXV, p. 459. <<

[222] Libro IV, cap. XII, «Dase noticia de los motivos que tuvieron los mejicanos para tomar las armas; sale Diego de Ordaz con algunas compañías a reconocer la ciudad; da en una celada, y Hernán Cortés resuelve la guerra». <<

[223] Libro IV, cap. XII, Idem. <<

[224] Lucas Alamán, *Disertaciones sobre la historia de la República Mexicana desde la época de la Conquista que los españoles hicieron a fines del siglo XV y principios del XVI de las islas y continente americano hasta la Independencia*, Imp. D. José Mariano Lara, México 1844, p. 114. <<

[225] Pereyra, *Hernán Cortés y la conquista del Anáhuac*, Ed. América, Madrid 1916, pp. 263-264. <<

[226] Pereyra, *Hernán Cortés y la conquista del Anáhuac*, Ed. América, Madrid 1916, p. 265. <<

[227] *Historia de la conquista de México*, libro IV, cap. VII, «Persevera Motezuma en su buen ánimo para con los españoles de Cortés, y se tiene por improbable la mudanza que atribuyen algunos a diligencias de Narbáez; resuelve Cortés su jornada, y la ejecuta dejando en Méjico parte de su gente». <<

[228] Véase Martínez Baracs, «Veracruz en la conquista de México», pp. 204 y ss. <<

[229] Véase Martínez Baracs, «Veracruz en la conquista de México», p. 214. <<

[230] Lucas Alamán, *Disertaciones sobre la historia de la República Mexicana desde la época de la Conquista que los españoles hicieron a fines del siglo XV y principios del XVI de las islas y continente americano hasta la Independencia*, Imp. D. José Mariano Lara, México 1844, p. 137. <<

[231] Lucas Alamán, op. cit., p. 140. <<

[232] Véase Hugh Thomas, *La conquista de México*, Ed. Planeta, Barcelona 1994, p. 520. <<

[233] Demetrio Ramos, *Hernán Cortés. Mentalidad y propósitos*. Ed. Rialp, Madrid 1992, p. 229. <<

[234] Hugh Thomas, *La conquista de México*, Ed. Planeta, Barcelona 1994, p. 167. <<

[235] Salvador de Madariaga, *Hernán Cortés*, Ed. Sudamericana, Buenos Aires 1964, p. 210. <<

[236] Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, cap. CLX, p. 725. <<

[237] Juan Suárez de Peralta, *Tratado del descubrimiento de las Yndias y su conquista*, cap. XVIII. <<

[238] Véase Hugh Thomas, «La Residencia de Cortés», Conferencia impartida durante la jornada "Visión de Hernán Cortés en el siglo XXI", Fundación Canal, Madrid 11 noviembre de 2014. <<

[239] Véase José Luis Martínez, *Hernán Cortés*, Fondo de Cultura Económica, México 2003, p. 554. <<

[240] Baltasar Dorantes de Carranza, *Sumaria relación de las cosas de la Nueva España con noticia individual de los descendientes legítimos de los conquistadores y primeros pobladores españoles*, Imp. Museo Nacional, México 1902, p. 91. <<

[241] *Boletín de la Real Academia de la Historia*, tomo LXXVI, Madrid 1920, pp. 105-110. <<

[242] José Luis Martínez, *Hernán Cortés*, Fondo de Cultura Ecómica, México 2003, pp. 404-406. <<

[243] Juan Miralles, *Hernán Cortés, inventor de México*, Ed. Abc, Madrid 2004, vol. II, pp.434-441. <<

[244] López de Gómara, Francisco, *La conquista de México*, cap. CXLV, «Señales y pronósticos de la destrucción de México», Fundación Biblioteca Ayacucho, Caracas 2007, pp.278-279. <<

[245] Hugh Thomas, *La conquista de México*, Ed. Planeta, Barcelona 1994, p. 78. <<

[246] Véase Rodrigo Martínez Baracs, «Veracruz en la conquista de México», p. 124. <<

[247] Carlos Pereyra, *Hernán Cortés y la epopeya del Anáhuac,* p. 191. <<

[248] Antonio Solís, *Historia de la conquista de México*, cap. XIX. <<

[249] Miguel León-Portilla, *Literaturas de Anahuac y del Incaria. La expresión de dos pueblos del Sol*, Ed. Siglo XXI., Madrid 1982, p. 204. <<

[250] Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la conquista de Nueva España*, cap. XCII, p. 336-337. <<

[251] Op. cit., cap. CI, pp. 375-376. <<

[252] Miguel León-Portilla, *Visión de los vencidos*, México, UNAM, México 1992, p. XXX. <<

[253] Lucas Alamán, *Disertaciones sobre la historia de la República Mexicana desde la época de la Conquista que los españoles hicieron a fines del siglo XV y principios del XVI de las islas y continente americano hasta la Independencia*, Imp. D. José Mariano Lara, México 1844, pp. 114-115. <<

[254] Baltasar Dorantes Carranza, *Sumaria relación de las cosas de Nueva España…* Imp. Museo Nacional, México 1902, p. 191. <<

[255] A principios del siglo XX, en 1914, Emilia Pardo Bazán establecerá la misma comparación entre Moctezuma y el rey nazarí en su *Hernán Cortés y sus hazañas*, Ed. "La Lectura", Madrid, p. 86. <<

[256] Antonio de Solís, *Historia de la conquista de México*, Libro III, cap. XI, «Viene Motezuma el mismo día por la tarde a

visitar a Cortés en su alojamiento: refiérese la oración que hizo antes de oír la embajada, y la respuesta de Cortés». <<

[257] Francisco Javier Clavijero, *Historia antigua de México y de su conquista*, Imp. de Lara, México 1844, Tomo II, Lib. VIII, p. 10. <<

[258] Francisco Javier Clavijero, Op. cit., lib. IX, p. 45. <<

[259] Álvaro Muñoz Custodio, «Hernán Cortes y Moctezuma II», *Tiempo de historia*, n. 69, agosto 1980, pp. 26-45. <<

[260] Los mormones irán incluso más allá al considerar que Quetzalcóatl es el mismo Jesús. <<

[261] Hugh Thomas, *La conquista de México*, Ed. Planeta, Barcelona 1994, p. 453. <<

[262] Véase Hugh Thomas, op. cit., p. 195. <<

[263] Hugh Thomas, op. cit., p. 123. <<

[264] Lucas Alamán, *Disertaciones sobre la historia de la República Mexicana desde la época de la Conquista que los españoles hicieron a fines del siglo XV y principios del XVI de las islas y continente americano hasta la Independencia*, Imp. D. José Mariano Lara, México 1844, p. 127. <<

[265] Antonio de Solís, *Historia de la conquista de México*, Libro III, cap. XI. <<

[266] Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, cap. XCIII, pp. 341-342. <<

[267] Véase al respecto, Manuel Ballesteros Gaibrois, «Hernán Cortés y los indígenas», VV. AA., *Actas del primer congreso internacional sobre Hernán Cortés*, Ediciones Universidad de Salamanca, pp. 47-54. <<

[268] Véase José Luis Suárez Roca, *Lingüística misionera española*, Ed. Pentalfa, Oviedo 1992. <<

[269] Un magnífico análisis de esta obra es el trabajo de Atilana Guerrero Sánchez, «La Idea de Imperio según el Libro de Alexandre», *El Catoblepas*, n. 122, abril 2012, p. 1, http://www.nodulo.org/ec/2012/n122p01.htm#kn01. El propio Bernal emplea el vocablo «Alejandre» en su relato. <<

[270] Citado por Hugh Thomas en *La conquista de México*, Ed. Planeta, Barcelona 1994, p. 385. <<

[271] Para las bodas alejandrinas véase Robin Lane Fox, *Alejandro Magno, conquistador del mundo*, Ed. Acantilado, Barcelona 2007, pp. 671 y ss. <<

[272] Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, cap. CXXIV, p. 455. <<

[273] Citado por Winston A. Reynolds, «Hernán Cortés y los héroes de la Antigüedad», *Revista de Filología Española*, vol. XLV, n. 1/4, Madrid 1962, p. 260. <<

[274] Antonio de Solís, *Historia de la conquista de México*, libro IV, cap. XX, «Continúan su retirada los españoles, padeciendo de ella grandes trabajos y dificultades, hasta que llegando al valle de Otumba, queda vencido y deshecho en batalla campal todo el poder mejicano». <<

[275] Tomamos las referencias de Lope y Zárate del artículo de Winston A. Reynolds: «Hernán Cortés y los héroes de la Antigüedad», *Revista de Filología Española*, vol. XLV, n. 1/4, Madrid 1962, pp. 259-271. <<

[276] En la exposición *Itinerario Cortés* (Fundación Canal, Madrid, diciembre 2014-mayo 2015), Julio César y Alejandro son los dos personajes con los que Hernán Cortés es comparado. <<

[277] *Segunda parte de la historia pontifical y católica*, Madrid 1652, p. 318. <<

[278] Antonio de Solís, *Historia de la conquista de México*, cap. XIV. <<

[279] Francisco Ruiz de León, *Hernandia. Triunfos de la Fe, y Glorias de las Armas Españolas, Poema Heroyco, sobre la Conquista de México* (Madrid 1755), canto X, p. 307. <<

[280] Lucas Alamán, *Disertaciones sobre la historia de la República Mexicana desde la época de la Conquista que los españoles hicieron a fines del siglo XV y principios del XVI de las islas y continente americano hasta la Independencia*, Imp. D. José Mariano Lara, México 1844, p. 137. <<

[281] Lucas Alamán, *Disertaciones sobre la historia de la República Mexicana desde la época de la Conquista que los españoles hicieron a fines del siglo XV y principios del XVI de las islas y continente americano hasta la Independencia*, Imp. D. José Mariano Lara, México 1844, p. 132. <<

[282] William Prescott, *Historia de la conquista de México*, vol. I, París 1878, p. 506. <<

[283] Emilia Pardo Bazán, *Hernán Cortés y sus hazañas*, Ed. "La Lectura", Madrid 1914, p. 66. <<

[284] José Tudela de la Orden, «Hernán Cortés en los grabados románticos franceses», *Revista de Indias*, n. 31-32, Madrid 1948, p. 13. <<

[285] La exposición *Itinerario Cortés*, la primera dedicada a Hernán Cortés, apunta a esta línea. En uno de los paneles, Cortés es comparado con Alejandro y Julio César. Tratando de objetivar tal comparanza, se cotejan las batallas principales —Gaugamela, Alesia y Tenochtitlán—, las tropas propias y aliadas -30.000-40.000 infantes y 7.000 jinetes; 50.000 legionarios, 5.000 jinetes y 15.000 infantes aliados; 700 soldados, 90 jinetes, 2 cañones grandes y 13 pequeños y 13 barcos, 150.000 hombres aliados y 16.000 canoas aliadas-, tropas enemigas -100.000 infantes, 20.000 jinetes, 130.000 arqueros, caballería ligera y hombres sin formación militar, 200 carros con guada-

ñas y 15 elefantes de guerra; 100.000 infantes galos y 8.000 jinetes germanos; 300.000 hombres y miles de canoas de la Triple Alianza-, y el total de kilómetros recorridos -23.480, 65.495 y 65.700-. <<

[286] Op. cit., p. 174. <<

[287] Estructuras de madera en las que se insertaban los cráneos de los sacrificados. <<

ÍNDICE

El mito de Cortés 2

PRÓLOGO 4

Parte I CORTÉS: EL HOMBRE Y SUS RELIQUIAS 14

Capítulo 1 CORTÉS EN VIDA. APUNTES DEL NATURAL 15

Capítulo 2 LAS RELIQUIAS DE CORTÉS 52

Parte II LA IMAGEN DE CORTÉS 73

Capítulo 3 SIGLO XVI. EL SIGLO DE CORTÉS 77

Capítulo 4 SIGLO XVII. CORTÉS HEROICO 97

Capítulo 5 SIGLO XVIII. CORTÉS DRAMÁTICO 111

Capítulo 6 SIGLO XIX. CORTÉS Y EL FIN DEL IMPERIO 129

Capítulo 7 SIGLO XX. CORTÉS Y EL INDIGENISMO 141

Capítulo 8 HERNÁN CORTÉS REPRESENTADO 160

Parte III MITOS CORTESIANOS 181

Capítulo 9 EL MITO DE LA QUEMA DE LAS NAVES 182

Capítulo 10 CORTÉS REBELDE. EL INDIVIDUO Y LA COMPAÑÍA 211

Capítulo 11 CORTÉS CRUEL 225

Capítulo 12 CORTÉS ASESINO DOMÉSTICO 244

Capítulo 13 CORTÉS Y EL REGRESO DE QUETZALCÓALT 251

Capítulo 14 CORTÉS EVANGELIZADOR 268

Capítulo 15 CORTÉS O EL NUEVO ALEJANDRO 278

Epílogo CORTÉS HOY. ACASO MAÑANA… 289
CRONOLOGÍA DE HERNÁN CORTÉS 294
HERNÁN CORTÉS EN EL ARTE - IMÁGENES 299
BIBLIOGRAFÍA 313
Sobre el autor 324